LOS SACERDOTES EN EL ANTIGUO EGIPTO



ALDERABÁN

Elisa Castel

Nada puede ser más fascinante que sumergirse en la vida cotidiana, en la privacidad y costumbres, de los antiguos egipcios. En esta obra la autora nos acerca a través de su clero, formado por hombres y mujeres que dedicaron parte de su existencia al servicio del los dioses, pero que también gozaban de una activa vida pública, semejante a la de muchos habitantes del Valle del Nilo. Descubriremos como vivían, como se alimentaban, sus fiestas, sus ritos, sus virtudes, sus vilezas y un sinfin de distintos aspectos, cada cual más cautivador. Nos fascinará, una vez más, esta cultura milenaria tan atrayente, tan lejana y tan cercana a nosotros al mismo tiempo.

ALDERABÁN

Elisa Castel Ronda nació en Madrid en 1959.
Fue Miembro Fundador de la Asociación Española de Egiptología. Es Miembro de la Asociación Internacional de Egiptólogos, de la AsociaciónEspañola de Orientalistas y de la Egypt Exploration Society.
Diplomada en Cursos de Egiptología por la Agregaduría Cultural de la Embajada de Egipto en España, la AEO y la AEDE, asistente a los cursos impartidos por el Museo Arqueológico Nacional y la Universidad Complutense de Madrid en sus *Cursos Monográficos de Verano.*
Ha participado en programas culturales, viajes a Egipto como guía técnico, etc., formando parte del claustro de profesores de la Asociación Española de Egiptología y de la Agregaduría Cultural de la Embajada de Egipto en España, entre los años 1990 a 1994, así como actualmente, de la Asociación Española de Orientalistas. Ha impartido numerosas conferencias, todas ellas relacionadas con temas religiosos y mitológicos. Entre sus publicaciones se encuentran: *Horus en el Horizonte* (1996); *La Evolución de la Tumba Real desde el Predinástico al Imperio Nuevo, (1988,* en colaboración con otros autores*), El Museo de El Cairo* (1988); *Algunos Aspectos de Dioses Leones en el Antiguo Egipto* (1990), *La Enea-da Heliopolitana* (1994). Coautora del *Catálogo Oficial de Piezas Egipcias del Pabellón de la República de Egipto en la Expo-92 de Sevilla (1992).* También es autora de diversos artículos tanto en el Boletín de la Asociación Española de Orientalistas como en la *Revista de Arqueología* (1995-1996) o en *Misterios de la Arqueología y el Pasado* (1997).
Ha publicado en esta misma editorial el *Diccionario de Mitología Egipcia* (1995).

ELISA CASTEL RONDA

LOS SACERDOTES EN EL ANTIGUO EGIPTO

Colección: EL LEGADO DE LA HISTORIA Nº 4

Dirección de Historia Antigua: Federico Lara Peinado
Dirección de Historia Media y Moderna: Manuel Peni Ríos

Luna, 28 - 28004 MADRID
Tel. (91) 532 94 09 - Fax (91) 532 56 82
I.S.B.N. 84-88676-36-0
Depósito legal: M-748-1998
Preimpresión: Antares
Fotomecánica: A'Resti
Imprime: Gráficas Marte
Encuadernación: F. Méndez
Portada: Estela del arpista Dyed-Jonsu-Iuf-Anj.
Dinastía XXI o XXII (Museo del Louvre).

Impreso en España - Printed in Spain.

ALDERABÁN

En memoria de Luis y Elisa

AGRADECIMIENTOS

Una vez más he de agradecer su colaboración a: Teresa Armijo, Daniel Dudffield, Alfredo Francesch, José Angel Gutiérrez, Antonio Hernández, Miguel Jaramago, Federico Lara Peinado, Manuel Peni Ríos (quien una vez más ha puesto su confianza en mí), Juan Rodríguez, Jorge Rubio, Carmen Segarra, y a todos los amigos y colaboradores que con su ayuda y sugerencias han contribuido a dar cuerpo a esta obra.

INTRODUCCIÓN

EL CLERO EN EL ANTIGUO EGIPTO

Los nativos otorgan un valor exiguo al tiempo de su vida. Conceden sin embargo la máxima importancia al tiempo de después de su muerte, durante la cual, y en virtud del recuerdo de su virtud, se permanece en la memoria de los demás.

Este texto de Hecateo de Abdera, del que habla Diodoro Sículo en su *Biblioteca de Historia* (I, 51), sirve para revelarnos el arquetipo que siempre ha arrastrado el sentido de la vida de los antiguos egipcios, al menos para el público no iniciado. Aunque erróneo, es un sentimiento que se percibe desde antiguo, pero realmente se puede afirmar, sin temor a equivocarnos, que los egipcios fueron grandes amantes de la vida y de su tierra

Tratar el Valle del Nilo supone estudiar una tierra que, a menudo, se nos antoja muy poblada. Según algunos autores, muy por el contrario, en los primeros tiempos en Egipto residían 100.000 o 200.000 habitantes que ascendieron progresivamente. En las dos primeras Dinastías el país tenía ya 2.000.000 de habitantes y llegó a alcanzar, a finales del Imperio Nuevo, de 2.900.000 a 4.500.000. Finalmente, el periodo grecorromano es el momento de mayor número de residentes, entonces el país tenía una población de 7.000.000 a 7.500.000. Ellos vivieron en una estrecha franja fértil, de aproximadamente 24.808 Km^2 que lindaba con los desiertos líbico y arábigo, donde se situaron las necrópolis.

Nuestro primer contacto con la cultura egipcia nos transmite la idea

de un pueblo eminentemente religioso, turbado por la muerte y por la supervivencia en el Más Allá. Pero los egipcios no estaban tan obsesionados por el fin de su existencia, sino que, muy por el contrario, amaban la vida, su tierra y su país, hasta tal punto que traspolaron ésta al mundo de los muertos, donde la reprodujeron. Así, en el Más Allá existía un campo a imagen del egipcio, un río réplica del Nilo, e incluso en sus enterramientos hicieron acopio de los bienes materiales más preciados, tanto los que habían tenido en la tierra como aquellos elaborados expresamente para su tumba. Acumulaban todo aquello de lo que querían seguir disfrutando una vez muertos. Además, por si todo esto fuera poco, al morir, el cadáver debía someterse a unos ritos funerarios y unos rituales de ofrendas, para que el difunto subsistiera a través de los siglos. Según la creencia egipcia, los restos del individuo al fallecer necesitaban ser alimentados para que su alma fuera inmortal y, por ejemplo, pudiera retornar, si así lo deseaba, al cuerpo o a las estatuas que reproducían su efigie, para admirar, por algún tiempo, la tierra que tanto había amado. Sin embargo, ésta no era la única posibilidad de vida del fallecido, sino que, según su deseo, podía residir en el cielo, acompañando al dios sol Ra en su barca o disfrutar del Mundo Subterráneo, donde se alojaba el dios del Más Allá, Osiris. Precisamente, gracias a estas costumbres, surgieron en Egipto los Sacerdotes Funerarios.

Otra rama del clero egipcio era aquella que se dedicaba a servir a un dios determinado. Los sacerdotes podían oficiar en varios cleros a la vez y, aunque cada uno de ellos requería básicamente los mismos ritos, algunos tenían rituales específicos y costumbres variadas que incumbían, por ejemplo, lo que se podía comer y lo que estaba prohibido, dependiendo de la teología de cada dios local.

Antes de centrarnos en el clero, debemos preguntarnos ¿cómo surgen los cultos divinos en Egipto? Para todo ello hemos de retornar a los periodos más oscuros de la civilización, a los momentos anteriores a la Dinastía I, a los poblados con jefes tribales. Cualquiera que haya visitado el Valle del Nilo habrá observado que llama la atención el contraste entre su río, su sol y su desierto. De ello eran conscientes los egipcios, grandes observadores de la naturaleza y por esta causa divinizaron éstos y otros elementos igualmente asombrosos. Análogamente se fijaron en el mundo animal y tomaron como divina cierta parte de la fauna de su

país, incluyendo algunos insectos, que, a su juicio, poseían poderes sobrenaturales. Así observaron, por ejemplo, que el chacal deambulaba por los cementerios y que escarbando en la tierra dejaba al descubierto los cuerpos perfectamente conservados por la acción deshidratante y preservadora de la arena. Este fenómeno fue interpretado como que el animal carroñero acudía a las necrópolis para conducir al difunto al mundo del Más Allá y designaron al chacal deidad protectora de los muertos. En otro ámbito, observaron al sol, poderoso y reluciente en las alturas, y entendieron que se trataba de un poderosísimo dios, capaz de facilitar la vida en la tierra y le designaron Ra. Pero el sol tenía varios aspectos, dependiendo del momento en que se encontrase el astro. Acabamos de citar a Ra, que era su nombre cuando se encontraba en el cenit, pero aún quedan dos formas más: Atum cuando declinaba el día y Jepri al despuntar la mañana, es decir, al nacer. Este último tenía la apariencia de un escarabajo pelotero. ¿Por qué este insecto? De nuevo se debe a la observación de la naturaleza. El escarabajo pelotero deposita sus huevos en el interior de una pelota de estiércol que arrastra incansablemente. Por la acción del calor, pasado un tiempo, del interior de esta bola surgen, de forma aparentemente espontánea, nuevos escarabajos. Todos estos hechos naturales se explicaron en el ámbito religioso como el nacimiento del sol en el horizonte. Así podríamos extendernos hasta la saciedad en detalles similares para otras entidades divinas del panteón.

Un mismo animal fue designado de forma distinta en los poblados. Por ejemplo, el chacal fue Anubis, pero también fue Upuaut o Jentamentiu. El halcón era Horus, pero también era Sokar, o Ra. La leona era Sejmet, pero también lo eran Pajet y Uadyet, etc.

Veamos el por qué de esta diversidad. En los comienzos, Egipto estaba dividido en pequeños pueblos, en los que se adoraban a dioses de ámbito muy reducido. Entonces el jefe tribal debía y podía oficiar para su dios. Con la conquista de un poblado, el vencedor no sólo tomaba bajo su tutela los bienes, terrenos y personas, sino que también unía los dioses de los vencidos a sus propias deidades. Conforme estos pueblos fueron anexionándose, llegaron a formar un reino en el Norte (el Delta) y otro en el Sur, produciéndose la absorción de costumbres, ritos y dioses. Finalmente, ambas áreas geográficas se unieron bajo el mandato de un solo monarca y por entonces el número de divinidades era tal que la

intervención directa del primitivo jefe tribal, ahora convertido en monarca, se hizo imposible. Por ello el rey tuvo que delegar en los Sumos Sacerdotes, formándose verdaderas escuelas sacerdotales que en su nombre llevaban a cabo las labores para con el dios. Solamente en fiestas puntuales y muy importantes, el monarca acudía para cumplir con estos deberes.

Las primeras divinidades fueron representadas sobre estandartes, posiblemente como símbolo del poblado que encabezaban, en pequeñas estatuas, cerámica, sellos o peines de marfil, entre otros. Los dioses comenzaron a adquirir cualidades humanas y tomaron para sí forma antropomorfa. Con las uniones de los poblados las divinidades se agruparon, formando una estructura similar a la humana, es decir, siguiendo el modelo familiar de padre, madre e hijo/a.

Para el culto a los dioses y los difuntos, los egipcios crearon toda una serie de escuelas religiosas donde oficiaban los sacerdotes. Generalmente estas escuelas estaban estructuradas jerárquicamente y en el caso de los grandes dioses del panteón tenían un Alto Clero, de número variable (de 1 a 4) que desempeñaba funciones directivas, y un numeroso Bajo Clero que se encargaba de las labores prácticas. Dentro de todos ellos existían personajes que desempeñaban ocupaciones específicas, a veces muy especializadas.

En esta cultura no existió un único cuerpo sacerdotal sino que cada dios local o estatal poseía el suyo propio compuesto por hombres y mujeres adscritos al culto de tal o cual divinidad. A ellos vamos a designarlos, a lo largo de este libro, con las palabras "Profeta" y "Servidor". En el primer caso se trata del término que emplearon los griegos al hablar de las personas que estaban al servicio del dios, sin que eso implique que tuvieran el don de la profecía; en el segundo, es la traducción de dichos cargos, según la escritura jeroglífica. En el Valle del Nilo las escuelas sacerdotales que tuvieron más influencia fueron las de Ra en Heliópolis, Ptah en Menfis y Amón en Tebas.

En el Antiguo Egipto, nunca existió un clero ni una iglesia, mezquita o sinagoga, tal y como la concebimos actualmente en los cultos católico, musulmán o judío. Como politeístas que eran, carecían también de un único libro sagrado, como la *Biblia*, el *Corán* o la *Tora*. Las escuelas teológicas eran las encargadas de elaborar un compendio religioso que explica-

ra la creación del mundo, de acuerdo con la teología de su dios, las costumbres religiosas, los ritos, *etc.* Por ello, a veces, estas teorías difieren las unas de las otras, aunque básicamente todas explicaban de un modo u otro el hecho de la creación, colocando a la cabeza a su dios local.

La idea de hacer apostolado entre el pueblo era algo que se apartaba también de las concepciones egipcias; de hecho, no tenía ningún sentido. Los templos eran lugares de acceso restringido, donde sólo deambulaba la clase sacerdotal, y los servicios que allí se llevaban a cabo se circunscribían únicamente a la divinidad, sin una participación activa del pueblo. Es decir, en sus dependencias se realizaban ritos sagrados y mistéricos de carácter exclusivo, que tenían como único fin complacer al dios o diosa, para que éstos se sintieran agradados y, en consecuencia, otorgaran a Egipto la protección, la tranquilidad, la paz y la estabilidad que necesitaba y deseaba. Por ello, los actos litúrgicos más importantes se realizaban en el interior del santuario, mientras que las zonas exteriores eran solamente de acceso semirrestringido. Únicamente las clases medias podía acceder a las áreas más externas en las grandes fiestas y procesiones; por este motivo se le denominó "Patio de los Festivales".

A causa de este sentir religioso, las salas y corredores se iban haciendo más angostos y oscuros a medida que se internaban hacia el lugar más sagrado del recinto, llamado tradicionalmente el *Naos.* Podríamos decir que éste era el *dormitorio de la divinidad*, el objeto por el cual se había construido el santuario y, precisamente por ello, estaba vedado a la mayor parte de los sacerdotes y, por supuesto, al pueblo. Sólo tenían acceso ciertos sacerdotes autorizados que acudían a servir a su dios diariamente, por ejemplo, para cumplimentar el rito de despertarle, vestirle, perfumarle, adornarle y alimentarle, como prescribía la regla.

Como ya hemos expuesto, el clero estaba estructurado en pirámide y en la cúspide de ésta se encontraba siempre el rey, jefe de todos los cleros que se desarrollaron en el Valle del Nilo. En teoría, él era el único facultado para oficiar ante todos los dioses y en todos los templos de Egipto, pero como el soberano no tenía el don de la ubicuidad, ocurría que no podía realizar los actos litúrgicos en todos los santuarios locales que se repartían por la geografía egipcia a la vez, delegando de esta forma en sus sacerdotes.

Al igual que el rey, la reina desempeñaba un importante papel religioso. Como su esposo, delegaba, cuando no podía estar presente, en una

Gran Sacerdotisa, que estaba asistida por todo un grupo de mujeres dedicadas a deleitar y servir a determinada divinidad. Ellas desempeñaban básicamente labores tradicionalmente femeninas, como la música y la danza, que en los rituales egipcios tenían una función primordial.

Por último, aclarar que la división histórica que vamos a emplear corresponde a la unión de dos sistemas de medición de procedencia dispar. Los "Imperios" (Antiguo, Medio y Nuevo) o los "Periodos Intermedios", numerados por ordinales, son fruto de un acuerdo de los estudiosos del siglo que nos precede, para dividir la historia de algún modo. El término "Dinastía", es más antiguo. Corresponde a la forma de estructurar la sucesión de reyes de un sacerdote egipcio llamado Manetón, que escribió una historia de Egipto por orden de Ptolomeo II Filadelfo, que vivió en la tradicionalmente llamada Dinastía Ptolemaica.

Desearía concluir la introducción de este trabajo con las palabras con las que J. Assman finaliza su libro:

[...] si hoy nos ocupamos del Antiguo Egipto, no es sólo por afición de arqueólogos, sino también por el interés de conocer nuestro propio pasado remoto, con el que nos sentimos vinculados por relaciones milenarias intensas, aunque con frecuencia ocultas. Y esta dimensión de nuestro interés por la vieja cultura de Egipto se la debemos al hecho de que ésta no sucumbió al terminar el Imperio Nuevo.

Egipto a la Luz de una Teoría Pluralista de la Cultura.

Capítulo I

LAS FUNCIONES SACERDOTALES

Horus favorece a quien está a su servicio en este lugar, porque ve el bien que se hace en él [...] que se guarde de entrar por esta puerta en estado impuro, porque el dios prefiere la pureza a millones de objetos preciosos. Lo que le sacia es Maat. No os presentéis en estado de pecado. No mintáis en su morada. No añadáis al peso y a la medida, antes disminuid en ellos. Vosotros que sois gente importante, no paséis sin invocarle, cuando estáis encargados de prestarle ofrendas o de alabarle dentro de su dominio.

Texto grabado en las jambas de la puerta de acceso al templo de Horus en Edfu

Debido a la ya mencionada acumulación de títulos, es muy difícil hacer una división jerárquica de los diversos puestos que cubrían los sacerdotes del Antiguo Egipto, ya que varió en función de la importancia y del tamaño del templo, amén de algunos cargos que aún hoy no podemos situar. Veamos algunos ejemplos: sabemos por el *papiro Harris I*, de época de Ramsés III, que, en este momento del Imperio Nuevo, el templo de Amón, en Karnak, daba trabajo a una media de 81.322 personas, mientras que el templo de Anubis, en el Fayum, era llevado por tan solo 50 personas, distribuidas entre 6 sacerdotes permanentes y cuatro grupos alternativos de 11 oficiales a tiempo parcial. Por otro lado, Kemp (1992) hizo el cálculo, en razón de la capacidad máxima de los almacenes de grano del *Rameseum* (Templo Funerario de Ramsés II, en Tebas Oeste), de la cantidad de bocas que solamente este templo podía alimentar, llegando a

la conclusión de que, en caso necesario, darían sustento a un número comprendido entre las 17.000 y las 20.000 personas, o lo que es lo mismo, a unas 3.400 familias. Como vemos, las diferencias son significativas.

El clero constituía una jerarquía organizada en pirámide, en cuyo vértice se encontraba el rey, seguido del Sumo Sacerdote, que, con nombres distintos, según el santuario al que sirviera, ejercía la función de gobernar todo el templo y sus trabajadores, con atribuciones políticas y religiosas. El Sumo Sacerdote se asistía de un Alto y un Bajo clero que comenzaba su labor antes del amanecer, llegando incluso en ocasiones a actuar, en las puertas de los templos, a modo de jueces y mediante el oráculo, antes de que los problemas de los trabajadores llegaran a la justicia ordinaria, sobre todo durante la Baja Época. Era deber de los sacerdotes, igualmente, juzgar las actuaciones contra los dioses o contra las encarnaciones animales de las divinidades en la tierra. Así, el historiador de Halicarnaso, Heródoto, en su segundo libro de *Historia* nos menciona:

> *Y si alguien mata a uno de esos animales voluntariamente, sufre pena de muerte; en cambio, si lo hace involuntariamente, paga la multa que fijen los sacerdotes.*

Indudablemente, en este fragmento, Heródoto está exagerando, quizá para dejar más patente la piedad del egipcio. De cualquier modo, estas penas posiblemente podían hacerse efectivas, en casos puntuales y cuando el animal eliminado fuera la encarnación del dios de la provincia o del *Nomo* (divisiones administrativas).

En los primeros periodos de la historia egipcia, el desarrollo del clero entregado a los dioses fue rápido, pero sin una influencia relevante fuera de las cuestiones religiosas y sin acumulación de grandes riquezas. Percibimos la presencia de algunos personajes de las Dinastías IV a VI que ostentaron solamente cargos sacerdotales relacionados con el culto de un dios, y a cuya cabeza se encontraba un individuo de alto rango, que ostentaba el título de “Jefe de los Secretos del Cielo”. Como contraste, encontramos también personajes que combinan los cargos relacionados con el clero junto a títulos civiles o militares. Citemos algunos ejemplos: Nikaanj, un personaje de la Dinastía V, sirvió al gobierno y a la vez fue “Sumo Sacerdote” del Templo de Hathor, en Tehneh. Este hombre, nombrado por Userkaf, se encargaba de recaudar los impuestos del templo, y

su familia, compuesta por su mujer y sus doce hijos, se ocupaba de servir en el santuario durante un periodo de un mes cada uno, sin distinción entre sexos. Ejemplos como estos vamos a encontrarlos a lo largo de toda la historia faraónica; cuando el clero aumenta su poder acapara cargos civiles. En lugares alejados del Valle del Nilo, es decir, en los oasis, también tenemos ejemplos de este tipo.

Así pues, los servicios religiosos se complican y parece que se va creando una verdadera casta sacerdotal que crece en el Imperio Medio, (aunque aún no acaparan posiciones de poder absoluto), y culmina en el Imperio Nuevo. Momento en el que el dios Amón alcanza tal importancia que su clero se desarrolla con una rapidez sin precedentes. Básicamente nos vamos a centrar en este momento ya que es el más documentado, aunque hay que puntualizar que incluso la estratificación de este clero varió a lo largo de la historia faraónica.

Capítulo II

LOS ESTUDIOS

Aprovisioné (a la Casa de la Vida) de sus estudiantes, hijos de personajes importantes y no de gentes humildes; los sitúe bajo la autoridad de personas, todas que tuvieran conocimientos para enseñarles todos sus oficios. Su majestad había ordenado también que les fuesen concedidas todas las cosas bellas y buenas que desearan para que pudiesen realizar todas sus tareas; les suministré, pues, todo lo que podía serles útil y todo el material necesario para la escritura, conforme a lo que existía anteriormente.

Biografía de Udyahorresne

No tenemos formada una idea clara acerca de los requisitos y estudios que los sacerdotes necesitaban para acceder a sus cargos, sin embargo parece lógico pensar que, al menos, aquellos relacionados con la redacción de asuntos mitológicos y los cargos que requerían un conocimiento de la escritura, la geografía, la historia, las leyes, la química, la medicina, la magia, la astronomía u otras ciencias, debían tener una sólida formación, adquirida en escuelas o por transmisión oral (de padres a hijos). Independientemente, los textos egipcios, y algunos de los materiales hallados en lugares concretos, parecen evidenciarnos la existencia de lo que hoy entenderíamos como centros de enseñanza.

La "escolarización" en las Casas de la Vida se llevaba a cabo de la forma siguiente: hasta los cuatro años la educación corría bajo la responsabilidad de la madre. El periodo de enseñanza comenzaba a los cinco años y se extendía hasta los diez o quince. Durante este tiempo la tutela era competencia del padre.

Un ejemplo claro de la vida escolar y profesional de un individuo es la de Bakenjonsu, hijo de un Segundo Profeta de Amón ascendido a Sumo Sacerdote bajo Sethy I y Ramsés II. El texto se encuentra inscrito sobre una "estatua cubo" expuesta en Munich (Gl. Waf. 38.) y nos relata lo siguiente:

Yo he pasado 4 años siendo niño pequeño (un párvulo).
Después he pasado 12 años de adolescencia siendo Jefe de las Caballerizas de cría del rey Menmaatra (Sethy I).
Fui Sacerdote Uab de Amón, durante 4 años.
Después fui Padre Divino del dios Amón durante 12 años.
Luego fui Tercer Servidor de Amón durante 15 años.
Después Segundo Servidor de Amón durante 12 años.
Entonces él (Ramsés II) me elogió, pues él reconoció mis cualidades y me nombró Gran Sacerdote de Amón durante 27 años.
Fui un buen padre para mis gentes, ayudando a la educación de la juventud, dando la mano a aquel que lo deseaba, haciendo revivir al que estaba en la miseria y tratando excelentemente en el templo de Amón.
Fui un gran maestro de obras (arquitecto) en Tebas para su hijo (de Amón), nacido de su cuerpo, para el rey del Alto y el Bajo Egipto, User-Maat-Ra-Setepen-Ra (Ramsés II), Hijo de Ra, Ramsés amado de Amón, dotado de vida. Yo construí los monumentos de su padre Amón que le había sentado sobre su trono. Fui asistente del rey, el Gran Sacerdote de Amón, Bakenjonsu [...]

Esta inscripción nos indica que Bakenjonsu, al igual que todos los nacidos en Egipto, fue un niño desde el momento de su nacimiento hasta los cuatro años y un joven escolar de los cuatro a los dieciséis años. Además, en este caso concreto, el personaje entró en la estructura sacerdotal y fue Sacerdote Puro de los diecisiete a los veinte, Padre Divino de los veintiuno a los treinta y dos, Tercer Profeta de los treinta y tres a los cuarenta y siete, Segundo Profeta de los cuarenta y ocho a los cincuenta y nueve, y finalmente Primer Profeta desde los sesenta a los ochenta y seis años, momento en que acaeció su muerte. Realmente su vida profesional fue una carrera sacerdotal ascendente y brillante. Sin embargo, hay que tomar con precaución este testimonio ya que, si se tiene en cuenta que alcanzó el grado de Sumo Sacerdote entre los cincuenta y nueve y los sesenta años, que lo ostentó durante veintisiete, y suponiendo que muriera inmediatamente después, la suma total de años que nos

indica el texto es de ochenta y seis. La esperanza de vida en el Egipto faraónico rondaba entre los cuarenta y cuatro y cincuenta y cuatro años para los hombres y entre los cuarenta y dos y cincuenta y ocho para las mujeres (dependiendo del periodo). Estos datos corresponderían, por supuesto, a las capas privilegiadas de la sociedad, ya que el pueblo común, sometido a un trabajo mucho más duro e incapaz de acceder a buenos médicos, fallecía a una edad mucho más temprana. Por tanto, aunque no imposible, la edad de Bakenjonsu era demasiado avanzada para aquellos tiempos.

En estos lugares no había profesores dedicados profesionalmente y de forma exclusiva a la enseñanza, sino que se trataba de una educación mucho más flexible, aunque no más relajada, que conjugaba la teoría con la práctica. Los conocimientos se adquirían a través de la experiencia del tutor y por ello era muy importante estar bajo la guía de un "profesor" que dominara la disciplina que se deseara aprender. Ésta, por supuesto, estaba complementada por otras materias imprescindibles, como por ejemplo la escritura, y otras absorbidas prácticamente por "ciencia infusa", es decir por la copia de textos de diversas disciplinas, para aprender la escritura. Por otro lado, los textos egipcios nos hablan de "maestros" desde el Imperio Antiguo. Por ejemplo, en las *Máximas de Ptah-Hotep,* de la Dinastía V, se aconseja:

[...] Actúa de manera que tu maestro diga de ti: "¡Qué buena educación le ha dado su padre! ¡Ha salido realmente de él, pues lo que le dijo su padre tomó cuerpo en él y ha superado lo que le dijo!". Mira, un buen hijo, tal como dios lo da, es aquel que supera lo que le enseñó su maestro: cumple la justicia, ya que su corazón actúa según su decisión.

A partir del Imperio Medio encontramos también la mención de las "Salas de Enseñanzas", e *Instrucciones* como las de Ani, nos dicen, al referirse a las madres:

Cuando ella te llevó a la escuela, para que te enseñaran a escribir, cada día estaba allí, cuidándote, cargada de pan y cerveza de su casa.

En esta misma línea, Amón-Najt, escriba de la Casa de la Vida, en el Imperio Nuevo, dejó un documento en el que se recogen los consejos que dio a su pupilo:

Comienzo de la enseñanza educativa, propuesta para el camino de la vida que el escriba Amón-Najt hizo para su asistente Hor-Min.

Dijo: "Eres un hombre que (sabe) oír un discurso para distinguir lo que está bien de lo que está mal. Pon atención y presta oído a mis palabras. No dejes de lado lo que te digo. Es excelente ser considerado como un hombre capaz en todo trabajo. Que tu corazón se haga como un gran dique de contención en torno al que la crecida bulle. Acepta mis palabras en todo su alcance. No te niegues a guardarlas. Pon los ojos en cada profesión y en todo cuanto está puesto por escrito: serás instruido en los asuntos y verás que son excelentes las ideas que tengo. Lo que me asusta es un largo informe que no está en buen lugar. Haz tu corazón paciente en sus prisas ¡Ojalá hables solamente cuando te llaman! ¡Ojalá te conviertas en escriba y visites la Casa de la Vida! Hazte como un cofre de escritos [...]

Por otro lado la *Sátira de los Oficios* aconseja:

Yo quisiera que ames los libros más que a tu madre, y quisiera que su belleza penetrara en tus ojos. Ser escriba es la más grande de todas las profesiones. No hay nada parecido a ella en todo el país.

[...] Si sales de la escuela después de anunciarse el mediodía, mientras marchas por el vestíbulo de la institución, discute todavía el final de cada lección.

El tema no deja de presentar controversias. Mientras que unos son de la opinión de la existencia de escuelas y de maestros, otros creen que, aunque la enseñanza se llevara a cabo, no existían instituciones dedicadas exclusivamente a tal tarea. Sin embargo los textos no cesan de hablarnos de centros donde se enviaba a los hijos para recibir una educación y una profesión específica, incluso, como hemos visto, nos hablan de descansos al mediodía.

Por otro lado, algún texto de Baja Época, como por ejemplo *Las Instrucciones de Anjshesonq*, un sacerdote de Ra en Heliópolis, indican que existían momentos más favorables que otros para mandar por primera vez a un hijo al centro de enseñanza:

No envíes a tu hijo a la escuela en la puerta de un almacén, durante un año de carestía.

Como ocurre en la actualidad, llevar un hijo al "colegio" era caro. La enseñanza podía pagarse de muy distintas maneras, entre otras, por medio de la entrega de una parte de la producción de las tierras de la fami-

lia. Durante el tiempo que el alumno se encontraba recibiendo la instrucción era cometido de los padres el surtirle de una alimentación básica, que debían llevar a la escuela. Algunos documentos nos mencionan tres rollos de pan y dos jarras de cerveza de cebada, aunque hay ciertas dudas en cuanto si estas vituallas eran realmente para el alumno o si se entregaban como pago al "profesor". El texto de Ani, que citamos hace unas líneas, presenta esta dificultad. Tanto el pan como la cerveza eran los alimentos básicos de la civilización egipcia. La cerveza era distinta a la nuestra, era mucho más espesa, pero también mucho más nutritiva y la consumían tanto jóvenes como adultos. En opinión de Kemp el grado de alcohol no era excesivamente elevado.

Para la instrucción pudieron emplear libros de "texto". Éstos no eran una compilación de su alfabeto sino enseñanzas de la más diversa índole. Sabemos de los llamados *Libros de Instrucción*, entre los que podemos destacar *Las Enseñanzas de Pthahotep*, visir de Dyedkara-Isesi, empleado para la enseñanza de escribas. Igualmente, hemos de señalar el enigmático y arcaico *Kemet*, que era una de las obras de enseñanza que los escribas debían estudiar y copiar. El libro parece ser una recopilación de comienzos del Imperio Medio de un texto que sin duda era más antiguo y recogía frases, modelos de cartas y enseñanzas de sabios. Uno de los textos donde se cita es en la llamada *Sátira de los Oficios*, de la Dinastía XII, concretamente en el fragmento donde un padre cuenta a su hijo las ventajas de hacerse escriba, ya que ambos se dirigían hacia la escuela, donde el más jóven iba a instruirse:

[...] ¡Aplícate en los libros! He visto a los que fueron llamados al trabajo. Mira, nada hay mejor que los libros; son como un barco en el agua. Lee al final del Libro de Kemet y encontrarás allí el proverbio que dice: "Con relación al escriba en un puesto cualquiera de la Residencia, no sufrirá allí". Ya que satisface las necesidades del otro, ¿Cómo no va a terminar satisfecho? No he visto función comparable a ésta, de la que decirse puedan estas máximas. Voy a hacer que ames los escritos más que a tu madre, voy a presentar sus bondades ante ti. Es más grande que cualquier función; no existe en la tierra su igual [...]

Los "cuadernos" de estos estudiantes eran óstraka*, o, de forma ex-

* Estos fragmentos cerámicos se llamaron más tarde óstraka en singular y óstrakon en plural.

cepcional, papiros que habían sido borrados una y otra vez, ya que este material era caro como para ser desperdiciado en prácticas escolares. Sin embargo, recientemente, algunos autores opinan que el papiro no era tan costoso como hasta ahora se pensaba y que, por tanto, se empleaba con más frecuencia de lo que creíamos. También se utilizaban unas tablillas que se cubrían con yeso o con cera (en el Periodo Romano), donde los alumnos hacían sus prácticas, mediante la incisión sobre esta capa blanda con un punzón.

Los documentos clásicos son también una fuente de información valiosa. Por ejemplo, Diodoro de Sicilia nos relata que los sacerdotes enseñaban a sus hijos dos clases de escritura, una de las cuales denominaban "sagrada" (la jeroglífica). Igualmente recibían de su progenitor los conocimientos de geometría, aritmética y astrología para un mayor perfeccionamiento (*Biblioteca de Historia, Libro II,* 81). Además de esta enseñanza, transmitida a través del marco familiar, es posible que debieran instruirse en el seno de algunas instituciones, siempre que pretendieran acceder a puestos especializados.

El programa escolar estaba formado por clases teóricas y prácticas, pero además se acompañaba del ejercicio de algunos deportes, pruebas de puntería, etc., que servían para, además de tonificar el cuerpo, mantener la mente relajada tras tan compleja enseñanza.

Como hemos expuesto, a las funciones sacerdotales ascendían individuos de diversa procedencia. Pertenecer al culto de un dios o una diosa de primer orden no dependía de la importancia de la ciudad donde el individuo residiera, sino que, por ejemplo, tenemos conocimiento de personajes enviados por el alejado reino de Meroe a la corte egipcia que ostentaron cargos de magnitud. Sin embargo, de nuevo nos encontramos sin poder afirmar que fueran poseedores de una formación concreta y especializada.

Una de las pocas pistas que nos ofrecen los textos egipcios son las que nos informan de que, al menos en los primeros tiempos, las características precisas para acceder a los distintos grados sacerdotales eran: ser una persona de moralidad comprobada, conocedora de algunos misterios de los dioses, con dominio de sí misma, decorosa, y conocedora de las ciencias. Por tanto, un individuo laico o eclesiástico aventajado, que destacara en saber y destreza, podía acceder a puestos de responsabilidad sin necesidad de pasar por cargos intermedios. Es indudable que ésta no

fue nunca la práctica habitual, pero conocemos un número de ejemplos en los que se llevó a cabo. No obstante, hay que tener en cuenta que en algunos casos también se especifica el prototipo ideal de un miembro del clero, como veremos más adelante.

La Casa de la Vida

Es posible que La Casa de la Vida fuera una institución pedagógica y que existiera desde la Dinastía I, ya que una vasija, con el nombre de Uady, contiene un texto donde puede leerse "La Casa de la Sede de la Vida". Además, numerosos relieves y papiros de épocas posteriores nos mencionan la existencia de este lugar desde el Imperio Antiguo, pero en ninguna de las inscripciones se aclara su función concreta. Precisamente, el Museo del Louvre en París guarda en sus salas de antigüedades egipcias el fragmento del montante de la entrada a la tumba del Jefe de los Trabajos, Ajetaa, de la Dinastía III, donde puede leerse en escritura jeroglífica "Casa de la Vida". Sin embargo, localizar aquí una escuela no es más que una hipótesis de trabajo, ya que algunos autores son de la opinión que las Casas de la Vida no eran lugares de enseñanza, sino centros de documentación y archivo, lo que hoy conocemos como biblioteca. En estos centros se elaboraban o recopilaban todo tipo de tratados antiguos o nuevos relacionados con la teología y las ciencias. En cualquier caso, bajo nuestro punto de vista, podían servir para ambos usos, ya que eran verdaderos centros del saber, algo similar a lo que hoy entendemos por universidad. Un hecho consumado es el que nos indica que los Sacerdotes Lectores acudían desde los lugares donde ejercían su profesión hasta la capital, para consultar los papiros que allí se encontraban, archivados en jarras o cajas para evitar su deterioro. Los arquitectos, médicos u otros especialistas eran otros de los personajes que debían consultar los documentos, ya que en ellos se determinaba cómo se debía sanar en tal o cual caso, o como se debía construir tal santuario. Es posible que el célebre Hesira, que vivió bajo el reinado de Dyeser (Dinastía III), estudiara en uno de estos centros, ya que el personaje era Supervisor de Escribas, además de médico y dentista. Los bellísimos paneles de madera de su tumba se exhiben en el Museo de El Cairo.

Otros especialistas que requerían la consulta de antiguos documen-

tos eran los escultores, a los que, por su ocupación, se les llamaba "Los que hacen Vivir". Ellos eran responsables de que el "alma" del difunto pudiera reconocer el soporte en piedra que reproducía su figura para, una vez muerto, poder alojarse en la estatua cuando fuera preciso. Por ello, los escultores también eran sacerdotes y estaban en conexión con el clero de Ptah, ya que este dios era el patrono de los artesanos.

La función iniciática y casi mistérica en las Casas de la Vida es innegable, aunque posiblemente ésta estuviera reducida a unos cuantos individuos escogidos. Es realmente frustrante no poder indagar más sobre un lugar tan interesante, un centro que nos aportaría, sin duda, valiosísimas pistas para saber algo más de esta fascinante civilización.

Las funciones desempeñadas en la Casa de la Vida abarcaban la enseñanza tanto laica como religiosa. Muy posiblemente fue aquí donde se intentó, dentro de lo posible, aunar y encajar las diversas doctrinas religiosas. En estas escuelas se estudiaba todo lo relacionado con los dioses y con las ciencias, y es muy probable que fuera también aquí donde se estableciera el canon a seguir para la construcción de teologías, arquitectura, escultura.... Según opinión de Barry J. Kemp (1992), los religiosos que moraban en estas casas serían los que más se ajustaban a la idea que hoy tenemos de sacerdotes. Otro componente de esta escuela era el personal menor, formado, como en los templos, por artesanos, decoradores, etc. Cabe por tanto suponer que las tareas más tediosas, como la copia de antiguos tratados, fueran llevadas a cabo por los acólitos a modo de prácticas aventajadas y que un verdadero ejército de escribas, altamente cualificados y especializados (llamados por los griegos *Hierogramates*), poblaran el lugar, capitaneados por un Jefe de Todos los Escribas. Algunos de éstos se ocuparían, además, de un trabajo tan singular como la interpretación de los sueños (en griego, *Oneirocrite*), que por supuesto requería profundos conocimientos, imprescindibles para descifrar la suerte que les deparaba el destino, anunciado en los sueños.

Sin embargo, no sólo los documentos egipcios nos informan de la existencia de estos centros, sino que estas instituciones, de renombre universal en el mundo antiguo, fueron recogidas a través de viajeros grecorromanos, que las mencionaron como focos de conocimiento por excelencia, donde se encontraban los hombres más sabios, ávidos por cultivarse, y más religiosos del país.

Aunque, por supuesto, el acceso era restringido, sabemos de algunos estudiosos clásicos educados en estas casas de saber. Así, Tales de Mileto, Platón, Demócrito, Diodoro, Plutarco, Eudoxo, Pitágoras, etc., visitaron Egipto y recibieron el conocimiento de sus más sabios sacerdotes. Al parecer, para que un extranjero ingresara en uno de estos centros de ciencia y permaneciera en ellos por algún tiempo, debía de someterse a muchas de las costumbres autóctonas, como rasurarse todo vestigio de pelo de su cuerpo.

Plutarco, en su tratado *Sobre Isis y Osiris* (10, 354D), haciendo algunas consideraciones sobre el dios Amón, relata:

Esto lo testimonian también los más sabios de los griegos, Solón, Tales, Platón, Eudoxo, Pitágoras, y como algunos dicen, Licurgo también; fueron a Egipto y se relacionaron con los sacerdotes. Dicen que Eudoxo recibió instrucción de Conufis el Menfita, y Solón de Sonquis el de Sais, y Pitágoras de Enufis el de Heliópolis.

El lugar donde se localizaban está suficientemente claro. Bubastis, Heliópolis, Menfis, Amarna, Karnak, Abidos, Edfu, Sais, Esna, etc., son algunos de los centros donde se emplazaba esta institución. Repartidas en los distintos santuarios a menudo sufrieron una especialización, es decir, se centraron más en algún campo de la ciencia o de las artes. Por dicho motivo acudían a ellas aquellos interesados en recibir alguna enseñanza técnica específica. La Casa de la Vida de Hermópolis, por ejemplo, se erigió como el centro más prestigioso en cuanto a técnicas arquitectónicas se refiere. Bubastis fue punto de encuentro y aprendizaje para un buen médico, al igual que en la Época Tardía lo fueron Abidos y Sais. Dentro de todos ellos podía haber, incluso, una mayor especialización. A través de un texto denominado *Texto de la Restauración de Darío* y del *Papiro Ebers*, sabemos que la Casa de la Vida ubicada en Sais se distinguía por su conocimiento en Pediatría.

Al igual que los templos egipcios encomendados a los dioses, las Casas de la Vida también fueron consideradas un microcosmos, un mundo a escala reducida, protegido por ciertas divinidades. En el edificio se representaba mitológicamente el cielo, simbolizado en sus techos por la diosa de la bóveda celeste Nut; la tierra, encarnada en sus suelos por el dios Geb, así como otros dioses del mito osiriaco, que protegían el lugar.

Los documentos egipcios nos han legado una planta donde se reco-

noce la Casa de la Vida de Abidos. Según reza el texto, estaba formada por *«cuatro cuerpos y de un cuerpo interior recubierto de juncos»,* hoy se conserva en el Museo Británico. En el centro aparece el dios Osiris, mientras que los flancos están protegidos por Isis, Horus, Thot y Neftis (Ver Fig. 1). Aunque no se ha podido identificar con precisión el lugar donde se erigía en Abidos, pudo estar localizada en el llamado "Segundo Vestíbulo de Osiris", donde en unos nichos podían haberse archivado los rollos de papiro que contenían los textos.

Los datos que poseemos parecen indicarnos que, efectivamente, estas "escuelas" eran de grandes dimensiones y que en ellas se ubicaban numerosas dependencias, tanto administrativas como de estudio o archivo. Su conservación y restauración era deber del monarca, que delegaba en un personaje de su confianza la dirección de los trabajos. En este sentido, conocemos la inscripción de un individuo que en su estatua hizo registrar que había sido designado por el rey persa Darío para ocuparse de las labores de restauración de la Casa de la Vida en Sais, una de las más importantes del Antiguo Egipto.

Dando por cierto que en estos lugares se celebraran actos distintos a la mera enseñanza ¿qué otros usos podían tener estas dependencias? Es un hecho que allí se celebraban ritos religiosos de origen oscuro, cuyo paralelo encontramos en la fiesta de Osiris en Abidos, una de las más mistéricas e importantes que se conmemoraban en Egipto. De hecho, sabemos que los sacerdotes de la Casa de la Vida elaboraban, anualmente, una pequeña figura de Osiris con una "receta" compuesta de una serie de ingredientes concretos, como se hacía en la fiesta del dios del Más Allá en Abidos. Por medio de la magia, esta imagen rememoraba la muerte y resurrección del dios que, asesinado por su hermano Set, renacía cada año. Así, la figura elaborada en el año anterior se enterraba cuidadosamente y la nueva pasaba a sustituir a la que había perdido poder. A la nueva imagen se le practicaba la Apertura de Ojos y Boca, como a los difuntos, para infundirle "alma", y durante el proceso se la colocaba bajo la protección de dos dioses cósmicos de la Cosmogonía elaborada en la ciudad de Heliópolis, el aire Shu y la humedad Tefnut, que por otro lado serán también los protectores del recinto sagrado. Es significativo que en la Casa de la Vida se denominara Vida a esta figurilla. Por otro lado, los sacerdotes de este lugar también participaban activamente en una de las ceremonias más importantes

del Antiguo Egipto, la de Regeneración Solar del Rey, una fiesta por la cual el monarca se cargaba con la fuerza del sol del año nuevo. Era necesario que el soberano pasara una noche en sus dependencias para que se produjese esta transmutación, es decir, la gestación y el nacimiento del faraón regenerado y capacitado para gobernar Egipto.

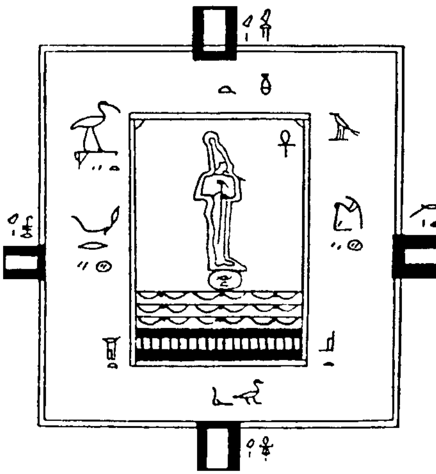


Fig. 1. Planta simbólica de La Casa de la Vida de Abidos. (British 10051).

Como suele ocurrir en muchos aspectos religiosos de los antiguos egipcios, el recinto y su simbología responden a la mezcla de los dos mitos más importantes egipcios, aquellos que dominaban todos los aspectos de su civilización. Por supuesto, nos estamos refiriendo al Solar y al Osiriaco o, lo que es lo mismo, al mito de creación por obra del Sol y al de resurrección personificado por Osiris.

Por un lado, encontramos que, tanto el nombre de los trabajadores de la Casa de la Vida como el apelativo de los libros que se guardaban en ésta, tenían una relación directa con Ra, el sol. De este modo, los primeros eran denominados Seguidores de Ra o el Personal de Ra, mientras que los segundos, es decir, los textos que se archivaban, conservaban y se elaboraban en la Casa de la Vida, eran denominados en conjunto Las Manifestaciones de Ra o las Emanaciones de Ra. Estos títulos demuestran esta marcada influencia solar, sobre todo si tenemos en cuenta que su inspiración y su redacción habían sido posible gracias a ser "Irradia-

ciones" directas del mismo dios. Por ello, los tratados que se desarrollaban en estos centros de saber no eran discutibles, ya que eran dictámenes del mismísimo dios creador, con el que todos los dioses acababan sincretizándose de alguna manera.

Las deidades protectoras del edificio eran entidades divinas del círculo heliopolitano. Por otro lado, el recinto (al menos en Abidos) parece estar encomendado a Osiris, símbolo de resurrección y patrono del Más Allá y los ángulos del mismo estaban encomendados a dioses cercanos al mito osiriaco: Isis, Neftis, Horus y Thot. Realmente, la Casa de la Vida no podía estar guardada por fuerzas mejores y más efectivas.

Como es habitual en la cultura egipcia, las preguntas se suceden sin cesar. ¿Por qué encomendar el recinto a dioses de teologías distintas, deidades aparentemente tan dispares? El dios Ra tenía muchas formas para presentarse, y en este punto es inevitable recordar la sugestiva teoría de Hornung, en la que afirma que Osiris era la cuarta forma de Ra. De este modo, se unificaban dos teorías mitológicas distintas y el resultado no era para nada un contrasentido.

Por todo ello, el apelativo dado a la figurilla de Osiris en la Casa de la Vida era, por tanto, un título completamente lógico, ya que Ra era el hacedor del mundo, de los seres y los dioses y Osiris su imagen como monarca del Más Allá. Ambos constituían una sola unidad que, además de simbolizar el concepto de "vida", representaban el equilibrio, aquel que personificaba la hija del dios solar, Maat.

Aunque sabemos que los principales templos poseían una Casa de la Vida, ignoramos su emplazamiento exacto en algunos de ellos. Cabe suponer que los grandes recintos sagrados tendrían anexas amplias Casas de la Vida, mientras que los pequeños se conformarían con filiales de éstas y que estarían relacionadas con las bibliotecas de los santuarios. De estos lugares tenemos más información y en algunos casos sabemos su situación exacta. En el templo de Tebtunis, en el oasis del Fayum, y en los de Filé, Edfu, Esna y Tod, se han conservado restos arqueológicos e inscripciones suficientes como para reconocer este recinto, y una de las bibliotecas más antiguas parece que se situó en la ciudad de Hermópolis. Igualmente, el Antiguo Egipto nos ha regalado información sobre el contenido de algunos de los libros y documentos que allí se archivaban, gracias a las inscripciones murales de los santuarios.

Los escribas que servían o estudiaban en esta institución se denominaban, desde el Imperio Medio, Escribas de la Casa de la Vida. Tenían una posición elevada en la jerarquía, ya que no hemos de olvidar que dominaban la lectura y la escritura sagrada. Ellos eran considerados intelectuales de alto rango y algunos ostentaban una especialización más, ya que tenían los títulos de Escriba de los Libros Divinos, Escriba de las Divinas Escrituras del Estado de Amón, etc. Una tumba en Tebas, datada bajo el reinado del famoso Ramsés II, que perteneció a un personaje llamado Amenuahsu (Nº 111), es uno de los elementos más valiosos para conocer los quehaceres de la Casa de la Vida.

La variedad de acreditaciones que poseían los escribas demuestran su especialización y las diferentes funciones que debían de cubrir. La base de sus escritos eran delicados y laboriosos papiros que no podían, en ningún modo, estropearse por las manos torpes de un principiante, aunque también se utilizaban la piel y los óstrakon (fragmentos de caliza).

Además de servir en La Casa de la Vida los escribas se encontraban asignados al santuario donde ésta se situara y por tanto, servían a un dios concreto.

Otros de los sacerdotes adscritos a estos centros denotan, por sus títulos, que estaban relacionados con asuntos más conectados con la monarquía, como nos indica el de Director de los Dos Asientos en la Casa de la Vida. Los dos asientos se refieren a los dos tronos del monarca, es decir a los sitiales que representaban su gobierno sobre el Bajo y al Alto Egipto o lo que es lo mismo su regencia sobre todo el Valle del Nilo. Igualmente, conocemos otros cargos asociados a este centro como es el de Sacrificador de la Casa de la Vida, relacionado con la inmolación de animales que este individuo debía supervisar para que los sacrificios rituales se llevaran a cabo, tal y como requería la regla, y para determinar si estos animales eran aptos para la ofrenda. Aunque algunos de ellos portaban títulos que pueden denotar una función secular, los oficios religiosos también eran numerosos.

Un curioso texto, digno de mencionar, es aquel que escribió para la Casa de la Vida un personaje llamado Amenopet, autor del llamado *Onomasticón*, un meticuloso documento de finales de la Dinastía XX que, dividido en secciones, agrupa, entre otros, conceptos, palabras, ocupaciones y cargos sin más explicación, haciendo un verdadero inventario,

un admirable vocabulario de lengua egipcia. Sin embargo no es el único, ya que desde el Imperio Antiguo se conocen documentos del mismo tipo.

Los sacerdotes más sabios eran los que llevaban las riendas en la Casa de la Vida. Ellos debían conocer a la perfección la escritura jeroglífica, hierática y en el último periodo de la civilización el demótico, consagrándose a su estudio. También debían de tener sólidos conocimientos religiosos, médicos, farmacológicos, matemáticos, geográficos, etc.

Conocemos tratados especializados donde se recogen conocimientos de lo más variado. Por ejemplo, en el *Papiro Anastasi I*, se recopila la geografía de Asia; el *Papiro Abbot*, muestra algunos remedios médicos; el *Papiro de Kahun*, se relaciona con la Ginecología y el *Papiro Veterinario* (también de Kahun) de la Dinastía XII, detalla los conocimientos sobre los animales. Además existían diversos papiros ceremoniales de uso exclusivo del templo.

En uno de los centros de "archivo" más importante, la biblioteca del templo Ptolemaico de Edfu, se recoge una larguísima lista de libros tan curiosos y variopintos como:

**El Libro de los Servicios que hay que Mantener en los Templos.*
**Libro para la Dirección del Culto.*
**Libro de Conocer las Ofrendas Divinas y Todos sus Detalles.*
**Libro de Apaciguar a Sejmet.*
**Instrucciones para la Decoración de una Pared.*
**Libro del Inventario del Templo.*
**Fórmulas para Rechazar el Mal de Ojo.*
**Conocimiento de los Retornos Periódicos de los Astros.*
**Libros para Cazar un León, Rechazar a los Cocodrilos, Rechazar a los Reptiles.*
**Libro de Conocer Todos los Secretos del Laboratorio, etcétera.*

Además de los ya expuestos, en las bibliotecas desempeñaban su trabajo otra clase de sacerdotes, los llamados Sacerdotes de Seshat. Ésta era una diosa muy antigua relacionada con la escritura y, por tanto, con esta clase de centros.

Una de las funciones más importantes de la Casa de la Vida era la elaboración y redacción de los nombres reales cuando acontecía la as-

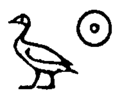
censión al trono del soberano. Era menester anunciar al futuro monarca con sus cinco nombres oficiales, según requería el protocolo, sobre todo, su nombre de coronación y sus nuevos títulos. Como ya hemos dicho, algunos de ellos habían sido redactados y archivados en la Casa de la Vida en función del sentido mágico que se quisiera enfatizar, mientras que otros lo habían acompañado desde su nacimiento. Estos nombres son los siguientes:

–Un ***nombre de Horus o Nombre Horiano*** . El más antiguo de todos los que poseía el rey. Se remonta a época tinita.

–Un ***nombre Nebty*** *(El que Pertenece a las Dos Señoras)* , es decir, la cobra, representante de la diosa Uadyet de Buto, y el buitre, personificación de la diosa Nejbet de El-Kab. Otro modo de personificar al Norte y al Sur.

–Un nombre de ***Hor Nub*** *(Horus de Oro)* , que identificaba al rey con el oro del que míticamente estaba hecho el dios halcón. Le otorgaba divinidad.

–El nombre ***Nesut bity*** *(El de la Caña y la Abeja)* , denominado *Prenomen*. Simbolizaba la caña al Sur y la abeja al Norte. Este título ya se encontraba en la Dinastía I. Era el nombre tomado por el rey en la coronación.

–El Nombre de ***Hijo de Ra*** , conocido como *Nomen*. Éste era el que recibió el monarca en su nacimiento.

Los dos últimos se introducían en el interior de un *cartucho*,  es decir, un óvalo con una barra perpendicular en uno de los extremos más estrechos, unida a aquél por un nudo. Era un símbolo solar.

Era preciso, por tanto, que todo Egipto fuera consciente de la ascensión del nuevo Horus y conociera los nombres que se le habían dado, para que pudieran ser inscritos en su tumba, en los templos y en los documentos oficiales. Distintas comisiones se encargaban de redactar los documentos que se enviaban hasta los más alejados *Nomos* del país.

En el Valle del Nilo, la pérdida del nombre, o simplemente el hecho de que éste fuera "machacado" tras la muerte, conllevaba, sin remedio, a que el rey, o cualquier otro mortal, no pudiera disfrutar de vida en el Más Allá, ya que al carecer de denominación simplemente dejaba de existir. No obstante, aunque algunos reyes sufrieron esta clase de persecución (Hatshepsut y Ajenatón, entre otros), sus cartuchos permanecieron siempre escondidos en algún lugar y, pese a los deseos del clero o de algún monarca, sus nombres no fueron completamente eliminados, bien por piedad o por la ignorancia de los trabajadores encargados de llevar a cabo tal persecución. Curiosamente, algunos de estos intentos no tuvieron el efecto deseado, ya que, paradójicamente, provocaron, con la acción de machacar la piedra, un trabajo tan minucioso que dejaron los contornos del texto inscrito, de manera que, todavía hoy, muchos pueden leerse.

Además de las citadas Casas de la Vida, sabemos que durante el Imperio Medio existieron también otras instituciones "escolares" llamadas Casas de Instrucción. Estaban relacionadas con el palacio y los templos, y en ellas se podía acceder a una enseñanza menos especializada y relacionada con asuntos más terrenales.

El ingreso como sacerdote

Tras la graduación, el candidato al clero debía someterse a algún tipo de examen, según nos indica el *Papiro Tebtunis II*, aunque es posible que esta práctica no fuera efectiva hasta la Época Tardía. Una vez superado, se celebraba una especie de ceremonia de investidura, consistente en quitar los atuendos del alumno, hacer un baño ritual, depilarle el cuerpo, perfumarle con ungüentos y revestirle con el hábito sacerdotal. Aunque de esta ceremonia la información es bastante escasa, cuando el Ritual de Instalación incumbía a personajes del Alto Clero los textos de la Época Ptolemaica nos describen el rito del modo siguiente: en primer lugar un bautismo como símbolo de renacimiento en el nuevo cargo y, a continuación, ritos de iniciación en una intimidad total.

Aunque las fuentes egipcias no son generosas en cuanto a la información de los requisitos necesarios para formar parte del cuerpo sacerdotal, sí nos ofrecen datos que nos ayudan a comprender cual era el prototipo ideal que se esperaba y deseaba para un miembro del clero. Un príncipe

de la ciudad de Hermontis, que fue Director de los Profetas (sacerdotes) de Montu en la Dinastía XI, hizo redactar la siguiente inscripción:

Que conozca las ofrendas de los templos, experimentado acerca del momento de traerlas; apartando de ellas sus tabúes; que conozca lo que su corazón desea respecto a todos los dioses, respecto a lo que corresponde; que conozca el pan de todos los dioses entre las restantes ofrendas; que conozca las imágenes sagradas de las enseñas de distrito e, igualmente, todas sus estatuas; lo que toca al santuario se abre para él; que conozca la casa de la mañana, que penetre por sus puertas [...] De lo que ha colocado en su corazón sale de sus labios.

En el caso de que el puesto a ocupar fuera el de Sumo Sacerdote, el candidato recibía del rey dos anillos de oro, un báculo o un bastón de mando, también de oro, mientras el soberano recitaba unas palabras que daban al cargo categoría ante dioses y hombres. Ciñéndonos de nuevo a un hecho concreto, podemos citar como ejemplo a Nebuenenef, Primer Profeta de Onuris y de Hathor en Dendera y además Primer Profeta de Amón investido bajo el reinado de Ramsés II. En su tumba de Tebas (TT 157) quiso inmortalizar el momento de tomar posesión del puesto. Está fechado el día 1, del año 1, del tercer mes de la estación de la Inundación.

[...] Su majestad le dijo: tu serás nominado Gran Sacerdote de Amón, sus tesoros y sus graneros estarán bajo tu sello. Tu serás el superior de su templo; todos sus aprovisionamientos serán puestos bajo tu autoridad. [...]

Más adelante continúa diciendo:

[...] Su majestad ha dado a Nebuenenef, sus dos anillos de oro (que le servirán como sello oficial) y su bastón de oro fino. Ha sido nombrado Sumo Sacerdote de Amón, Supervisor de las Dos Casas de Oro y Plata, Intendente del Doble Granero, Jefe de los Trabajos y Director de todos los Cuerpos de Artesanos en Tebas. El rey ha enviado a un mensajero para anunciar a todo el país que le ha sido concedida la Casa de Amón, todos sus bienes y todas sus gentes.

A continuación un mensajero debía recorrer el país para que todas las gentes tuvieran conocimiento del cambio que se había producido.

Capítulo III

LOS DEBERES MORALES DEL CLERO

He dado pan al hambriento, vestido al que estaba desnudo. He ungido a aquel que no lo estaba. He calzado al que iba descalzo. He dado esposa al que no tenía mujer.

Biografía de Anjtyfy

Los sacerdotes en el Antiguo Egipto tenían una serie de derechos simplemente por servir a un dios, pero, como es natural, también debían cumplir un código de conducta moral que incluía deberes y obligaciones, reglas estrictas relacionadas con la limpieza, el vestido, la alimentación, la actividad sexual, etc.

En los templos servían sacerdotes, sacerdotisas y personal laico, sin que esto supusiera la más mínima contradicción. Tanto unos como otros podían contraer matrimonio, tener hijos y llevar una vida privada, que muy frecuentemente conllevaba el ejercicio de una segunda profesión. El hecho de ser sacerdote no implicaba que el individuo no pudiera acceder a cargos civiles de gran importancia y que ambos fueran desempeñados simultáneamente, aunque la actividad secular debía realizarse cuando no se encontraban en los periodos de servicio en el templo. Por otra parte, las mujeres podían y debían ocuparse de la casa y de los niños. La unión conyugal no era un impedimento, salvo algunas excepciones que luego mencionaremos.

Según Diodoro de Sicilia (*Biblioteca de Historia, Libro II*, 80), los sacerdotes desposaban a una sola mujer, aunque ésta no debió de ser una

norma obligada, ya que nos han llegado casos en los que, a través de los textos, se menciona a más de una cónyuge. Sin embargo, debemos ser cautos, pues, debido a la elevada mortandad, en muchas ocasiones esta segunda esposa podría haber sido tomada como tal cuando la primera había fallecido, o podía tratarse simplemente de un matrimonio celebrado tras un "divorcio" y no de casos de poligamia. La poliandria (el matrimonio de una mujer con más de un hombre) parece que no se practicó.

Tanto las palabras "matrimonio" como "divorcio" han de ser tomadas con precaución. El primero no requería una ceremonia religiosa o civil, como actualmente, y sólo se establecían los asuntos económicos, de forma privada, para asegurar una vida digna tras la posible separación. El Estado no registraba los matrimonios. Los documentos privados que afectaban al enlace se realizaban indistintamente, bien en el momento en que ambos cónyuges comenzaban a convivir o tiempo después. No era necesario que el hombre y la mujer pertenecieran a la misma escala social, ni siquiera que fueran de la misma raza, es más, se han detectado matrimonios entre individuos libres y prisioneros de guerra o servidores, con la única condición de que fueran liberados con anterioridad a la convivencia. Pese a todas estas salvedades, durante el Período Tardío parece que la vida en común estaba algo más institucionalizada y que entonces era costumbre cumplir determinados ritos de orden social antes de convivir bajo un mismo techo. Bajo nuestro moderno punto de vista parece asombroso que unas simples frases fueran las que convirtieran a la pareja en "matrimonio": *Yo me doy a ti, yo te he hecho mi esposa o tú me has hecho tu esposa,* eran los únicos requisitos para oficializar la unión. En cuanto al "divorcio" tampoco existían unas leyes concretas para determinar la separación de bienes, sino que obedecía a un acuerdo privado hecho a la esposa y a la familia en el momento del enlace. Generalmente estas condiciones favorecían a la mujer y debían de ser respetadas. Como en el matrimonio, el "divorcio" se hacía efectivo mediante la simple pronunciación de unas palabras. Aunque lo más frecuente era que el hombre repudiara a la mujer. A partir del Imperio Nuevo se conocen casos en los que ocurre a la inversa. Tras la "separación" ambos eran libres de volver a unirse con la persona que desearan sin que ésto supusiera un lacra social.

Existía también la adopción de un hijo y éste era tratado tal y como si fuera hijo natural, teniendo derecho a la herencia paterna tanto del

padre putativo como del padre original. Tenemos conocimiento de la existencia de papiros donde se registraron estas adopciones.

La homosexualidad masculina parece que fue tolerada, aunque no se registra explícitamente en los documentos. Existen referencias a estas prácticas que se refieren al rey Pepy II, relacionándolo con su general Sasenet. El texto forma parte del *Cuento del Rey Neferkara y el General Sasenet*, compilado, entre otros lugares, en el *papiro Chassinat I* datable desde la Dinastía XVIII a la XXV:

Sucedió que la majestad de rey del Alto y Bajo Egipto, Neferkara, el Hijo de Ra (Pepy), justo de voz, era el rey benéfico de este país entero. El Noble Hereditario, (Príncipe), [...] de su Persona, el [...] llamado Iti [supo del (?)] amor (del rey por) el general Sasenet, en cuya [casa entera] no había mujer. El general Sasenet salió a pasear para distraerse [...] (el rey) Teti, justo de voz [...].

Igualmente sabemos de casos de homosexualidad que se dieron entre los sacerdotes del templo de Jnum en Elefantina, a los cuales haremos alusión en el capítulo XV.

La mitología también recoge, incluso, un encuentro de este tipo protagonizado por Horus y Set. Strouhal (1992) es de la opinión de que «estaba desaprobada en Menfis, pero tolerada en cualquier otra parte». Las *Máximas de Ptahotep* de la Dinastía V aconsejan:

No te acuestes con un muchacho, pues sabes que lo que está prohibido se hará necesario a su corazón y que nunca podrá calmar lo que tiene en el cuerpo. Que no pase la noche haciendo lo que está prohibido, de forma que pueda calmarse después de haber reprimido tu deseo. (Lévêque, 1984).

En relación con el lesbianismo, carecemos de toda pista material o mitológica que nos ayude a comprender si realmente fue practicado.

Como ya hemos mencionado, el clero en Egipto podía actuar de forma privada en trabajos profesionales especializados para los cuales estuvieran facultados. Así encontramos, por ejemplo, a médicos de cabecera, especialistas o médicos-magos. Como veremos al tratar a los Sacerdotes de Sejmet, la práctica de la medicina estaba estrechamente relacionada con el sacerdocio. Normalmente el cuerpo de médicos estaba formado por hombres, aunque se conoce la existencia, muy puntual, de personajes femeninos que ya en la Dinastía IV ejercieron esta ocupación.

Existían compilaciones que recogían la actitud moral adoptada por los egipcios, recomendada de padres a hijos y que por tanto se esperaba que los sacerdotes debían practicar. Así, *Las Sabidurías de Ani*, un texto donde se agrupan los consejos de un padre a su hijo (ambos de clase media), datable en el Imperio Nuevo, refiriéndose al dios y al clero ofrece las siguientes recomendaciones:

XI.– No grites en el templo del Dios; le horrorizan los gritos. Cuando has orado con un corazón amante, aunque tus palabras queden ocultas, él atiende a tus necesidades, porque oye lo que dices y acepta tu ofrenda.

XXVII.– Ellos (los dioses) saben si un hombre pasa hambre o si está harto en su casa, aunque sus paredes lo oculten.
XXVIII.– No seas cobarde y tu dios te concederá posesiones.

XXXVII.– Haz ofrendas a tu dios y procura que no te deteste. No interrogues a su imagen; no avances sin recato cuando él aparece (en su procesión); no te acerques demasiado a él para llevarlo. No arranques la cortina, guárdate de descubrir lo que le protege. Que tus ojos observen sus manifestaciones de cólera; en su nombre, besa la tierra. Él concede el poder bajo millones de formas; es engrandecido el que lo engrandece. El dios de este país es el sol por encima del horizonte. Sus estatuas están en la tierra y el incienso se le da por alimento cada día, a fin de devolver las fuerzas al señor de la diadema.

XLIV.– El éxito no les pertenece a los hombres; uno es su plan y otro es el del Señor de la Vida.

Otro texto, denominado *Las Enseñanzas de Amenemopet,* dirigido a su hijo pequeño, sigue el mismo canon:

VI,1.– En cuanto al impulsivo en el templo, es como un árbol que crece demasiado abrigado, el brote de sus ramas sólo dura un momento y acaba en la hoguera; las aguas lo llevan lejos o las llamas son su sábana.

Pero el verdadero silencioso, que se puso aparte, se parece a un árbol que nació en un prado. Tiene verdor, duplica su cosecha, se yergue ante su poseedor; sus frutos son dulces, agradable su sombra, y acaba en el jardín (o en su estatua divina, dependiendo de la traducción).

VI,15.– No engañes sobre las porciones del templo; no seas avaro y encontrarás la abundancia. No abuses de un servidor del dios.

VIII,15.– Ara tus campos y encontrarás todo lo que necesitas; saca tu pan de tu era. Más vale una medida que te da el dios que cien mil ganadas no honradamente.

IX,5.– Más vale la pobreza en la mano del dios, que riquezas en el almacén. Más vale pan con alegría del corazón que riquezas con tormentas.

XI,1.– Encontrarás tu lugar en la casa del dios y participarás de las ofrendas hechas a tu señor.

XV,20-XVI,1.– No hieras a un hombre (con) tu pluma en el papiro; el dios siente horror de eso.

Con estos ejemplos, y muchos más que podrían citarse, podemos vislumbrar un código ético que los egipcios debían respetar, presente en todos los aspectos de esta refinada civilización.

Los cargos sacerdotales podían ser acumulativos. A un personaje le estaba permitido pertenecer a distintos cleros, no sólo de su ciudad, sino también de localidades repartidas en la geografía egipcia y podía tener jerarquía distinta en cada uno de ellos. A modo de ejemplo vamos a recoger un solo texto, que, aunque de un periodo avanzado (la Baja Época), documenta esta costumbre tan arraigada en el Valle del Nilo. El personaje se llama Nesmin y su estatua está hoy alojada en el Museo Británico (BM 10188). El acopio de cargos religiosos es realmente asombroso, tanto que se nos hace muy difícil pensar que oficiara simultáneamente en todos ellos. Posiblemente éstos habrían sido desempeñados en épocas distintas de su vida y quizá algunos eran meramente honoríficos:

Padre del Dios, Sacerdote de Amonrasonther, Sacerdote de Amón de Cuernos Puntiagudos, Alcalde del Tesoro del Dios Amón en la Segunda Phylae, Delegado de Amón de la Segunda y Cuarta Phylae, Sacerdote de Jonsu en Benenet, Sacerdote de Osiris Abridor de Ished, Sacerdote de Osiris en Isheru, Sacerdote Puro del Templo de Ra en el Techo del templo de Amón en la Segunda Phylae, Sacerdote de Amón de las Altas Plumas en Ipetsut, Escriba de Amón de la Tercera Phylae, Sacerdote de Neferhotep el Gran Dios, Sacerdote de Osiris, Horus, Isis y Neftis del Templo de Hu, Sacerdote de Neferhotep Protector de Vida, Sacerdote de Min, Sacerdote de Hathor Señora de Hutsejemu, Sacerdote de Mehyt, Sacerdote de Atum Amit de Hutsejemu, Sumo Sacerdote de Neferhotep, Delegado de Neferhotep en la Cuarta Phylae, Sacerdote de los dioses de Hu, Sacerdote de Horpara el Joven, Pri-

mero en Poder y Grandeza de Amón, Sacerdote de Neferhotep el Joven, Sacerdote de Sacerdotisas de los Dioses del Templo de Hu.

Formando parte de los innumerables sacerdotes que tenía un gran templo encontramos a unos personajes importantísimos, aquellos que controlaban el acceso al mismo. Éstos debían de ser de toda confianza, ya que el santuario guardaba no sólo al dios, de por sí sagrado, sino que también tenía gran cantidad de objetos preciosos que debían ser custodiados; éste era el "tesoro del dios". Todos los bienes más preciados que el templo poseía eran depositados en los Almacenes del Tesoro, donde se guardaban los objetos mas diversos: metales nobles, fragantes resinas, maderas de gran calidad, piedras preciosas y semi-preciosas, tributos extranjeros, etc. Todo ello se encontraba bajo la cuidadosa supervisión y guarda de un Intendente, responsable de su tutela, de su cómputo y de su registro.

Son frecuentes las inscripciones que recuerdan a estos miembros del clero sus deberes y obligaciones. En ellas se insiste en el deber de impedir el paso a todo extraño, pero también les recuerdan sus responsabilidades en cuanto a alimentación e higiene y puntualizan que no deben dejarse chantajear ni intimidar por personajes de alta alcurnia o por gente del pueblo. Con ello se pretendía concienciar a los sacerdotes-porteros para que no fueran pasto de la corrupción. Como es de suponer, en cualquier grupo humano existe aquel que no puede resistir la tentación de hacerse con un *"dinero"* extra y los sacerdotes egipcios no fueron una excepción. Una imagen aparentemente modélica es precisamente eso, una apariencia, que nos aparta un tanto de la realidad, como veremos en el capítulo referente a la integridad y corrupción de los sacerdotes.

Los textos nos hablan de hombres y mujeres refinados, parcos en la bebida, devotos y fieles a su ideología. Esta estampa tampoco parece válida para la generalidad. En Egipto se conocieron escandalosos casos de corrupción, que en momentos concretos involucraron a la totalidad del sacerdocio de un clero determinado. De igual modo, sabemos que hubo auténticas "vidas ejemplares", cuyos exponentes más destacados son: el Sumo Sacerdote de Heliópolis, Imhotep, constructor de la pirámide escalonada del rey Dyeser, en la Dinastía III; un personaje de origen humilde llamado Amenhotep, hijo de Hapu, que fue Gran Celebrante de Amón, con atribuciones paralelas al Primer Servidor (sacerdote) del

Dios y que vivió bajo Amenofis III. Este hombre fue divinizado junto a Imhotep en la Baja Época, lo que nos indica las cualidades intachables de ambos. En el mismo caso tenemos a Jaemuaset, hijo de Ramsés II, Gran Sacerdote de Menfis. Poseedor de grandes conocimientos, se preocupó por estudiar documentos de épocas más antiguas y restauró monumentos de sus ancestros. Finalmente mencionaremos al Sumo Sacerdote de Thot, en Hermópolis, Petosiris, que vivió durante el reinado de Filipo Arrideo, un modelo de piedad. A todos ellos los volveremos a encontrar más adelante.

La visión del historiador Heródoto, que visitó Egipto en la Dinastía XXVI, habla de *hombres extraordinariamente devotos*, idea que compartió Porfirio. Este filósofo neoplatónico, enemigo del cristianismo, destacó las cualidades del sacerdocio egipcio, explicando el por qué de su virtudes desde su punto de vista:

[...] al estar siempre en contacto con la ciencia, y con la inspiración divina, ahuyentan la avaricia, reprimen las pasiones y estimulan la vitalidad de la inteligencia. Ellos practican la sencillez en el vivir y en el vestir, la templanza, la austeridad y el desinterés [...]

Pero no todos los clásicos fueron tan magnánimos con esta civilización. En contrapartida, el poeta satírico Juvenal, del que curiosamente la leyenda cuenta que estuvo desterrado en Egipto, en la sátira decimoquinta, hizo una crítica mordaz del sacerdocio y de las costumbres religiosas del pueblo:

¿Quién ignora, Velusio Bitínico, que los egipcios son locos adoradores de monstruos.? Unos rinden culto al cocodrilo, otros sienten espanto ante el Ibis, atiborrado de serpientes; brilla de oro la estatua del mono catirrino; se adora el lugar donde resuenan los sonidos armoniosos de la estatua de Memnón y donde yace la vieja ciudad de Tebas enterrada con sus cien puertas. Aquí adoran a los gatos, en otro sitio a los peces de los ríos, más allá toda la ciudad venera a los perros, nadie a Diana. Es un sacrilegio ultrajar, hincándoles los dientes, a los perros y a las cebollas. ¡Bienaventurados pueblos que ven nacer en sus huertos estas divinidades!. En ninguna mesa se sirven animales de lana; allí es acto sacrílego estrangular un cabrito y en cambio se puede comer carne humana.

[...] Egipto es ciertamente salvaje, pero en cuanto a depravación -según he po-

dido observar- no le va a la zaga esta bárbara turba a la ciudad de Canope (una ciudad situada en el Delta).

El último párrafo del texto de Juvenal que aquí recogemos, hace referencia a una fiesta que se desarrollaba en las ciudades de Ombos y Tentira, donde se escenificaban acontecimientos míticos agresivos, cargados de odio simulado que el autor no supo interpretar y, tomándolos como reales, provocó en él un profundo escándalo. Vemos por tanto que incluso entre los clásicos no había acuerdo y que, como siempre, todo depende del enfoque que se de a los acontecimientos.

Capítulo IV

TABÚES, HIGIENE Y PROFILAXIS

Cuando fui circundado junto a 120 hombres, no hubo nadie a quien yo golpeara, ni hubo nadie a quien yo arañara, y ninguno que me arañara a mí entre ellos [...].

Estela de Naga ed-Deir.

Los textos nos informan de los distintos requisitos y deberes que un sacerdote al servicio de los dioses debía cumplir. Casi todos ellos son de orden higiénico y profiláctico, y sobre todo están encaminados a aconsejar una vida recta y edificante con la que dar ejemplo.

Teóricamente era condición imprescindible el que los miembros del clero no tuvieran ningún defecto físico, su "pureza" debía ser tanto moral como corporal. Como suele ocurrir, de la teoría a la práctica va un abismo y conocemos casos en los que, a modo de ejemplo, se muestran síntomas de polio padecida en la infancia y arrastrada a lo largo de toda la vida.

La circuncisión era una práctica tradicional del clero, que poco a poco se fue haciendo habitual, de hecho, a partir de la Época Baja, se hizo obligatoria. Los relieves de las *mastabas* (enterramientos privados del Imperio Antiguo) recogen escenas de esta pequeña intervención y más tarde Heródoto (II, 37), también refleja esta costumbre:

[...] Practican la circuncisión por razones de higiene, pues prefieren ser limpios a tener mejor aspecto.

El método parece que siempre fue el mismo: el paciente se situaba en

pie, a sus espaldas un sacerdote le sujetaba para impedirle todo movimiento, y sentado en el suelo, otro más, con un cuchillo en su mano, procedía a la llevar a cabo la operación.

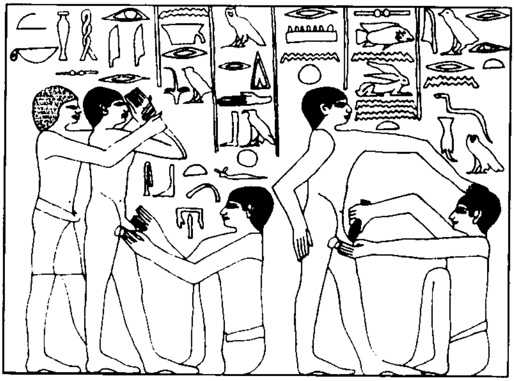


Fig. 2. Escena de circunsición de la tumba de Anjmahor en Sakkara. Dinastía VI.

La circuncisión debía de ser un acto ritual de máxima importancia, pero no sabemos cual era el criterio para que fuera llevada a cabo, ya que no siempre se practicaba. Sin duda era una medida higiénica, pero muy posiblemente esta finalidad fuera desconocida por los egipcios, que le dieron un sentido más unido con la religión y con el paso de la pubertad. Por otro lado, existen datos que nos informan que tales intervenciones se llegaron a realizar incluso en grupos de 120 individuos, a modo de ceremonia con un marcado sentido religioso, según se desprende de una estela procedente de Naga ed-Deir del Primer Periodo Intermedio, cuyo texto parcial citamos en el encabezamiento de este capítulo. La pequeña operación la ejecutaban siempre los sacerdotes, generalmente los Servidores del Ka, tanto si se trataba de miembros del clero como de personajes seglares. Aunque no tenemos referencias concretas que nos indiquen la edad en la que ésta se llevaba a cabo, los relieves muestran a personajes adultos, quizá jóvenes, que de este modo dejaban atrás la pubertad a los catorce años aproximadamente. Algunos autores son de la opinión de que la circuncisión se practicaban a una edad más temprana, entre los seis y los doce años, en cualquier caso, hemos de fiarnos de las representaciones murales, ya que no hay ningún texto que indique el momento

de la vida en la que se realizaba. Al ser una ceremonia de orden religioso, requería que se llevara a cabo con instrumentos concretos. Así, sabemos que la herramienta empleada para la operación era un arcaico cuchillo ritual de sílex, utilizado también en la ceremonia de momificación para hacer la incisión en los cuerpos de las momias y en un rito imprescindible para el renacimiento, denominado Apertura de la Boca. Éste ha sido interpretado como un primitivo instrumento quirúrgico y relacionado, según Ann Macy Roth (1992, 1993), con el que usaban las antiguas comadronas para cortar y atar el cordón umbilical. En los primeros tiempos tenía un extremo triangular, que pasó a evolucionar hacia lo que ha venido denominándose "Cola de Pescado", y el otro extremo en forma de asa.

En el caso de que el candidato al sacerdocio no se le hubiera practicado esta operación antes de formar parte del clero, se realizaba antes de entrar al servicio del dios.

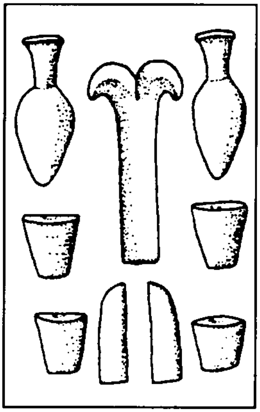


Fig. 3. En el centro, cuchillo de sílex de Imperio Antiguo para la ceremonia de la Apertura de la Boca. Se empleó también para la circunsición.

Los casos de circuncisión femenina (clitorictomia) no parecen encontrarse en esta civilización. Las momias de mujeres que han sido estudiadas tienen sus órganos sexuales completos. Sin embargo, Strouhal (1994) afirma haber encontrado textos en los que se hace referencia a *"vírgenes circundadas"*. En cualquier caso no parece ser costumbre de este pueblo y la referencia quizá podría tener otra interpretación.

Otra medida higiénica consistía en la depilación total del cuerpo entero cada 2 ó 3 días incluyendo el cráneo y según Diógenes Laercio (VIII, 8, 87), también las cejas y las pestañas, ya que, a partir del Imperio Nuevo, éste era un símbolo de pureza. Por supuesto, el hábito fue también recogido por Heródoto (II, 36 y 37,2):

Los sacerdotes se afeitan todo el cuerpo cada dos días, para que ningún piojo u otro bicho repugnante cualquiera se halle en sus cuerpos mientras sirven a los dioses [...]

[...] En los demás países los sacerdotes de los dioses llevan el cabello largo, sin embargo en Egipto se lo afeitan.

Aparentemente a los clásicos les llamó la atención esta costumbre, ya que Plutarco es otro de los personajes que toca la costumbre relativa al afeitado en su tratado *Sobre Isis y Osiris* (3, 352C), pero también nos da nuevos datos sobre el vestido. En este caso, se trata de un bellísimo fragmento de tinte moralista:

[...] Pues ni las barbas largas, Clea, ni el llevar mantos hace filósofos, ni los vestidos de lino, ni un afeitado total hace devotos de Isis, sino, es Isíaco verdaderamente aquél que, cuando recibe por vía legal de la tradición lo que se enseña y practica en relación con esas divinidades, examina e investiga profundamente sobre la verdad que hay en ello[...]

Si tan preocupados estaban por la higiene, era inevitable que también tuvieran estipulada la obligación del lavado. Egipto es un país muy caluroso donde esta práctica se hace más necesaria que en otros territorios. Por otro lado, el agua era muy accesible, ya que el país estaba surcado de Sur a Norte por uno de los ríos, a nuestro juicio, más hermosos del planeta, el Nilo.

Los miembros del clero debían purificarse mediante abluciones rituales, que consistían en un baño realizado dos veces a lo largo del día. El primero se llevaba a cabo poco antes de amanecer y de comenzar los ritos y el segundo en la noche. A veces este lavado nocturno se repetía dos veces. ¿Era necesario que se realizara en algún lugar concreto? Los baños rituales tenían lugar en el lago sagrado del templo o bien en altares con agua del Nilo, que no se calentaba, en analogía con el mítico renacimiento en las aguas primordiales, es decir, rememorando el momento en que la tierra y la vida habían surgido por primera vez de las aguas del océano primordial Nun, que dominaban todo. En los templos del periodo Ptolemai-

co, como por ejemplo en Edfu, las purificaciones se realizaban en un lugar denominado La Casa de la Mañana, ubicado dentro de la Sala Hipóstila.

Estos lavados incluían enjuagues de boca y limpieza de dientes con natrón diluido en agua. El natrón era un agente desinfectante, lo que hoy conocemos por bicarbonato sódico o carbonato sódico. También debían proceder al aseo de las orejas, antes de entrar en el recinto sagrado, y frotarse el cuerpo vigorosamente con determinados aceites perfumados. Los óleos y los ungüentos tenían en Egipto, además de fines religiosos, funciones curativas y servían también para perfumar. Finalmente era necesario que portaran en sus manos incienso purificador que quemaban en un incensario para disipar a las fuerzas del mal.

De todo lo expuesto se puede sacar la conclusión de que con la limpieza se obtenían dos beneficios simultáneos: el pulcro aseo y la purificación con las aguas primigenias, consiguiendo así, de forma mágica, el renacimiento diario.

Así Heródoto (II, 37) menciona en relación a ésta práctica:

Como son extremadamente piadosos, mucho más que el resto de los humanos, observan las siguientes normas. Beben en vasos de bronce, que limpian cuidadosamente todos los días; y esto no lo hacen unos egipcios sí y otros no, sino absolutamente todos.

[...] Se lavan con agua fría dos veces cada día y otras dos cada noche; y, en una palabra, observan otros mil preceptos religiosos.

Y a esto añade Plutarco en el tratado *Sobre Isis y Osiris* (383, 79A):

Si como prometí, debo hablar también de las ofrendas de incienso diarias, uno debería pensar primero que los hombres egipcios ponen el máximo empeño en las prácticas conducentes a la salud. Especialmente en sus ritos sagrados[...]

[...] Pues pensaban que no estaba bien venerar lo puro, totalmente indemne, e incontaminado, con sus cuerpos y almas corrompidos y enfermos. Así, pues, como el aire, del que hacemos el más grande uso y del que vivimos rodeados, no tiene siempre las mismas cualidades y composición, sino por la noche se hace denso, oprime el cuerpo y conduce al alma al desaliento e inquietud como si estuviera cubierta de niebla y agobiada, cuando se levantan inmediatamente queman como ofrenda resina, saneando y purificando el aire con la emanación, y reanimando el espíritu apagado innato en el cuerpo, porque la resina contiene cierto aroma fuerte y estimulante.

De nuevo al mediodía, cuando sienten que el sol en toda su fuerza extrae de la tierra una exhalación muy fuerte y pesada, y la mezcla con el aire, queman como ofrenda mirra, pues su calor disuelve y disipa lo turbio y fanagoso que se concentra en la atmósfera circundante.

Por supuesto, los textos egipcios también hablan de las costumbres higiénicas. En uno de los libros religiosos, llamado el *Libro de La Vaca Celeste*, se cita la obligación de lavarse con agua de la crecida del río antes de oficiar. Como dato anecdótico, mencionaremos también que el *Libro Sagrado* requería del oficiante que, mientras celebraba las ceremonias, llevara en su lengua una imagen pintada de la diosa Maat, una deidad relacionada con la justicia y el orden cósmico. Ella debía inspirar al sacerdote para que siguiera la regla. Realmente se nos hace difícil imaginar que se llevara a cabo, más que nada por lo dificultoso que esto puede resultar. Sin embargo es una idea bellísima, llena de inspiración.

Otro curioso aspecto de la higiene egipcia fue también recogido por Plutarco, en el tratado que hasta ahora venimos mencionando (383E-80, 384B, 372C-52). En este punto, nos habla de una bebida purificante que actuaba a modo de purga, haciendo eliminar todas las impurezas del cuerpo. La bebida era denominada *Kyphi* y, curiosamente, el mismo Plutarco habla de ella primero como un perfume, para más tarde mencionarla como un líquido que se podía ingerir. Los sacerdotes egipcios debían no sólo proceder a la limpieza y purificación de su apariencia externa, si no también preocuparse de la limpieza interior de su organismo:

El Kifi es una mezcla compuesta de dieciséis partes: miel, vino, pasas, juncia, resina, mirra, espálato, seselí, y también lentisco, brea, junco oloroso, romaza, y además de éstos los dos enebros (de los cuales a uno lo llaman gigante y al otro enano), cardomomo, y cálamo. No se ponen juntos al azar, sino se leen escritos sagrados a los perfumistas cuando los están preparando[...]

Usan el kifi como bebida y como purga. Pues parece que al beberlo purifica las partes internas [...], como se espera por ser un laxante.

Aunque los sacerdotes egipcios no tenían la obligación de permanecer célibes y de hecho podían casarse sin mayor problema, estaban rodeados de un número elevado de tabúes sexuales que exigían ser respetados. Les estaba prohibido mantener ningún tipo de relación sexual siete días antes

de entrar a servir en el santuario, durante su estancia allí o con el traje de sacerdote puesto. En el caso de que fueran víctimas de involuntarias poluciones nocturnas debían someterse inmediatamente a un lavado purificador que, por supuesto, era con agua fría. Todos estos requisitos fueron aumentando en la Época Baja, y crecieron a lo largo del Periodo Ptolemaico y Romano, momento en que el sacerdote debía poseer, teóricamente, unas cualidades intachables.

Desconocemos si las sacerdotisas estaban sujetas a las mismas exigencias, pero parece más lógico pensar que, si en algún momento fue así, solamente deberían acogerse a las mismas aquellas totalmente consagradas al dios y no las que servían en lo que hoy denominaríamos "tiempo parcial". Esto es, aquellas que intervenían solamente en los momentos del ritual en los que fueran necesarias.

De nuevo hemos de citar a Heródoto (II, 64), que esta vez nos informa sobre los tabúes sexuales:

> *También fueron los egipcios los primeros en observar el precepto de no yacer con mujeres en los santuarios ni entrar en ellos sin haberse lavado tras la relación con una mujer. Pues casi todos los demás pueblos, salvo egipcios y griegos, copulan en los santuarios y penetran en ellos, tras una relación con una mujer, sin haberse lavado previamente, considerando que los hombres son como las demás bestias y teniendo en cuenta que ven aparearse en los templos y recintos sagrados de los dioses a todo tipo de bestias y de aves; por lo que deducen que, si ello no fuese del agrado de los dioses, tampoco las bestias lo harían. En fin, esto es lo que esos pueblos alegan para justificar su conducta, pero a mí no me resulta grata.*

Los textos egipcios también recogen referencias respecto a la obligación de respetar ciertas restricciones sexuales. El llamado *Libro de los Muertos* era un texto religioso que todo difunto, a partir del Imperio Nuevo, hacía incluir entre los enseres de su ajuar funerario. Al leer algunas de sus fórmulas, y el empleo de las mismas, no podemos evitar que nos recuerden a las modernas "chuletas" de los estudiantes, ya que, por ejemplo, encontramos conjuros para engañar a los dioses. Uno de ellos es aquel en el que se ordena al corazón que no testifique en contra del fallecido, para que las deidades del Más Allá no condenen al difunto a la no-existencia:

> *¡Oh corazón (proveniente) de mi madre, oh mi corazón (proveniente) de mi madre, oh víscera de mi corazón de mi existencia terrenal! ¡No levantéis falsos tes-*

timonios contra mí en el juicio, ante los Señores de los bienes! ¡No digáis a propósito de mí: "Hizo aquello, en verdad" con respecto a lo que hice; no os levantéis contra mí delante del Gran Dios, Señor del Occidente! CAPÍTULO 30A.

Otros recuerdan el nombre de determinados genios hostiles, puertas y cerrojos, para que al invocar sus nombres el fallecido pueda continuar hacia su meta sin ningún peligro.

El documento servía para protegerse y para deambular por el peligroso mundo del Más Allá hasta alcanzar la Sala de las Dos Maat. En este lugar, su corazón (sede de sus actos terrenales) iba a ser juzgado pesándolo en una balanza, donde se encontraba como contrapeso la liviana pluma de la diosa Maat (la justicia). En el caso de que el órgano fuera más pesado, sería engullido inmediatamente por Ammit, La Devoradora de Corazones, que esperaba el veredicto al pie de la balanza. Pero además, el difunto debía de hacer una "Declaración de Inocencia", ante un tribunal que presidía Osiris, según la cual el difunto ha de manifestar no haber cometido una larga lista de pecados. Sin pasar felizmente esta prueba, el difunto no podría ser merecedor de vida en el Más Allá. El citado capítulo recoge:

No forniqué en los santos lugares del dios de mi ciudad...
No cacé pájaros en el coto de los dioses.
No pesqué peces en sus lagunas.
No retuve el agua en su estación...
No pasé por alto los días de las ofrendas de carne.
No quité ganado (destinado) a la comida del dios.
No me opuse a (ningún) dios en sus salidas procesionales. (Capítulo 125).

A menudo este tipo de textos podían variar en contenido, pero su objetivo era recopilar obligaciones morales, obras de misericordia, muy parecidas a las que después se recogen en el *Catecismo de la Iglesia Católica.*

Vemos por tanto que, el hecho de mantener relaciones sexuales dentro del templo, era motivo más que suficiente como para condenar a la no existencia al pecador. Nada podía ser más abominable para un egipcio.

Capítulo V

LA ALIMENTACIÓN

Si te sientas con mucha gente, abstente del alimento que amas; la renuncia sólo dura un breve instante, pero la glotonería es despreciable y se la señala con el dedo.

Instrucciones de Kagemi

Los antiguos egipcios fueron un pueblo bien nutrido. En general, su régimen alimenticio era variado y rico en vitaminas, aunque algunas de sus viandas contenían un grado considerable de arena que actuaba en el organismo, y sobre todo en su dentadura, a modo de abrasivo. Son numerosísimas las momias que presentan sus piezas dentales en un estado de desgaste lamentable.

Al igual que la higiene, parte de la dieta habitual estaba prescrita para los sacerdotes, al menos durante el periodo que permanecían en el templo. Entre los alimentos prohibidos se encontraba la carne de cerdo (en los últimos periodos), que era considerado uno de los animales representantes del dios del mal Seth. Precisamente había sido el gorrino una de las transformaciones de esta divinidad, tras haber asesinado a su hermano Osiris. No es difícil adivinar en esta costumbre una prevención sanitaria, ya que el cerdo, sin un adecuado control, puede ser portador de un número importante de enfermedades.

La vaca, el carnero y la paloma eran otras de las carnes que no debían ser consumidas, así como el pescado, especialmente el marisco, que por otro lado no era usual. No obstante, sabemos que el egipcio corriente comía éstos y otros alimentos, ya que, por ejemplo, en los muros de las

tumbas privadas de Imperio Nuevo es muy frecuente encontrar la preparación de palomas y de pescado fresco o salado para la mesa, formando parte de su dieta habitual. Este precepto, de nuevo, puede guardar relación con la prevención de enfermedades. Tanto el pescado fresco como el marisco se pudre rápidamente si no se consume en el momento y si no se conserva en ambiente adecuado. De todos es conocida la elevada temperatura que disfruta el Valle del Nilo.

En el terreno de los vegetales, no comían la cebolla, el puerro y las habas, que estaban consideradas un potente afrodisíaco, aunque la población también los consumiese.

La abundante información de Plutarco (8, 353F) sobre las costumbres alimenticias de los sacerdotes egipcios incluye también la prohibición del consumo de la cebolla y el cerdo:

Pero los sacerdotes se guardan religiosamente y con aversión de la cebolla, porque la naturaleza sólo a ella hace crecer y florecer en el menguante de la luna. No es conveniente ni para los que practican la abstinencia ni para los que celebran una fiesta, porque en el primer caso, a los que las toman, les provoca sed y en segundo los hace llorar. Igualmente, los egipcios también consideran al cerdo como un animal impuro, porque parece que se aparean con preferencia en el menguante de la luna y porque los cuerpos de los que beben su leche, brotan con lepra y con aspereza de afecciones cutáneas.

En un capítulo del *Libro de los Muertos (Capítulo 24, 2ª Rúbrica)* se exige que el oficiante no haya consumido alimentos impuros ni que haya tenido contacto carnal con una mujer:

[...] Que se lea esta fórmula, hallándose en estado absoluto de pureza, sin haber comido carne de ganado menor ni pescados y sin haber tenido relaciones con una mujer[...]

El uso de la sal no era recomendable, pero su prohibición se limitaba sobre todo a fechas concretas. Plutarco complementa el tema en su libro *Sobre Isis y Osiris* y en este extracto explica el por qué de la abstención del consumo de sal (5, 352F):

Los sacerdotes sienten tal repugnancia por cosas que son de secreción superflua que no sólo rechazan la mayor parte de las legumbres y la carne de cordero y de cerdo, porque producen muchos residuos superfluos, sino también, en sus periodos de

purificación, suprimen la sal en sus alimentos. Entre las numerosas razones que alegan para ello, dicen que la sal, al estimularles el apetito, los hace más inclinados a beber y a comer.

Todas estas privaciones fueron recogidas por los autores clásicos y, por tanto, deben de ser cuidadosamente analizadas. Recordemos que estos estudiosos fueron muy dados a mezclar acontecimientos de distintas épocas y, por supuesto, de distintos recintos templarios.

No es posible generalizar respecto a los usos alimenticios de los sacerdotes egipcios, ya que no en todos los santuarios se prohibía el mismo tipo de alimentación. Ésta estaba sometida únicamente a los víveres vetados, según su teología local. Así, en Tebas, por poner un ejemplo, no se comían carneros, por cuanto simbolizaban a Amón.

Estos hábitos debieron de ser efectivos, sobre todo, en el último periodo de la historia faraónica, cuando las costumbres y exigencias religiosas se acentuaron aún más. Fue entonces cuando Egipto experimentó una potenciación de las prácticas y sentir piadoso, como si necesitara acogerse a las divinidades y a los ritos antiguos que habían demostrado ser eficaces.

Según Heródoto, Aristágoras de Mileto, Flavio Josefo y Plutarco entre otros, los sacerdotes debían de someterse a ayunos que iban desde los 40 a los 70 días, aunque esto, indudablemente, es de nuevo una exageración de los viajeros grecorromanos, en cuyas crónicas nos mencionan estas costumbres. Es indiscutible que los ayunos se llevaban a cabo, pero también es evidente que durante periodos más cortos. Este hábito, junto al uso de purgantes, servía para mantener una pureza interior del organismo.

La comida que los sacerdotes consumían durante su servicio en el templo se cocinaba en las dependencias del mismo santuario y procedía de los terrenos, las aguas y los ganados que el templo tenía asignado para su abastecimiento. Su cuantía y variedad dependía de la importancia de cada escuela sacerdotal, de la extensión y la producción de todos sus bienes. Los recintos sagrados tenían empleados a una serie de trabajadores que explotaban los dominios del templo, es decir, cazaban, pescaban, sembraban y recolectaban en las tierras del dios. Éstas podían encontrarse próximas al santuario o en lugares alejados del mismo.

El personal empleado en el templo, y más concretamente el clero que desempeñaba sus funciones en este lugar, se beneficiaba de los alimentos que habían sido presentados a la estatua divina del dios en sus comi-

das rituales (Culto Diario) de la mañana, tarde y noche. La divinidad, como los hombres, necesitaba recibir sustento diario y éste debía ser variado y rico. Incluía tanto alimentos sólidos como bebidas. Las ofrendas alimentarias estaban normalmente compuestas de pan, vino, cerveza, leche, carne, legumbres, frutas variadas y flores. La presentación de la carne simbolizaba a los enemigos tradicionales de Egipto, que diariamente eran consumidos por la deidad, absorbiendo de ellos su poder. Este rito era una ofrenda similar a la del Culto Funerario, que se realizaba con los difuntos en las necrópolis para que pudieran subsistir en el Más Allá. De este modo, además de alimentar al dios, se le ofrecía aquello que Egipto deseaba, necesitaba y pedía indirectamente al ser supremo.

Si entendemos como cierto el que el cuerpo sacerdotal disfrutaba de todas las viandas que se presentaban al dios, comprobamos que los sacerdotes egipcios bebían vino y cerveza y que la prohibición de la que nos hablaban los autores clásicos puede ser bien una costumbre local, una mera recomendación para evitar que "*aturda los sentidos*" o una interpretación de los propios escritores. El consumo de cerveza estaba demasiado arraigado en su cultura como para prohibirse. Quizá fuera más lógico pensar que el veto consistía solamente en evitar la embriaguez y que la ingesta en dosis adecuadas no era ningún tabú. Es curiosa esta prohibición si tenemos en cuenta que la cerveza, junto al pan, eran una de las bases de su alimentación.

Veamos lo que dice Plutarco (6, 353A-C y 7D), respecto al uso restringido del vino y a la prohibición de alimentarse con pescado y contrastémoslo después con Heródoto (II, 37), que también se preocupó del tema alimenticio:

PLUTARCO: *En cuanto al vino, los que sirven al dios en Heliópolis no lo llevan nunca al templo, en la idea de que no es conveniente beberlo durante el día, cuando su señor y el rey los están mirando. Los otros sacerdotes lo beben, pero en pequeña cantidad. Tienen muchos periodos de purificaciones en los que no lo tocan, en los cuales se dedican a investigar, a aprender y a enseñar los temas divinos. Los reyes también bebían una cantidad limitada por los sagrados escritos, como relata Hecateo, porque los reyes eran sacerdotes. Comenzaron a beberlo en tiempo de Psamético; antes no bebían vino ni lo usaban en sus libaciones como algo agradable a los dioses, sino considerándolo como la sangre de los que en otro tiempo lucharon contra los dioses, creen que las vidas han surgido de aquéllos una vez derrotados y*

mezclados con la tierra. Esta es la razón por la que la embriaguez convierte a los hombres en insensatos y furiosos, porque les llena la sangre de sus antepasados [...].

[...] En cuanto a los peces marinos, todos se abstienen de ellos, pero no de todos, sino de algunos. Los sacerdotes se abstienen de todo pescado. El noveno día del primer mes, cuando cada uno de los demás egipcios come un pescado asado ante la puerta de entrada de su casa, los sacerdotes no lo prueban, pero los queman enteramente ante sus puertas. Tienen dos razones para ello: una de ellas es sagrada y curiosa, y en otro momento hablaré de ella ya que se la relaciona con los estudios sagrados sobre Osiris y Tifón. La otra razón es obvia y corriente, revela que el pescado es un alimento no necesario ni superfluo; y está de acuerdo con el testimonio de Homero.

HERÓDOTO: *[...] Pero también gozan de no pocos privilegios, pues no consumen ni gastan nada de su propio peculio, ya que para ellos se cuecen expresamente panes sagrados, cada uno cuenta diariamente con una abundante ración de carne de buey y de ganso y, además, de las de vino de uva, sin embargo, no les está permitido comer pescado. Por otra parte, los egipcios no siembran, bajo ningún concepto, habas en sus campos y las silvestres no se las comen ni crudas ni cocidas; es más, los sacerdotes ni siquiera se permiten verlas, pues consideran que es una legumbre impura.*

El alimento se presentaba a la divinidad en bandejas y se depositaba ante ésta durante un periodo concreto de tiempo. Tras este espacio, el dios se había nutrido con su esencia y, como los egipcios eran un pueblo eminentemente práctico, la materialidad de la comida se repartía entre los miembros del clero para que ingirieran el elemento físico, carente de valor nutricio para el dios. Es de suponer que estos alimentos constituían un "lujo" dentro de la dieta de los antiguos egipcios, ya que la calidad y la cantidad que se ofrecía al dios debía de ser siempre extraordinaria, con numerosas "delicias" que al pueblo le resultaban completamente inalcanzables. Sin embargo y aunque los textos nos informan de esta costumbre, es inevitable plantearnos una pregunta: ¿estos alimentos eran realmente suficientes para sustentar a un santuario grande como era Karnak durante el Imperio Nuevo?

El Papiro Harris, datado en el Imperio Nuevo, nos informa de las entregas anuales de alimentos para el consumo que se hicieron en época de Ramsés III al templo de Amón. Según un análisis económico de J. Rubio, (aún sin publicar), estos alimentos consistían en un total de 3.029

cuadrúpedos y 126.250 volátiles, que pudieron quedar repartidos del modo siguiente: 46% de pichones, 20% de aves acuáticas, 18% de codornices, 7% de ocas, 3% de aves ponedoras (excluidas las gallinas, que en este periodo aún no eran conocidas) y un 6% que el autor clasifica como "otros". De pescados se entregaron un total de 441.000 repartidos entre los templos de Amón en Tebas, Ra en Heliópolis y Ptah en Menfis. En este caso confirmamos, por ejemplo, que tres de los principales santuarios egipcios recibían un número elevado de pescado. Es posible que, al menos en estos tiempos, más que una prohibición fuera un consejo.

En cuanto al uso del agua, ésta se usaba en grandes cantidades, no sólo para consumo humano sino también para la higiene. El Nilo estaba considerado como un dios, Hapi, una deidad barriguda con senos colgantes. Aparecía con un haz de papiros o lotos sobre la cabeza, dependiendo del punto geográfico que quisiera simbolizar. El agua era un atributo de vida y a menudo se representaba bajo la forma de símbolos *Anj*. En un país donde el río es tan importante y tan accesible, el agua no era un problema, sino que, muy por el contrario, los egipcios gozaban del placer de disfrutar de ésta a discreción.

Plutarco (5, 353A y 75, 381CD), refiriéndose al culto de Apis, hace distinción entre el uso del agua sagrada para las purificaciones y la empleada para el consumo humano, y relata lo siguiente:

Se dice también que daban de beber a Apis de un pozo privado y lo mantenían totalmente apartado del Nilo; y no es que ellos consideren su agua impura a causa de la presencia del cocodrilo, como algunos creen (pues nada es tenido en tal honra entre los egipcios como el Nilo), sino porque estiman que el beber agua del Nilo engorda y produce gran obesidad, y no desean ni para sí mismos estar en tales condiciones, sino que sus cuerpos, envoltura de sus almas, sean esbeltos y ligeros y que la parte divina no sea comprimida ni ahogada por el elemento mortal que es fuerte y pesado[...]

[...] Los sacerdotes más escrupulosos en cumplir los ritos toman agua para la purificación de donde el ibis ha bebido, pues no bebe agua malsana o emponzoñada, ni se acerca a ella.

Capítulo VI

EL VESTIDO

¿De qué sirve vestirse con lujo si se miente ante la divinidad?

Sabidurías de Amenemope

Aunque los antiguos egipcios se vestían con prendas elaboradas en lino, pieles o cuero, el atuendo y el vestido de los sacerdotes egipcios no parece haber variado substancialmente a través de los tiempos y las modas. Sus vestiduras eran únicamente de lino de la mejor calidad, una tela casi translúcida. Tenían la obligación de no usar lana, algodón, cuero, ni pieles de animales sacrificados para tal fin, aunque siempre hubo excepciones, ya que sabemos que, concretamente en la zona de Nubia, la lana fue una indumentaria frecuente. De hecho, Heródoto recoge estas costumbres (II, 57):

[...] Sin embargo, no introducen ropas de lana en los santuarios ni entierran a nadie con ellas, pues supone una irreverencia.

Utilizaban sandalias de palmera trenzada, teñidas de blanco como símbolo de privilegio, y vestían faldellines cortos, prendas a modo de sayas que dejaban el torso desnudo, y trajes de corte arcaico, plisados, con mangas y de lino blanco, que debían estar siempre recién lavados. Esta costumbre debió de desarrollarse en el Predinástico cuando el lino fue introducido en el país. La variedad y calidad del lino era múltiple, ya que los egipcios tejieron ropas muy finas y delicadas junto a otras mucho

más toscas y gruesas, dependiendo del uso que se fuera dar al vestido. Conocían las técnicas para el teñido de la tela, los tintes se obtenían del mundo vegetal, mineral y animal. Aunque los sacerdotes no vestían con otro color que no fuera el blanco, el azul, el verde, el amarillo, el rojo, el blanco, el negro, el púrpura e incluso el marrón eran colores que formaban parte del vestuario de cualquier egipcio.

De nuevo, son Heródoto y Plutarco los que nos dan información al respecto:

HERÓDOTO (II, 37)*[...] Llevan vestidos de lino, siempre recién lavados, poniendo en ello especial cuidado[...]*

[...] Asimismo, los sacerdotes sólo llevan un vestido de lino y sandalias de papiro, pues no les está permitido ponerse otro tipo de vestido o calzado.

PLUTARCO: ***Sobre Isis y Osiris*** (4, 352C-E): *[...] Ciertamente, la mayor parte de los hombres ignora estos muy corrientes y pequeños motivos: la razón por la que los sacerdotes se despojan de sus cabellos y llevan vestidos de lino. Unos no se preocupan en absoluto por comprender esas prácticas, mientras otros dicen que es porque veneran a la oveja, por lo que se abstienen del uso de su lana así como de su carne; y que llevan vestidos de lino a causa del color que el lino en flor descubre, que es semejante al azul del cielo que rodea el universo. Pero la única verdadera causa de todo es que "no es lícito", como dice Platón, "que lo impuro toque lo puro". Lo superfluo de la comida y la secreción en nada es santo ni puro; y las lanas, los pelos, los cabellos y las uñas nacen y crecen como resultado de secreciones. Sería ridículo, en efecto, que estas personas mientras en su vida santa se despojan de sus propios cabellos y hacen que todo su cuerpo esté igualmente liso, luego se cubran y lleven el vellón de los animales.*

[...] El lino crece de la tierra que es inmortal y produce un fruto comestible, y proporciona un vestido a la vez sencillo y limpio, que protege sin pesar, adecuado para toda estación, y que, según dicen, es el menos apto para engendrar gusanos.

Aunque aparentemente los distintos grados sacerdotales no se distinguían por un vestuario que los identificara, algunos cargos directivos presentan en relieves y pinturas atributos y ornamentos exclusivos, que los diferenciaban de los distintos rangos. No obstante, estos distintivos no siempre aparecen como atuendo concreto de un puesto específico. Es decir, siempre que los llevan denotan su condición, pero cuando no se

representan simplemente se indica el puesto del personaje en el texto jeroglífico sin ninguna insinuación más en el vestuario.

Por este motivo, encontramos que el Sumo Sacerdote de Ptah en Menfis se adornaba generalmente con una trenza en el lado derecho de la cabeza y un collar, especialmente decorado, en ambos hombros, bien con la imagen de uno o dos chacales yuxtapuestos o con un chacal y una cabeza de halcón. En otras ocasiones estos animales se sustituían por un cuadrúpedo o un animal fantástico. Además, del aro más próximo al cuello, partían tres trazos en zig-zag que se desplegaban en abanico sobre el pecho hasta una barra horizontal a la altura del mismo. También solía vestir una piel de felino y con frecuencia una barba postiza. El collar estaba adornado por símbolos *Anj* y le cubría toda la parte frontal del pecho.

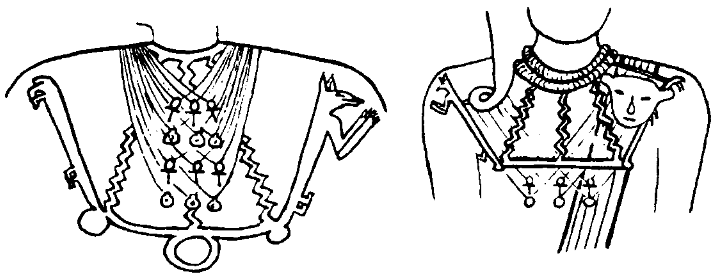


Fig. 4. Dos modelos de collar de los sacerdotes de Ptah. El primero pertenece a Jabauseker, Imperio Antiguo, El segundo a Meryptah, Dinastía XVIII.

Era común en los sacerdotes de alta jerarquía de los distintos cleros, tanto masculinos como femeninos, el uso de pieles de pantera para oficiar, desde el Imperio Antiguo. Aunque tradicionalmente los libros de egiptología hablan de la piel de éste animal, su iconografía se parece más a un guepardo, fiera que habitaba en el valle y que por otro lado posee, bajo el ojo, la tradicional mancha en forma de lágrima que se encuentra representada en los relieves egipcios. Éste era uno de los ornamentos más antiguos, relacionado con cultos africanos de la prehistoria y con una antigua diosa llamada Mafdet, la cual confería un gran poder. Además, según la tradición religiosa, las manchas de la piel del animal se relacionaron con las estrellas del cielo, lo que prestaba a este atuendo un sentido marcadamente estelar.

Otra curiosa interpretación del uso de la piel es fruto de la lectura del *Papiro Jumilhac.* En él se relata como el dios Seth (identificado con Nemti/Anti), en otras de sus múltiples transformaciones, después de asesinar a su hermano Osiris, se convirtió en una pantera. Al hallarlo, a modo de castigo, se le arrancó la piel (aunque no murió) y marcaron ésta con un hierro al rojo, creándo las manchas propias de este animal. Por ello, se ordenó a los sacerdotes –y sobre todo a los relacionados con el culto funerario– que vistieran esta piel en señal del triunfo sobre las fuerzas del mal (Seth).

La iconografía egipcia nos demuestra que el empleo de este atuendo no era exclusivo de los sacerdotes masculinos. La princesa y sacerdotisa Nefertiabet, que vivió bajo el reinado de Jufu (Keops) en la Dinastía IV, aparece representada en una pieza expuesta en el Museo del Louvre (E22745) con esta indumentaria. Durante el cisma amarniense, una época de *cambio,* cuando los esquemas religiosos se transforman, la piel siguió empleándose como distintivo sacerdotal, ya que así se observa en un fragmento de la tumba de Paatonemheb, hoy en el Museo Rijks Von Ouditeden de Leiden.

Es realmente curioso que, a partir del Imperio Nuevo, en la mayoría de los relieves y pinturas egipcias la piel repose sobre el hombro izquierdo del oficiante, siempre que éste no sea el rey, y que cuando lo porta el monarca o personajes de altísimo rango se sujete sobre el hombro derecho. Aunque desconocemos su simbología, sin duda representa algún motivo mitológico, cuyo análisis podría ser objeto de un estudio más minucioso.

En la célebre tumba de Tutanjamón, de la Dinastía XVIII, se encontraron tres ejemplos de esta prenda (numerados por Carter como 21t, 44q y 46ff). Dos de ellas simplemente imitaban a la piel del animal. En concreto, la primera estaba confeccionada con lino y tenía dibujadas las manchas del felino; la segunda tenía además estrellas de oro y poseía unas garras de plata y, finalmente, la tercera, la que realmente correspondía a la piel de pantera, tenía además incrustaciones de oro.

Según los análisis realizados por la Dra. Gillian Volgelsang-Easwood, especialista en textiles, y en especial en las ropas del faraón Tutanjamón, esta indumentaria tenía en la parte posterior una figura cosida de un halcón en azul, blanco y oro, acompañada de un texto jeroglífico. Aunque la piel ya era de por sí un elemento protector, con estos añadidos se agrega-



Estela de Nefertiabet, con piel de pantera. Imperio Antiguo. (Museo del Louvre).

ba cierta garantía mágica para el monarca. El hecho de que esta figura nunca haya sido observada en los relieves obedece simplemente a la tendencia de los antiguos egipcios a representar las imágenes frontalmente, sin que pueda verse la espalda.

Aunque, como vemos, el uso de la piel del felino es bastante general en sacerdotes específicos, podemos distinguir algunas variantes de dicho ropaje. Si tomamos como modelo al Sumo Sacerdote de Heliópolis (tanto la del Norte como la del Sur), o al Sacerdote *Setem* de la misma localidad, observamos que para oficiar se cubrían con dicha piel, a la que se incrustaban estrellas, en relación con sus funciones solares y astronómicas.

Normalmente, la piel de pantera, sin ningún elemento añadido, es decir las estrellas, se utilizaba, sobre todo, por los sacerdotes *Sem e Iunmutef*, dos miembros del clero de la máxima importancia que analizaremos más adelante. Ellos aparecen en la iconografía de forma muy parecida. Solamente es posible distinguirlos a través de la lectura de los textos, aunque con cierta frecuencia el *Iunmutef* sujeta la pata trasera del animal con la mano, mientras que el *Sem*, no suele hacerlo.

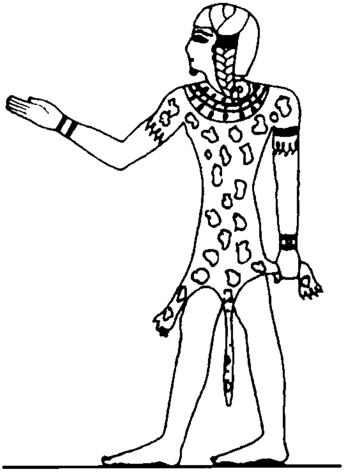


Fig. 5 Sacerdote Iunmutef.

Concretamente, en el caso del *Sem*, los distintivos que hemos expuesto no eran los únicos de los que podía servirse. Aunque normalmente aparecen con el pelo rasurado (tanto los *Sem* como otros sacerdotes), también

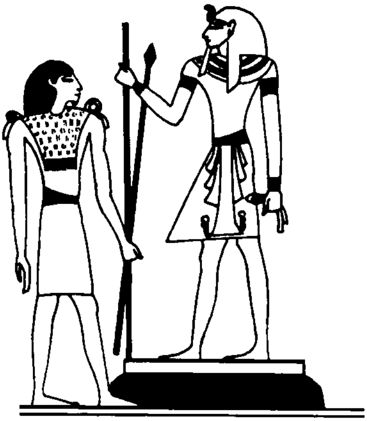


Fig. 6. A la izquierda el Sacerdote Sem con pectoral Keni.

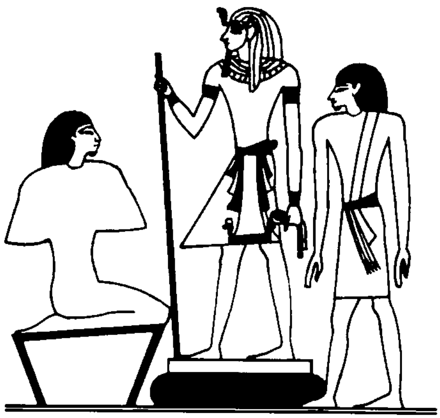


Fig. 7. A la izquierda, el Sacerdote Sem en trance con la túnica blanca en la ceremonia de la «Apertura de la Boca».



Fig. 8. Sacerdote Sem con la piel de pantera.

podemos encontrarlos vistiendo una peluca. En algunas ocasiones, somos conscientes de que protagonizaban un cambio de indumentaria para un rito concreto. Esto obedecía a la función protectora que le otor-

gaba cada uno de estos vestidos u ornamentos. Sabemos que debía cambiarse la clásica piel de felino por una túnica blanca o rayada en rojo y blanco, en un momento concreto del importantísimo rito de La Apertura de Ojos y Boca, esto es, cuando el sacerdote debía entrar en un profundo trance, partiendo al mundo de los espíritus para encontrar el alma del difunto que se hallaba aturdida y hacerla retornar. Con éste y otros actos mágicos se conseguía la inmortalidad del fallecido.

En la misma ceremonia el Sacerdote *Sem* aparecía con un pectoral, relacionado con Osiris, que también era un distintivo de este miembro del clero. En éste caso, como en el anterior, era un atuendo protector llamado *Keni*, cuyo nombre significa "abrazo". Era una prenda arcaica, que en los orígenes podía estar confeccionada con material vegetal y que, generalmente, se colocaba sobre la piel de pantera que antes mencionamos.

Otro de los distintivos clericales era una ancha banda cruzada en el pecho, que llevaban los sacerdotes considerados "maestros" y por tanto atuendo de los Sacerdotes Lectores, de los *Sem*, etc. Los primeros, además, en el Periodo Ptolemaico llevaban sobre la cabeza dos plumas.

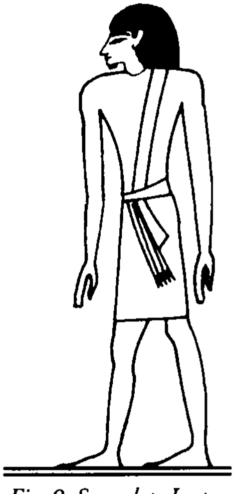


Fig. 9. Sacerdote Lector.

No sabemos con exactitud si todos los sacerdotes del dios Anubis llevaban, como así se les representa en sus sarcófagos, una banda roja colgada del cuello y cruzada en el pecho. Lo que sí es cierto, es que éste era

uno de los emblemas del dios de los muertos y que, en la popular imagen encontrada en la tumba del faraón Tutanjamón, el dios lleva alrededor de su cuello este atributo.

Como ya se ha visto, cuando expusimos el collar de los sacerdotes menfitas, la joyería era también de uso sacerdotal, aunque el empleo de estos ornamentos para cada miembro del clero todavía es para nosotros un misterio. Únicamente sabemos que el Visir, como administrador de justicia y Sacerdote de Maat, llevaba colgado de su cuello la figurilla de la diosa. Se conoce el empleo del oro para aderezos sacerdotales, aunque, en los comienzos de la historia faraónica, este metal era solamente de uso exclusivo del monarca, poco a poco fue empleado también para adorno de sacerdotes, pasando inmediatamente a las capas más nobles de la sociedad.

En relación al vestuario femenino, aunque algo se ha tratado de él, hemos de reseñar que, generalmente, las sacerdotisas no tenían un atuendo que las identificara. Puede decirse que simplemente seguían la moda de la época que les tocase vivir.

Es cierto que algunas sacerdotisas de Hathor llevaban un tisú rojo, que las plañideras normalmente portaban un traje estrecho o plisado que dejaba los senos al descubierto y que algunas bailarinas tenían dos bandas que les cruzaban el pecho diagonalmente.

En un plano superior, las Divinas Adoratrices se adornaban con un tocado sobre la cabeza que consistía en dos altas plumas colocadas sobre un buitre, cuyas alas protegían ambos lados de la cabeza de esta gran sacerdotisa. Sin embargo y aunque parezca lo contrario, éstos son casos muy concretos que no pueden hacerse extensivos para la generalidad de las mujers adscritas a cultos divinos.

Capítulo VII

LAS PROPIEDADES DEL CLERO Y DEL TEMPLO

No engañes sobre las porciones del templo; no seas avaro y encontrarás la abundancia. No abuses de un Servidor del Dios para hacer un favor a otro [...]
[...] Más vale una medida que te da el dios que cien mil ganadas no honradamente.

Enseñanzas de Amenemope

Al tratar al clero en Egipto hay que distinguir entre las propiedades privadas de sus miembros y las posesiones del templo, las cuales, indirectamente, eran disfrutadas también por los sacerdotes mientras se encontraban sirviendo al dios.

Los miembros de las diferentes escuelas religiosas podían ser propietarios de tierras particulares, que tenían una extensión aproximada de 1,5 hectáreas cada una. Éstas podían ser vendidas a otros personajes en caso de necesidad. Se da el caso de miembros del clero cuyas propiedades (el total de ellas) quedaron registradas en documentos de transmisión. Así, un Sacerdote *Uab* de Amón, que vivió bajo los lágidas, en un texto escrito en demótico, habla de 236 *Aruras,* unas 64 hectáreas. Como es lógico, el rey y los santuarios (tanto de culto divino como funerario) tenían infinidad de fincas, situadas en las zonas más fértiles e incomparablemente mayores a las de los miembros del clero y repartidas en los campos de una o varias provincias.

Según el papiro *Wilbour* de tiempos de Ramsés V, en un área de 150 Km. situada en el Egipto Medio, el templo arrendaba sus tierras a ciu-

dadanos, soldados, etc. e inclusive a 103 sacerdotes en terrenos que variaban de 2 a 20 *Aruras* y en régimen de arrendamiento. Así las Fincas de la Divinidad surtían al recinto sagrado de una parte del fruto de lo que cultivasen o de las cabezas de ganado que criasen. Precisamente, de aquí era de donde procedían parte de los ingresos del templo, es decir una porción de su riqueza (sobre todo cuando había excedente), ya que todo lo que se obtenía de los terrenos y se almacenaba en el templo, servía para vender e intercambiar. Realmente, no necesitaban subsistir de la aportación de las "limosnas" de sus "feligreses" (aunque recibieran ofrendas de ellos). No obstante, recibían donaciones reales por el agradecimiento que sentía el monarca hacia el dios. Sin embargo, las tierras y el ganado no eran las únicas propiedades del santuario, como veremos a continuación. Estos contratos eran meramente orales, excepto a partir del Periodo Saita, cuando tenemos documentados los primeros acuerdos escritos.

El santuario, igualmente, se enriquecía con las compras de objetos exóticos y valiosos y con las dádivas que entregaba el monarca, aumentando sus arcas progresivamente. Todos estos ingresos eran una parte fundamental para el poder y la semiautonomía del clero. En opinión de Kemp (1992), solamente en los almacenes del *Rameseum*, llegando a su máxima capacidad, podía guardarse la cantidad necesaria de víveres para alimentar a unas 17.000 o 20.000 personas durante el periodo de un año.

Las tierras, además, podían ser arrendadas para sacarles partido. Su dueño se comprometía a proveer al "alquilado" de todo lo necesario para el cultivo, pero éste a su vez era responsable de pagar un tanto por ciento de la producción de los terrenos, del ganado, etc., al "amo", que anualmente exigía sus beneficios. El sistema para "legalizar" el acuerdo entre el arrendador y el arrendado era un "contrato", prorrogable, que pasaba de padres a hijos, creándose verdaderas dinastías de labriegos o ganaderos al servicio de un señor. Este método fue seguido tanto por los propios miembros del clero como por los templos o los militares, que hubieran recibido una extensión de tierras en recompensa por los servicios prestados.

Desde el punto de vista del hombre actual, hacernos una idea de la extensión de los bienes de un templo egipcio es una tarea ardua. Existían gran cantidad de recintos sagrados pequeños, con exiguas propiedades,

junto a enormes templos con riquezas inconmensurables. Sin embargo, para sacar adelante un recinto sagrado, con un personal numeroso y muchos gastos, las riquezas de éstos eran necesarias. No sabemos si el templo sufragaba parte de sus ampliaciones o si era el rey el que ayudaba en su financiación. En cualquier caso, el santuario necesitaba unos bienes concretos para el alimento, las ofrendas, el material, los "administrativos", etc. Como dato señalaremos que, al menos, el templo de Amón en Karnak, y en menor medida los grandes santuarios de Ra en Heliópolis y Ptah en Menfis, eran pequeñas Ciudades-Estado semiautónomas dentro de otro Estado (Egipto), unas con mayor poder que las otras dependiendo del periodo, cuyos bienes se extendían por todo el país y que tenían que auto-gobernarse, con el gasto enorme que esto conllevaba. La construcción y el reclutamiento de artesanos, canteros, pintores, arquitectos, etc., era obligación del Estado que, además, debía facilitar todos los materiales y útiles para su obra. Estaba dirigida por un arquitecto responsable y ejecutada por un ejercito de artesanos. La edificación de un santuario era una tarea delicada que debía llevarse a cabo con la mayor perfección posible, ya que iba a ser el lugar donde el dios se iba a manifestar.

Sus campos, debidamente explotados, sus ganados, convenientemente vigilados, sus derechos de caza y pesca, etc., podían encontrarse próximos al santuario o muy alejados del mismo. Dado que los bienes de los que eran propietarios eran numerosos y muy repartidos por la tierra egipcia, el cuerpo administrativo del santuario delegaba en una serie de personajes, repartidos por todo el Valle del Nilo y por los oasis, para controlar su fortuna. Sabemos que en lugares tan distantes como el oasis de Bahariya existía un Intendente del Tesoro del Dominio de Amón, que además era el Príncipe y Gobernador de la ciudad, su nombre era Chebenjonsu.

Un documento de época ramésida, llamado el *Papiro Harris,* nos puede dar la pista para calcular hasta donde alcanzaban las posesiones de los santuarios a comienzos de la Dinastía XX. Podemos calcular que tenían la tercera parte de la tierra cultivable y 1/5 de los habitantes, pero esta cifra aumentaría más tarde. En este sentido también es reseñable el *Papiro Wilbour*. Para la interpretación del *Harris,* acudiremos a un estudio económico elaborado por Jorge Rubio, lamentablemente aún sin publicar.

Sabemos que los templos de Amón, de Ra en Heliópolis y de Ptah de Menfis, tres de las escuelas sacerdotales más importantes del Antiguo Egipto, a comienzos de la Dinastía XX, eran propietarios de un total de 284.000 ha., de tierra, distribuidas en 236.000 ha., para el templo de Amón en Tebas, 46.000 ha., para el santuario de Ra y tan sólo 2.775 ha., para el de Ptah. Estos lugares sagrados tenían, además, una serie de sirvientes (hombres y mujeres), que ayudaban en las tareas más pesadas. Éstos ascendían a 101.929 personas en total, repartidas del modo siguiente: 86.486 servían en el templo de Amón en Tebas, 12.364 en el de Heliópolis y 3.079 en el de Menfis. Durante el Imperio Nuevo es evidente que la escuela sacerdotal de Amón no sólo era la más influyente sino también la más poderosa, económicamente hablando. Igualmente, a menudo encontramos referencias de sacerdotes que tenían a su cargo un número relativo de sirvientes en sus propias casas.

Otro de los ingresos del templo eran las llamadas tierras *Jato.* Éstas eran propiedad del monarca, pero los santuarios eran los responsables de administrarlas y explotarlas. Cuando existían problemas económicos los templos contribuían a paliarlos con los bienes de los santuarios y con las tierras *Jato* que éstos explotaban.

La "esclavitud" en Egipto es un tema realmente espinoso. De nuevo hemos de tener cuidado al emplear conceptos válidos para nosotros, pero equívocos desde el punto de vista del Egipto faraónico. Nada puede ser más erróneo que pensar en cientos o miles de esclavos a golpe de látigo, construyendo, por ejemplo, la pirámide de Keops. Esta imagen es legítima únicamente para películas de gran audiencia, donde el "morbo" juega un papel fundamental. El término esclavo no puede aplicarse en absoluto al concepto grecorromano que todos conocemos. Sin embargo, hemos de reconocer que al igual que en los primerísimos tiempos existía el sacrificio humano, también existía la esclavitud y que entonces éstos gozaban de muy pocos privilegios, que alcanzarían rápidamente a lo largo de la historia egipcia. Por otro lado, en la Época Saita sí conocemos la existencia de estos esclavos, ya que incluso se han encontrado contratos de ventas, de estos hombre y mujeres. Aun así, parece que la esclavitud, en este periodo, tampoco se ajusta a la idea que tenemos en la actualidad.

Por ello, a todos los que denominamos esclavos, no se les puede con-

siderar como tales, sino más bien como sirvientes de orden menor. La esclavitud estaba presente únicamente a través de prisioneros de guerra (asiáticos, nubios o libios), delincuentes convictos o a aquellos que se vendían a sí mismos por razones de pobreza con la esperanza de obtener manutención y protección, ya que el código moral egipcio exigía que fueran tratados humanamente. En ningún modo podemos presentar a una población egipcia esclavizada y regida por tiranos. Parte de este contingente humano trabajaba en o para el templo, realizando labores menores y manuales.

El trato que recibían los esclavos era bastante considerado, ya que los egipcios entendían que toda vida humana debía de ser respetada. Ellos podían ser liberados o adoptados por sus dueños, adquiriendo plenos derechos civiles, y también estaban jerarquizados, en función a su capacitación y edad. Un esclavo podía dirigir a un grupo de cautivos, tener plena seguridad de que su vida no estaba en manos de su "amo", ya que podía acudir a la justicia, o casarse con la hija o hijo de su dueño (con la única condición de que fuera liberado previamente) y, según los textos egipcios, estos matrimonios fueron relativamente frecuentes. A modo de ejemplo citaremos la existencia de un texto en el que el noble Rannefer consiente en que una de las hijas de una esclava de su propiedad se case con su hermano Pediu. Realmente esta población llegó a integrarse tanto con las familias a las que servían que, en ocasiones, al llegar la hora de su muerte, y no como en otras civilizaciones que los enterraban vivos cuando fallecían sus amos, fueron inhumados en las tumbas que los primeros poseían en las necrópolis.

En relación con la Casa del Dios, uno de los lugares donde se habla de estos individuos es en dos textos relacionados con las Campañas Militares de Thutmose III, recogidos en los llamados *Anales* y en el Pílono séptimo de Karnak. Concretamente en este último se menciona la entrega al templo de mujeres y niños capturados en tres ciudades muy ricas, localizadas al Norte de Meggido (una antigua ciudad de Palestina) para servir en los almacenes a título de domésticos y los "regalos" que entregó al dios Amón en una de sus batallas:

Mi majestad le ha donado todo el botín [...] que mi brazo poderoso había arrebatado de la primera victoria que él me ha asignado para ampliar su almacén; yo

le he dado servidores a fin de que tejan para él el lino real, el lino blanco y otras clases de lino, agricultores para trabajar sus campos, recolectar su grano y ampliar el granero de las ofrendas divinas. Lista de los asiáticos hombres y mujeres, de los nubios y de las nubias que mi majestad ha dado a mi padre Amón, desde el año 23 hasta el establecimiento de este documento en el templo. 1588 sirios [...].

Como vemos, los esclavos, o quizá deberíamos llamar sirvientes, tenían una serie de derechos. Si se encontraban al servicio de un señor, éste podía cederlos o alquilarlos a otra persona, pero siempre deberían desempeñar las funciones por las que habían sido adquiridos y no otras. Sabemos que en el Imperio Nuevo existían este tipo de transacciones. Sin embargo, sus dueños eran responsables de alimentarles, vestirles, darles una vivienda e incluso una pequeña remuneración. Por supuesto, todas estas "ventajas" podían variar en el caso de esclavos que hubieran llegado a esta condición por haber sido condenados en los tribunales.

En relación con los metales preciosos, es curioso observar que, haciendo el cálculo de las donaciones a los templos durante todo el reinado de Ramsés III, el recinto de Amón tenía unos ingresos más reducidos. Solamente recibía el 5% de oro y el 14% de la producción de plata, mientras que el de Ra era poseedor del 41% y 48% de ambos metales respectivamente, el de Ptah el 7% de oro y el 9% de plata y el conjunto de otros santuarios repartidos por todo Egipto recibían el 47% de oro y el 29% de la plata. Aunque pueda parecer extraño, la escasez de ingresos por esta partida se compensaba con creces con las otras posesiones que recibía la casa del dios.

La explotación de minas por parte del templo era una de sus fuentes de ingreso. El santuario de Amón, en Karnak, dominaba las explotaciones de oro en el Sinaí y es frecuente el título de Intendente de los Desiertos del Oro de Amón. El templo de Sethy I en Abidos, encomendado al dios Osiris, poseía el derecho de explotación de la minas de oro en el desierto oriental y además era propietario de unas cuadrillas de hombres que se encargaban de trasladar el metal hasta su templo. También tenían derecho a navegar por el Nilo sin necesidad de pagar tasas, y de poseer terrenos y propiedades, tanto en las proximidades del santuario como en la alejada Kush.

La economía del santuario, sobre todo en aquellos encomendados a los grandes dioses, era muy próspera. El templo estaba capacitado para

intervenir en las guerras con parte de sus fondos y de organizar viajes al extranjero, con la función de obtener todo aquello que se pudiera necesitar. Precisamente uno de los beneficios que revertían en el clero era el fruto de las batallas. Como la divinidad era la que protegía al ejército en la contiendas y además entregaba parte de sus bienes para que éstas se llevaran a cabo, en justa réplica algunas de las ganancias y del botín obtenido retornaban al santuario.

Así, el mismo texto de Thutmose III, al que nos referimos antes, también explica que entregó al templo de Amón 4 vacas lecheras y, lo más importante, 3 ciudades de Retenu (Palestina). Más tarde, continúa haciendo una relación de metales preciosos, lapislázuli, cobre negro, etc., para construir los edificios sagrados de Amón, así como buenas ocas para el estanque de Karnak.

Mi majestad igualmente le ha donado tres ciudades situadas en Retenu Superior: el nombre de la primera es Nuges, la segunda Yenoam y la tercera Herenkeru (ciudades muy poderosas situadas al Norte de Meggido en Palestina). Las tasas percibidas como impuestos anuales serán destinadas a las divinas ofrendas de mi padre Amón.

En cuanto a la organización de viajes citaremos, como ejemplo, uno de los más populares, el de Uenamón, en tiempos de la Dinastía XXI. Éste fue enviado a Biblos (una antigua ciudad del Líbano), comisionado por los sacerdotes de Amón para comprar gran cantidad de madera, que sería utilizada para la construcción de un nuevo barco para su dios. Este navío se denominaba *Userhat*. Dicho viaje se recoge en el *Papiro Golenisher II (II, 2,53)*, y no es más que una pequeña muestra de las actividades del centro religioso. Sin embargo, cuando Uenamón partió hacia Biblos, el prestigio de los sacerdotes de Amón, que entonces se encontraban rigiendo el país, y su tesoro se encontraban considerablemente reducidos. Anterior a éste es el viaje de Sennefer, que vivió bajo Thutmose III, es decir en el Imperio Nuevo. En su tumba tebana (TT99) nos relata que además de ser Director de las Festividades (los egipcios eran muy amantes de las fiestas), fue enviado al Líbano comisionado para comprar madera con la que fabricar los mástiles para los estandartes del templo de Amón.

Como vemos, el templo de Amón cobraba en exclusiva tasas, impuestos a tres ciudades sirias, pero también, tanto los templos grandes como

los pequeños, percibían parte de las tasas que recibía la corona y parte de los productos obtenidos, a modo de impuestos anuales, tanto de las tierras locales como de las extranjeras. Por todo ello, los propios centros religiosos cobraban a su vez ciertos impuestos que no incumbían a la corona.

Pese a todo lo expuesto, los templos estaban también sujetos al pago de ciertos impuestos, que indudablemente no debían constituir un gravamen importante, aunque algunos santuarios estaban eximidos de estas obligaciones a través de Decretos Reales, sobre todo los encargados del culto funerario, como veremos a continuación. Además el rey podía, en cierto modo, confiscar tierras que perteneciesen al santuario, aunque esta práctica no fue frecuente hasta la Época Baja. Fue entonces cuando se procuró recortar los enormes bienes que los templos acumulaban.

Las Exenciones y Donaciones

Dentro de este apartado es imprescindible tratar las exenciones y donaciones de las que eran beneficiarios los templos. Dádivas que en ocasiones llevaron a la civilización faraónica al desastre económico. Sin duda alguna, se puede afirmar que fueron una de las causas de su *crack*. Al ser tan cuantiosas, las arcas reales se vieron obligadas a mermar sus ingresos y no pudieron mantenerse.

Aunque, por lo general, las exenciones de pagos no se interrumpían, sino que eran ratificadas sucesivamente por los monarcas, hubo momentos en los que encontramos textos que los rescindían. No era fácil para un monarca su derogación, pues los sacerdotes no iban a permitir que sus privilegios se eliminaran sin más, con el consiguiente empobrecimiento del templo. Realmente se practicó una política de "tira y afloja", donde a menudo los templos con menos influencia perdían la batalla.

Es significativo que, generalmente, los Decretos de Exención relacionados con templos de Culto Funerario en el Imperio Antiguo, no tuvieran pervivencia más allá de la Dinastía VI, mientras que, en contraposición, los que afectaban a los templos encomendados a los grandes dioses, se extendieron a lo largo de la historia del Antiguo Egipto.

Si eran tan gravosos, ¿cuál fue la razón para que se institucionalizasen? Desde el Periodo Predinástico, los jefes tribales y más tarde los soberanos tenían la facultad de disfrutar la prerrogativa de vida futura. Ellos tenían

el beneficio de disponer de todo lo que deseasen en el Más Allá, asistidos por aquellos que les sirvieron en la tierra. Para que los reyes pudieran gozar de todo ello sólo había una solución: los soberanos necesitaban una fundación piadosa a perpetuidad, que cumpliera el rito funerario para su eterna subsistencia, algo que funcionó a partir de la Dinatía III y con seguridad a partir de la IV. Sin embargo esto no era bastante. También todos aquellos fieles, ese funcionariado que le rodeaba, necesitaba una tumba donada por el rey (cuando llegara la hora de la muerte natural del individuo), en las cercanías de su enterramiento y a su vez estos sepulcros necesitaban que se cumplieran las ofrendas funerarias para que los difuntos pudieran acompañar a su soberano tras la muerte. A más fundaciones funerarias, mayores gastos en un proceso que podríamos denominar "la pescadilla que se muerde la cola". De este modo se pone en funcionamiento una máquina que ya no parará, un sistema que crece aún más con cada rey. Los sacerdotes, básicos en este culto, van aumentando en número, poder y posesiones.

Los sacerdotes y los templos, además de disfrutar de estas donaciones perpetuas, cuyo exponente más conocido es la llamada Estela de Apries en Menfis, se beneficiaron de los regalos que los soberanos comenzaron a otorgarles. Nos estamos refiriendo a los Decretos de Exención. A los personajes que beneficiaban les sirvió para descargarse de los trabajos obligatorios que el Estado exigía, las *Corveas*, así podían dedicar su vida al servicio del culto sin ninguna traba. Pero pronto estos decretos incluyeron algo más que el permiso para no trabajar para el monarca y se ampliaron hacia la exención de "impuestos" y a la protección de todos los que trabajan en los santuarios.

En resumen, las inmunidades o las exenciones que se concedieron a los cuerpos sacerdotales de los distintos templos, en el Imperio Antiguo y en el Primer Periodo Intermedio, en opinión de algunos autores, pueden dividirse en: inmunidades o exenciones parciales e inmunidades o exenciones absolutas, todo ello traería en consecuencia una semiautonomía de menor o mayor grado, pero en cualquier caso, autonomía.

A modo de ejemplo citaremos las *Colecciones de Decretos* de las ciudades de Dashur, Coptos y la del rey Neferirkara, este último concedido por el rey a los sacerdotes del dios Jentamentiu en Abidos. Recogeremos un fragmento del primero (Dashur), datado en el día 23 del primer mes

de invierno, en el año 21 del reinado de Pepi I. En él hace referencia a las ciudades formadas junto a dos de sus pirámides. Utilizaremos este texto para mostrar la fórmula que se empleaba:

[...] Su majestad ha ordenado eximir a la ciudad de estas dos pirámides de la ejecución de todo trabajo de la casa real, del pago de todo impuesto para la oficina de la Residencia, de toda corvea (impuesta) de acuerdo a la palabra de cualquier gente, eternamente.

Como vimos en el apartado anterior, por otro lado, las donaciones crecieron rápidamente y la monarquía comenzó a entregarles campos, ganados, derechos de pesca y caza, etc. ¿Qué ocurrió en consecuencia?. Simplemente que podían mantenerse de forma autónoma. Para cuando los reyes quisieron darse cuenta del poder de este clero, ya era demasiado tarde y minaron la economía egipcia. Tanto es así que llegaron a implantar sus propios impuestos, que se recaudaban puntualmente por trabajadores del santuario, llegaron incluso a arrendar al Estado parte de sus propiedades por cantidades superiores a las que debían pedir. Finalmente, todo ello se extendió a los templos de culto a los dioses.

Aunque algunos reyes recortaron los ingresos de los templos mediante nuevos decretos reales (Cambises, Jerjes), ya nada se podía hacer. Éstos constituían tan sólo un pequeñísimo "bache", que sin duda sería restituido con la ascensión de un nuevo monarca. Por un lado, sus tierras seguían dando los intereses necesarios para su subsistencia, ya que los empleados que las trabajaban debían pagar hasta un 30% de la cosecha en concepto de renta, según el *Papiro Amiens,* y ésta les era requerida puntualmente. Por el otro, no olvidemos los derechos de explotación de minas, los de recolección de miel, los de pesca, sus barcos mercantes, sus prerrogativas y su participación en el comercio y sus esclavos (prisioneros de guerra). Éstos, entre otros muchos, fueron algunos de sus recursos.

Las donaciones incluían también elementos necesarios para el culto a una divinidad determinada. Por ejemplo, al templo de Isis en Filé le fue donado un número importante de viñedos, ya que el culto a esta diosa y al dios local Mandulis requería la ofrenda de una gran cantidad de vino, al menos desde la Dinastía XXV.

Capítulo VIII

EL SALARIO

Si tú llegas a la Residencia con el pigmeo que está contigo vivo, sano y salvo, Mi Majestad entonces te dará una recompensa más grande que la que dio al tesorero del dios, Urdyededba, en tiempos del rey Isesi, equivalente al deseo que Mi Majestad tiene de ver al pigmeo.

Autobiografía de Herjuf

Dado que en Egipto no se acuñó moneda alguna hasta Nectanebo II y sólo circuló con regularidad a partir del periodo Ptolemaico, el sistema de pago era el de una economía de trueque, es decir, "yo te cambio esto por aquello". La manera de que este sistema económico funcionara era asignando un valor a un patrón-moneda: el *Deben.*

El *Deben* era el peso de una medida de entre 91 y 95,3 gramos (dependiendo del periodo) que podía calcularse en oro, plata o cobre. Estaba dividido en 10 *Kite.* En base a estas medidas se cambiaban los artículos, sin que mediara moneda acuñada. El *Deben* estaba hecho generalmente en piedra y podía tener la forma de un animal, como por ejemplo una vaca o un conejo. Se colocaba de contrapeso en las balanzas cuando el articulo a intercambiar podía pesarse, en caso contrario, se calculaba el "precio" del objeto y se convertía su valor a *Deben.* Simplemente servía como unidad de referencia para establecer el resto de los precios. Ésto fue lo que más se aproximó al dinero.

Para hacernos una idea del valor que tenía esta medida, acudiremos a los datos que nos ofrece un documento, donde el rey Ramsés XI entregó

a un sacerdote la cantidad de 50 *Deben* de plata. Se ha calculado que con esta cantidad, el mencionado sacerdote podría alimentar a 470 personas durante un periodo de un año. Teniendo en cuenta que el coste de un sirviente, en tiempos de Ramsés III (según el *Papiro Harris*) podía ser de unos 7 *Deben* de plata y que 4 *Aruras* de tierra, es decir aproximadamente 1 hectárea, costaban 1,1 *Deben* de plata, comprobamos que la cantidad era realmente grande.

Los cargos sacerdotales eran remunerados mediante especies, trueque o mediante la donación de terrenos, de más o menos 1,5 ha. Se ha calculado que esta extensión de terreno era la que se necesitaba para alimentar a cuatro personas durante un año. Aunque sabemos que los gastos de un templo eran altísimos (restauración, pago a los sacerdotes y empleados, limpieza y adquisición de objetos de culto), también sabemos que, generalmente, los ingresos eran aún superiores, sobre todo en grandes santuarios, y que éstos podían permitirse asalariar a sus empleados.

Parece que los sacerdotes también tenían derecho a una pequeña parte de los productos que las fincas de los templos obtenían y que empleaban como ofrendas, es decir, los animales destinados al sacrificio, la producción de trigo u otras cosechas, etc. Un documento relativo a un personaje llamado Hapdyefa de tiempos de Senusert I (Sesostris I) y comentado por Kemp (1992), nos revela que, en este tiempo, existía ya la obligación de redactar un contrato, para establecer el pago de los sacerdotes locales que desempeñaban un trabajo regular en el templo, y que en él se estipulaba que éstos recibirían el equivalente a 2/360 de los ingresos diarios del santuario, a excepción del Primer Servidor del Dios que recibía el doble. Hapdyefa era el Sumo Sacerdote del templo local de Upuaut y presumiblemente sus subordinados pertenecían a su propia familia. Por tanto, esta prerrogativa habría que tomarla con cierta precaución ya que, muy posiblemente, con la acción intentara conseguir ciertos beneficios para su propia estirpe. Sin embargo, sigue siendo un documento válido para hacernos una idea del sistema de pago al clero.

Unos de los textos más importantes para establecer el modo de pago en especie a los sacerdotes egipcios y, sobre todo a los funerarios, es una colección de papiros que fueron encontrados en las inmediaciones de la pirámide del rey Neferirkara, en Abusir. Fueron datados por los especialistas en el reinado de Dyedkara-Isesi (Dinastía V). En este tiempo el sa-

lario consistía en una ración básica de pan, cerveza, grano, carne, ropas y por supuesto la concesión de una tumba en la necrópolis de su rey, próxima al enterramiento de éste, quedando su posición en el cementerio determinada por la situación social del individuo en la jerarquía.

¿Cómo se lograba hacer posible la entrega de todas estas dádivas? Por supuesto, todo ello se obtenía mediante una fundación piadosa a perpetuidad, facultada para la contratación, poseedora de ganado y tierras que trabajar, que conseguía lo necesario para pagar al personal y mantener el culto funerario sin constituir, en principio, una carga excesiva para la corona.

Ya hemos citado, anteriormente, que los alimentos que se presentaban tanto al dios principal para su culto diario, así como los ofrendados a los dioses secundarios, que habitaban el templo, se retiraban más tarde, cuando se consideraba que éstos se habían alimentado de su esencia. Era entonces cuando el soporte material se repartía entre los trabajadores del templo sirviéndoles de alimento. No puede negarse que el método es sumamente práctico, ya que por el mismo "precio" se alimentaba a los dioses y a los sacerdotes que les servían. Vulgarmente podríamos hablar de una verdadera "política de ahorro". Además, ésto constituyó también una forma de pago.

La popular historia de Peteisis, que relata los avatares de una familia de sacerdotes, desde el reinado de Psamétiko I a Darío, en un templo local de la ciudad de Teudyoy (actual el-Hiba), nos cuenta que el reparto se dividía en 100 partes, fraccionadas del modo siguiente: una quinta parte para el Primer Profeta y cuatro quintas partes distribuidas entre cada una de las cuatro agrupaciones de sacerdotes Uab.

Por otro lado, acudiendo al texto de Heródoto, el historiador nos cuenta que las ofrendas diarias de los grandes templos abarcaban unas cantidades enormes de comida y bebida, pero no especifica cantidades. Sin embargo, todavía hemos de citar una de las inscripciones más importantes, aquellas que se recogen sobre los muros del templo de Medinet Habu, en Tebas Oeste. Allí, según el cómputo de Kemp (1992), encontramos que las ofrendas diarias ascendían a un total de 5.500 hogazas de pan, 54 pasteles, 34 bandejas de dulces, 204 jarras de cerveza y un amplio abanico de otros alimentos. Si como venimos comentando, éstas, después de presentarse al dios, se entregaban a los sacerdotes, comproba-

mos que su número era realmente importante y que estaba formado por un menú rico y variado. Un sustento deseable para cualquier capa de la sociedad egipcia.

Los sacerdotes especialistas, como los relacionados con la medicina, podían emplearse de forma particular, prestando su ayuda en el entorno del rey o de los nobles. Era muy extraño que un mero personaje del pueblo requiriera los servicios de uno de estos médicos, ya que no podía hacer frente al pago que ésto le iba a acarrear. Siempre que asistiera a particulares, los médicos tenían la facultad de exigir un pago por sus consultas, que normalmente consistía en comida o bebida. Durante la Época Baja a esta gratificación habría que añadir la donación de ropa o de cacharros de cerámica. En el caso de que el tratamiento fuera para algún miembro de la realeza, el Estado era el responsable de asalariar directamente al médico, podía hacerlo con tierras u otras posesiones en señal de agradecimiento.

Capítulo IX

LA VIVIENDA

Te construire una villa nueva, rodeada de árboles en los terrenos de tu ciudad.

Papiro Anastasi IV

Lamentablemente no se ha conservado ninguna de las grandes ciudades egipcias. Menfis, Tebas y Heliópolis fueron completamente arrasadas o cubiertas por los pueblos y las ciudades actuales. Solamente tenemos evidencia del urbanismo o de la distribución de poblados y casas de lugares muy concretos y poco significativos. Por un lado, sabemos como estaba estructurada Amarna desde el punto de vista urbanístico. Esta urbe fue construida apresuradamente cuando Amenhotep IV/Ajenatón trasladó la capital de Tebas a Tell el-Amarna, un lugar que antes no había sido habitado. La rapidez con la que se construyeron sus edificios y la corta ocupación de la misma no es comparable con ninguna de las ciudades tradicionales del Egipto faraónico. Conocemos también una pequeña villa situada en Tebas Oeste, que acogió a toda la comunidad de trabajadores de las tumbas reales del Imperio Nuevo. Esta ciudad es Deir el-Medina y aunque estuvo poblada durante el transcurso de las Dinastías XVIII, XIX y XX, no puede ser comparada con las grandes metrópolis. Finalmente, las ciudades de Kahun o Hawara, construidas para el servicio funerario de Senusert II y Amenemhat III respectivamente tampoco son ejemplos de una gran ciudad.

Los escasos restos arqueológicos que se han salvado, parecen indicarnos que la ciudad egipcia se construía en torno al santuario y que aque-

lla se desplazaba y ampliaba en función del recinto sagrado. El templo era el centro de la ciudad.

Los sacerdotes egipcios vivían con sus familias, cuando no tenían que estar sirviendo en el santuario. Sus casas estaban construidas en adobe y en casos excepcionales tenían algún elemento en piedra, un lujo que, generalmente, era para los dioses ¿Por qué se observa una tendencia tan acusada para emplear el adobe en construcciones destinadas a los vivos y la piedra para los dioses y los difuntos? Los egipcios pensaban que el adobe tenía una duración muy limitada, como la vida humana, por lo que se empleaba para las construcciones de los hombres, pobres mortales, mientras que la piedra, teóricamente imperecedera, era el material usado para las moradas divinas y los enterramientos, ya que tanto unos como otros vivían eternamente.

Las casas, exteriormente, no mostraban ninguna diferenciación y tenían una extensión directamente proporcional al *status* del cargo que su ocupante desempeñara. Es decir, solemos encontrar casas muy grandes, con dependencias para el servicio y lugares para alojar a sirvientes, junto a casas pequeñas; pero realmente las intermedias no abundan.

No sabemos con seguridad, aunque parece probable, que las viviendas construidas dentro del recinto sagrado, pero en el exterior del cuerpo principal del santuario, fueran las que habitaban los miembros del clero cuando se encontraban en periodos de servicio al dios. Parecen poco amplias para albergar permanentemente a una familia con esposa e hijos. En todo caso, como ya hemos dicho, el lujo y la extensión de las viviendas, tanto las situadas en el interior del recinto templario como en el exterior del mismo, dependía del cargo que ocupara el sacerdote y de su «pureza» ritual, aunque dentro del clero funerario esta diferenciación se hizo quizá un poco menos patente.

La decoración en el interior de las viviendas era también directamente proporcional a la posición del individuo o individuos que la ocupaban. Si tendemos a la generalización, podemos afirmar que el aspecto exterior de éstas no difería en demasía de las humildes casas que pueblan las orillas actuales del Nilo en el Alto Egipto. El exterior parece que pudo estar pintado de blanco, y el interior decorado y amueblado, según las posibilidades de sus moradores. El suelo se cubría con esterillas (en las casas más humildes) o se ornamentaba con motivos vegetales en las más

pudientes. En los hogares acomodados, las puertas, siempre que existieran, eran de madera, material considerado de lujo en Egipto. Todas ellas disponían de una amplia terraza en el techo, habitual en todos los países con climas calurosos, donde casi todas las actividades se realizan al aire libre. Los techos tenían una salida de humos para las fogatas que se encendían en las cocinas.

La vivienda podía variar, considerablemente, en número de elementos y sofisticación. Las casas más ricas tenían numerosas habitaciones, almacenes, cocinas, dormitorios e incluso un pequeño jardín. Un elemento curioso es una dependencia cuya utilidad es la que hoy conocemos como "retrete". Está presente en las viviendas más sofisticadas desde el Periodo Tinita, sin embargo no deja de resultar curioso que existiera esta dependencia entre unas gentes que vivían prácticamente al aire libre y que, aparentemente en este aspecto, tenían las mismas reglas de "pudor" que nosotros en pleno siglo XX. ¿No sería posible que fuera un signo de lujo más que de orden práctico?. Básicamente consistían en un orificio protegido por bloques de piedra o madera con un recipiente contenedor lleno de arena que diariamente se renovaba.

Concretamente en Karnak, estas viviendas (al menos las de los sacerdotes de rango más alto) se encontraban al Sur del lago sagrado del templo o alrededor del santuario, pero siempre fuera del recinto principal, ya que éste debía permanecer en una tranquilidad absoluta. Eran casas construidas en la Baja Época sobre los restos de viviendas anteriores, posiblemente de Imperio Medio, pero, en cualquier caso, nos sirven para hacernos una idea del tipo de construcción en la que vivían los miembros del clero. En las proximidades se encontraban también sus despachos oficiales, mientras que las de los subordinados se encontraban al Este del mismo lago en edificios muy próximos los unos de los otros. Tenían un patio y algunas habitaciones y el techo se sustentaba con una columna de piedra. Además conservaban relieves y textos en los dinteles, donde estaban inscritos el nombre y el cargo del dueño de la vivienda. Junto a las últimas se levantaban las dependencias de los Servicios, es decir, los almacenes, y las casas de los demás empleados (guardias, jardineros, comerciantes, artesanos, cocineros, o personal administrativo), así como capillas de dioses de segundo orden edificadas en ladrillo. Todas ellas estaban amparadas del exterior por un gran muro de adobe que circunvalaba el templo y las

dependencias, dotándolas de una considerable protección y un relativo *status* al encontrarse en las inmediaciones del santuario. Esta muralla fue denominada por los griegos *Temenos,* permaneciendo el término en la terminología empleada por los egiptólogos de nuestros días.

Los sacerdotes encargados del culto funerario de un rey o reina determinado se instalaban en las proximidades del enterramiento del personaje en cuestión. Se estructuraban en razón a la importancia del cargo que ostentaban. Los restos de algunas de estas viviendas pueden observarse en las cercanías de la tumba de la reina Jentkaus o del rey Micerino de la Dinastía IV en la meseta de Guiza, en la ciudad de Kahun, o en las inmediaciones de la pirámide de Amenemhat III en Dahshur. Generalmente, aquellas ubicadas para instalar a los miembros del clero encargados del culto funerario de un monarca, se emplazaban cerca del Templo Bajo del rey al que habían de servir.

Finalmente, sólo citaremos la existencia de ciudades que terminaron siendo localidades para el harén real. En ellas no sólo vivían las mujeres, sino que también estaban acompañadas por funcionarios, sacerdotes, sirvientes etc. De este tipo es Gurob, habitada durante la mayor parte del Imperio Nuevo, pero especialmente bajo Amenhotep III.

Capítulo X

LA MUERTE

Construye una casa para tu hijo como yo he construido para ti el lugar en el que estás. Embellece tu casa en la necrópolis y enriquece tu lugar en el occidente. Acoge (esta máxima), ya que la muerte es amarga para nosotros; acoge (esta máxima), porque la vida es una gran cosa para nosotros y la casa de la muerte está destinada a la vida.

Instrucciones de Hordyedef

Los primeros enterramientos que se pueden asignar al clero los encontramos en los arranques de la civilización egipcia, es decir, en el Periodo Tinita. En la necrópolis de Abidos, conocida por el nombre árabe de Umm el-Kab y más concretamente junto a la tumba del rey Dyer, se han localizado las tumbas de sacerdotes menores. Éstos son algunos de los ejemplos más tempranos, ya que poseen, aproximadamente, unos 4.997 años. En esta época, a la muerte del monarca, se sacrificaban ciertos miembros de su familia y servidores, pero esta costumbre desapareció completamente en la Época Dinástica. La imagen de sacrificios humanos se la debemos únicamente a las películas sensacionalistas.

Pocos datos tenemos acerca de las tumbas de los sacerdotes heliopolitanos del Imperio Antiguo, tan sólo podemos mencionar que es posible que sus enterramientos se localizaran en Heliópolis, donde hoy aún existen restos de un gran cementerio. Otras grandes necrópolis como Guiza y Sakkara conservan infinidad de *mastabas* donde se enterraron personajes nobles, obreros, y por supuesto sacerdotes funerarios y de culto a los dioses.

Si observamos detenidamente cualquier necrópolis de Imperio Antiguo, como Guiza o Sakkara, quedaremos asombrados al ver los campos de *mastabas* que se extienden junto a la tumba del monarca, *mastabas* que se edifican formando barrios y que se agrupan en toda la extensión de largas calles. Estos mausoleos fueron los que recogieron los cuerpos del funcionariado y de sus familias directas. Todas y cada una de ellas necesitaban ser asistidas por un culto funerario. La *mastaba* era el tipo de enterramiento empleado en el Imperio Antiguo para todos los personajes privados, es decir, que no fueran ni el rey ni las reinas. Es un monumento funerario con forma trapezoidal y tenía dos zonas, la superestructura donde se localizaba la capilla para el culto fúnebre y la subestructura, con un pozo y una cámara donde se situaba el enterramiento del individuo. El término procede de una palabra árabe que quiere decir banco y fue empleado por el aspecto de este tipo de tumbas.

Una constante a lo largo de la historia egipcia son los distintos intentos del clero de todas las épocas para utilizar, en sus enterramientos, textos de origen exclusivamente real. Desde la Dinastía V y más concretamente desde el reinado de Unas, los monarcas se inhumaban acompañados de un *corpus* religioso inscrito en los muros de las cámaras internas de sus pirámides, llamados los *Textos de las Pirámides.* Durante el Primer Periodo Intermedio, Egipto experimenta una "revolución" que implica la democratización de las creencias religiosas. Este acontecimiento se consolida durante el Imperio Medio. En estos momentos, todos los fallecidos pueden disfrutar de una vida ultraterrena, con la única condición de que se entierren cumpliendo los ritos que la regla prescribe. Así, muchos sacerdotes aprovecharon la ocasión para inscribir en sus tumbas los *Textos de las Pirámides,* algo que anteriormente sólo podía hacer el rey. Tiempo después, en la Dinastía XXI, volvió a repetirse este hecho y los sacerdotes tebanos se hicieron enterrar con textos reales, que antes habían sido registrados, tan sólo, en los enterramientos regios del Valle de los Reyes.

Generalmente los miembros del clero de mayor *status* tenían tumbas grandes y bien decoradas, y los de jerarquía intermedia poseían también tumbas muy dignas. En contraste, aquellas que pertenecían a personajes de baja jerarquía, tanto de culto divino como funerario, a menudo tuvieron que contentarse con hacerse enterrar en simples pozos sin la menor muestra de riqueza. Los sarcófagos del Alto Clero siempre tenían

una importante simbología religiosa, que comienza a acentuarse a finales de la Dinastía XX y culmina en la XXI, cuando se complica considerablemente. Entonces, los ataúdes antropomorfos están enteramente cubiertos por pasajes mitológicos que han de ayudar al difunto a pasar por el peligroso mundo del Más Allá, para, finalmente, dirigirse ante la presencia de Osiris. Puede afirmarse que, sobre la superficie de los mismos, no queda un solo recodo sin figuras o inscripciones jeroglíficas. Realmente es un buen y seguro "pasaporte" .

Durante el periodo Saita está documentada la Compra-Venta de enterramientos, según un papiro conservado en el Museo del Louvre de tiempos de Psamétiko I.

Al igual que en la realeza, el óbito de un personaje masculino o femenino del Alto Clero constituía un hecho particularmente nefasto y requería una serie de ritos sofisticados. La muerte de un gran sacerdote o sacerdotisa, debía ser anunciada por todo el país y el duelo era extensivo no sólo a sus familiares y al templo, sino al resto de la población. Su cuerpo pasaba a manos de los sacerdotes embalsamadores, que practicaban sus técnicas de conservación de acuerdo con el modelo escogido, ya que en Egipto existían tres tipos de fórmulas para la conservación del cuerpo. Éstas estaban condicionadas únicamente por el precio de las mismas. A la momia se le practicaba la llamada Apertura de Ojos y Boca para que pudiera disfrutar de todos sus órganos –aturdidos tras la muerte– en el Más Allá, todos ellos eran necesarios ya que necesitaba beber y alimentarse aunque hubiera muerto. El traslado a la tumba era solemne, estaba formado por una gran comitiva en la que participaban sus familiares, los amigos, los sacerdotes y las sacerdotisas, las plañideras, los portadores de ofrendas que debían introducir las mismas en el enterramiento, etc. Finalmente, a la entrada del mismo, se celebraba una comida de "fiesta" como signo de despedida. Aunque los textos nos hablan de que éste no era un acontecimiento triste (ya que se iba a producir la resurrección), es de suponer que, evidentemente, no podían alegrarse de la pérdida.

Una constante en el vendaje de los cuerpos, durante el proceso de embalsamamiento, es que sus miembros fueran cuidadosamente vendados por separado. Cada uno de los dedos de manos y pies se envolvían con vendas específicas independientes. Sin embargo, sobre todo a partir

de la Dinastía XXI, aunque no en todos los casos, encontramos que el pene no se encuentra en el cuerpo y que éste ha sido cortado intencionadamente introduciéndolo, cuidadosamente vendado y tratado, en el interior de una estatuilla de madera dorada de Osiris. ¿Es ésta una costumbre relacionada con la religión? Cuando Seth asesinó a su hermano, troceó su cuerpo y arrojó los pedazos al río Nilo. Cuando Isis se enteró de la desgracia, partió por todo Egipto reuniendo los fragmentos y encontró todos excepto el pene. Con los fragmentos, y ayudada por Anubis, practicó la primera momificación de la que se tiene referencia y resucitó a su cónyuge. Tras este acontecimiento, quedó mágicamente embarazada de su esposo (que no tenía miembro viril) y éste pasó a presidir el Mundo del Más Allá. ¿Es posible qué, como Osiris, los difuntos pretendieran la misma amputación en un deseo de identificarse con el dios?.

Como ejemplo de texto en el que se anunciaba la muerte, citaremos la proclama del óbito de la Divina Adoratriz Nitocris, extensiva a cualquier miembro de *status* muy importante. Ésta recorrería todas las provincias, para que todo el pueblo supiera el triste acontecimiento que se había cernido sobre Egipto. Nitocris expiró en Tebas a los ochenta y ocho años de edad, después de 19 de reinado. El documento dice así:

> *Año 4º de Apries, 4º mes de Shemu (Mesore), día 4. La Divina Adoratriz Nitocris, justificada, ha ascendido al cielo, uniéndose al disco solar. Su divina carne ha sido fusionada con el que la creó.*

Doce días después, Ajnesneferibra, la mujer que iba a sucederla por adopción, fue investida como Divina Adoratriz, pero en esos momentos el cargo jamás recuperaría el poder de tiempos pretéritos. Cuando Ajnesneferibra murió, fue enterrada en un sarcófago de basalto, en cuya tapa se hicieron inscribir los arcaicos *Textos de las Pirámides,* en un último intento de retornar a los añorados tiempos antiguos, tiempos de gloria y de esplendor para el Antiguo Egipto.

Las capillas funerarias de las Divinas Adoratrices estaban situadas en el templo de Medinet Habu. Eran templetes a los que se accedía por un pílono, tras el cual se encontraba un patio abierto y el tronco del templo. Estaban ricamente decoradas con pasajes religiosos y algunos autores son de la opinión de que fue precisamente aquí donde fueron enterradas. Al menos dos de ellas, Nitocris y Ajnesneferibra fueron trasladadas y reente-

rradas en un pozo del Imperio Nuevo, localizado en Deir el-Medina. Es decir, se empleó una tumba anterior para esconder los restos mortales de estas mujeres y preservarlos eternamente. ¿Pero este traslado fue realmente un acto de piedad para preservar que sus cuerpos fueran profanados? o ¿se trató de una posible reutilización de sus tumbas en épocas posteriores?

Ambos féretros no fueron localizados hasta que, en el año 1868, el Príncipe de Gales, futuro Eduardo VII, su esposa, su séquito y sus costosos vinos, visitaron Egipto. Fue entonces cuando el príncipe ordenó al Cónsul británico que hiciera un hallazgo interesante. !Cómo si la cosa fuera tan fácil¡. Esta petición se le encomendó al egipcio Mustafa Agha, mientras que Eduardo VII continuaba su viaje hacia la 2ª Catarata. A la vuelta, un mes más tarde, le informaron que habían encontrado 30 o más sarcófagos en un profundo pozo, y que entre éstos se hallaba el catafalco de granito rojo de la Divina Adoratríz Nitocris. Entusiasmado por la noticia quiso llevarlo inmediatamente a Inglaterra. No obstante, hasta 1885 el sarcófago no se pudo subir y el príncipe tuvo que volver a su país con el resto de los 30 sarcófagos, mientras que el de la Divina Adoratríz quedó alojado en el Museo de El Cairo.

Todas aquellas mujeres que estaban al servicio de las Divinas Adoratrices en Tebas o sacerdotisas de Baja Época que no podían permitirse un enterramiento delicadamente decorado, se hicieron inhumar en simples pozos, en los que depositaron unas curiosas estelas de madera, estucadas y policromadas, típicas del área tebana. En ellas, la difunta se encuentra ante el dios, generalmente Ra o Atum, manifestaciones del sol. Parece que era un elemento sustitutorio de las grandes decoraciones parietales mágico-religiosas, pero tan válidas como éstas.

Generalmente, los sacerdotes egipcios no se enterraban en necrópolis exclusivas para ellos, sino que sus enterramientos se mezclaban en los cementerios con los de otros personajes. Sin embargo, en algunos casos, encontramos áreas preferentes de enterramiento clerical. Por ejemplo, en la orilla Oeste de Tebas, fueron halladas tumbas individuales o familiares repartidas en las inmediaciones del santuario de Medinet Habu, el *Ramesseum,* el templo funerario de Mentuhotep, el de Hatshepsut (en el primer patio y cerca de éste) o en las necrópolis de Assasif y Dra Abu el-Naga. Concretamente, en esta última se encontraron los sacerdotes de la Administración del Imperio Nuevo.

El hecho de que los sacerdotes del Primer Periodo Intermedio y del Periodo Tardío se entierren en las cercanías de algún templo, no es más que para lograr cierta seguridad y garantía ante las violaciones, tan comunes en estos momentos a causa de la inseguridad que imperaba en Egipto.

Para más señas, durante las dinastías XXI y XXII, Deir el-Bahari se convirtió en una necrópolis sacerdotal, aunque la mayor parte de las tumbas de este periodo son enterramientos con más de un individuo, sin decoración mural y con un ajuar funerario muy reducido.

Es significativo que en Assasif, todas las tumbas construidas a partir de la Dinastía XXI, guarden cierta tendencia arcaizante, como ocurre en otros aspectos de sus manifestaciones artísticas. Los relieves que las decoran no dejan de recordarnos al Imperio Antiguo. Es una constante retornar a los modelos anteriores, ya que éstos habían demostrado un poder y una validez comprobada. Gracias a los antiguos dioses y a los arcaicos modelos, el Egipto del Imperio Antiguo había sido esplendoroso, un periodo envidiable, que convenía imitar. Allí se inhumaron los Grandes Sacerdotes de la época y los miembros de la administración religiosa que sirvieron a las Divinas Adoratrices. Por ello encontramos un número importante de enterramientos datables en la Época Etíope y Saíta que destacan por su tamaño y complejidad, posiblemente para eludir posibles profanaciones. De entre todos ellos conviene mencionar el perteneciente al Cuarto Profeta de Amón, Montuemhat (TT34), y a su familia, en la necrópolis de Assasif. Él fue un personaje importantísimo y de gran influencia durante el reinado de la Divina Adoratriz Sepenupet II. En su tumba se hizo representar con el cargo que ocupó en vida, como era costumbre entre los antiguos egipcios. Lamentablemente, como ocurre con muchos enterramientos reales o privados, algunos fragmentos de sus muros fueron arrancados y trasladados a distintos museos para su exposición.

En relación con esa vuelta a las antiguas costumbres, a ese arcaísmo que vuelve a estar de moda, merecen toda nuestra atención las tumbas de Pabasa (TT279), Gran Mayordomo de la Divina Adoratriz, bajo el reinado de Psamétiko I, y la de Ibi (TT36), Chambelán de la misma Divina Adoratriz.

En Deir el Bahari también se enterraron los sacerdotes durante la Dinastías XXI y a partir de la Dinastía XXII. La administración de los cul-

tos funerarios se llevaba a cabo directamente desde el cercano templo de Medinet Habu y era supervisado por el Primer Profeta de Amón en Karnak. Por ello, las tumbas se emplazaban en diversos puntos de la orilla occidental tebana, donde se ejercía un control estricto que les garantizaba cierta seguridad frente a robos y profanaciones.

Otro de los yacimientos más prósperos, en cuanto a hallazgos valiosos se refiere, es el de Tanis. En esta ciudad, y más concretamente en el interior del recinto del Gran Templo, se inhumaron algunos de los reyes-sacerdotes de las Dinastías XXI-XXII con un ajuar valiosísimo: vasos, sandalias, dediles, joyas y sarcófagos de oro y plata, que hoy se encuentran en el Museo de El Cairo. Se trataba de tumbas invioladas con un valor paralelo a la del rey Tutanjamón en Tebas. El motivo para que estos reyes-sacerdotes se inhumaran en el interior del templo, en lugar de en la necrópolis, estaba condicionado por el temor a las profanaciones, ya que en ese momento Egipto vivía una gran inestabilidad.

Al igual que en todos los lugares que hemos mencionado hasta ahora, el templo funerario de Ramsés II, (*Rameseum*) fue otro de los puntos donde se han hallado gran cantidad de tumbas de este tipo. Precisamente, allí se encontró el cuerpo del Cuarto Profeta de Amón, Nejtefmut, que vivió en la Dinastía XXII bajo el reinado de Osorkón I.

La necrópolis de los obreros trabajadores de las tumbas reales, situada junto a su ciudad, en Deir el-Medina, también guarda enterramientos de artesanos que, además de ejercer su trabajo, oficiaban en el clero de sus dioses, o, incluso, en el servicio funerario de algunos monarcas. Como ejemplo baste citar a Nejtamon, Sacerdote Uab de Amenofis I y dueño de la tumba TT 335. Sus enterramientos son un bellísimo ejemplo, ya que en muchos casos la policromía se ha conservado tan fresca y brillante que parecen estar pintadas hace tan sólo unos días.

Otro tipo de tumbas son aquellas denominadas generalmente Cachette de Embalsamadores. No se trata realmente de tumbas tal y como las hemos visto hasta ahora, sino lugares donde los embalsamadores depositaban algunos de los objetos o utensilios que habían estado en contacto con el difunto en el proceso de embalsamación y que por ello no podían ser eliminados sin más, ya que, de algún modo, eran sagrados. En el área de Tebas existieron desde la Dinastía XI. Entonces el material sobrante se depositaba en una cámara lateral de la tumba. En el Imperio

Nuevo, en los enterramientos más modestos, se sepultaba en un orificio abierto en el suelo, cercano al cadáver o en los alrededores. Finalmente, en Época Baja se colocaba sobre el sarcófago.

Inexplicablemente, en algunos casos, también se hallaron algunos sarcófagos, entre los que se encontraron los de sacerdotes de Amón y de Jonsú, como el de Pasenkebi, junto al cual, también se depositó una mesa de embalsamar. ¿Qué hacía allí?. Sólo podemos aventurar conjeturas. Pudo tratarse de su enterramiento original, al que más tarde se incorporó el material sobrante de un embalsamamiento, pero quizá se trate del traslado de la momia junto con todo aquello empleado en el proceso de conservación de su cuerpo en un acto de piedad, ya que su tumba pudo haber sido expoliada. Así, destacaremos las seis cachette situadas cerca de la TT 279, de la dinastía XXVI y las siete emplazadas en la llamada Cantera de Senenmut.

Los sacerdotes poseían importantes tumbas propias, construidas y trabajadas, en parte, por los artesanos del templo y dotadas, sin duda, de un rico ajuar. A finales de la Dinastía XIX, cuando la corte se trasladó al Norte, la necrópolis tebana poco a poco quedó indefensa. Los faraones se vieron entonces obligados a ordenar al clero una inspección del estado de las tumbas y descubrieron que muchas habían sido violadas. Por ello decidieron restaurar las momias que habían sido dañadas (por la búsqueda de los amuletos situados entre las vendas) y agrupar los restos mortales de los sacerdotes en enterramientos comunitarios, al igual que hicieron en los enterramientos reales, junto a los ajuares mermados de los difuntos, para que continuaran disfrutando de vida en el Más Allá con el mayor número de enseres posible. Realmente se trataba de un acto de piedad. Además, durante todo el Imperio Nuevo, en las necrópolis occidentales de Tebas, existió un cuerpo policial al servicio de la vigilancia de las tumbas. Esta responsabilidad corrió a cargo de unos personajes llamados *los Medyai.* Ellos estaban comandados por dos jefes (a partir de Tutmosis III), y se encontraban bajo las órdenes directas del Visir u ocasionalmente del Primer Profeta de Amón (bajo Ramsés IX y X). Residían en el área situada entre el Templo de Sethy I, en Gurna, y el de Ramsés III, en Medinet Habu. Pese al control y la guardia que ejercían en toda la orilla occidental de Tebas, no pudieron evitar que muchas de las tumbas fueran violadas por los ladrones, ya en tiempos antiguos.

Éstos se localizaron en varios lugares distintos. Todos ellos eran tumbas más antiguas que fueron abiertas para alojar a sus nuevos ocupantes. En muchos casos, entre ellos había tanto faraones como sacerdotes y sacerdotisas adscritos al clero de Amón o a dioses del área tebana. En cuanto a las cachettes más importantes señalaremos:

LA TUMBA DE AHMOSE INHAPY, posible hija de Seqenenra Taa II o de Ahmose (DB 320):
Contenía los sarcófagos de reyes y sacerdotes de las Dinastías XVII a XXI.

CACHETTE DE FÉRETROS DE SACERDOTES DEL PERIODO TARDÍO: En el área de la columnata media y alta del templo de Hatshepsut en Deir el-Bahari.

LA CACHETTE DE DEIR EL-BAHARI (en las cámaras subterráneas del templo de Hatshepsut):
Con 71 sarcófagos de sacerdotes de Montú de la Dinastía XII a XXVI.

BAB EL-GUSUS, llamada también **LA PUERTA DE LOS SACERDOTES,** (en las inmediaciones del templo de Mentuhotep I en Deir el-Bahari):
Con 153 sarcófagos (101 sarcófagos dobles y 52 simples) y 200 estatuas de Sumos Sacerdotes de Amón datados a partir de finales de la Dinastía XXI. Reenterrados en tiempos de Psusenes II.

La inspección de los enterramientos está documentada con el reinado de varios reyes. Así sabemos que bajo Horemheb, los Ramsés III, V, VI, IX, X y XI, y también durante los mandatos de Pinedyem, Smendes, Psusenes I y Siamón se hicieron trabajos de conservación e inspección. Por todo ello, se han encontrado numerosos cuerpos de sacerdotes y sacerdotisas del culto de Amón que, a partir de la Dinastía XXI, fueron agrupados junto a los cadáveres de sus familiares y sacerdotes de Montú. Como los cuerpos de los difuntos no podían ser movidos de sus tumbas originales sin más, se hizo necesario convocar al oráculo. En el año 10 del rey Siamón, sabemos que el clero acudió a consultar a la diosa Mut para emprender estos trabajos.

Lejos del área tebana existían también otros lugares importantes destinados al enterramiento de miembros del clero. En Abidos se descubrió un cementerio de sacerdotisas especialmente enternecedor, ya que estaban inhumadas junto a sus hijos nacidos muertos. Parece que esto evidencia un deseo de permanecer juntos eternamente. Otra de las muchas

necrópolis reseñables se situó cerca de Filé. Allí los sacerdotes y sacerdotisas fueron inhumados, en su mayor parte, en el cementerio de la isla de el-Hesa, al Suroeste de Filé. Todos éstos son, entre otros, algunos ejemplos de necrópolis destinadas a hombres y mujeres adscritos al clero.

Los sacerdotes y las sacerdotisas de más alto rango, y en concreto las que servían al culto del dios Amón, fueron embalsamados generalmente con las manos apoyadas sobre la región púbica, y durante el Periodo Ptolemaico con los brazos cruzados sobre el pecho, el derecho sobre el izquierdo. Se ha encontrado gran número de estos ejemplos. Todos estos personajes tenían además una serie de amuletos de uso funerario, dentro y fuera de sus vendajes, algunos de ellos eran exclusivos del clero.



Fig. 10. Hipocéfalo de la tumba de Neshorpajered. Tocadora de sistro de Amón. Periodo Ptolemaico. (Museo Británico).

En los enterramientos sacerdotales del periodo saita y posteriores, los miembros del clero de Amón y de Min se inhumaban junto a un disco hecho en tela y estuco, madera o bronce, que se situaba bajo la cabeza del difunto. En él se inscribía el capítulo 162 del llamado *Libro de los Muertos* y estaba adornado con una complicada iconografía relacionada con el sol. Tenía por función provocar una llama bajo la cabeza, para que el finado estuviera siempre caliente. De este modo, sentía el calor de Amón-Ra que le ayudaba y auxiliaba en el Más Allá. Frecuentemente estos discos están decorados con la figura de la vaca Ihet, que por otro lado se la consideraba la Madre del Sol.

A partir del Imperio Medio, existía la costumbre de depositar en el santuario la estatua de un difunto particular, a modo de prerrogativa. De este modo, participaba de las ofrendas del templo. Estas estatuas eran también soportes para el *alma*, un "sistema de seguridad" para el fallecido. En el caso de que el cuerpo del finado sufriera algún mal o no se conservara eternamente, éste era un sustituto que el *alma* podría reconocer, ya que en este tipo de estatuas se representaba al fallecido joven, fuerte y sin los defectos físicos que hubiera podido padecer en la tierra. De este modo, pasara lo que pasara, disfrutaría de una vida tras la muerte, liberado de esas minusvalías. La estatuaria es precisamente uno de los elementos más importantes para acercarnos a estos hombres. Todos ellos tienen un punto en común: la dignidad del representado, la serenidad de sus rasgos, que parecen indicar una profunda seguridad, una fe sincera en sus dioses. A menudo se nos muestra a un individuo de gran obesidad, con el pelo rasurado y vestido con una sencilla túnica que le llega hasta los tobillos. La adiposidad no es signo de la imagen fiel de su persona (pudo ser obeso o delgado), sino que es un símbolo para representar la *prosperidad* que este hombre había alcanzado en vida. En otros casos, en lugar de gordura, se deseó pasar a la inmortalidad con una figura elegante, acorde con su esbelta figura. Sobre la superficie de la estatua se inscribía una leyenda "tipo" en la que el rey ofrendaba toda clase de alimentos líquidos y sólidos para su subsistencia tras la muerte. Como ejemplo citaremos el texto de la estatua de Nenju, hijo de Inkef, sacerdote del dios Min, expuesta en el Museo Roemer-Palizaeus (Inv. Nº. 84). En este caso, la leyenda de la estatua menciona:

> *Ofrenda que da el rey para el Ka del sacerdote Min-menju, hijo de Inkef.*
> (A continuación se detalla el número de ellas y la naturaleza de cada una)

La inscripción no presenta la más mínima duda, estaba destinada para ser alojada en un santuario real y recibir los beneficios del culto que allí se llevasen a cabo. Todas ellas, y aunque no lo indiquen, se depositaban en el templo con el permiso expreso del monarca.

Tanto el Imperio Antiguo, a través de las llamadas Cabezas de Repuesto, como el periodo de Amarna o la última etapa de la historia faraónica, nos ofrecen otros ejemplos significativos. En ellos, el sacerdote o el hombre civil no responde a un canon idealizado, donde cada estatua se parece

a otra del mismo periodo, reflejando pocos rasgos personales del individuo. En esta variante, se han conservado una serie de cabezas, posiblemente de miembros del clero, que nos trasmiten una sensación peculiar, la de estar realmente viendo la efigie del sacerdote tal y como fue en vida, con sus defectos y virtudes. De mirada serena, a veces sus rasgos muestran signos de envejecimiento, un semblante que produce una sensación sobrecogedora. Realmente nos encontramos frente a frente con hombres cuyas facciones se asemejan muchísimo a hombres de nuestro siglo.

El hecho de que algunos sacerdotes de determinados cleros desearan pasar a la inmortalidad abrazando la imagen de su dios o de la tríada de su templo, nos comunica un sentimiento profundamente piadoso y nos recuerda la importancia que tuvo la religión en esta civilización. La tríada era el grupo de divinidades que, a modo de unidad familiar, se adoraban en el santuario. Generalmente estaban formadas por el padre, la madre y el hijo o la hija, aunque existen casos en los que el dios principal se acompaña de dos entidades femeninas que son su esposa y su hija. En estos casos el individuo se muestra en pie, sosteniendo entre sus manos, bien una capilla con la imagen de su dios o bien al mismo dios, en pie, guardándole entre sus brazos. Ellos desearon inmortalizarse protegiendo con sus manos la imagen de la divinidad a la que sirvieron y por ello muestran una mirada al frente, sincera, confiada y segura. A veces, la capilla se sustituye por la imagen de la fachada del templo donde oficiaron.

En algunos casos, los miembros del clero, en lugar de estar rasurados aparecen con una peluca sobre su cabeza, hecho relativamente frecuente en estatuas de sacerdotes, sobre todo en los últimos periodos de la historia del Antiguo Egipto, ya que el uso de este adorno era muy frecuente en la sociedad egipcia. Por ello, ¿cómo no pasar a la inmortalidad perfectamente aseados, vestidos o acicalados con sus mejores galas? Habida cuenta de que, sobre todo, las sacerdotisas aparecen en la estatuaria portando en sus manos el *sistro* o el *menat,* es decir los instrumentos musicales que emplearon cuando oficiaban ante el dios, parece que los miembros adscritos al clero deseaban fervientemente seguir desempeñando su ocupación en el Más Allá.

Capítulo XI

LA COMPRA O HERENCIA DE CARGOS SACERDOTALES

[...] Unos días después, sucedió que el Médico-Jefe se fue a casa de sus padres. Horsiesi, hijo de Ramose, fue nombrado Médico-Jefe y se le dio absolutamente todo lo que pertenece al Médico-Jefe, y sus hermanos fueron hechos sacerdotes sin tener que pagar impuesto.

Instrucciones de Anjsesonky

En Egipto, el nombramiento de un empleo sacerdotal era un asunto delicado. Los cargos estaban muy solicitados y progresivamente tendieron al principio de herencia.

Es de todos conocido el hecho de que el soberano se encontraba por encima de todos los sacerdotes y que éstos, al menos teóricamente, debían someterse a la aprobación real antes de hacer efectivo el puesto. No obstante, en un país donde el clero era tan complejo y numeroso, una cuidadosa supervisión era de todo punto imposible y, paulatinamente, fue dotándose de prerrogativas que terminaron convirtiéndose en derechos adquiridos. Sin embargo, este poder no llegó a ser tan grande como para que pudieran crear un significativo ejército propio con el que derrocar al gobierno de Egipto, a excepción de la Dinastía XXI, cuanto los sacerdotes de Amón se hicieron tan fuertes como para ocupar el trono egipcio. No obstante, éste pronto se escapó de sus manos.

Desconocemos si desde los primeros tiempos todos los cargos eran hereditarios, pero parece que es más verosímil pensar que solamente algunos estuvieron sometidos a esta carga, ya que en el Imperio Antiguo

sólo conocemos casos puntuales de transmisión testamentaria. Puede ser realmente curioso destacar un documento relacionado con un individuo llamado Nekonej, que era Administrador de Palacio, Sacerdote de Hathor en Tehneh y Sacerdote Funerario de Jenuka. El documento está fechado bajo el reinado de Userkaf (principios de la Dinastía V). Este hombre tenía trece hijos y deseaba que éstos disfrutaran del privilegio de servir en el templo. Como el año estaba dividido en 12 meses y supuestamente cada mes debía estar encabezado por la dirección de uno de ellos, arregló el asunto repartiendo un mes entre dos de sus vástagos, de manera que cada uno bien servía sólo durante 15 días o bien se repartía las responsabilidades con su hermano.

A partir del Imperio Medio, lo más común para obtener un alto cargo en el templo era acogerse al derecho de compra o herencia, a pesar de que el rey tenía "teóricamente" la facultad de elegir.

Esto sucedió en los momentos de un poder real férreo, como en el Imperio Nuevo. Hasta el reinado de Ramsés III, los Sumos Sacerdotes eran nominados directamente por el monarca, que solía escoger entre aquellos que tenían alguna relación directa o indirecta con algún miembro del clero. Pero, lógicamente, en épocas de debilidad real, este proceder desencadenaba una fuerte tensión entre los clérigos y el rey, ya que estos últimos querían someterse solamente al principio de herencia, sin la intervención directa del soberano. Por esto, a partir de Ramsés III, los puestos más importantes, y sobre todo el de Sumo Sacerdote, dependían del derecho de herencia.

La asignación real pasó a ser un mero trámite, al igual que un sínodo de sacerdotes que también participaban en la elección y la ratificación final proclamada por un oráculo. Todos los organismos quedaban anulados o influidos por la ascendencia sacerdotal de la familia del aspirante. Si cumplía todos los requisitos era muy poco probable que el rey, el sínodo o el oráculo, dictaminaran en su contra.

A finales del Imperio Nuevo, el clero alcanzó grandísimas atribuciones. Fue entonces cuando se atrevió a sentarse sobre el trono del país como monarcas. Una de las mayores consecuencias fue un tráfico de compraventa de cargos sacerdotales completamente desmesurado e impensable en otros periodos. Pertenecer al clero no era entonces únicamente una cuestión de dignidad o prestigio, sino que representaba formar parte de

la *elite,* del grupo cuyo gobernante controlaba también los designios del país.

La compra o la herencia de cargos fue muy frecuente en la Época Baja y sobre todo en el Periodo Grecorromano, entonces existía un documento, "acta de trasmisión", que validaba el legado. Esta práctica era habitual, especialmente para los grados más bajos o los auxiliares. Cuando afectaba a futuros miembros de la alta jerarquía sacerdotal, el nombramiento debía ser confirmado por el oráculo y éste condición imprescindible para acceder al cargo. Sin embargo, todas estas argucias no eximían al Alto y al Bajo clero del pago de ciertos derechos por ser entronizados, pagos que enriquecerían las arcas del templo. Cuando el rey, de acuerdo con el clero, era el que recomendaba a un personaje, el criterio para su designación parece claro: servía para recompensar por los servicios prestados, aunque también estaba condicionado por razones políticas. Si el monarca era poderoso colocaba a alguien de su confianza en el templo, para que un determinado cuerpo sacerdotal no alcanzara mayor poder político-religioso y no amenazara las propias bases de la monarquía. En Época Grecorromana fue necesario ser hijo de un sacerdote para acceder al puesto.

Si acudimos, una vez más a los clásicos, encontramos que existe una pequeña referencia de Diodoro de Sicilia (*Biblioteca, 88*) que habla de la importancia de la herencia en el oficio sacerdotal. Él afirma que los padres iniciados eran los que se hacían responsables de parte de las enseñanzas necesarias para ingresar en el templo. Heródoto (II, 37) también nos ofrece algunos datos.

[...] Y no hay un único sacerdote para cada dios, sino varios, uno de los cuales es Sumo Sacerdote; cuando alguno muere, le reemplaza su hijo.

La ratificación oracular fue uno de los sistemas más importantes para *manejar* quién debía formar parte del clero. Era el mismo dios el que admitía al aspirante en una ceremonia singular y en esta designación divina no cabía discusión alguna. La ceremonia requería que algunos sacerdotes llevaran a hombros la imagen sagrada. Por medio de ellos el dios hacía sentir su deseo. Repentinamente los portadores podían sentir un peso enorme e injustificado sobre sus hombros, ello les obligaba a detenerse o a acelerar la marcha. De este modo aparecía la señal para la aceptación o la negativa del dios. Otro sistema de comunicación entre el

dios y sus servidores podría haber consistido en un mensaje oral, como veremos en el apartado correspondiente.

Un texto de un sacerdote de Heliópolis, llamado Anjsesonky, de la Época Baja, cuenta una historia interesante. Narra cómo un personaje llamado Horsiesi logró ser ascendido y como sus hermanos ingresaron en el clero con una serie de beneficios. Los fragmentos que queremos destacar se encuentran en las columnas I, II, III y IV. En la I se refiere a Horsiesi, hijo de Ramose, en la II a Anjsesoky, hijo de Tyainufi y en la III y la IV vuelve a repetirse el texto:

[...] Unos días después, sucedió que el Médico-Jefe se fue a casa de sus padres. Horsiesi, hijo de Ramose, fue nombrado Médico-Jefe y se le dio absolutamente todo lo que pertenece al Médico-Jefe, y sus hermanos fueron hechos sacerdotes sin tener que pagar impuestos (los que debían pagar para poder acceder al clero).

Como ejemplo de lo hasta aquí expuesto, recordaremos la frase que pronunció Hapi-Dyefai de Assiut, al dirigirse a los Grandes del Templo para argumentar su admisión en el santuario. Ésta era frecuente entre los miembros del Alto Clero:

Soy hijo de sacerdote como todos vosotros (Assiut I, 288).

Pese a lo expuesto hasta ahora, la herencia o la compra de puestos sacerdotales no era el único camino para acceder al clero. Aunque no con mucha frecuencia, sabemos de personajes de condición humilde que lograron grados importantísimos en la jerarquía sacerdotal. Este ingreso y ascenso en el templo era simplemente por la demostración y reconocimiento de su valía, por destacar sobre otros individuos. Una mente lúcida no podía desperdiciarse. La valía de estos individuos se premió con el nombramiento de cargos de gran responsabilidad en el santuario. Dos ejemplos significativos son Imhotep (arquitecto de Dyeser), que vivió en el Imperio Antiguo, y Amenofis hijo de Hapu (bajo el reinado de Amenofis III).

GENEALOGÍAS SACERDOTALES:

En este mismo capítulo vamos a referirnos a las genealogías sacerdotales ya que guardan directa relación con la herencia de cargos.

Los puestos sacerdotales están bien documentados a través de amplias genealogías familiares que abundan, sobre todo, a partir de Imperio Nuevo y crecen aún más en la Baja Época (algunas de hasta quince generaciones de una misma familia y de un mismo clero). En ellas, los personajes insisten en indicar la antigüedad de su derecho al cargo, así como las funciones que desempeñaron cada uno de sus ascendentes.

El empleo de sacerdote era muy codiciado, ya que el poder que éstos ejercían los situaba en un *status* elevado sobre las demás ocupaciones egipcias. Los religiosos podían empezar su carrera desde distintos puestos en la jerarquía sacerdotal, dependiendo de sus conocimientos, de la influencia que tuvieran en la corte o, como hemos visto, del dinero que pudieran desembolsar. Podían, además, poseer cargos que incumbían a más de un dios, por cuanto los diversos centros y escuelas sacerdotales eran completamente independientes las unas de las otras. Los ejemplos de estelas, en las que aparecen al menos el abuelo, el padre y el hijo con sus respectivos cargos clericales, son muy frecuentes y en ellas los personajes que se representan no necesariamente pertenecen al mismo santuario.

En el capítulo en el que nos vamos a referir a la integridad y la corrupción de los sacerdotes egipcios veremos un clarísimo ejemplo de un personaje, llamado Peteisis, que reclamó su derecho sobre un templo local, aludiendo a la antigüedad en el cargo de sus ascendientes.

Capítulo XII

LAS CEREMONIAS COTIDIANAS DEL CLERO. EL CULTO.

Voy ahora a extenderme en detalle sobre Egipto, porque, comparado con cualquier otro país, tiene muchísimas maravillas y ofrece obras que superan toda ponderación; por esta razón hablaré de él con especial detenimiento.

(Heródoto II, 35.)

Como el culto a los dioses era, a menudo, muy complejo, los sacerdotes debían realizar un número importante de ritos y ceremonias, algunas de la cuales eran de origen muy remoto. Entre ellas destacaremos las llamadas de Culto Diario y la Apertura de la Boca.

Todas las solemnidades estaban formadas por una serie de actos, donde, como constante, encontramos el empleo de incienso y agua, debido a su concreta simbología. Por un lado, el incienso estaba considerado un agente purificador, una manifestación de la divinidad, y por el otro, el agua era símbolo de la vida y en consecuencia provocaba el renacimiento, pero además era alegoría de purificación, de bautismo, de fertilidad y sobre todo de resurrección. Fue por tanto imprescindible en prácticamente todas las ceremonias, tanto de origen solar como osiriaco.

El Culto Diario

Aunque éste no es lugar para hacer un detallado análisis de la ceremonia, no nos resistimos a explicar algunos de los aspectos generales de tan curioso y elaborado rito.

Nos encontramos ante uno de los actos religiosos cotidianos más importantes que el clero debía desempeñar. Básicamente estaba destinado a "despertar" a la divinidad, alimentarla, lavarla, vestirla, adornarla con joyas, purificarla con natrón, resinas y distintas clases de aspersiones, tal y como si se tratase de un ser animado con necesidades puramente humanas.

Las estatuas, como representantes terrenas de los dioses, debían despertarse cada mañana a la salida del sol, ya que en este preciso momento era cuando debían animar sus habitáculos terrestres situados en los templos, para que mágicamente se potenciaran los poderes del dios. Para que esto ocurriera, era necesario que el clero se ocupase de ellos manteniendo y realizando unos ritos muy concretos prescritos desde la antigüedad. La deidad, debidamente atendida, se encontraba satisfecha y dispersaba bendiciones al clero, al rey y por extensión al pueblo. Les otorgaba salud, felicidad y éxito, tanto en las batallas como en su vida privada.

Según Moret (1988), la procedencia de esta ceremonia era de origen puramente heliopolitano y podría remontarse a las primeras Dinastías, de hecho, en los *Textos de las Pirámides* de la Dinastía V, encontramos la fórmula simbólica del desmembramiento, presente en este ritual en todos los tiempos, para, de forma mágica, reunir sus miembros y hacerlos útiles. Sin embargo, también estuvo influida, desde un periodo muy temprano, por el mito osiriaco, del cual conservaría muchos de sus aspectos. Así, ambos rituales (el solar y el osiriaco), en principio distintos y sin conexión, sufrieron un proceso de fusión durante los Imperios Antiguo y Medio, que desembocó, durante el Imperio Nuevo, en el Ritual de Culto Diario, extremadamente más suntuoso que el de épocas precedentes.

Esta herencia, de tiempos remotos, se trasluce con claridad en los *Textos de las Pirámides*, –conjunto de fórmulas mágico religiosas para la protección del monarca en el Más Allá–, de las cuales, algunas se emplearían en el rito. Además, ambas deidades (Ra y Osiris) se fusionaban a diario a través del renacimiento que acaecía periódicamente. Osiris, como divinidad del Más Allá, y Ra, regenerado después de su viaje nocturno por el mundo del primero.

El objetivo era identificar a la divinidad con el sol. Esto se conseguía gracias a que el rito tenía una conexión directa con los distintos aspectos del astro durante el día (Atum al anochecer, Ra en el cenit y Jepri al

amanecer). Era necesario renovar sus fuerzas y proveerle de todo aquello que pudiera necesitar para su nueva vida, regenerada diariamente. Precisamente, la importancia de estos dos cultos tuvo como consecuencia que cualquier dios (a excepción de Ptah) fuera fusionado a partir del Imperio Medio a Ra, el sol, conviertiéndose simbólicamente en la representación del astro y la personificación de Osiris, pero conservando a la vez su propia identidad. Así, entidades divinas como Amón, Sobek, Montu, etc., se convirtieron en Amón-Ra, Sobek-Ra o Montu-Ra y disfrutaron de atenciones, que, en principio, eran exclusivas del sol. Desde el Imperio Medio, las fórmulas prescritas para el desarrollo del rito se fueron incrementando hasta alcanzar, en el Imperio Nuevo, una complicación destacable.

Si realizamos una visión global de este rito religioso, lo primero que llama la atención es el hecho de poder dividir muy claramente los actos relativos al culto solar y al osiriaco, escindiéndolos en dos partes bien diferenciadas: los rituales de purificación en la primera hora del día, relativos sin duda a Heliópolis, y los relacionados con la restitución del cuerpo de la deidad, vinculados a Osiris. Éstos estaban bajo la dirección del rey o del Sumo Sacerdote cuando el monarca delegaba en él, ya que no era posible que el soberano oficiara, al mismo tiempo, en todos los santuarios. En ambos casos, su delegado religioso representaba al hijo de Osiris, el halcón Horus.

Como hemos dicho, básicamente, la leyenda de Osiris narra una tierna historia en la que el protagonista sufre la envidia de su hermano Set. Éste desea aniquilarle para reinar sobre el Valle del Nilo, territorio que gobiernan Osiris e Isis. Por ello asesina a Osiris y trocea su cuerpo, arrojándolo al río. Isis, su amante esposa, ayudada por algunos dioses, encuentra los fragmentos (a excepción del pene) y practica la primera momificación de la que se tiene noticia. Desde entonces Osiris se convierte en un ser resucitado, pero es el soberano del Más Allá.

Tradicionalmente, el rito comenzaba cada mañana, aunque algunos autores son de la opinión de que posiblemente el acto completo, dada su complejidad, se realizase sólo una o dos veces por semana, con etapas más simples celebradas diariamente. También debía efectuarse al mediodía y al anochecer, aunque no de una forma tan dilatada, limitándose tan sólo a ofrendas simbólicas presentadas ante la capilla, pero sin abrir las

puertas del santuario. Los actos mágicos se restringían simplemente a purificar mediante libaciones y purificaciones

Un texto recogido por Daumas (1972), relativo a una inscripción situada en el *Mammisi* del templo de Horus de Edfu, nos sirve para documentar la frecuencia de esta ceremonia:

Puerta por donde pasa el sacerdote que ofrece agua fresca tres veces diarias: una vez por la mañana, otra al mediodía y otra por la tarde.

El *Mammisi*, es una palabra que procede de la lengua copta, significa "Lugar o Casa de Nacimiento" y fue empleada por Champollión para designar los pequeños edificios donde, mitológicamente, Isis había sentido los dolores de parto y había dado a luz a su hijo Horus. Por analogía, se entendía que allí se había producido el nacimiento mitológico del rey.

El rito de la mañana marcaba la pauta para comenzar los actos religiosos diarios. Podía ser muy sencillo o complicarse hasta la saciedad, ya que nada estaba prescrito de una forma rígida. En cualquier caso, como era habitual, se necesitaba la previa purificación del rey, de los sacerdotes y del santuario con fumigaciones y libaciones, antes de comenzar su escenificación. Todos ellos debían al dios un respeto supremo y no podían permitir introducir en su "dormitorio" elementos contaminantes.

El acto requería no sólo la salmodia de ciertos pasajes religiosos, sino también la actitud sumisa del oficiante. Él debía adoptar determinadas posturas de acatamiento, según el momento concreto del ritual religioso, así como actos físicos purificadores (incienso, aspersiones...) que aumentaban la eficacia del rito. Además debía protegerse con determinadas invocaciones ya que el dios podía "confundirle" con una fuerza negativa y liquidarle de inmediato. Todas estas fórmulas, monótonas y repetitivas, creaban un ambiente proclive al fervor religioso. La liturgia sagrada requería la máxima concentración del oficiante.

En el templo de Sethy I en Abidos, se localizan seis capillas cubiertas en la totalidad de sus muros, con relieves que describen algunos episodios del ritual. La falta de orden hace que su completo desarrollo sea para nosotros aún desconocido. Además, tendemos a interpretarlo desde un punto de vista moderno, según nuestra propia lógica, que puede, con seguridad, no corresponder al de los antiguos egipcios. Algunos autores han creído ver en estas representaciones una forma de indicar y recordar al ofi-

ciante los actos que debía realizar. No obstante, en ninguna de estas salas se encuentran pormenorizados todos los pasajes y muchos relieves de distintas capillas son complementarios entre sí. Aunque en ellas se nos ofrece una gran e importante información, tampoco aquí es completa, y da la sensación de que se han omitido voluntariamente algunos episodios.

La ceremonia se celebraba en el interior del templo, en la zona más interna y oscura, es decir, el lugar más sagrado, denominado tradicionalmente *Sancta Sanctorum* (en egipcio Sehem). La sala o *santuario* guardaba también la barca sagrada divina, *el medio de transporte del dios* en procesiones, oráculos, etc. Además, también allí se emplazaba una estructura monolítica denominada *Naos* (en egipcio Set-Ueret), generalmente de granito, con una puerta de madera de doble batiente, que se sellaba después de haber finalizado el rito. Tras ella se escondía la imagen del dios principal del templo, la que iba a ser objeto del rito de Culto Diario. El *Naos* tenía una profunda simbología religiosa: estaba relacionado con el horizonte Oriental, es decir, con la salida del sol y con la Colina Primigenia, el terreno que había emergido del caótico océano primordial y donde había surgido la vida en el comienzo de los tiempos, según las diversas cosmogonías egipcias. Por otro lado se identificaba con el lugar de "descanso" del dios titular del templo.

En las inmediaciones del *Sancta Santorum* se encontraban otros almacenes que servían para alojar todo lo relacionado con el culto que se practicaba a la imagen divina, vestidos, alimentos, bebidas, incienso, cosméticos y posiblemente los papiros con el texto del ritual.

Cuando los Sacerdotes Horarios despertaban, justo antes del amanecer, avisaban a todos los que moraban en el templo, para que los encargados de los servicios auxiliares se pusieran en marcha, es decir, para que las cocinas, los carniceros, etc., comenzaran a preparar los alimentos que debían ser presentados al dios. Por el momento, su imagen aún se encontraba sumida en el sueño, en la intimidad de su *Sancta Santorum*, protegida de todo peligro en la oscuridad de su "dormitorio".

Las ofrendas se depositaban en bandejas, poniendo en ello un cuidado especial, pues la deidad era poderosa. Todo debía estar preparado y colocado según las prescripciones. El menú debía ser variado y rico e incluía tanto alimentos sólidos como bebidas (leche, vino y cerveza), colocadas convenientemente en jarros. Los auxiliares, diligentemente, hacían

acopio del agua que serviría para las aspersiones y para purificar todo aquello que se iba a presentar ante el dios, pero el líquido debía cogerse de un pozo o estanque específico para que fuera considerado purificador. Así se interpretaba que eran las aguas primordiales del Nun (del océano donde había nacido la vida en la noche de los tiempos), las que acogían en su seno y regeneraban los poderes aturdidos (por la noche) del dios principal del templo. El agua se depositaba en unos contenedores o "lavabos", cuyos ejemplos se han encontrado desde el Imperio Antiguo.

Además de las purificaciones con agua, era imprescindible "limpiar" con natrón y con fumigaciones aromáticas. Todos estos actos eran medidas profilácticas muy frecuentes en las liturgias egipcias.

Los episodios comenzaban cuando el sol nacía en el horizonte. Se inauguraban con una solemne ceremonia de purificación personal de los sacerdotes, que podía llevarse a cabo en distintas dependencias: en las aguas del templo, en pequeños contenedores de agua, o en un lugar enigmático, de origen eminentemente heliopolitano, que los textos denominan La Casa de la Mañana, cuyo exponente tenemos en el grandioso templo de Edfu. Éstas podían realizarse con la ayuda de asistentes, que, revestidos con las máscaras de los dioses Anubis y Thot, más tarde procedían al aseo de la divinidad, con los mismos utensilios que en los primeros tiempos se habían empleado para purificar a Ra al amanecer. Estos asistentes estaban también encargados de entregar al sacerdote de rango superior los vestidos, amuletos, coronas..., que se utilizarían después en el interior del templo para el aseo de la deidad.

Según Moret (1972), era necesario que previamente, el rey o el Sumo Sacerdote, se sometiese a una ceremonia Osiríaca de Apertura de la Boca, para, de forma mágica, convertirse en una entidad divina, transmutación por la cual se podía poner en contacto con el dios del santuario, sin correr ningún peligro.

Encabezado por el rey, o en delegación por el Sumo Sacerdote, se formaba una procesión, de número variable, que se internaba en el templo. El monarca (o el Primer Servidor del Dios) custodiado por un Sacerdote Lector, conocedor de las fórmulas, se hacían acompañar por otros miembros del clero, encargados de transportar ofrendas (aquéllas que no estuvieran ya depositadas en los almacenes próximos al *Sancta Sanctorum*). El ritualista portaba en sus manos un fuego ritual purificador que debe-

ría colocar en el "dormitorio" de la divinidad. Todos ellos entonaban cánticos y salmodias propiciatorias, destinadas a despertar al dios y se dirigían hasta el lugar donde debían situar los alimentos. Algunos miembros del clero llevaban en sus manos otros objetos imprescindibles, entre los que destacaremos un incensario, que servía para alejar aquellos espíritus malignos que pudieran perturbar a la divinidad. Su aroma se extendía por todos los rincones del santuario.



Fig. 11. Incensario de mano y recipiente quemando perfume para la divinidad.

De este modo, la comitiva avanzaba hasta llegar a la puerta, aún cerrada, del *Sancta Sanctorum*, donde los sacerdotes de *status* menos elevado depositaban las ofrendas sobre unas mesas preparadas para tal fin. Seguidamente, abandonaban al Sumo Sacerdote y al Sacerdote Lector, ya que comenzaba el acto más sagrado y peligroso que consistía en romper el «primer sello», aquel que les permitiría acceder al santuario donde se encontraba el *Naos* con la imagen divina en su interior.

Antes de proceder a la ruptura del «segundo sello», es decir, el que protegía el *Naos*, era necesaria una nueva purificación de ofrendas. El lugar sólo estaba iluminado por una lámpara purificadora depositada el día anterior (en el caso de que su combustible no se hubiera consumido). El rey, o su delegado, cuando el primero se encontrara ausente, llevaba en sus manos la lámpara que había de sustituir a la precedente.

Junto al *Naos*, que escondía la imagen del dios, se encontraba su barca transportable y algunos muebles, donde se depositaban las ofrendas. Éstos todavía tendrían los restos de las honras que habían sido presentadas en el oficio anterior y objetos que iban a utilizarse en el rito. Era el momento de comenzar el acto más solemne y para ello el oficiante recitaba en voz alta, como si se dirigiese a un ser animado:

¡Despiértate en paz!.
El temor a ti está en mi cuerpo, escalofríos ante ti sobrecogen mis miembros.

Asimismo, el sacerdote debía justificar su intromisión mediante otra serie de fórmulas que garantizaban su integridad. Parece, por tanto, que precisaba dejar bien claro su calidad de hombre puro, cualificado, avisando de sus buenas intenciones y reclamando su derecho de entrada. Aunque el rey fuera el oficiante, necesitaba igualmente justificarse, para su propia protección, y demandar su derecho de entrada. Así, en el templo de Sethy I en Abidos, concretamente en la capilla de Ra-Horajti, estudiada por R. David (1981), encontramos la siguiente fórmula:

Vengo ante ti, el poderoso me sigue, mi purificación está en mis brazos. He pasado por Tefnut, Tefnut que me ha purificado. De hecho soy profeta, hijo de un profeta de este templo. No tardaré, no me echaré atrás. Soy profeta. Vengo a realizar el ritual. Verdaderamente no he venido a hacer aquello que no debe hacerse.

Como hemos comentado, el sacerdote oficiante, tanto si era el monarca como si era el delegado real (el Sumo Sacerdote) estaba asistido por un Sacerdote Lector, conocedor de todas las fórmulas sagradas. Rompía el sello de arcilla con que se habían clausurado las puertas el día anterior. Desataba las cuerdas que sujetaban diagonalmente los pomos de ambos batientes y dejaba libre el cerrojo que iba a descorrer. Como el momento era tan delicado, volvía a recordar, antes de descorrer el cerrojo:

Verdaderamente, soy profeta; es el rey quien me ha mandado ver al dios. Soy el gran fénix que está en Heliópolis.

[...] El sello de barro está roto, el cielo se abre ante ti, la carne de Isis ha sido alejada. Verdaderamente no he venido a destruir a esta diosa en su sitio. Soy yo el que introduzco a los dioses.

[...] La liga está rota, el sello está suelto. He venido a traerte el ojo[...] ¡Oh Horus!, tu ojo está contigo, ¡oh Horus!.

Sin embargo, todavía no había pasado el peligro, por cuanto el sacerdote debía anunciar la apertura de las puertas salmodiando:

Las dos puertas del cielo se abren, las dos puertas de la tierra están cerradas. El dios Geb rinde homenaje diciendo a los dioses establecidos sobre sus sedes: las dos puertas del cielo están abiertas, la compañía de dioses reluce; Amón Señor de Karnak, es ensalzado en su gran puesto [...]

Por supuesto, esta fórmula era la que se recitaba en el ritual del templo de Karnak, ya que en otros santuarios tenía ligeras variantes, como podemos comprobar en la versión de Abidos:

[...] Las dos puertas del cielo se abren, las dos puertas de la tierra se descierran (cierran sus puertas). Saludos a Geb, padre de los dioses [...] las dos puertas son abiertas, la Eneada brilla, Ra-Horajti se eleva en su caverna.

En ambos casos existía una clara identificación entre el *Naos* y el cielo y un reconocimiento especial de Geb, dios de la tierra y miembro de la Eneada Heliopolitana, es decir, del grupo de entidades divinas que habían participado en la creación, según cada escuela sacerdotal.

Una vez abiertas las puertas, el sacerdote se encontraba directamente ante el dios. De nuevo encontramos que el ritualista insiste en justificarse, en mostrar su respeto para no sufrir daño alguno. Así insistía:

[...] He abierto las dos puertas para que me permitas pasar. Es el Rey quien me ha mandado ver al dios [...] Beso el suelo, abrazo a Geb, he ofrecido alabanzas a Ra-Horajti para así ser puro para él.

Como vemos, un número importante de fórmulas mágico-propiciatorias estaban destinadas a proteger al oficiante. La divinidad se encontraba sumida en la oscuridad de su "dormitorio" y el instante en el que se abrían las puertas y ambos se encontraban cara a cara era especialmente peligroso, ya que la reacción del dios no era predecible. Por ello , en acto de respeto y sumisión el ritualista se echaba en el suelo; después se arrodillaba y se incorporaba progresivamente, encendía la lámpara de la divinidad y recitaba una serie de fórmulas, una especie de Confesión Negativa donde dejaba patente no haber atentado nunca contra la divinidad, mediante un conjuro que decía: yo no hice *aquello*, yo no cometí *tal cosa*, etc. Más tarde enumeraba las 45 partes físicas de las que estaba compuesto el dios. Gracias a este acto, y por medio de la magia de la palabra, estas partes físicas cobraban vida, para que la divinidad tomara plena conciencia de su encarnación en la estatua que le representaba y participara de las ofrendas y cuidados personales. Por ello, el sacerdote proclamaba:

Tus ojos iluminan la noche, tus cejas se levantan en toda su belleza [...] Tú esparces sobre la tierra tu polvo de oro.[...]

No sabemos exactamente si era antes o después de estas fórmulas cuando el sacerdote llevaba a cabo otro importante acto que restaba por cumplimentar. Su función consistía en cerrar el círculo que daba vida a la deidad en la mañana. Esta era la acción más poderosa del rito, donde el oficiante podía, de nuevo, correr un verdadero riesgo físico (de acuerdo con sus creencias). Si el acto no le era propicio o el sacerdote no había cumplido correctamente con todas las normas necesarias, podía caer fulminado. La acción consistía en el contacto directo con el dios, con su estatua divina, el abrazo por el cual le transmitía "alma" para que la divinidad pudiera alojarse en su soporte material plenamente. A causa de esta situación de riesgo, era necesario protegerse de nuevo con salmodias y posturas de respeto, que invitaban y glorificaban a la deidad. Disponemos de distintas fórmulas que se recitaban en voz alta. La primera se trata de una exhortación, la segunda y la tercera consisten en frases de amparo para el oficiante:

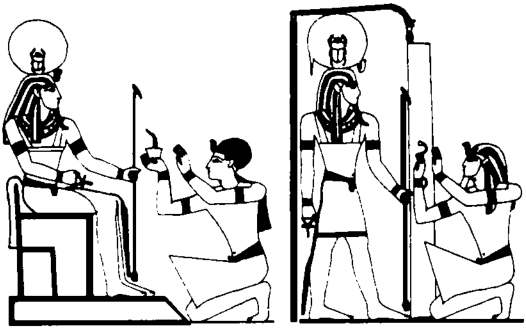


Fig. 12. El sacerdote ofrenda incienso y abre las puertas del santuario del dios. Templo de Sethy en Abidos.

1.- Adoro a tu majestad con las plegarias prescritas, con las palabras que acrecientan tu poderío[...] en las sagradas manifestaciones con las que te has revelado desde el nacimiento del mundo.

2.- Mi rostro es una protección para el dios y recíprocamente. Es el rey el que me envía para ver al dios.

3.- Yo soy el profeta: el rey es quien me envía para ver al dios.

Finalmente, ya protegido de manera adecuada, llegaba el momento de

dar un "paso al frente" y abrazar la imagen sagrada. Hemos de presuponer el miedo y la emoción que un neófito podía sentir en este momento:

Ven a mí Amón-Ra, para recibir este abrazo mediante el cual tú surges este día en el que te manifiestas como rey[...]

Tras esta salmodia, el dios retornaba con todo su esplendor. La imagen guardada en el *Naos* estaba "despierta" y consciente, el peligro ya no era tan patente y era el momento de ofrecerle el sustento.

El acto comenzaba con la presentación de alimentos sólidos y líquidos, al igual que en las ceremonias funerarias. Se depositaban sobre unas bandejas, que a su vez se encontraban sobre un velador.

Todas ellas se presentaban ante el *Naos* y se depositaban allí. Aquellos alimentos que no requerían una preparación previa en las cocinas del templo se depositaban con anterioridad en los almacenes próximos al santuario, salas que, por otro lado, llevaban el nombre de Almacén de Objetos Sólidos y Almacén de Objetos Líquidos, reconocibles aún hoy en el majestuoso templo de Edfu. Estas ofrendas alimentarias estaban normalmente compuestas de pan, vino, carne, legumbres, frutas variadas y flores. De este modo, además de alimentar al dios, se ofrecía a la divinidad aquello que Egipto deseaba, necesitaba y pedía indirectamente al ser supremo.

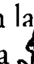
Como ya se ha citado, los alimentos y la bebida se colocaban cuidadosamente sobre el pequeño altar o velador , situado frente a la imagen divina (cuando éste no existía se depositaban simplemente sobre una estera). El orden establecido para la presentación de ofrendas era el siguiente: en primer lugar, se depositaban las frutas, después las carnes, asadas en unos braseros livianos ubicados para tal fin. Las carnes debían ser ofrecidas directamente por el sacerdote que, extendiendo el brazo derecho, lo acercaba hacia la boca del dios, con la palma de la mano hacia arriba, consagrándolos con una maza de guerra. Esta ofrenda simbolizaba la carne de los enemigos tradicionales de Egipto, que diariamente eran consumidos por la divinidad, absorbiendo de ellos su poder, y mientras se hacían todos estos ritos, el sacerdote recitaba una salmodia que animaba a la divinidad a participar de las ofrendas.

Las viandas, depositadas durante la anterior liturgia, aparentemente estaban sin consumir. Sin embargo, el milagro se había producido. El dios

se había nutrido y fortalecido con la esencia, con el "espíritu" de las mismas, dejando la parte material, inútil para él. Estos despojos, se retiraban en el siguiente servicio y se sustituían por nuevos alimentos. Como los egipcios eran un pueblo eminentemente práctico, la comida retirada se presentaba a los dioses secundarios, a las estatuas de aquellos personajes a los que se les había concedido el privilegio de colocar su estatua en el interior del templo (para participar de las ofrendas del dios) y más tarde se repartía entre el clero y el personal del templo, para que se alimentaran con el elemento físico, carente de valor nutricio para el dios.

El segundo almuerzo, realizado al mediodía, conmemoraba el momento en que el sol alcanzaba el cenit y comenzaba su declive. La ceremonia se limitaba a libaciones y ofrendas de incienso, sin abrir el *Sancta Sanctorum*. Es decir, se llevaba a cabo en el deambulatorio y en las capillas que rodeaban el lugar: las de los dioses secundarios que formaban tríada con el dios principal.

La tercera comida se desarrollaba con más complicación y comenzaba cuando el sol se ponía y moría míticamente en el horizonte. Era una repetición de la primera comida del día, aunque sin llegar a la complejidad de ésta. Se realizaba en una capilla lateral en lugar de celebrarse en el interior del *Sancta Santorum*.

El rito requería que, junto con la ceremonia, se ofrendaran toda una serie de amuletos y objetos apotropaicos, acompañados de fórmulas y cánticos. Dos de las ofrendas capitales consistían en la presentación del *Ojo de Horus*  y de una pequeña figura femenina . Ambas debían acercarse directamente a la boca de la divinidad. La estatuilla representaba a la diosa de la justicia y del orden cósmico, Maat, que portaba sobre la cabeza una pluma de avestruz como símbolo distintivo. Ella constituía el alimento genérico del dios, ya que éste se sustentaba de la justicia, fortaleciéndose con el "espíritu" de este concepto que facultaba la buena marcha del país. Por otro lado, el *Ojo de Horus* simbolizaba la salud, otro de los elementos esenciales para el mantenimiento del Maat. Gracias a estas ofrendas, al abrazo del sacerdote y a la protección de los actos anteriores, se insuflaba a la estatua la "vida" mágica y poderosa, necesaria para la armonía de la tierra egipcia.

El número de amuletos que debían presentarse variaba mucho en función de cada santuario. Los gestos, ensalmos y actos arcaicos que acompa-

ñaban la ofrenda de cada uno de ellos llegó a acaparar un espacio de tiempo importante en la ceremonia. Esta liturgia transluce el profundo sentir heliopolitano (con influencias osiríacas) ya que en ellas se desarrollan actos tradicionalmente relacionados con el dios sol (Ra) y episodios propios del dios del Más Allá (Osiris).

Es especialmente curioso que muchos de los pasajes debieran recitarse cuatro veces. Sin embargo, tiene una explicación evidente: con esta reiteración, mágicamente se informaba a cada punto cardinal de lo que estaba ocurriendo y, por analogía, este conocimiento llegaba a los puntos más recónditos del país. Así, la divinidad, allá donde se encontrara en ese momento, podría escucharlas y participar en lo que estaba aconteciendo en su templo.

Otro grupo de ritos sólo se repetían dos veces, en función del marcado sentido dual de sus ceremonias: el rey era soberano del Alto y del Bajo Egipto, el sacerdote era su representante en los ritos y la divinidad tenía que recibir la ofrenda de los dos lugares geográficos que dominaba, para que ésta fuera completa. Dada la complejidad y la duración de esta parte del rito, desconocemos si en la práctica esta norma se llevaba siempre a cabo, o si se sustituía por actos más breves de idéntica simbología.

Otra de las obligaciones del ritualista consistía en la limpieza del lugar. Barría el suelo y quitaba el polvo depositado sobre el altar y el *Naos*. Era muy importante que el pequeño tabernáculo, situado frente al dios, se purificara cuidadosamente, pues aquí era donde se depositaban los alimentos para nutrir a la divinidad con su esencia.

Aunque los textos mencionan la presencia única del Sumo Sacerdote en este espacio sagrado, presumiblemente éste estaba asistido por una serie de Sacerdotes Puros *(Uab)* y, con seguridad, por el llamado Sacerdote del Misterio, conocedor de los ritos más divinos.

Limpiado el habitáculo quedaba la labor más delicada, el lavado y acicalamiento a la estatua divina. Para ello, un sacerdote llamado *Medty* tomaba con sumo cuidado la estatua alojada en el *Naos* y la depositaba en un lugar seguro. Comenzaba a desnudarla, desmaquillarla, quitarle los viejos ungüentos, etc. Después de todo ello, le presentaban 4 vasos *Nemeset* y 4 vasos *Desheret* que servían para hacer las aspersiones y lavados, aunque a veces, éstos eran sustituidos por un solo vaso, denominado *Kebehu*. Todo ello alternado con incienso purificador, considerado el Perfume de

la Divinidad. Éste tenía la facultad de apaciguar a la serpiente protectora que se encontraba en la frente del dios (el *ureus* protector) . Ella estaba dotada de un carácter impulsivo y podía constituir un verdadero peligro para el oficiante, si consideraba, de forma imprevisible, que el dios era molestado. El sacerdote procedería entonces a la purificación de la boca con agua y natrón. De nuevo nos encontramos que una función puramente higiénica se entremezclaba con ritos religiosos.

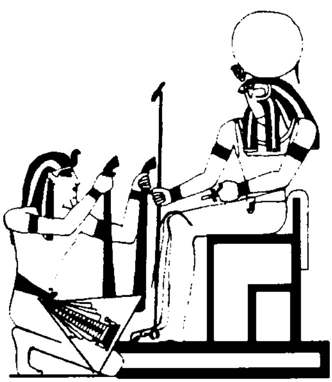


Fig. 13. Presentación de bandas de tela para el vestido. Templo de Sethy I. Abidos.

Una vez que la estatua se lavaba y purificaba con agua e incienso, se ofrecía a la imagen la indumentaria de puro lino. El dios no podía ser vestido con telas impuras que dañarían su divinidad. Este acto se realizaba normalmente por el Sacerdote *Sem*, que actuaba igual que en las ceremonias funerarias. Éste, como que en los funerales, representaba al hijo primogénito, el responsable de realizar los actos fúnebres y de resurrección.

Aunque el vestuario, en teoría, se sustituía diariamente, en la práctica sólo debía de cambiarse una o dos veces por semana. En su lugar, de forma cotidiana, se ofrendaba un velo blanco para cubrirla y cuatro cintas de lino teñidas de colores, presentadas de dos en dos y casi siempre en el mismo orden. Éstas simbolizaban:

1º.- **La Cinta Blanca.** Denotaba pureza y representaba a la ciudad de Nején. Personificaba la luz alba del amanecer y constituía una protección mágica contra los enemigos de la divinidad.

2º.- **La Cinta de Color Azul.** Encarnaba al cielo y al agua primordial. Ambos conceptos aludían a la vida y el renacimiento. Esta cinta cubría el rostro del dios.

3º.- **La Cinta Verde.** Emblema de la ciudad de Buto, era el símbolo de la resurrección. Gracias a su acción se lograba que la enfermedad no pudiera atacar a la divinidad.

4º.- **La Cinta Protectora Roja.** Representaba a Heliópolis, era símbolo del fuego purificador, de la sangre que corre por las venas, todo ello en relación con la vida y la regeneración. Era también símbolo del desierto.

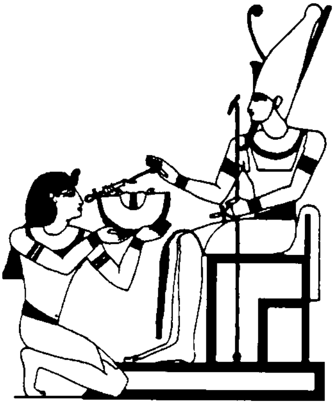


Fig. 14. Presentación de joyas.
Templo de Sethy I. Abidos.

Otros textos mencionan una enigmática cinta de color rojo oscuro, que los relatos precisan es un matiz de la tela *idemi* (un atuendo protector relacionado con el sol y con la diosa Hathor). Su significado es indudablemente mágico, pero su función específica difícil de adivinar. Muy posiblemente, esta cinta dotaba al dios de cualidades especiales y profilácticas, relacionadas con las diosas que lo habían tejido. La fórmula "tipo" para la ofrenda era la siguiente:

Oh Amón-Ra, Señor de Karnak, tú has tomado esta venda esplendorosa que es tuya, y has tomado estas bellas vendas tuyas, has aceptado estos bellos vestidos y has tomado este blanco Ojo de Horus [...].

Concede que el temor ante él sea grande y su fuerza poderosa.

Tras el lavado y vestido comenzaba la labor del sacerdote encargado de la custodia y cuidado de las joyas.

Se adornaba la estatua con un collar *Usej* que llevaba su contrapeso *Menhat* . Éste se colocaba sobre el pecho y la espalda de la divinidad, respectivamente. El acto se acompañaba con un rito de purificación, mientras se recitaba:

El dios Atum extiende su mano para tocar el collar Usej con el símbolo Anj: el rey (o el sacerdote) se arrodilla y ofrece el collar al dios [...].

De igual modo, le presentaban las insignias reales y divinas: diademas, cetros (*Heka* , *Uas* *y Ames*), el látigo de espantar los malos espíritus *(Nejej)*, coronas, etc., y las colocaban sobre la cabeza y las manos. Es posible que este lujoso acicalamiento se restringiese a los días "especiales". Por el mismo sistema se presentaban pulseras que se colocaban en brazos y tobillos.

Tras todo este complicado rito, comenzaba el minucioso proceso de maquillaje con cosméticos. Se usaban los colores verde y negro como símbolo de resurrección. Este mismo maquillaje era el que empleaban los propios egipcios y servía para proteger los ojos de posibles infecciones.

Más tarde, el sacerdote ungía a la estatua con siete o diez óleos sagrados (dependiendo del texto) y con un cosmético muy importante que se denomina *Medyet.* No obstante, parece que el uso real de éstos, durante el Imperio Nuevo, era más reducido. Esta labor siempre se realizaba con la mano derecha, cerrando el puño y con los dedos pulgar y meñique extendidos. Los acercaba a la frente de la divinidad en medio de rezos y cánticos mientras recitaba:

Yo te aplico ungüentos para que aten tus huesos, para que unan tu carne, para que diluyan tus supuraciones.

El aceite y los ungüentos tenían en Egipto, además de fines religiosos, funciones curativas y servían también para perfumar, por lo que no es extraño la inclusión de esta fórmula.

Como podemos comprobar, la ceremonia de Culto Diario seguía un orden más o menos lógico, donde se intercalaban actos mágicos, acompañados de hábitos cotidianos como el desayuno, lavado y acicalamiento de un mortal.

Después del maquillaje y de la aplicación de óleos, el sacerdote daba cuatro vueltas alrededor de la divinidad, incensando el lugar y llevaba a

cabo nuevas libaciones. Más tarde, le ofrecía cinco granos de *Natrón* (Bicarbonato sódico o carbonato sódico), cinco de sal *Jed* y cinco de resina o de incienso de teberinto, –aunque la composición depende de los textos– con el objeto de purificar de nuevo el recinto. Así pues, nos encontramos con actos profilácticos introducidos en el rito, cuyo destino era la "esterilización" de la imagen y del recinto, así como la expulsión de las fuerzas dañinas y peligrosas que aún permanecían en las inmediaciones, esperando el momento oportuno para dañar al dios.

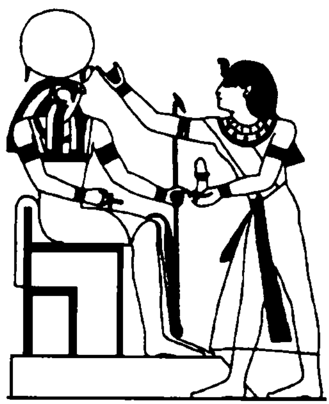


Fig. 15. El sacerdote unge con aceite sagrado a la divinidad. Templo de Shety I. Abidos.

El acto culminaba con la presentación del cubrepeluca *Nemes*, tras haber recitado en voz alta las fórmulas destinadas al *Ureus* y a la quema de incienso. Tanto el *Nemes* como el *Ureus*, eran dos insignias reales que estaban directamente relacionadas con el sol.

Una vez cumplimentado todo el ritual, comenzaba la ceremonia de despedida. El sacerdote cubría la estatua con un velo mágico de color rojo mientras recitaba:

Isis lo ha tejido, Neftis lo ha hilado.

Con esta frase el rey (o el sacerdote) asimilaba a estas dos diosas: la primera, esposa-hermana de Osiris y la segunda, hermana del dios del

Más Allá. Además, en este caso, ambas se fusionaban con la diosa del tejido Tait, otorgando a la divinidad los poderes inherentes de las tres diosas, para aumentar y reforzar su poder.

A partir de este momento se cerraba el *Naos*, se corría el cerrojo y se sellaba de nuevo con arcilla. De este modo se aseguraba la paz y la soledad de la divinidad, hasta que comenzara el rito, una vez más, con el nacimiento de un nuevo día.

Los ritos finales ya no afectaban a la divinidad directamente, sino que se centraban en la limpieza y desinfección de su "dormitorio". La arena, que al entrar al santuario había sido barrida, se sustituía ahora por otra limpia, en un rito de purificación. El sacerdote daba cuatro vueltas alrededor de la barca sagrada e incensaba la zona. Más tarde se purificaba con cuatro granos de sosa *Nesén* del Alto Egipto y cuatro de *Sherpet* del *Uadi* Natrum, en el Bajo Egipto, además de incienso y agua.

Sin dar la espalda al dios y como símbolo de respeto, el sacerdote caminaba hacia atrás y se retiraba haciendo libaciones y barriendo el suelo con una escoba de tallos de la planta *Hedén,* una planta relacionada con el dios Thot. Así se eliminaban, simbólicamente, todas las huellas que los humanos hubieran podido dejar en el recinto sagrado, liberándolo de impurezas y del peligro de entidades hostiles que desearan amenazar la integridad del dios. Además se dejaba el recinto custodiado simbólicamente por dioses de eficacia comprobada. En este acto recitaba:

Thot ha venido tras liberar al Ojo de Horus de las manos de sus adversarios. Ningún demonio, ni macho, ni hembra puede entrar en este santuario. Es Ptah quien tira de esta puerta y es Thot el que la consolida [...]

Otra traducción de la misma fórmula, recogida en la capilla de Ra-Horajti en el templo de Sethy I en Abidos, dice:

[...] Viene Thot, ha rescatado el Ojo de Horus de sus enemigos, y ningún enemigo, varón o hembra, entra en su santuario. La puerta es cerrada por Ptah, el pestillo de la puerta es cerrado por Thot, se cierra la puerta y se corre el pestillo.

Invocando de forma tajante:

No entre el mal en este templo.

Antes de clausurar y sellar el santuario donde estaba situado el *Naos* (ya cerrado), el sacerdote salía por la puerta oriental, cuando ésta existía. Se sometía a nuevas purificaciones para, a continuación, cerrar definitivamente el recinto. Corría y ataba el cerrojo de la sala con una cuerda a la que se adosaba un sello de arcilla, que sería roto al repetir el ritual al día siguiente. El recinto quedaba de nuevo sumido en la oscuridad, iluminado débilmente por la pequeña lámpara que se dejaba encendida. El dios se protegía de la impureza de los mortales a través de su aislamiento, defendido por ambos cerrojos: el del *Naos* y el del santuario. Bajo ningún concepto podía ser roto por ningún mortal que no tuviera una autorización expresa y las cualidades necesarias para acceder a tan sagrado lugar.

El culto diario, básicamente, se mantuvo igual en todos los santuarios egipcios. Sin embargo, existieron sutiles diferencias en función de la provincia donde se realizaba. Generalmente, estas variaciones respondían al número de ofrendas, al destinatario de las mismas y a la presentación de distintos amuletos.

La divinidad a menudo compartía el rito con otros miembros de su familia; en el caso de Amón, con su esposa Mut y su hijo Jonsu. A esta agrupación tradicionalmente se la ha venido denominado tríada.

De acuerdo con la personalidad de las divinidades del santuario, las ofrendas se repartían de un modo u otro. Así, encontramos que la leche solía ser ofrecida a los dioses "niño", esto es, los que cumplían el papel de hijos. El vino se presentaba ante divinidades solares, a las que había que aplacar; los sistros y los collares *Menat* se relacionan con cultos próximos a Hathor, quedando por último una ofrenda "tipo" que debía presentarse para el culto a los ancestros reales, tan arraigado en el Antiguo Egipto.

Se supone que las grandes listas de ofrendas destinadas a esta liturgia, y compuestas por comidas sabrosas y copiosas, no constituían la ofrenda diaria del dios, sino que se presentaban sólo en los días de fiesta. En cualquier caso, sólo un sacerdote del Antiguo Egipto podría respondernos a tal afirmación.

La Apertura de La Boca y la Litúrgia de la Apertura de la Boca para la respiración

El segundo rito que vamos a esbozar es La Apertura de la Boca, re-

presentada en infinidad de papiros, pinturas y relieves de las tumbas.

La Ceremonia de la Apertura de la Boca, cuyo nombre completo es Cumplir la Apertura de la Boca en el Castillo (o Casa) del Oro, era un rito muy elaborado, que nació ante el deseo y la necesidad de prolongar la vida tras la muerte, trasladándola a un mundo similar a la tierra egipcia donde también encontramos un valle y un río que lo atraviesa, a imagen del Valle del Nilo. De este modo, la muerte no constituía una ruptura sin esperanza, sino la separación de los elementos espirituales y corporales. Los hombres al morir quedaban aturdidos –al igual que cuando el individuo entraba en coma– y se hacía necesario un ritual que lograra su retorno, para disfrutar de Vida en el Más Allá. Pero con la ceremonia no sólo se pretendía que la boca volviera a "funcionar", sino que también facilitaba el que los ojos pudieran abrirse, que el sexo sufriera un nuevo "despertar", la habilidad para volver a respirar, la percepción auditiva, el tacto, la fuerza física, etc.

En opinión de Hacy Roth (1992 y 1993) nos encontramos ante un ritual mágico, mediante el cual se pretende reconstruir la formación del niño en el útero materno, el embarazo, el momento del parto y la transición hasta la madurez. Por ello, las ofrendas que se le presentan guardan relación con la teórica edad del pequeño. Finalmente, se produce la dentición y, para que ésta sea menos dolorosa, se le ofrece vino, que actuará como "anestésico". Así, poco a poco, los alimentos son más fuertes y nutritivos, obteniendo la transformación del difunto hasta convertirse en adulto. En este estado se econtraba facultado para hacer frente a su vida en el Más Allá.

Escoltando la ceremonia, participaban un número variable de sacerdotes. La cantidad de éstos dependía de la institución funeraria del fallecido y de las posibilidades económicas del difunto. No era lo mismo celebrar para un rey que para un noble o un personaje de clase media. En numerosas representaciones pictográficas se muestra el sarcófago del fallecido al pie de la tumba, acompañado por dos personajes femeninos (uno de los cuales es posiblemente la viuda). Ellas representaban a las diosas Isis y Neftis, plañideras divinas que lloraban la muerte de Osiris, es decir el difunto convertido en Osiris, y se postraban ante la momia. Junto a ellas, también aparecen miembros del clero, con el instrumental para practicar los distintos actos. El que se situaba tras el difunto era el



Rito de la Apertura de la Boca, en la tumba de Pairi. Imperio Nuevo. (Tebas). (Foto E. Castel).

más importante y solía ataviarse con una máscara del dios Anubis, aunque en algunos relieves y papiros funerarios aparezca con el pelo ralo. Por todo ello, podríamos pensar que se estaba mostrando otra sección de los funerales, es decir, el momento en el cual el sacerdote que vestía la máscara de Anubis ya se había retirado, dando paso a un nuevo oficiante, el Sacerdote *Sem*, para que realizara otros actos del rito.

El Sacerdote *Sem* partía por el mundo de los espíritus en busca del *Ka*, entre libaciones, fumigaciones con incienso y ofrendas, en medio de un ambiente profundamente místico, pues era uno de los ritos más importantes para la supervivencia del difunto. Distintos dioses personificaban los episodios y todos ellos estaban representados por personajes del clero. Por ejemplo, Ptah, una deidad local menfita, era el responsable de la Apertura de la Boca y no de ningún otro miembro. Esta entidad divina, por medio de su cincel mágico, facilitaba el movimiento y uso de este orificio para que pudiera ser utilizado en el Más Allá. Algo similar ocurría con Sokar, responsable de la Apertura de los Ojos. La operatividad de los miembros y los sentidos se conseguía a través de una serie de instrumentos mágicos. Los más importantes eran el primitivo cuchillo de silex, *Pesheskaf*, que más tarde fue sustituido por la tradicional azuela  , y un bastón con forma de serpiente, llamado *Uerethekau* (por la diosa que lo personificaba). Este último servía para simbolizar las metamorfosis que sufría el difunto, para que esta poderosa diosa solar le otorgara su fuerza y para hacer retornar su *Ka*. Ambos aparecen en multitud de pinturas y relieves de Imperio Nuevo. Muchas de estas herramientas estaban trabajadas en hierro meteorítico, que era sagrado.

El Ser Humano estaba formado por varios componentes (la sombra, el nombre, el espíritu, etc.). Uno de éstos era el *Ka*, el doble espiritual, el elemento central de este rito. El *Ka*, en el momento de la muerte, se alejaba del cuerpo momentáneamente, quedando confundido. Por ello, se necesitaban ritos especiales para que retornara al cuerpo y que reconociera en éste el soporte material al que había pertenecido. Para mayor seguridad, él podía rememorar también en las estatuas, fiel imagen del fallecido en el momento de mayor plenitud y fuerza, su soporte material y alimentarse de la esencia de las ofrendas, necesarias para su subsistencia. Así, si el cuerpo se pudría o sufría algún percance, estas estatuas imperecederas podían servir como su sustituto y soporte. La forma que tuvieron

los egipcios para representar este elemento fue a través de dos brazos en alto, formando ángulos rectos y con las manos extendidas  .

No tenemos seguridad de donde se localizaba El Castillo o la Casa del Oro, lugar donde, como hemos dicho, se celebraba este rito (de acuerdo con el nombre completo de esta ceremonia). Durante el Imperio Antiguo, algunos creen que podría estar situada en el Templo del Valle, ya que en algunos documentos el santuario aparece con este nombre y además, en algunos casos, se han hallado en su interior útiles del ritual. Otros opinan que este lugar tenía únicamente labores administrativas y de archivo, relacionadas con el culto funerario. El nombre de Casa del Oro se aplicaba también, en el Imperio Antiguo, al taller donde se fabricaban las estatuas del difunto, así que no sería imposible que, al menos en éstas, se realizara el rito en el lugar donde se habían tallado. De cualquier modo, en este período histórico el caso sólo sería aplicable a las ceremonias realizadas para el rey, ya que a partir de la Dinastía XVIII los monarcas no se enterraron en pirámides, sino que lo hicieron en hipogeos, –tumbas excavadas en la roca dispuestas con una sucesión de cámaras y corredores–. Algunos datos apuntan la posibilidad de que se situara en la propia Cámara del Sarcófago, ya que en el Imperio Nuevo recibía este nombre. No obstante, en las representaciones de este periodo se muestra la consecución del rito en la entrada de la tumba y no en su interior. Es posible que ante ella se hiciera alguna estructura temporal cuando las dimensiones de la cámara del sarcófago no permitieran hacerlo dentro y que por analogía esta construcción se denominara de la misma forma.

Es conveniente hacer un inciso para recordar que el oro, según la simbología egipcia era *la carne* de los dioses, debido a su inalterabilidad y que los difuntos, al morir y al fundirse con Ra y Osiris, se convertían, en cierto modo, en divinidades

La ceremonia podía celebrarse tanto para los difuntos como para la reanimación de edificios sagrados, como explicaremos más adelante, pero en ambos casos no fue creada para ser llevada a cabo diariamente, sino tan sólo a la muerte de algún personaje con medios suficientes como para dotarse de un sarcófago, de un enterramiento, del ajuar funerario básico, de la momificación y de unos ritos o servicios funerarios concretos que aseguraran su supervivencia en el Más Allá. La reanimación de los edificios se efectuaba en el momento de su inauguración. Existían

dos versiones, una abreviada y otra más extensa, ambas igual de eficaces. Los textos mencionan que el rito de Apertura de la Boca, celebrado para Arsinoe II, duraron cuatro días.

Los orígenes de esta ceremonia pueden remontarse a los remotos periodos de Nagada I o II. En el interior de algunas tumbas se hallaron cuchillos *Pesheskaf*, y otros objetos rituales que se usaban en este rito. Durante estos tiempos, el rito aún no parece identificarse con Osiris, como ocurrió en época dinástica. En los comienzos parece que tuvo un significado incierto y era prerrogativa únicamente real. Más tarde, con Pepi II, se materializó en una ampliación significativa, produciéndose una "democratización" que le dio un nuevo sentido a la muerte del común del pueblo. Todos los habitantes de Egipto podían beneficiarse de la ceremonia y acceder al Más Allá de forma completamente independiente.

Los ejemplos más tempranos que conocemos de la ceremonia aparecen en la decoración de la tumba de Metyen (finales Dinastía III o comienzos de la IV) y en otras de las Dinastías V y VI, donde además se han encontrado instrumentos de este ritual. Los *Textos de las Pirámides* (§11-15, §20-2, §643, §1330, §1673.) y los *Anales de la Piedra de Palermo*, son otros lugares donde ésta se menciona en varias ocasiones, concretamente, para Abrir la Boca a las Estatuas de los Dioses.

Cuando aún no existían las técnicas de la embalsamamiento, la ceremonia se llevó a cabo solamente en las estatuas y, finalmente, desde la Dinastía IV, a ambos: estatua y cuerpo, aunque de forma irregular. Igualmente durante el Imperio Antiguo se ha observado –gracias al análisis de las momias– que en ellas se aprecia la manipulación de la boca, quizá para realizar una de las etapas de la ceremonia: la apertura simbólica de la boca. Es decir, progresivamente y con el paso del tiempo, el rito se hizo cada vez más complejo y llegó a realizarse también tanto sobre el sarcófago antropoide como sobre otros objetos inanimados. Su fin era identificar a éstos con el personaje difunto, y para ello eran necesarios tanto instrumentales concretos como actos mágicos y purificadores.

Sabemos que, durante el Imperio Antiguo, la ceremonia sufrió dos ampliaciones; una se produjo en la Dinastía III o IV y la otra en la Dinastía VI. Así, por ejemplo, se han encontrado "herramientas" del ritual pertenecientes a la Dinastía IV, en el Templo del Valle del rey Micerino, en la meseta de Guiza. Ya no se trata solamente del cuchillo *Pesheskaf*, sino de

otros elementos que se encontraban colocados en sus tradicionales "estuches", es decir, en las planchas rectangulares de piedra, donde se encajaban, guardaban y protegían a lo largo de las Dinastías V y VI. Además, en los archivos del Templo Funerario de Neferirkara, en Abusir, apareció un verdadero inventario donde estaban registrados algunos de estos objetos.

El hallazgo de ofrendas destinadas al ritual en tumbas Predinásticas y más tarde en mastabas de la Dinastía VI, indican que la ejecución y sentido de la ceremonia fue variando según la época. E. Otto opina que se formó a partir de un primitivo ritual, destinado a las estatuas, al que progresivamente se fueron añadiendo: un ritual funerario, un ritual de sacrificio y un ritual del templo. Esta conjunción de ritos finalizó con una ceremonia, que, además de ser practicada a las estatuas, pasó también a llevarse a cabo sobre los difuntos, ya en el Imperio Antiguo y con seguridad en el Imperio Nuevo, conservando los mismos rituales básicos de la liturgia más arcaica. A ésta se le añadió una serie de ritos nuevos, que fueron sumándose sin apenas modificar los pasajes originales.



Fig. 16. La Apertura de la boca ante la tumba. Papiro de Unnefer. Dinastía XIX. (Museo Británico).

Los *Textos de las Pirámides* son una valiosísima fuente de información. En ciertos conjuros se recogen las fórmulas que se recitaban durante la celebración del rito (20-2). La conjunción de todas las costumbres, y transformaciones eminentemente religiosas que fueron incorporándose, dieron como resultado la Apertura de la Boca, tal y como nos la trasmitió el Imperio Nuevo. De hecho, durante este periodo, su importancia queda patente a través de su representación iconográfica, tanto en las tumbas como en textos religiosos (*Libro de los Muertos*, capítulos 21, 22, y 23).

Los diversos enterramientos de personajes reales y privados ofrecen una valiosísima información. Entre los primeros destacaremos el hipogeo de Sethy I en el Valle de los Reyes, en Tebas-Oeste, donde se recoge, de forma admirable, en 75 escenas, la práctica del ritual. En cuanto a las tumbas privadas debemos hacer especial mención a la TT 100. Este enterramiento perteneció al Visir y Gobernador de la Ciudad, Rejmira, que vivió bajo los reinados de Thutmose III a Amenhotep II, aquí es donde se encontró una de las representaciones de la ceremonia más tempranas del Imperio Nuevo. En cualquier caso, otras tumbas, también privadas, de las Dinastías XVIII a XVI, del área tebana no escatiman en detalles que nos sirven para complementar el desarrollo del ritual.

A partir de la Época Baja, el ritual también se realizó cuando se construía un santuario. Mediante la magia, se pretendía que las estatuas y relieves cobraran esa energía vital infundida por el dios, que pasaba a animarlas, teniendo así una nueva "casa" donde alojarse. La estatua más importante de todas las que vivían en el templo, es decir, aquella que requería una reverencia y un cuidado mayor, era la imagen que se alojaba en el interior de su pequeño *Naos,* en lo más profundo del santuario (a la que hemos visto, en el apartado anterior, como se despertaba y alimentaba). Por supuesto, era imprescindible la intervención de un sacerdote que, entrando en trance, cumpliera con los ritos precisos prescritos desde tiempo inmemorial. Mediante un complejo ritual, se hacía acompañar de fórmulas e invocaciones específicas en cada pasaje. Podemos distinguir dos temas distintos: la reanimación o la animación de la estatua, al igual que de una momia o un sarcófago etc., y la purificación y la presentación de las ofrendas de culto.

Por citar la pervivencia de la ceremonia a través del tiempo, recordaremos el ritual llevado a cabo a las estatuas en el tardío templo de Edfu. Presumiblemente, nos encontramos ante un rito que había sufrido muy pocas variaciones desde su formación.

Como es habitual en los textos religiosos o funerarios del Antiguo Egipto, conforme la civilización fue avanzando, éstos sufrieron diversas reformas, llegando a dar cuerpo a textos y libros nuevos. Prácticamente la totalidad de ellos no eran más que modificaciones de los más antiguos, a los que se les iban añadiendo las creencias innovadoras, escritas normalmente en escritura demótica, en el último periodo de su historia. Así, en



Máscara de Chacal, representando a Anubis. Dinastía XIX.
(Museo del Louvre).

un periodo muy tardío, en torno a la primera mitad del siglo I d.C., se inauguró la Liturgia de la Apertura de la Boca y de las Respiraciones, texto que no hay que confundir con el Rito de la Apertura de la Boca. Ambos poseen muchos puntos en común, pero también tienen aspectos muy diversos. Una clara diferenciación entre el Rito de Apertura de la Boca y la Liturgia de la Apertura de la Boca para la Respiración, consistía en que ambas ceremonias no coincidían en muchos de sus ensalmos y que la forma y el contenido al recitarlos era diferente. Parece que en el periodo que estamos tratando, la Apertura de la Boca, tal y como la conocemos desde el Imperio Antiguo, dejó de practicarse, dando paso a esta nueva liturgia, inspirada en la anterior, a la que sustituyó en las prácticas realizadas tras la muerte. Además, el texto se enterraba próximo al cadáver, para su empleo en el Más Allá, ya que debía presentarlo a su llegada, a modo de "pasaporte".

Otra notable diferencia entre la Apertura de la Boca y la Liturgia de la Apertura de la Boca para la Respiración consistía en que la primera se practicaba sobre las estatuas que representaban al finado, para infundirles "alma", y más tarde al propio fallecido, mientras que la segunda sola y exclusivamente se llevaba a cabo sobre el difunto, con la ausencia absoluta de sacrificios animales y artesanos. Además, en ningún momento se utilizaba el importante cuchillo *Pesheskaf*, indispensable en la primera versión de la ceremonia.

Esta es por tanto una liturgia más elaborada, pero menos concreta, destinada a cubrir un espectro más amplio. Pero la diferencia más significativa consiste en que era operativa, en caso necesario, tanto en la tierra como en el mundo de los difuntos, a diferencia de otros textos egipcios.

¿Qué influyó en una innovación tan radical? Simplemente las modificaciones pudieron ser fruto de las inevitables influencias extranjeras, es decir, de elementos del pensamiento griego y romano que pasaron a formar parte de las creencias funerarias en un Egipto de población muy heterogénea, que incluyeron y amalgamaron ceremonias más antiguas, a las que fueron añadiendo nuevas concepciones que la hicieron más completa y comprensible.

Esquemáticamente, en el cuadro anexo, detallamos el grupo de las ceremonias que conformaban esta liturgia. Todas ellas, como hemos dicho, eran ritos independientes que se unieron en esta liturgia:

<table>
<tr><td rowspan="4">LITURGIA DE LA APERTURA DE LA BOCA PARA LA RESPIRACIÓN</td><td>RITO DE LA APERTURA DE LA BOCA
(De tradición remota)</td></tr>
<tr><td>CARTAS PARA LA RESPIRACIÓN
(Datables en los siglos IVa.C., al II d.C., y de procedencia Tebana)</td></tr>
<tr><td>GLORIFICACIONES</td></tr>
<tr><td>NUEVAS APORTACIONES</td></tr>
</table>

Las *Cartas para la Respiración*, eran lo que hoy conocemos como "cartas de recomendación", para la vida tras la muerte. Con ellas, se pretendía que los dioses aceptasen al difunto, le protegieran y le facilitaran el alimento. Además, se esperaba que con ellas los dioses dotaran al difunto de la movilidad que éste necesitase o desease, pudiendo ser empleadas por el fallecido en cualquier momento y sin ninguna limitación. Así, el *Libro de las Respiraciones*, sustituía en ocasiones al antiguo *Libro de los Muertos.*

La redacción de estas cartas estaban atribuidas a Isis y a Thot. Isis era la diosa de la magia, esposa de Osiris, modelo de madre y de cónyuge amante, además de otras muchas cualidades. Thot, por otro lado, era el dios de la sabiduría, el encargado del registro de los acontecimientos capitales, aquel a quien los dioses consultaban por su saber. Ambos constituían, por tanto, un "pasaporte" seguro. Ir de su mano o al menos con una "carta de recomendación", redactada por seres tan supremos e influyentes, era garantía más que suficiente para el Más Allá. Sólo tenían que presentar las "credenciales" al llegar a ese mundo peligroso, para obtener toda clase de ayudas, protecciones y privilegios tanto físicos, alimenticios o motrices, sin los cuales el fallecido estaba perdido.

De nuevo nos encontramos con conceptos religiosos de orden eminentemente práctico.

Capítulo XIII

LAS FIESTAS

Pero dicen que los antiguos egipcios alejaban de sí la comodidad, el lujo y la vida regalada, hasta tal grado, que afirmaban que había erigida en el templo de Tebas una estela con imprecaciones inscritas contra el rey Menes, que fue el primero que apartó a los egipcios de un modo de vivir sin riqueza, sin dinero y sencillo.

Plutarco. Sobre Isis y Osiris

Como ocurre con el culto, éste tampoco es el lugar para detallar las muchísimas fiestas que se celebraron en Egipto, ya que el tema sobrepasa los objetivos de este libro. Sin embargo, sí queremos ofrecer una visión de conjunto, ya que jugaron un papel importantísimo en esta civilización. Todas ellas destacan por su carácter jovial, aunque rememoraran, en ocasiones, acontecimientos teóricamente penosos y podían durar varios días. Eran básicamente de carácter religioso, pero a su alrededor se desarrollaban otras actividades.

Cuatro son los lugares más importantes para calcular la cuantía de las festividades que se celebraron. Básicamente son calendarios festivos, en los que se detallan las fiestas, el lugar, las ofrendas, los participantes, los ritos, etc. Están situados en:

*__La Sala de los Festivales__ de Thutmose III en Karnak, donde están inscritas 54 fiestas del año.

*__El Templo de Medinet Habu__, construido por Ramsés III en Tebas Oeste, donde las festividades aumentan a 60.

***El Santuario Ptolemaico de Horus de Edfu**, donde se menciona la celebración de 40 festivales anuales. Este santuario recoge un inventario completo de diversos acontecimientos de la provincia, entre los que cabe destacar, el nombre de sus sacerdotes y sacerdotisas, las fiestas locales, y las costumbres religiosas. Lo mismo ocurre en el papiro *Jumilhac* y en el templo de Senusert I en Karnak.

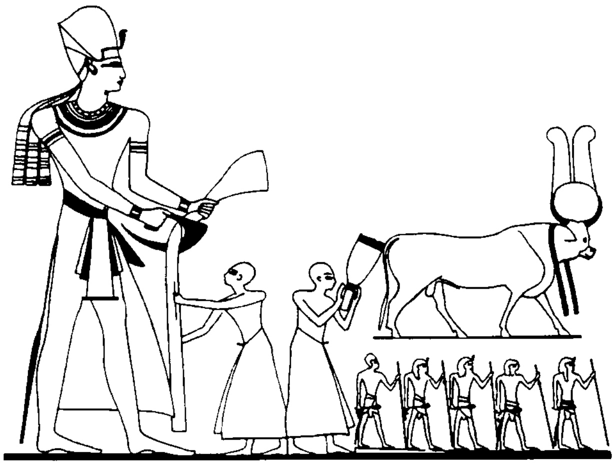


Fig. 17. Fiesta del dios Min en tiempos de Ramsés III. Tebas.

***El Calendario de Fiestas del templo de Esna.**

En el Valle del Nilo, podemos agrupar estos acontecimientos en tres grandes apartados:

1.- **Fiestas estatales.** Incluían a todo el país y consistían en festividades de origen cósmico encomendadas a los dioses o al rey.

2.- **Las fiestas locales.** Eran de origen agrario y tenían un ámbito mucho más reducido (aunque no menos devoto).

3.- **Fiestas a los difuntos.** El culto a los ancestros era una de las creencias más importantes. Estaba tremendamente arraigado, tanto que, algunas de estas festividades, se incluían en las del primer apartado.

Entre las primeras, podemos mencionar como ejemplo la Coronación del Monarca, la Fiesta del año Nuevo y la Fiesta *Sed*, conocida como Fiesta de Renovación Real. Esta última consistía en la regeneración de las fuerzas del rey por medio de los actos llevados a cabo en esta festividad, que se celebraba cada cierto número de años y que debía repetirse periódicamente. Entre las segundas, tenemos la Fiesta de la Embriaguez en Bubastis. En Tebas, la Fiesta de Opet, la Bella Fiesta del Valle y las encomendadas a Amenhotep I (divinizado en Tebas Oeste). En otros lugares destacaremos la de la Buena Reunión en Dendera y las de Osiris en Abidos, etc. En cuanto a las terceras, generalmente se incluían en las grandes celebraciones estatales o locales, como es la Bella Fiesta del Valle y El Festival de Min. Muchas se celebraban tanto en sus lugares de origen como en otras ciudades repartidas por la geografía egipcia y su duración variaba. Por ejemplo, la que se conmemoraba en Bubastis se celebraba durante 24 días y la de Dendera 11 jornadas (en el Período Romano).

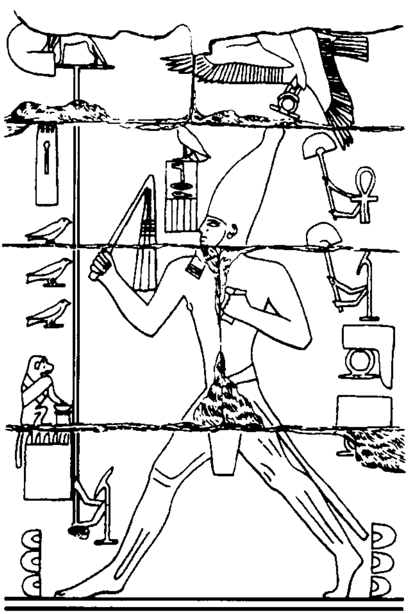


Fig. 18. Carrera del Heb Sed de Dyeser. Dinastía III. Sakkara.



Fig. 19. Amenhotep III acompañado de la reina Tiy, en su Heb Sed. Tumba de Jeruef. Tebas (TT192).

Esta división se puede complicar siguiendo un criterio más detallado, como hace C.J. Bleeker, en su obra *Egyptian Festivals:* 1.- Festivales Agrarios. 2.- Festivales de Estación. 3.- Festivales del Calendario. 4.- Festivales Familiares. 5.- Festivales de los Muertos. 6.- Festivales conectados con la vida de la comunidad. 7.- Festivales en honor a figuras divinas míticas. 8.- Festivales en conmemoración de eventos en la vida del fundador de la religión.

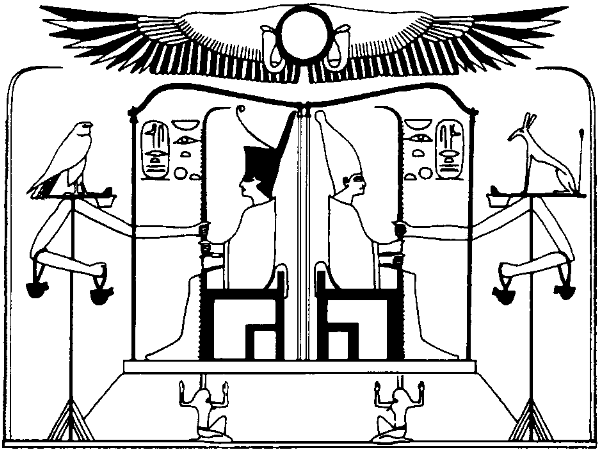


Fig. 20. Pabellón de la Fiesta Heb Sed de Senusert III.

Los antiguos egipcios eran gentes alegres que siempre mostraron una especial predilección por las fiestas, como queda plasmado en su apretado calendario. Muchas de ellas se celebraban en el periodo de la inundación, cuando el pueblo se encontraba en el "paro" por la crecida del río que anegaba sus campos. Como la mayor parte de las festividades discurrían por el Nilo, éste era el momento más propicio para la navegación de las grandes barcas de los dioses. Otras se repartieron a lo largo del calendario.

Durante los meses de verano, cuando la temperatura se "disparaba", el río aumentaba su caudal, fruto de las lluvias que meses antes habían acontecido en el lugar de nacimiento de los tres ríos que convergen con el Nilo al entrar en tierra egipcia (el Nilo Blanco, el Nilo Azul y el Atbahara). El Nilo Blanco nace en lago Victoria, en Uganda, y se alimenta de las lluvias de la zona tropical, y el Nilo Azul, al igual que el Atbahara, lo

hacen en Etiopía y reciben las lluvias monzónicas del verano. El Atbahara se incorpora al Nilo en la ciudad de Jartúm. Era entonces, cuando los egipcios podían permitirse periodos de descanso que coincidían con el verano, ya que los agricultores no podían faenar de agosto a septiembre. De cualquier modo, estos hombres, básicamente previsores, tenían más o menos controlada la inundación, ya que desviaban las aguas por una serie de canales artificiales que, además de aliviar el nivel del río, facilitaban que las aguas regaran sus tierras. Una buena crecida sería aquella que no fuese muy abundante, ni muy escasa, ya que tanto el exceso como la carencia podría acarrear graves consecuencias para el país, entre ellas la plagas y la hambruna.

Por otro lado, cuando las aguas se retiraban, dejaban sobre el terreno una capa de limo muy fértil, que abonaba sus tierras de forma natural y los egipcios procedían a sembrar en los meses de octubre a noviembre. Al estar los campos húmedos, la siembra era muy fácil, simplemente debían arrojar el grano y dejar que el ganado pisoteara la tierra, hundiendo la semilla. Al mismo tiempo, también fue aprovechado por el Estado, para "emplear" a la población desocupada en la construcción de sus pirámides, durante el Imperio Antiguo, y de los grandes templos a lo largo de toda la civilización faraónica. A cambio, recibían sustento y vivienda hasta que pudieran volver a sus lugares de origen, cuando las aguas retornaran a su cauce normal.

Ya hemos hecho mención al elevado número de festividades del calendario egipcio, pero hay que tener en cuenta que en ellas se incluyen aquellas que se conmemoraban localmente, junto a las que tenían carácter nacional. Todas ellas se llevaban a cabo con un gran despliegue ritual, haciéndolas actividades fastuosas, donde participaban: el clero masculino y femenino, personajes de alta alcurnia, miembros de la casa real, funcionarios, artesanos, soldados, policía, el pueblo, etc. El cortejo estaba debidamente jerarquizado, tenían incluso personajes especializados en su organización. Así, por ejemplo, en la ciudad de Tebas, Sennefer, que vivió bajo el reinado de Tutmosis III, en su tumba (TT99) nos informa que fue Director de las Festividades.

El escritor clásico Heródoto (*Historia II*, 58, 59) recogió en su tratado algunos de los usos y costumbres relativos a fiestas y celebraciones religiosas en el Valle del Nilo. Su crónica trasluce una cierta extrañeza y

una acusada admiración. Es lógico que el autor no acabara de entender muy bien su desarrollo, el boato y la activa participación del pueblo que, con sus alabanzas y su alegría, acompañaba a la deidad. Heródoto, influido por el raciocinio griego, intentó establecer una comparación completamente imposible entre los festejos egipcios y griegos. Al leer su obra es conveniente tener presente la visión "extranjera" que nos ofrece, la época tardía en la que visita el país (siglo V a.C), y mantener un sentido crítico y selectivo. Cuando él pisó la tierra egipcia tuvo que preguntar por tradiciones que ya se habían perdido en un Egipto agonizante. Pese a que demostró una gran admiración hacia esta civilización y fue lo más correcto que la época le permitió, inevitablemente añadió algo de imaginación e interpretación particular. No obstante, sigue siendo un valioso documento para saber algo más de la religión, las costumbres y las fiestas de los antiguos egipcios. Es mas, su pensamiento se aproxima mucho más al de los antiguos egipcios que a nuestra propia y moderna visión de su mundo. A modo de ejemplo, citaremos un extracto de su obra *Historias II*:

> *Los egipcios, asimismo, fueron los primeros seres humanos que celebraron solemnidades religiosas con carácter nacional, procesiones portando imágenes y ofrendas rituales; y de ellos lo han aprendido los griegos. Y, en mi opinión, una prueba de lo que digo estriba en que, evidentemente, las ceremonias egipcias se vienen celebrando desde hace mucho tiempo, mientras que las griegas se han instaurado recientemente [...].*

> *Los egipcios, por cierto, no celebran una única solemnidad nacional al año, sino varias. La principal, y la que suscita más fervor, se celebra en la ciudad de Bubastis, en honor de Artemis. La segunda en importancia, en la ciudad de Busiris, en honor de Isis[...].*

Evidentemente, en los textos autóctonos también se registraron en abundancia las festividades. En ellos se detalla, a través de la escritura y de los relieves, muchos pormenores del desarrollo de las mismas. Sin embargo, aunque con mucho, no es el más explicito, de entre todos ellos queremos destacar un breve consejo moralista que nos sirve para ilustrar su filosofía de vida. Éste forma parte de las *Sabidurías de Ani,* y en él se recoge de una forma clara y concisa la piedad del pueblo egipcio que recomienda cual ha de ser la conducta que "alegra a la divinidad":

VII.- Celebra la fiesta de tu dios y vuelve a comenzar en su fecha. El dios se molesta cuando es olvidado.

La mayor parte de las fiestas egipcias eran públicas o al menos en una porción de las mismas podía acudir el pueblo a modo de espectadores. Los nobles también participaban desempeñando papeles mucho más concretos. No obstante las etapas más sagradas, más misteriosas, tenían lugar en la intimidad del santuario, lejos de la mirada del gentío y las protagonizaba el clero. Generalmente, en los templos egipcios podía acceder el pueblo sólo a las zonas más externas del mismo, esto es, en los patios a cielo abierto, mientras que la parte más interna quedaba reducida al uso sacerdotal. Estos patios suelen estar decorados con pájaros *Rejit* , que simbolizaban a la población.

Como punto común, en prácticamente la totalidad de las fiestas egipcias, los dioses se trasladaban en barca, como los humanos en un país dominado por el río. Normalmente poseían dos: una más pequeña, aunque no liviana, y otra de grandes dimensiones. Por ejemplo, en la fiesta tebana de Opet, el navío pequeño se llamaba *Uches Neferu,* que quiere decir "Que eleva la perfección (de Amón)". Era de madera dorada y decorada, y se guardaba en una sala del santuario; en su cubierta se situaba una estructura tapada con un velo, donde se escondía la imagen de la divinidad durante las procesiones. La gran barca, dada su envergadura, se atracaba en el muelle del templo y era la que acogía a la primera en las grandes procesiones.

En el caso de Amón, su impresionante navío se llamaba *Userhat,* que significa, "Amón el de la Proa Poderosa". Su barca fue creciendo y embelleciéndose con el transcurso de los años. Mientras que en la época de Hatshepsut (Dinastía XVIII) era relativamente simple y tenía unos 30 metros, en época ramésida se duplicó. A menudo, cuando esta última navegaba contra corriente, debía de ser remolcada por otra barcaza aún mayor, comandada por un número indeterminado de navegantes especializados y capitaneada por el propio monarca o por el Sumo Sacerdote, cuando el rey no podía estar presente.

Las proas y las popas de las embarcaciones tenían la insignia de la divinidad. La de Amón llevaba un carnero, la de Mut una mujer tocada con una doble corona y la de Jonsú un halcón con creciente lunar. El rey

capitaneaba un navío que llevaba como insignia un haz de papiros. Sobre la cubierta, y a partir del Imperio Nuevo, solía situarse el dios Tutu, sobre un estandarte, él era el encargado de vigilar la navegación. Un caso muy distinto es el de Sokar, ya que su barca es completamente diferente a la del resto de los dioses y aparentemente parece muy arcaica .

Acarrear la pequeña embarcación del dios a hombros, con la imagen sagrada en la cubierta, era un privilegio. Los sacerdotes tomaban la estatua, la depositaban en el navío y la trasladaban hasta el muelle del templo, donde esperaba el gran barco que lo trasladaría por el río. Sabemos que para la barca de Amón eran necesarios de 12 a 30 sacerdotes, dependiendo de la época, ya que conforme los años fueron pasando, se hizo más pesada. En Dendera, la barca de Hathor la llevaban 8 miembros del clero, que se hacían acompañar por otros 10 sacerdotes que transportaban, en rigurosa procesión, *Naos* ligeras guardando a cada uno de los dioses paredros de la diosa Hathor. Entre ellos había simples sacerdotes portadores junto a Sacerdotes Lectores que recitaban los textos sagrados. Éstos suelen estar bien diferenciados, ya que vestían una piel de pantera. Los textos egipcios nos informan de personajes concretos que quisieron pasar a la posteridad haciendo grabar en su tumba el cargo que ocuparon. Nespaheremhat dice haber sido Portador a la Cabeza de la Tercera Barra de la Derecha del Gran Dios, ya que generalmente el transporte de la embarcación se hacía mediante unas "andas" que variaban de 2 a 4. Sólo algunas divinidades, como por ejemplo Min, en el templo de Medinet Habu, se trasladaba en una estructura muy similar a la que hoy conocemos en los "pasos" de la Semana Santa cristiana. El dios se colocaba sobre una plataforma, cubierta por un paño, y bajo ésta se situaban los portadores, a los que en los relieves sólo se les ven los pies y la cabeza, para poder ver el camino que tenían que recorrer.

A partir del momento en el que los miembros del clero salían de la zona sagrada del templo con el dios sobre sus hombros, la fiesta se convertía en pública. Era el único momento en el que el pueblo veía a la divinidad cara a cara, aunque velada por la cortinilla que cubría el *Naos* de la barca, y podía presentarle sus súplicas. Los habitantes del Egipto faraónico se agrupaban a su paso y algunas gentes acudían desde poblados alejados de la ciudad, para ver al dios fruto de su devoción. Por ello era necesaria la custodia y la vigilancia por parte de la "policía" y del ejército que

controlaba al populacho. Sin embargo, sabemos que éstos no eran muy numerosos, sobre todo en la llamada Bella Fiesta del Valle en Tebas.

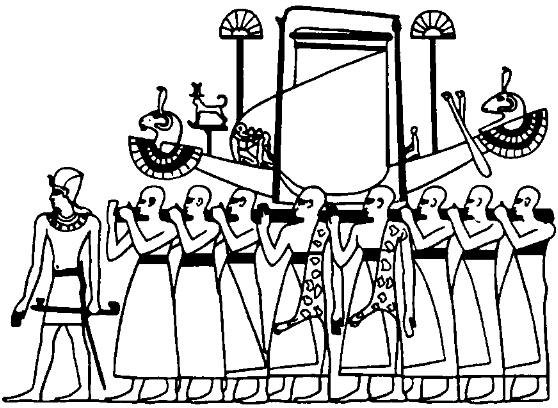


Fig. 21. Amenhotep III ofrenda a la barca de Amón. Luxor.

Las fiestas más importantes estaban siempre presididas por el rey, que llevaba a cabo los principales rituales. En el caso de fiestas locales o de orden menor, delegaba en el Sumo Sacerdote del dios en cuestión. Un mismo dios podía celebrar su fiesta en ciudades distintas, básicamente tenían los mismos episodios, pero también podían añadirse pasajes nuevos, diferentes en cada lugar. No en todos los santuarios se guardaba el mismo orden, ni se respetaban las mismas etapas del festejo: un claro ejemplo eran las fiestas de Osiris en las ciudades de Abidos y Busiris. En ambos casos el festejo discurría con un gran despliegue de sacerdotisas, bailarinas, y músicos que desempeñaban un papel fundamental en los ritos. Ellos anunciaban la presencia del dios. Todas las ceremonias se rodeaban de libaciones y fumigaciones, de cánticos y ensalmos, que creaban un ambiente proclive al misticismo.

Un hecho común, tanto en el culto como en las fiestas, es la constante presencia del número cuatro. Cuatro eran las ocas que se soltaban para que volaran hacia el cielo, cuatro eran las flechas que se lanzaban hacia los puntos cardinales, cuatro veces se repetían algunas de las etapas del ritual. El número estaba considerado como mágico y representaba a los llamados cuatro Hijos de Horus: Amset, Hapi, Duamutef y Kebhsenuf, emisarios y encargados de informar al mundo y al cosmos, a través de los

puntos cardinales, de los felices acontecimientos que tenían lugar, el *Maat* que reinaba en el país. Las flechas eran las responsables de aniquilar a todos los genios malignos que quisieran amenazar a la divinidad allende en los confines, y por ello se lanzaban al Norte, Sur, Este y Oeste. Por otro lado, otra constante en las fiestas era el sacrificio de animales, éste estaba destinado a neutralizar las fuerzas hostiles y agradar al dios.

Como los santuarios y el rey eran responsables de proveer todo lo necesario para las fiestas, éstas gravaban a los templos con un incremento considerable del gasto. Había que contar no sólo con la preparación de la pompa en sí misma, sino que existía un número extra de ofrendas de todo tipo, cuya cantidad fue aumentando progresivamente. Pese al enorme dispendio que suponía para el país, eran acontecimientos de carácter sacro-popular y por ello jamás dejaron de realizarse, es más, con el transcurso de la civilización aumentaron cuantiosamente. Tanto el Estado como el clero podía escatimar en algunas cosas, pero en ningún modo en una fiesta divina. Eso sería ofender a los dioses y ellos podían castigar a Egipto con toda clase de penurias. Cuando la fiesta se desarrollaba en un lugar alejado de la capital, los *nomarcas,* que eran los dirigentes de las divisiones territoriales, tenían la obligación de alimentar al rey y a su comitiva cuando pasaban por sus dominios para asistir a ella.

Con motivo de estos festejos se consumían una gran cantidad de ofrendas diarias extras, cuyas cantidades mínimas estaban estipuladas. Éstas fueron cuantificadas por Kemp (1992), en base a los registros del templo de Medinet Habu. Consistían en: 84 hogazas de pan y 15 jarras de cerveza para las fiestas habituales del mes, mientras que para las predilectas, como por ejemplo la de Sokar, podían alcanzar la cantidad de 3.694 panes, 410 pasteles, 905 jarras de cerveza, etc. Con este dato se aprecia considerablemente la clara diferenciación que existía entre unas y otras, pudiéndose sacar en conclusión que las fiestas egipcias también se encontraban enmarcadas dentro de una estrecha jerarquía. Por otro lado, es extraño encontrar estas cifras, si tenemos en cuenta un dato que ya dimos antes: el consumo diario del templo. Recordémoslo de nuevo, ascendían a un total de 5.500 hogazas de pan, 54 pasteles, 34 bandejas de dulces, 204 jarras de cerveza y un amplio abanico de otros alimentos. En este último caso las cifras aumentan considerablemente, por lo que podrían formar parte del incremento que se sumaba a las cantidades ha-

bituales con motivo de estas celebraciones. En cualquier caso, todas ellas se repartían entre los miembros del clero y todos aquellos que participaban en la fiesta.



Fig. 22. Fetiche de Osiris. Templo de Sethy I. Abidos.



Fig. 23. Erección del pilar Dyed. Templo de Sethy I. Abidos.

Cuando la festividad tenía connotaciones funerarias, como la Bella Fiesta del Valle en la que el dios visitaba la orilla occidental de Tebas, acompañando al rey partían un número de familias. Ellos tenían enterrado a algún miembro de su estirpe en la necrópolis tebana y se desplazaban para honrar a sus difuntos, tras la puesta de sol, de la forma que tenían costumbre, es decir, celebrando una comida de fiesta al pie de la tumba y presentándole ofrendas. Sabemos que en esta celebración los familiares aprovechaban el paso de la divinidad para depositar óstrakon con oraciones y súplicas en la esperanza de que el dios directamente atendiera sus ruegos. El paralelo más próximo a nosotros es la fiesta cristiana de Todos los Santos. Por otro lado, también existía un culto a los ancestros divinos que habían participado en la creación del mundo y a los reyes que ya habían fallecido. En el primer caso, era necesario hacer una ofrenda cada 10 días para su regeneración.

Otro tipo de festejos eran los que acontecían con motivo de la elección del animal que debía representar al dios en la tierra, así como las ceremonias para honrarle una vez elegido. Por ejemplo, el dios Ptah estaba encarnado en el toro Apis, Amón en el carnero, Horus en el halcón, Sobek en el cocodrilo, etc.

La elección de un nuevo animal acontecía siempre en el santuario y en presencia del monarca, que aseguraba la legitimidad del animal escogido. El dios, en su aspecto animal, podía ser reconocido por dos sistemas. En el primer caso, era la propia divinidad la que mediante un movimiento indicaba cuál era apto para ser considerado "su imagen terrestre", es decir, se escogía mediante un oráculo, mientras que el segundo método consistía en el reconocimiento de una serie de marcas precisas en el cuerpo del animal. Éstas eran las que indicaban cuál había sido designado por el dios para desempeñar tal función, aquel que reinaría como manifestación terrestre divina hasta el momento de su muerte. Acaecida ésta, pasaba a engrosar el cementerio de animales sagrados de la localidad. En el caso de Apis, consistían en tener el pelaje negro, el vientre blanco, una marca blanca en la frente, la figura de un buitre en la espalda, doble pelo en la cola y una señal en forma de escarabajo bajo la lengua. Realmente no debía ser tarea fácil encontrar una bestia de semejantes características en todo el Valle del Nilo. Recojamos un fragmento de Heródoto (II, 28,3) donde nos habla del asunto:

Replicóle Cambises, que si alguno de los dioses visible y tratable se apareciera a los egipcios, no debía escondérsele a él, ni había de ser el último en saberlo, y diciendo esto, manda a los sacerdotes que le traigan al punto al dios Apis, que al momento le llevaron. Debo decir aquí que este dios, sea Apis o Epafo, no es más que un novillo cumplido, hijo de una ternera, que no está todavía en la edad proporcionada de concebir feto alguno ni de retenerlo en el útero; así lo dicen los egipcios, que a este fin, quieren que baje del cielo sobre la ternera una ráfaga de luz con la cual conciba y para a su tiempo al dios novillo. Tiene este Apis sus señales características, cuales son el color negro con un cuadro blanco en la frente, una a manera de águila (buitre) pintada en sus espaldas, los pelos de la cola duplicados y un escarabajo remedado en su lengua.

En ambos casos el rito requería, como acto imprescindible, que el nuevo animal fuera debidamente coronado. La fiesta constituía una ocasión de alegría y alborozo, ya que el dios había encontrado una vez más

su sucesor, su encarnación en la tierra. Una vez entronizado, comenzaban los actos relacionados con la adoración y la presentación de ofrendas.

Como la ceremonia era semi-pública, en los relieves encontramos que además de su clero asistían un número escogido de personajes. Como nos tiene acostumbrado el folklore egipcio, el animal se mostraba al gentío que le reverenciaba como un gran dios, alegrándole con cánticos y salmodias. Al acto, y a modo de invitados, asistían otros dioses, representados por los sacerdotes ataviados con las máscaras distintivas de cada divinidad. Acudirían para proteger y afianzar el poder del animal, además de necesitar su presencia para que las entidades divinas le legitimaran como representante del dios en cuestión.

En este punto es conveniente recordar que la adoración a los animales como representación terrena de una divinidad fue tardía, excepto para algunos dioses tradicionales como Apis (representante de Ptah) y Mnevis (heraldo de Ra).

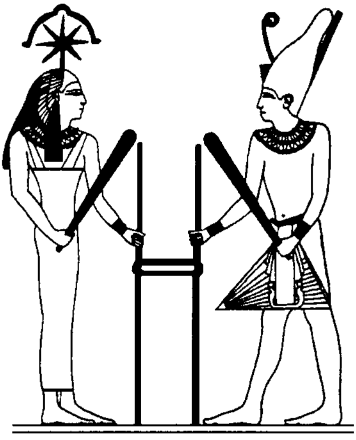


Fig. 24. Seshat y el rey en la Ceremonia de Estirar la Cuerda. Templo de Amón y Ra-Horajti en Amada. Dinastía XVIII.

El pueblo, devoto por naturaleza, celebró las liturgias puntualmente hasta que Egipto, dominado por la fe cristiana impuesta, prohibió el culto en sus templos. El responsable fue un hombre nacido en nuestra Hispania, concretamente en Coca, el emperador romano Teodosio el Gran-

de, que, en el año 391, promulgó un edicto ordenando la clausura de los mismos. Sin embargo, Filé, centro de adoración de la diosa Isis, continuó practicando sus liturgias y mantuvo su comunidad. ¿Cuál fue la razón para que no obedeciera al edicto de Teodosio? Simplemente el apoyo y defensa de los blemios, un pueblo nómada establecido en la Baja Nubia, que se instaló aprovechando la poca estabilidad del dominio meroítico, formando un pequeño reino de duración breve. Ellos profesaban a la diosa Isis, patrona del santuario, una gran veneración. Los textos nos hablan tan sólo del nombre de dos de sus monarcas: Jarajen y Bachia. Aunque se fecha el reinado de los blemios desde el 350 al 700 d.C, cualquier dato posterior al 535 ha de ser revisado cuidadosamente. Entre los años 535-538 d.C, y por orden del emperador Justiniano, se cerró el templo de Isis en Filé. Éste era el último gran santuario que aún celebraba culto, mucho después de que el resto hubiera sido clausurado y prohibida su liturgia.

No obstante, otros pequeños recintos sagrados permanecieron abiertos tras el cierre de Filé. Por ejemplo, sabemos que Dendur se convirtió en templo cristiano, pero esto acaeció en el siglo VI d.C., a finales del reinado del rey nubio Irpanobe, es decir, bajo Justiniano de Bizancio. Los textos nos informan que Justiniano ordenó a un sacerdote, llamado Abraham, que lo convierta en iglesia. Parece que su clausura provocó la hostilidad en el pueblo autóctono que adoraba, como en Filé, a Isis de forma piadosa. Por entonces en Filé se había instalado ya un obispo llamado Teodoro. La transformación de santuarios en iglesias fue habitual en Egipto.

Capítulo XIV

LOS ORÁCULOS

No falsifiques los oráculos en los rollos entorpeciendo así los planes de la divinidad. No uses en beneficio tuyo la autoridad de la divinidad, como si no existieran ni Shay ni Renenutet (el destino y la fortuna).

Enseñanzas de Amenemope

La palabra oráculo sirve para designar la consulta a un dios. Por medio de esta consulta la divinidad comunica su decisión por lo que puede considerarse, en cierto modo, un organismo de justicia ordinaria. Generalmente al nombrar la palabra oráculo nuestras mentes lo centran rápidamente en Grecia y en Roma, pero años antes, el oráculo también se practicaba en Egipto, generalmente en las entradas de los santuarios. Las actividades oraculares tenían un origen meramente popular que fue extendiéndose a capas más altas de la sociedad y al gobierno. Sus dictámenes estaban destinados precisamente al pueblo.

Se llevaban a cabo en fiestas concretas, sobre todo en la llamada Fiesta de la Audiencia Divina, aunque tenemos conocimiento de que en Tebas se celebraron en el transcurso de la Fiesta de Opet y de la Bella Fiesta del Valle, las festividades más importantes durante el Imperio Nuevo en Tebas.

Aunque el oráculo principal estaba, en este periodo, presidido por el dios dinástico Amón, existían también otros menores que protagonizaban deidades menos importantes, adscritas al círculo de este dios. En Tebas los dioses oraculares por excelencia eran Amón, su esposa Mut, su

hijo Jonsu y el antiguo dios de la provincia, el halcón Montu. Todos ellos se ocupaban de asuntos relacionados con el rey, el clero y el Estado. Sus intervenciones se realizaban, generalmente, en el templo de Luxor, en las partes más externas del santuario. Los textos egipcios nos indican que el primer patio de este templo, construido por Ramsés II, fue escenario de este tipo de consulta divina ya que entonces era de acceso público. Concretamente se llevaba a cabo en un templete mandado erigir años antes por la reina Hatshepsut de la Dinastía XVIII. El templete entonces quedaba originalmente fuera del macizo del templo y fue integrándose en él según el santuario fue ampliándose. Tenemos documentada la asistencia de una parte de la población que acudía con ocasión de los festivales, para plantear al dios asuntos problemáticos. Por otro lado el pílono décimo de Karnak también fue escenario de este acontecimiento.

Además de los grandes oráculos existían también otros más pequeños, destinados a solucionar desavenencias cotidianas que pudieran llegar a convertirse en realmente serias. En la orilla occidental era Amenhotep I el que solucionaba los problemas de los trabajadores de Deir el-Medina, obreros que se empleaban en la construcción de la tumba del faraón y que residían en un pequeño poblado situado en la misma orilla que las necrópolis donde laboraban. Los obreros también consultaban a Amón los problemas cotidianos, pero el aspecto de Amón que asistía a los artesanos residía en las inmediaciones de su ciudad y allí tenían lugar los oráculos para estas gentes. Es decir, los habitantes de la ciudad no tenían que trasladarse hasta el templo de Luxor para presentar sus quejas o problemas a la divinidad, sino que ésta dictaminaba junto a sus casas cuando era necesario. Puede afirmarse que el oráculo en este lugar era un verdadero organismo de justicia. Era Amón el que decidía los castigos a los que habían cometido alguna falta y en Deir el-Medina, si ésta era muy grave, en lugar de consultarla al dios, el acusado pasaba a ser juzgado por un tribunal situado en Tebas-Este.

En el Antiguo Egipto la función oracular era capital. Aunque siempre existió la consulta divina, sabemos que a comienzos del Imperio Nuevo aquellos asuntos relacionados con la justicia no eran sometidos a la decisión de la divinidad, sino que se solventaban a través de un tribunal, y que a partir de la primera mitad de este periodo la práctica de consulta al oráculo se hizo habitual. En este aspecto, los oráculos eran

utilizados para condenar, ajusticiar o deportar a aquellos enemigos de Egipto (autóctonos o no) que hubieran infringido graves ofensas contra el país o la corona, sobre todo en la Dinastía XXI.

Así, al final del Imperio Nuevo, el oráculo se extiende a todos los aspectos importantes del país, se amplía e influye en todas las grandes decisiones, que, de este modo, quedan en manos del Sumo Sacerdote. El sistema es muy práctico, puesto que el sacerdote permanece en el anonimato, al responsabilizar a la divinidad de su ratificación. Por otro lado, esta decisión es indiscutible ya que es el deseo divino, algo que ni por asomo puede ser cuestionado, *so pena* de graves desgracias. Desde nuestro punto de vista, es indudable que, si las relaciones entre este importante miembro del clero y el rey eran buenas, ambos estarían de acuerdo en que el oráculo dictaminara lo más conveniente para ambos. Consecuentemente, esta práctica realizada durante el Imperio Nuevo, para justificar el ascenso de un soberano al trono, era un puro trámite más político que religioso, pero un trámite que requería el acuerdo con el clero de Amón y sobre todo con el Primer Profeta (Sumo Sacerdote). De nuevo vemos como el clero ha conseguido influir en algunos aspectos de la sociedad y que su poder puede hacer cambiar la ruta del país. Por ello, los soberanos deberían mantener un buen entendimiento con este clero, para que les apoyara en algunas de las decisiones reales. En este momento es realmente difícil restar poder a los sacerdotes de Amón.

Desde el Imperio Nuevo hasta la Baja Época el oráculo fue cobrando cada vez mayor importancia. Sin embargo, es en este último periodo cuando la magnitud y la influencia del oráculo adquiere mayores dimensiones. A partir del reinado de Ahmose II (Amasis), se construyó en el Oasis de Siwa, situado en el desierto líbico, el *Ammoneion*, y el oráculo se trasladó hasta este lugar, famoso en el mundo antiguo. Aquí es donde el candidato al trono ha de desplazarse para ser ratificado por el dios.

Como ejemplo de uno de los oráculos llevados a cabo en Egipto, baste citar el de Amón-Ra en la dinastía XXVI. Entonces tenía una importancia y un culto desmesurado y concretamente éste sirvió para anunciar también las desgracias que acontecerían al país. Fue llevado a cabo en el año 14 del reinado de Psamétiko I y está ampliamente documentado en los textos. El historiador Heródoto nos habla de él y nos cuenta que se llevó a cabo en la ciudad de Buto, donde el dios anunció los peli-

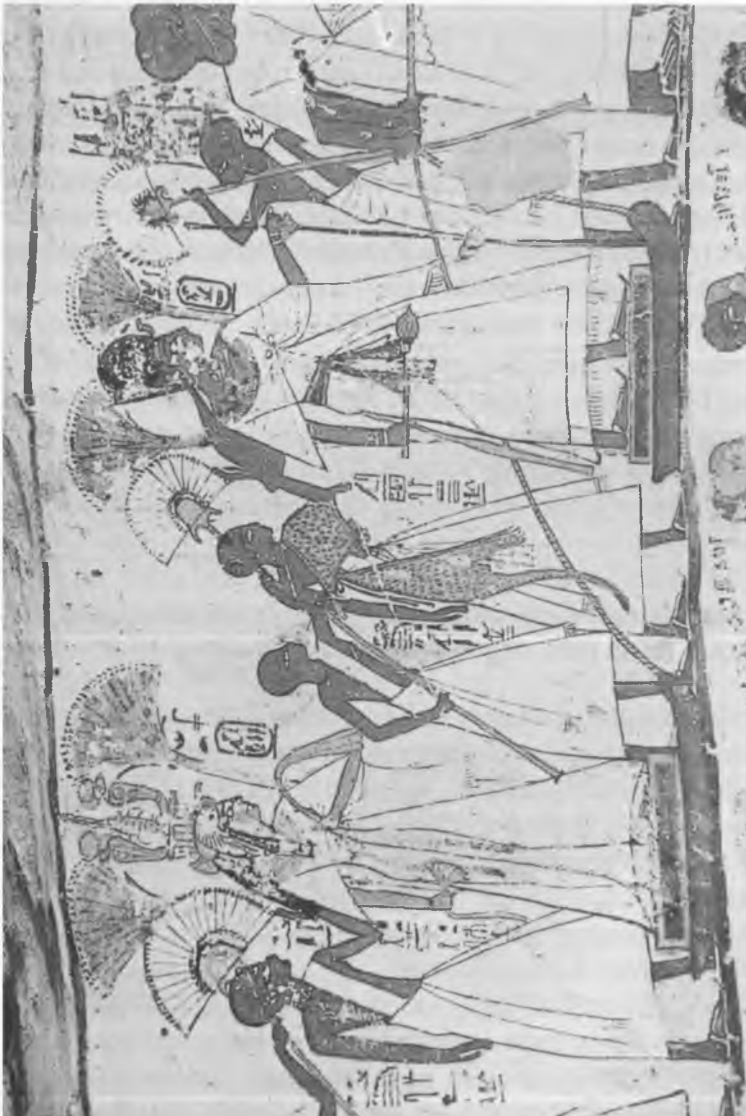
gros que vendrían del mar, es decir las invasiones que entrarían por esta vía. De la misma época, año y reinado, es el bellísimo papiro policromo que hoy se conserva en el Museo Brooklyn (Nº 47.218.3). En él se nos enumera la diversidad de razones que llevan a presentar una cuestión al oráculo de Amón en Tebas. La consulta la hace un oficial llamado Pemu, pero en esta ocasión la petición es simplemente solicitar su permiso para que permita a su padre Harsiese cambiar de trabajo. Vemos, por tanto, que este organismo divino atendía tanto cuestiones trascendentales como otras de orden menor.

Volviendo al famoso oráculo de Amón en Siwa, denominado también *Ammoneion*, debemos recordar que iba a ser testigo de uno de los acontecimientos más célebres de la antigüedad, ya que precisamente a este templo fue donde tuvo que desplazarse Alejandro Magno para ser reconocido por el dios Zeus-Amón, después de que el clero de Ptah de Menfis confirmara sus cualidades, permitiendo reinar al macedonio sobre la tierra egipcia.

El oráculo en Siwa y posiblemente en otros templos de la misma época, se llevaba a cabo detrás del *Sancta Sanctorum*, la zona más sagrada del templo. Allí, ascendiendo por una escalera, los sacerdotes llegaban hasta un falso techo con suelo de madera desde donde entraban en trance y contestaban. Justo sobre la zona más íntima del santuario, se procedía a consultar a la divinidad, esperando su respuesta. No es difícil suponer que el ambiente y la vigilia provocarían, sin duda, la certeza de que el dios había hablado. Por supuesto, estos receptáculos no eran de acceso público, sino que constituían uno de los lugares mas secretos y sacros del santuario.

La consulta al dios se celebraba en todos los principales santuarios de cada dios, ya que cada divinidad local tenía en su templos la facultad de presidir el oráculo, que además servía también como organismo de justicia. Sin embargo, algunos destacaron más que otros, y entre los primeros deberíamos mencionar aquellos localizados en Koptos, personificado por Isis, el de Ptah en Menfis, el de Bastet en Busiris, etc. Es decir, estos últimos tenían un especial fervor popular, al igual que en nuestros días, por ejemplo, los cristianos se sienten más atraídos por una advocación específica de la Virgen o por un santo en particular.

Como era preceptivo, las decisiones del oráculo debían de registrarse y esta anotación corría a manos de un escriba concreto, denominado por los



Oráculo de Ahmose-Nefertari y Amenhotep I. Tumba de Amenope. Dinastía XIX-XX. (Tebas).

egipcios de la Época Baja, *Sesh Biat,* "Escriba del Oráculo". Por supuesto, desempeñar tan importante función era un privilegio y los personajes que la realizaron no dudaron en hacer inscribir en sus tumbas y enseres funerarios su cargo, denotando su importancia. Además, los misteriosos designios de la divinidad debían de interpretarse, ya que se comunicaba por medio de movimientos o muestras de su poder. Para ello existían unos personajes que se integraron en el clero, especializados en estas técnicas.

Como ya hemos expuesto, otro oráculo muy importante en Tebas fue el de Amenhotep I en Deir el-Medina. Este faraón fue hijo del fundador del Imperio Nuevo y junto a su madre Ahmose Nefertari fue divinizado. Para él celebraban los trabajadores de este poblado una fiesta anual y en esta ocasión trasladaban su estatua a las necrópolis de la orilla Occidental tebana, produciéndose el fenómeno de la pronunciación de oráculos. De hecho, a través de las tumbas conocemos qué sacerdotes desempeñaban su trabajo para el oráculo. Así, por ejemplo, Panehesy, que vivió bajo el reinado de Ramsés II, en su tumba en Tebas (TT16), dice literalmente haber sido Profeta de Amenofis del oráculo. No obstante este monarca gozó de otras fiestas a lo largo del año. Los motivos para la divinización del rey se nos escapan. Su madre fue la primera Esposa Divina de Amón un cargo relacionado con el clero femenino. Ambos gozaron de un gran culto popular en el área de Tebas.

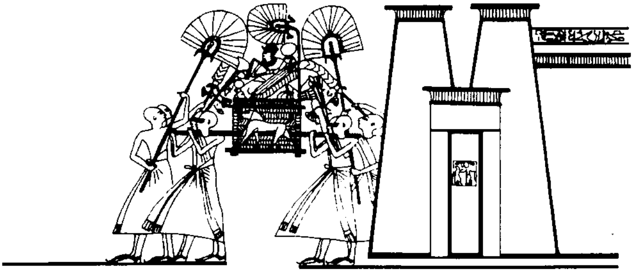


Fig. 25. Oráculo de Amenhotep I.

Es una idea muy difundida el pensar que los oráculos procedían del mundo clásico, pero ya Heródoto (II, 54), en una particular leyenda reconoce la existencia de los mismos en el Valle del Nilo:

Y a propósito de los oráculos de Zeus de Grecia y Libia, los egipcios cuentan la siguiente historia. Los sacerdotes de Zeus Tebano (Amón) me dijeron que dos mujeres consagradas a la divinidad fueron raptadas de Tebas por unos fenicios, y que tuvieron noticias de que una fue vendida en Libia y la otra en territorio griego; pues bien, estas mujeres fueron las primeras que fundaron los oráculos en los susodichos pueblos.

Algo más adelante vuelve a referirse a los mismos, y observa (II, 83).

Entre ellos, por otra parte, la adivinación presenta las siguientes características: el arte adivinatorio no es competencia de ningún hombre, sino de ciertos dioses. En efecto, en Egipto hay oráculos de Heracles, de Apolo, de Atenea, de Artemis, de Ares, de Zeus y, especialmente, el de Leto en la ciudad de Buto, que, en todos ellos, es al que tienen en mayor estima. No obstante, sus procedimientos oraculares no están reglamentados de modo uniforme, sino que son diversos.

Si acudimos a fuentes autóctonas, encontramos también textos que aluden a la integridad y la moralidad que debía tener el clero en la interpretación de los oráculos. Era del todo inmoral que los designios del dios fueran manipulados según la conveniencia de los mortales. Así, en las *Enseñanzas de Amenemopet*, de época ramésida, se aconseja:

No falsifiques los oráculos en los rollos, desbaratando así los planes del dios, como si no existieran el destino y la fortuna.

El sistema seguido en Egipto, para que el dios comunicara sus deseos, era diverso. Por un lado, podía ser llevado a hombros por sus sacerdotes (generalmente sobre una barca portátil) y sus movimientos eran los que indicaban la decisión divina. Se movía hacia delante para afirmar y retrocedía para negar o incluso se comunicaba por la voz. Desde nuestro punto de vista, estos procedimientos son, sin duda fraudulentos, pero traslademonos a la mentalidad egipcia para interpretarlos. Comencemos por la comunicación oral. Para ello, inevitablemente, tenemos que centrarnos en el Periodo Tardío. Pero ¿cómo es posible que el dios emitiera cualquier sonido?, con toda seguridad el sacerdote se introducía en una serie de estatuas huecas, haciendo oír su palabras como si fueran las del mismo dios, aunque, hemos de reconocer que este tipo de esculturas no han sido halladas. Con más probabilidad, impostaría su voz igual que hoy hacen los modernos ventrílocuos. Como hecho aislado es una esta-

fa, pero si a esto le añadimos un ambiente plagado de misticismo, un rito y un colorido espectacular, la visión casi directa del dios a través del velo con el que se le cubría (al que no estaban acostumbrados en absoluto), no nos es difícil adivinar como las decisiones del dios no planteaban ninguna duda. Los personajes que solían estar al cargo de la directiva del oráculo eran los llamados Padres del Dios, el sacerdote *Sem* y el *Iunmutef* (estos últimos, como representantes de Horus) y los imprescindibles lectores, es decir aquellos encargados de recitar las fórmulas sagradas que cada ritual requería.

En las *Sabidurías de Ani* se recoge un fragmento que se refiere a la actitud que debía de seguirse en las procesiones divinas:

Haz ofrendas a tu dios y procura que no te deteste. No interrogues a su imagen; no avances sin recato cuando él aparece (en procesión); no te acerques demasiado a él para llevarlo. No arranques la cortina, guárdate de descubrir lo que te protege [...]

Como ya se ha comentado, la "fe" en los oráculos se fue acrecentando en la Época Baja y sobre todo en el Periodo Grecorromano. Fue entonces cuando se despertó en los egipcios ese antiguo sentimiento devoto, cuando los valores morales se tienen en cuenta cada vez más, en medio de un Egipto en decadencia. En estos momentos se somete al oráculo cualquier decisión comprometida, ya que si el asunto "falla" de alguna manera se sienten respaldados por la decisión de la divinidad. Precisamente, en este momento el oráculo que se celebraba en el templo de Jonsu en Karnak se hace especialmente importante.

Como hemos expuesto hasta ahora, los oráculos podían celebrarse bien en el santuario, si atañían al clero y a los poderes fácticos o bien en procesión fuera del templo, cuando intervenían asuntos populares. Precisamente en las importantes festividades, que se celebraban en las principales ciudades egipcias, con motivo de la salida del dios de su santuario para visitar a otra divinidad o para alojarse temporalmente en otro templo, también se celebraban oráculos. Era entonces cuando el pueblo aprovechaba el paso de la comitiva para presentarle sus dudas o sus problemas. Entonces, la deidad, llevada a hombros por sacerdotes que actuaban de costaleros, obligaba a éstos a detenerse o a retroceder para indicar su dictamen. Así, soberanos de la talla de Hatshepsut, Thutmose I o Thutmose III, entre otros, hicieron responsable al oráculo de su as-

censión al trono. Como dato curioso podemos relatar el argumento de Thutmose III, el cual, según mencionan en los textos, siendo simplemente un sacerdote del templo de Karnak, fue escogido por el dios Amón cuando salía en procesión, al detenerse ante su persona para designarle futuro soberano de Egipto. Del mismo modo, en una de estas grandes fiestas, en concreto, en la Fiesta tebana de Opet, el rey Horemheb relató que, habiendo llegado a Tebas en tal ocasión, en el transcurso de la procesión, fue elegido por el mismo dios Amón como soberano de Egipto y sucesor de Ay. Podríamos extendernos hasta la saciedad con relatos que, básicamente, mencionan los mismos acontecimientos.

Otro hecho destacable es el que, en ocasiones, la decisión del oráculo no fuera automática. Así, los textos nos informan de que el oráculo que designó a Hatshepsut como faraón de Egipto, se celebró el día 29 del segundo mes de la estación de invierno, en el año II de Thutmose III, sin embargo parece que la reina no fue coronada hasta cinco años más tarde. Dorman (1988) hace un resumen de los pros y los contras de estos acontecimientos en su libro sobre Senenmut, analizando ambas fechas.

Otras de las funciones oraculares eran la petición del propio dios, para que se le construyera una capilla o un obelisco. El rey presentaba por escrito su proyecto y el oráculo dictaminaba si el deseo del monarca coincidía con el de la divinidad.

Los procedimientos oraculares también determinaban la ascensión al cargo de Primer Profeta de Amón (Sumo Sacerdote). Los textos nos mencionan como el rey iba nombrando a los distintos aspirantes hasta que la imagen del dios "respondía". Lo cierto es que, si bien era la divinidad la que mediante su movimiento determinaba quien era digno de tan alto cargo, de hecho habían sido el propio monarca y el clero los que habían tomado la decisión previamente, representando sólo una parodia de cara al exterior.

Vemos por tanto que, por este procedimiento, se decidieron aspectos capitales para el país. De este modo, en ciertas ocasiones, se obligó a los reyes a reinar con corregentes. Es un hecho la influencia del oráculo en la administración. Era por tanto muy importante para los monarcas egipcios mantener buenas relaciones con el Primer Profeta, que, además de dirigir el santuario por medio del dios y su oráculo, podía dirigir también los asuntos de Estado.

En la Dinastía XXI Egipto volvió a estar dividido. En el Sur reinan to-

da una suerte de Sacerdotes de Amón que gobiernan gracias al oráculo. Es la divinidad la verdaderamente responsable de todos sus actos e incluso los asuntos más nimios se solventan mediante la intervención divina.

Un claro ejemplo de la versatilidad de los oráculos que se celebraban en Egipto, se detalla en un papiro donde se recoge el gran texto oracular encontrado en Deir el-Bahari. En este caso, el dios sirve para ponerse en contacto con un difunto y solucionar problemas familiares. El texto estaba destinado a la aparentemente terrible Nesjonsu, cuyo nombre significa "La que pertenece al dios Jonsu" y fue promulgado posiblemente en el año 5 del reinado de Siamón. En esta fecha se celebró el enterramiento de esta mujer. De procedencia real, era hija de Smendes y esposa de Pinedyem II, un Gran Sacerdote de Amón de la Dinastía XXI. En principio, el decreto tenía por objeto que Amón-Ra asegurara a la difunta una feliz y segura existencia en el Más Allá, sin embargo en el §IV, se nos informa de otro curiosísimo aspecto: el miedo y la defensa contra la fallecida.

Aunque el texto que mencionamos es un oráculo de Amón, este tipo de documentos son más o menos comunes en Egipto. Suelen denominarse *Cartas a los Difuntos* y se trata de misivas enviadas por el consorte viviente para que el fallecido o la fallecida no le cause mal mientras viva. Existía la creencia de que los muertos podían acosar, en un acto de venganza, al vivo, y en muchas ocasiones éste se dirigía al fallecido para rogarle y preguntarle el por qué de su represalia.

De este modo, el documento que aquí tratamos nos transmite una realidad mucho más humana: el temor que su esposo sentía por esta mujer, bien por su carácter pendenciero o bien por su conciencia no demasiado "limpia". Así, Pinedyem, que ha de vivir aún cinco años tras la muerte de su mujer, pone en acción este oráculo que promulga el mismísimo Amónrasonther. Es un texto realmente escalofriante, si nos dejamos empapar del miedo que debía sentir su esposo para llegar a escribir semejante documento. Aunque el decreto en sí concluye en el § XI, realmente merece la pena leer atentamente parte del mismo:

§ I

Amónrasonther, el muy grande dios Primordial, que mandó en adelante su muy grande y augusto oráculo para deificar a Nesjonsu, la hija de Tehenedhut, en el Oeste, para deificarla en la necrópolis.

§ II

Amónrasonther, el muy grande dios Primordial, dijo:

Yo deificaré a Nesjonsu, esta hija de Tehenedhut, en el Oeste; yo le causaré (a ella) que reciba agua del Oeste; yo le causaré (a ella) que reciba ofrendas de comida en la Necrópolis. Yo deificaré (a ella) su alma y su cuerpo en la Necrópolis, y yo no dejaré que su alma nunca sea destruida en la Necrópolis. Yo la deificaré en la Necrópolis como un dios y una diosa que es divina, como un ser y cualquier cosa que es divina en la Necrópolis.

Yo guiaré que cada dios y cada diosa, y cada cosa y cada ser que es divino en la Necrópolis, la reciban. Yo guiaré entidades de cada clase para recibirla a ella en la Necrópolis con un dios de recepción[...].

§ IV

Amónrasonther, el muy grande dios Primordial, ha dicho:

Yo guiaré el corazón de Nesjonsu, hija de Tehenedhut, de manera que ella no causará ningún mal a Pinedyem hijo de Esenjebye.

Guiaré su corazón y no le permitiré abreviar su vida.

Guiaré su corazón y no permitiré que ella le cause cualquier cosa que pueda ser nocivo al corazón de un hombre viviente[...].

Guiaré su corazón para que ella le desee bien durante todo el tiempo que él viva [...].

[...].Así habló Amón-Ra, rey de los dioses, grande y poderosa divinidad, la Primera que se manifestó en la existencia.

Una variante del oráculo era aquella que estaba en relación con la elección o aceptación de la "imagen viviente" del dios en la tierra. Éste debía indicar por medio de un movimiento, si aceptaba el animal escogido para representarle.

Por ejemplo, en lugares como Edfu, donde se adoraba a Horus en forma de halcón, se reverenciaba también a este animal, que alojado en el templo se beneficiaba de numerosos cuidados. Una vez al año, con ocasión de la inauguración de la estación de la Siembra (*Peret*), se le presentaba a la estatua de Horus de Edfu un cierto número de halcones para su elección. La estatua, mediante un sencillo movimiento, indicaba qué ave era la que alojaría su "imagen viviente", que, a partir de ese momento, recibiría toda clase de prerrogativas. Otros dioses del panteón actuaban del mismo modo con los animales que les representaban.

La práctica de oráculos protagonizados por animales no se ceñía simplemente a la elección de un animal que agradara al dios, sino que, como en el caso del toro Apis en Menfis, suponía que éste tomara decisiones concluyentes, determinadas por su actitud ante los planteamientos que se le ofrecían. Este oráculo gozó en Egipto de una gran importancia. Las cuestiones se le presentaban por escrito, llevadas por un alto miembro del clero, llamado el Sirviente del Dios que lleva el Mensaje. En este caso, la reacción del toro, determinaba la respuesta del dios que estaba encarnado en él.

Otro procedimiento oracular era aquel en el que intervenía el "sueño". El protagonista, normalmente el rey, manifestaba que la divinidad se le había presentado durante la etapa onírica y le había manifestado sus deseos. Éstos se interpretaban no sólo por el propio durmiente (en el caso del monarca) sino que podían hacerse aconsejar de los Sacerdotes Interpretadores de Sueños, estrechamente relacionados con los magos, los Sacerdotes Horarios y Horóscopos, los Escribas y con la Casa de la Vida. Tal era la importancia de esta práctica. El deseo divino se llevaba a cabo a corto o largo plazo, dependiendo de la viabilidad de los mismos. Ejemplos de este tipo son el de Thutmose IV, cuando reposando junto a la esfinge de Guiza el dios se le aparece comunicándole que si la libera de arena que la cubre reinará sobre el trono egipcio.

Capítulo XV

ALGUNOS CASOS DE CORRUPCIÓN E INTEGRIDAD SACERDOTAL

Hubo un proceso en el harén real contra la Gran Esposa Real Ametes, un proceso totalmente secreto. Su majestad hizo que yo fuera juez único, sin que hubiese ningún Visir del Estado, ni ningún magistrado, excepto yo, solo, porque era excelente, porque yo era agradable en el corazón de Su Majestad, porque Su Majestad tenía confianza en mí más que en cualquier otro de sus magistrados, de sus dignatarios o de sus servidores.

Autobiografía de Uni

En este capítulo vamos a narrar algunos de los altercados protagonizados en el Valle del Nilo, pero también vamos a relatar ciertos ejemplos de vidas modélicas. Personajes de moral intachable se entremezclan en la historia egipcia con otros de ínfima reputación.

Antes de comenzar a relatar los hechos, cabría plantearnos una pregunta. ¿Cuál es la causa para que solamente los casos extremadamente escandalosos o aquellos ejemplares hallan pervivido en los documentos egipcios? La respuesta es bien sencilla, éstos se salían de la norma general, de la actitud supuestamente normal que como tal quedaba sumida en el anonimato. Nada justificaba que debiera destacarse. Así, aquellas vidas modélicamente éticas o moderadamente corruptas han quedado para nosotros olvidadas en la noche de los tiempos. Sólo en ocasiones puntuales, como por ejemplo, en las biografías grabadas en sus tumbas, se nos transmite el proceder de un personaje o un sacerdote en la corte o

al servicio de su dios, siempre que éste hubiera sido tal y como establecía la regla, pero siempre de un modo completamente natural, orgullosos del buen desempeño del mismo.

Comenzaremos citando algunos de los ejemplos de los que nos habla Kemp (1992). En ellos vamos a encontrar a empleados del templo que pasaron a la historia por ser protagonistas en diversos procesos relacionados con casos de corrupción. El texto corresponde a un grupo de nueve documentos fechados en los años 16, 17, 19 y 20 de Ramsés IX, siete de los cuales se encuentran en el Museo Británico. Todos hacen referencia a los robos acaecidos en el área tebana, sobre todo en su necrópolis, durante el fin del periodo ramésida. Aunque el más conocido es el *Papiro Abbot*, destacaremos el que menciona a un sacerdote y jardinero del santuario, llamado Ker, que después de haber robado, reiteradamente, láminas de oro de las puertas del templo para obtener con qué sobornar a sus superiores, quedó tristemente inmortalizado en un papiro que se encuentra en el Museo Británico (Nº 10053, verso 3, 10-13). El texto dice así:

Fuimos otra vez a las jambas de la puerta [...] y quitamos 5 Kite de oro. Con él compramos grano en Tebas y nos lo repartimos [...] Al cabo de unos días Peminu, nuestro superior, discutió con nosotros y nos dijo: «No me habéis dado nada». Así que volvimos a ir a las jambas de la puerta y arrancamos 5 Kite de oro, lo cambiamos por un buey y se lo entregamos a Peminu.

Otro fragmento del mismo papiro (verso 4. 15-17), recoge lo siguiente:

Acusación concerniente a los cuatro tablones de cedro que pertenecían al suelo de plata del faraón Usermaatre (Ramsés II), el Gran Dios, y que el escriba Sedi, dio a la Señora Teherer, la esposa de Hori, el Padre Divino: él los pasó al carpintero Ahauty, de la capilla funeraria de Hui, quien con ellos fabricó el interior de un ataúd para ella.

En las páginas que siguen daremos noticia de las corrupciones más conocidas, en virtud de su vileza, para después centrarnos en el polo opuesto y citar, brevemente la historia y vida de algunos grandes hombres.

a) La Corrupción de Elefantina

Una pequeña isla, situada al Sur del Alto Egipto, casi frontera con Nubia y alejada de la corte ramésida, es la protagonista de los sucesos que va-

mos a relatar. Nos referimos a la isla de Elefantina, próxima a la ciudad hoy conocida como Asuán. Fue escenario, bajo los reinados de los Ramsés IV y V, de uno de los casos de perversión sacerdotal más grande de la civilización faraónica (al menos en cuanto a los datos que se han conservado).

Al final del Imperio Nuevo (Dinastía XX), Egipto se encontraba sumergido en el caos y el país estaba gobernado por soberanos que distaban mucho de tener el poder y la valía del mítico Thutmose III o del célebre Ramsés II.

En la isla, un pequeño templo encomendado al dios carnero Jnum seguía siendo próspero, gracias a que disfrutaba de gran importancia y enorme consideración. Por ello, fue receptor de la donación de numerosas prebendas, por parte de los faraones que habían gobernado Egipto. Ellos profesaron una especial devoción hacia este dios, guardián de la catarata y responsable de la crecida del Nilo.

Por su emplazamiento, alejado del poder central, dio pie al engrosamiento sucesivo de miembros del clero corruptos, a cuya cabeza se encontraba Penanuket, que provocó uno de los mayores escándalos de la Época Ramésida. Sin embargo, un único sacerdote no podía ni tenía medios para, por si solo, llevar a cabo toda clase de robos y perversidades. Únicamente, erigiéndose como un líder o un tirano, pudo enrolar a la mayor parte de su clero, ávido por enriquecerse, sin dudar en llevar a cabo toda clase de prácticas ilícitas.

En primer lugar pasaremos a hacer una pequeña presentación de los protagonistas de esta historia, para, más tarde, centrarnos en los hechos que estos desencadenaron:

BAKENJONSU.– Comenzó su carrera como Simple Sacerdote *Uab* de Jnum. Sucesivamente escaló al puesto de Primer Profeta de Kamutef, de Jnum y de Amón. Más que un cómplice (aunque admitió ciertas irregularidades), fue una víctima de los afanes de poder de Penanuket, que, mediante acciones ilícitas, obtuvo su destitución.

JANTIR.– Jefe del Tesoro del Templo. Su nombre significaba 'El que Pertenece al Sauce'. Este personaje cedió al soborno, hizo la vista gorda y no denunció las sustracciones de que fue objeto el santuario.

JNUMNAJT.– Aprovechando la muerte del capitán del barco que traía el grano desde Abidos, Penanuket le situó en este puesto, no sin antes haber reci-

bido una cierta cantidad de oro por ello. Aunque era un mero intermediario, gracias al cargo de Capitán del Barco del Templo de Jnum, tuvo la habilidad de llegar a un acuerdo con parte del clero y con otras gentes próximas a él y sustrajo, de forma escandalosa, una porción importante de los sacos de cebada pertenecientes al templo. En estos tiempos la cebada alcanzó un precio realmente astronómico y el "intermediario" se quedó aproximadamente con unos 5.704 sacos durante un periodo que abarca nueve años. Por si todo esto fuera poco, se apropió durante diez años de cierta cantidad de tasas que debían ser entregadas al santuario. Para cubrirse las espaldas y justificar las pérdidas, hizo quemar el navío y sobornó a los oficiales. Así quedó el hecho impune y no pudo ser juzgado por este delito.

MONTUHIRJOPESHEF.– Gobernador de Elefantina. Antes de ascender al cargo había tenido algún contencioso, a causa de los problemas desencadenados por los repetidos robos de Penanuket. Cuando accedió al puesto, se corrompió y se dejó comprar, hecho que sin duda enriqueció sus arcas. Su villanía llegó hasta el punto de enviar a Kay (un importante personaje perteneciente al culto de Horajti) unas supuestas jarras de miel en las que realmente introdujo simple ungüento. Este hecho provocó que las autoridades se sensibilizaran y se ordenara, desde las esferas reales, un inventario de los bienes del templo local.

NEBUENENEF.– Hijo de Pendyedety (Primer Profeta de Jnum, de Satis y de Anukis) y de la dama Nefertari (Cantante de Montu). Alcanzó los cargos de Padre Divino de Jnum y de Primer Profeta de Jnum, de Satis y de Anukis, como su progenitor. Más tarde fue promocionado hasta acaparar el importante título de Primer Profeta de todos los Dioses y Diosas de Elefantina y la Baja Nubia, cargos de gran poder que no dudó en emplear para sus maquinaciones. Su mujer formaba parte del clero femenino, ya que era Cantante de Jnum.

PENANUKET.– El máximo responsable del "desfalco". Era un Sacerdote *Uab* que ascendió al cargo de *Sed*. Fue objeto de las llamadas *Actas de Procesamiento* que tuvieron lugar al final de esta historia. Podemos afirmar, sin ánimo de infundir vanas sospechas, que Penanuket se apartó completamente de todas las virtudes que un buen sacerdote debía poseer. Era un personaje ambicioso, pernicioso y sacrílego.

Básicamente podemos resumir los acontecimientos del modo siguiente:

A la muerte del capitán del barco que transportaba trigo de Abidos al templo de Jnum en Elefantina, Penanuket se alió con algunos miembros del círculo religioso y civil, y aceptó cierta cantidad de oro (en concepto de trámite) para situar en su lugar a Jnumnajt, un hijo corrupto de un comerciante. Así, se hacía con una parte del cereal transportado que se repartía entre Penanuket y el mismo capitán, en concepto de pago por los servicios prestados, sin que todos los personajes del templo tuvieran plena seguridad de lo que ocurría con el mismo. Al principio los robos fueron más o menos controlados, pero pronto la ambición de Penanuket hizo que sustrajera todo el trigo que llegaba al templo e involucró a la mayor parte del clero de Jnum. Gracias a estos ingresos extras, sus arcas iban enriqueciéndose aceleradamente. Con esta infraestructura comenzó a interceptar todo aquello que, procediendo de África, pasaba por la frontera egipcia del Sur, con destino a las arcas reales. Para ello, y siempre que lo consideraba oportuno, Penanuket dictó condenas injustas, que en principio sólo podía dictaminar el monarca.

La causa por la cual el soberano no se percató de la situación, hasta pasado algún tiempo, es realmente inexplicable. Sabemos que Penanuket conseguía mantener el silencio de los funcionarios reales, de los empleados más importantes de los templos, de los Simples Profetas, e, incluso, del Gobernador, pagándoles con jarras de vino, pero aunque Penanuket hubiera montado sofisticadas argucias o engaños, la escasez de los productos del Sur, con el consiguiente empobrecimiento de los bienes del rey, debía de haber sido un hecho evidente y escandaloso en los círculos administrativos próximos al faraón, que en principio, no debieran haber cedido a la corrupción. Quizá tengamos que culpar al periodo en el transcurre la historia, finales del Imperio Nuevo, un momento en el que el faraón ya no tenía el control de antaño sobre Egipto y su administración. Parece imposible pensar, por ejemplo, en un Thutmose III en esta situación.

Es más que evidente que Penanuket y sus aliados no dudaron en emplear sus mañas, para comprar al clero y a aquellos personajes que en la ciudad pudieran denunciar sus acciones. No tuvieron ningún reparo en asesinar, torturar o mutilar de forma brutal a todo aquel que se oponía a su causa, implantando el terror en la zona. Así, las sucesivas irregularidades y falsificaciones, tanto administrativas como judiciales, se sucedieron sin ningún pudor, siempre a favor de estos hombres corruptos.

Una de sus múltiples actividades fue la usurpación de cargos sacerdotales, que fueron ocupados inmediatamente por personajes afines a su causa, mediante un sistema sencillo: el asesinato de parte de la plantilla del templo, la muerte de hombres íntegros que dejaban vacantes sus puestos para ser sustituidos por otros individuos de la misma calaña que Penanuket.

Entre las numerosas tropelías que Penanuket y su séquito cometieron en la zona, podemos citar, la compra de personajes y los sobornos a diversos Profetas del Dios. Por este método se obtenían miembros afines a los principios corruptos. A veces, estas compras eran viables simplemente entregando jarras de vino a modo de pago. Otras de las perversas actuaciones eran las violaciones perpetradas a mujeres casadas y la implicación en prácticas abortivas. Es decir, aquellas féminas que quedaban embarazadas, fruto de sus devaneos, y cuyas relaciones podían provocar un escándalo excesivo, eran obligadas a abortar. Aunque en el Antiguo Egipto el matrimonio se estableció por el simple hecho de la convivencia y no existía una ceremonia religiosa o civil del estilo de las que se llevan a cabo en nuestros días, estas relaciones distaban mucho de tener un fin "aceptable". El aborto se consideraba un hecho abominable y condenable dentro del código moral egipcio. En concreto, tenemos conocimiento de las prácticas abortivas llevadas a cabo a una mujer llamada Terepit. Pero su actividad sexual no se limitaba sólo a las mujeres, sino que también se vio involucrado en posibles prácticas homosexuales, secundadas por parte del clero.

Por si todo esto fuera poco, también admitió dinero ilícito, obteniéndolo en concepto de pago por situar en puestos de importancia a hombres de moral dudosa. También está documentada la provocación de incendios en casas del pueblo y en algunas dependencias del templo. Este sistema servía, bien para justificar las "ausencias" de lo que antes había robado o bien para eliminar a aquellos que pudieran hablar más de la cuenta. En este caso concreto se encontró una dama llamada Mutnofret, que era una trabajadora del lino real y su hija, a las que, además, causó maltratos físicos de muy graves consecuencias, es decir provocó la ceguera de ambas.

Los castigos brutales y las torturas eran moneda regular. La mayor parte fueron practicadas a todas aquellas mujeres que se quejaban de sus abusos o que, a su juicio, le eran infieles, ya que recordemos que normalmente eran casadas. Realmente las torturas eran dignas de mentes enfer-

mas. Entre ellas podríamos añadir la práctica de un correctivo que era únicamente prerrogativa real: la ablación de la nariz. Ésta era una de las penas más crueles, sobre todo teniendo en cuenta que se infligía injustamente y sin un juicio previo. Todas ellas estaban destinadas a acallar por medio del miedo.

La expoliación repetida de los bienes del dios al que servían y el hurto de casi la totalidad del tesoro de la diosa Anukis, eran otras de sus actividades diarias. Sustrajeron, entre otras cosas, trigo del santuario, amuletos, objetos pertenecientes al tesoro del templo, rebaños, vestidos, faldellines de lino, 7 *Deben* de oro y complementos de los Profetas y de los Padres Divinos. Robaron y vendieron, a los guerreros *Medyoy*, ganado bovino sagrado –criado en el templo de Jnum–, así como ganado vulgar a otros sacerdotes. El primero, había sido cebado en el santuario de Jnum, ya que se había reconocido como hipóstasis del toro divino Mnevis, heraldo de Ra y su destino era enviarlo al templo del dios en Heliópolis. Por supuesto, los guerreros no llegaron a reconocer la divinidad del animal y posiblemente lo sacrificaron para su sustento. Es más, existen sospechas de que compartieron la mesa con el corrupto Panenuket.

Con semejante *curriculum*, era inevitable que también se practicara la falsificación de cuentas y la manipulación de oráculos en beneficio propio. Es indudable que este hecho se produjo con el consentimiento de otros sacerdotes y portadores, a los que se había coaccionado mediante aportaciones económicas. Para asegurarse que los oráculos transcurrirían según sus planes, situaba en la parte delantera de la estructura que soportaba la imagen oracular del dios a un miembro del clero, previamente aleccionado. Éste provocaba los movimientos convenientes para afianzar sus depravados intereses. No contento con los resultados que le beneficiaban sólo a él, también los llevó a cabo para beneficio de un segundo o un tercero, pero no por altruismo, sino para obtener algo para sí mismo.

La destitución de cierto personal del clero era precisamente uno de los fines que tenía la manipulación del oráculo. Así se produjo el despido del Profeta de Jnum, Bakenjonsu, que había sido nombrado gracias a la intervención del Visir Neferrempet, pero esta vez Penanuket contaba con la asociación de otro Sacerdote Puro corrupto, llamado Nebuenenef. Es evidente que la realización de oscuras artimañas era el fruto de una mente interesada y retorcida que encabezaba el complot.

Semejante modelo de *virtudes*, por supuesto, no cumplía con los deberes para con su dios. Los textos nos indican que, a menudo, no finalizaba el servicio de una semana que le correspondía en el interior del santuario, una falta muy grave, pero aún más grave era jurar haber cumplido puntualmente con su obligación. Asimismo, antes de entrar en contacto con la divinidad, no se sometía a las reglas de purificación ordenadas por su superior, lo que constituía un insulto para el dios, ya que éstas garantizaban que el sacerdote se encontraba físicamente impoluto y capacitado para llevar a cabo oficios o rituales sagrados. La desobediencia de Penanuket en este aspecto suponía un grave acto de impiedad y de insurrección, era una actuación despectiva y reiterada de irrespetuosidad hacia el dios y su culto.

Como su exceso de actividad le ocupaba mucho tiempo, Penanuket juzgó necesario trasladar a empleados del santuario para que le sirvieran, formando parte de su servicio personal. Sabemos que esta práctica estaba absolutamente prohibida, ya que los quince hombres trasladados debían de servir únicamente al dios y no al sacerdote.

Toda esta sucesión de actos *virtuosos* se desarrolló sin que nadie se opusiera, por temor a las consecuencias de la delación.

Pero, vista esta síntesis de atropellos, parece evidente que la fortuna de Penenuket no podía durar siempre. Una primera tentativa contra su figura se desencadenó cuando sus compañeros comenzaron a no estar conformes con la parte del botín que recibían. Pero, en contra de lo que hubiera sido lógico, no serían éstos los que iniciaron su caída, sino todos aquellos que directa o indirectamente habían sufrido su crueldad y, que sin dudar, hicieron llegar sus voces al faraón.

En el papiro que recoge la causa concerniente a la caída de este individuo (*Turín* 1887 o *Papiro de Procesamiento*) aparece el Padre Divino Kajepesh, posible causante del fin de esta corrupción. Quizá, gracias a él, el rey ordenó el inventario del santuario para comprobar el estado del templo. Así se descubrió un escándalo financiero sin precedentes. El proceso, fielmente recopilado en el mencionado papiro, lamentablemente no nos informa del final de la historia, ya que éste no se conserva. Por ello, no podemos saber con exactitud el destino de Penanuket.

Otras inscripciones halladas en la zona nos revelan el destino de algunos de los participantes en el complot; inexplicablemente no sufrieron el merecido castigo y siguieron ostentando cargos de responsabilidad

dentro del clero, mientras que otros fueron "invitados" de forma sutil a dejar el mundo terreno. Las penas impuestas a determinados personajes fueron sin duda conmutadas por dos motivos de peso: la debilidad real que sufría Egipto a finales del Imperio Nuevo y las influencias que algunos de estos individuos tenían en las altas esferas de la sociedad. En cualquier caso, sabemos que el proceso fue dilatado, ya que normalmente unos hechos de estas características debían haberse resuelto con más diligencia. Por esta razón, no podemos evitar preguntarnos si la duración del mismo fue, cuanto menos, intencionada, posiblemente por el peso y relaciones de algunos de los protagonistas en la administración.

Es indudable que, además de estos grandes corruptos, otros sacerdotes de menor grado personificaron también algunos hurtos de poca importancia, inevitables ante tan grande tentación y tan mínimo ejemplo.

b) El caso de Peteisis

Con Psamétiko I, un personaje civil llamado Peteisis I llama también nuestra atención. Su historia y la de su familia se encuentra recogida en un papiro demótico, llamado *Rylands* IX, que pertenece a la Dinastía XXVII, datado bajo el reinado de Darío, cuando su descendiente, Peteisis III, presentó sus quejas ante el rey. En este documento se recogen los acontecimientos que transcurrieron desde el mandato de Psamétiko I hasta comienzos del sátrapa. El papiro tiene más de cuatro metros de largo, y hoy se encuentra depositado en el John Rylands Library de Manchester. Como podemos comprobar, registra un periodo muy largo de injusticias perpetradas tanto contra él como contra su progenie.

Antes de seguir con la historia de Peteisis, es preciso destacar que desde Psamétiko I a los primeros años de Darío, existió toda una genealogía familiar de descendientes de este primer Peteisis, que con frecuencia llevaron el mismo nombre, hecho que puede inducir al error. Es fácil confundir los distintos Peteisis que se suceden en la historia. El primero fue un Ayudante del Jefe de los Buques de Heracleópolis, ciudad muy poderosa en tiempos de este Psamétiko. Es por ello que el rey creyó conveniente aliarse con este hombre para intentar restar poder al Cuarto Profeta de Amón, Montuemhat, que prácticamente gobernaba en Tebas. Como premio por los servicios prestados, el monarca otorgó al primer Peteisis el

puesto de Primer Profeta de Amón en el-Hiba, además de nombrarle heredero de los títulos sacerdotales que tenía su padre Ieturu: Profeta de Herishef, Osiris, Onuris Min y Sobek. El Peteisis que protagoniza su reclamación ante el rey Darío, en el año IX del Sátrapa (mes de *Famenoth*), es su descendiente, es decir, el tercero de su linaje, hijo de Essenteu II y Shepenesi. En el papiro se recogen las distintas quejas que presentan ante las autoridades del *Nomo* clamando justicia y se narran los problemas que acontecen a esta familia.

Como vemos, Peteisis III era descendiente de Sumos Sacerdotes de Amón en Tebas. Él era un escriba del templo de Amón en Teudyoy (actual el-Hiba). Su familia se había trasladado de Tebas a esta ciudad del Egipto Medio, donde se establecieron y se integraron en el culto local del dios Amón. Era un pequeño pero importante santuario que en el periodo persa jugó un papel político y religioso fundamental.

Ya hemos comentado la cantidad de personal con que contaba el dios Amón en Tebas. En el santuario de Teudyoy el número se reducía a un Primer Profeta y a cuatro *Phylaes* de sacerdotes *Uab* con 20 individuos en cada una de ellas. Las ofrendas presentadas al dios se repartían entre los miembros del clero, como en cualquier otro templo. Los textos nos hablan de un reparto en 100 partes, divididas, una quinta parte para el Primer Profeta y las otras cuatro quintas partes distribuidas entre cada una de las cuatro agrupaciones de sacerdotes *Uab*. El santuario estaba exento de impuestos y poseía un número considerable de ganado, entre otras muchas posesiones. Todas estas prerrogativas son las que también reclamó Peteisis III en beneficio de su parentela.

Precisamente, con el traslado de la prole de Peteisis se desencadenó una serie de rencillas, causadas por ciertas prebendas que el soberano había otorgado a su familia y que los sacerdotes de la región se obstinaban en negar. Ellos pertenecían al poderoso clero tebano y con su traslado, los sacerdotes locales corruptos temieron perder sus numerosos intereses económicos. Al tomar el cargo Peteisis, estallaron los últimos y más serios enfrentamientos.

La familia, separada del poder a causa de las intrigas del clero local, llegó a sufrir verdaderas injusticias: calumnias, asesinatos, etc., durante un periodo que abarcó más de un siglo. De hecho, el protagonista de la historia (Peteisis III) fue víctima de diversos infundios, robos, e incluso, se le

apaleó de tal manera que tardó más de tres meses en recuperarse. Así, este personaje, en vista de los problemas que le planteaban sus compañeros del clero, no tuvo más remedio que reclamar ante el rey, atendiendo al derecho de apelación al monarca, y fundó su petición en base al privilegio de herencia de cargos, que por entonces estaba firmemente establecido. Su parentesco con los Sumos Sacerdotes del culto a Amón, tanto en Teudyoy como en Tebas, le facultaba para presentar tal petición.

Finalmente, la equidad egipcia permitió que su autoridad y sus privilegios fueran restituidos en un complicadísimo litigio que reunió a ambos contendientes. Sin embargo, gracias a sus intachables cualidades, no desconfió jamás del dios, en la confianza de que finalmente la justicia le restablecería.

El litigio concluyó felizmente y el ofendido fue recompensado por el rey por sus intachables servicios, ya que según los textos, el soberano estaba particularmente satisfecho de él. Por ello, se le otorgó el título de Sacerdote de todos los Templos, cargo que ya ostentaba formalmente su padre con anterioridad. En este caso el puesto parece más un premio puntual que un ascenso paulatino o el simple derecho de herencia. Los culpables fueron apresados, conducidos ante el monarca y, posiblemente, ejecutados.

Dos historias modélicas

Al igual que hemos expuesto las corrupciones egipcias, es de justicia dejar bien patente que, como en toda agrupación humana, en el sacerdocio egipcio también existieron tanto vidas que podríamos calificar de normales, como existencias modélicas. Hemos elegido a dos personajes bien conocidos, de dos periodos muy distintos, para exponer algunos de estos casos.

a) Jaemuaset

Residente en Menfis y en Pi-Ramsés, donde se encontraba la corte, cuarto hijo de Ramsés II y segundo de su esposa Isis-Nofret, Jaemuaset fue considerado como un destacable hombre culto. Nació cuando su abuelo Sethy I aún vivía.

Sabemos que Jaemuaset estuvo casado, aunque el nombre de su esposa permanece en el anonimato. Tuvo dos hijos varones, llamados Ho-

ri y Ramsés, y una niña, muerta en el año 34 del reinado de su abuelo, cuando éste contaba unos cuarenta años. Estos datos son conocidos gracias a una inscripción recogida en Gebel Silsila.

Durante toda su vida, Jaemuaset, cuyo nombre significa 'Aquel que Aparece Resplandeciente en Tebas', estuvo más preocupado por temas mágicos y científicos que por intrigas de la corte o afanes de poder.

Desde muy temprano, fue el hijo predilecto de su padre. Según los textos, acompañó al rey en algunas campañas militares cuando tenía solamente cuatro años. Los documentos nos informan de Jaemuaset y de su hermano Amonherunemef, que tenía cinco años, junto a su progenitor, de veintidós años, en una campaña militar en Nubia.

Tras la muerte de su hermano, comenzó a ser preparado, para ascender al trono cuando su padre falleciera. Sin embargo, Jaemuaset moriría antes que su progenitor, posiblemente entre los años 55 a 60 del reinado de Ramsés II, que se hundió por este hecho en una profunda tristeza. Por aquellos tiempos Ramsés II tenía aproximadamente unos ochenta años, una edad avanzadísima para la esperanza de vida de aquellas épocas.

Jaemuaset contaba entre sus títulos con el de Sacerdote *Sem* de Ptah, que alcanzó a los veinte años, para más tarde ascender al de Jefe de los Artesanos, según se desprende de un texto que se encontró en el Serapeum de Menfis. Es decir, era Sumo Sacerdote del clero del dios Ptah de Menfis, lo que le facilitaba el acceso a los lugares donde se archivaban los documentos relacionados con la ciencia y la sabiduría desde tiempos antiguos. Era también el guardián de la sepultura de los toros Apis, es decir, del ya menionado Serapeum de Menfis, cargo de altísima responsabilidad. Así, sabemos que su primera intervención fue el enterramiento del Apis, fallecido en el año 16 del reinado de su padre, mientras que el último lo inhumó en el año 52 del mismo rey. En este lugar se halló una *Estela de Falsa Puerta* con una bella inscripción de la que extractamos:

Que viva el sacerdote Sem, el hijo real Jaemuaset, igual que viven las estrellas en el cuerpo de Nut y pueda ver a Hathor, Señora del Cielo.

La inquietud y el profundo respeto hacia sus antecesores provocaron en Jaemuaset, desde niño, la necesidad de profundizar en el estudio. Comenzó, cuando apenas era un joven, una labor encomiosa de conservación y restauración de monumentos. Pareció sentir especial predilección

y una profunda piedad hacia los conjuntos funerarios de los soberanos de Imperio Antiguo, en el área menfita, restableciendo muchos de sus cultos funerarios. Nos han llegado muestras de su trabajo en los recintos funerarios de Dyeser, Shepseskaf, Userkaf, Sahura y Nyuserra, así como en el de Unis, donde se encuentra una inscripción que anuncia la restauración ejecutada por orden de su padre el rey Ramsés II, en Guiza y en Abu Gurab. Por todo ello, fue *bautizado* por los estudiosos modernos con el título de Primer Egiptólogo de la Historia. En época de Jaemuaset las construcciones funerarias ya no eran como las de antaño y la lengua había variado considerablemente. Por lo tanto, sus restauraciones requerían una verdadera labor de minuciosa investigación y puesta al día. También se encargó de recopilar información sobre fiestas religiosas celebradas en tiempos remotos para rememorarlas lo más fielmente posible. Sin embargo, las inscripciones encontradas y referentes a este personaje denotan siempre una obstinada modestia, digna de aquellos que realmente poseen una inteligencia innata. La primera se encontró en Nubia, concretamente en el templo de Beit el-Uali, pero poco podemos reseñar de su vida privada.

Jaemuaset fue encargado y responsable de la celebración, de al menos, los cinco primeros Jubileos de su padre (Ramsés II haría catorce Jubileos en su dilatado reinado), responsabilizándose de los edificios construidos para tal fin, aunque algunos estudiosos opinan que participó en los nueve primeros de este faraón. Con ocasión de la celebración de cada Jubileo, debía de construirse un nuevo palacio, que serviría para cumplimentar parte de los ritos. Este puesto debía ser cubierto por alguien que fuera merecedor de la confianza del monarca, y éste no podía ser otro que su hijo Jaemuaset. El Jubileo o Fiesta de Renovación Real era una ceremonia complicada que celebraba el rey cada cierto número de años. Servía para revitalizar mágicamente sus propias fuerzas. Los dioses de todo Egipto asistían a la ceremonia para corroborar el poder del monarca. Además de estos cometidos, supervisó las obras de muchos de los edificios privados y religiosos, tanto en el Norte como en el Sur del país, entre los que cabe destacar el Templo de Ptah de Menfis.

Resulta lógico que, a la muerte de este personaje, se le inhumara con toda clase de piedad y boato, pero actualmente el emplazamiento de su sepultura es un verdadero misterio. Algunos autores creen que pudiera

encontrarse en Kafr el Batran, Guiza, Sakkara, etc. El célebre egiptólogo Mariette situó su enterramiento en el Serapeum de Menfis, en base a un sarcófago en piedra hallado en ese lugar. Esta teoría tuvo numerosos detractores, pero recientemente Grimal es también de la opinión que su cuerpo descansó en este último lugar. En cualquier caso, dado que su templo funerario ha sido hallado en Sakkara, sería razonable que su tumba pueda ubicarse en las inmediaciones del yacimiento.

El culto y la devoción, desencadenada tras su muerte, hizo que protagonizara diversos cuentos moralistas, escritos en caracteres demóticos, donde se subraya su papel de mago aventajado (Cairo 262, 30646, 30692, Museo Británico 604 y EA 10822) y al igual que Amenhotep hijo de Hapu, Jaemuaset aparece mencionado en el Capítulo 167 del *Libro de los Muertos:*

Texto del vaso que encontró el hijo real primogénito Jaemuaset, bajo la cabeza de un luminoso, al Oeste de Menfis. Es más divino tal vaso que cualquier otro del tesoro, pues fue fabricado en la puerta del fuego, cerca de los bienaventurados y de los muertos para evitar que lo alcanzase un agresor.

Esto ha sido verdaderamente eficaz millones de veces [...]

Aunque podamos pecar de desconfianza, la vida de este hijo de Ramsés II nos lleva a preguntarnos si el móvil de su altruismo se fundamentó solamente en un verdadero interés hacia la historia y las artes de su país, o si también estuvo condicionada por la búsqueda de datos que ayudaran a su padre en una de sus campañas propagandísticas, o en el gobierno de Egipto. En cualquier caso, se trata de una hipótesis de trabajo que tendrá que ser investigada con más profundidad.

b) Petosiris

El segundo caso que vamos a contar pertenece a un periodo tardío, pero no por ello menos interesante.

Corrían los tiempos de Filipo Arrideo, y Petosiris, ascendía al cargo de Sumo Sacerdote de Thot en la ciudad de Hermópolis.

Hijo de Es-Shu y hermano de Dyed-Dyehutiufanj, Petosiris fue Primer Profeta, que ve a su Señor en su Naos, Jefe de los Sacerdotes de Sejmet, Escriba Real responsable de todos los dioses en el Templo de Hermópolis, etc. Procedía de un linaje sacerdotal que se remontaba a cinco

generaciones atrás. Por ello, su progenitor fue también sacerdote de diversos santuarios y Administrador de los Bienes de Thot. Pertenecía a una familia acomodada.

Pese a su acaudalada situación, Petosiris no se dejó imbuir en los placeres y en las ansias de poder, tan frecuentes en un Egipto en decadencia. Desde joven sintió la profunda necesidad de iniciarse en el estudio y también pronto destacó como una persona sabia y justa, al que se le atribuyen numerosas obras piadosas, religiosas y filosóficas. Defendía los conocimientos profundamente egipcios y contribuyó a la restitución y culto de los dioses autóctonos. Mientras, veía desarrollar a su alrededor las encarnizadas guerras contra los Persas impíos que subyugaban el país.

A través de sus numerosas inscripciones percibimos este sentimiento justo del que siempre se rodeó. Este personaje, permite adivinar en sus divagaciones místicas, pasajes que tienen su paralelo en los proverbios de la *Biblia* y más concretamente en los *Salmos*.

Tan sabio personaje debía ser inhumado acorde con sus cualidades y por ello su familia quiso enterrarle con toda clase de lujos. En su sepultura, que es también la tumba familiar, se representaron varios de sus hijos e hijas. La tumba de Petosiris, construida por él mismo, en honor a su padre y hermano, y situada en la necrópolis de Tuna el-Gebel, se asemeja a un templete egipcio con portada y vestíbulo de corte Ptolemaico y capilla para el culto. En el interior se recogen multitud de relieves, tanto religiosos como de vida diaria, intentando armonizar la tendencia griega con la egipcia.

Su cuerpo debería haber sido introducido en el interior de cuatro sarcófagos: de enebro, de pino, de sicomoro y de piedra, como correspondía a un personaje de tan alta cuna y tan elevados principios. Pero en el caso de Petosiris, estos materiales jamás fueron utilizados y tuvieron que contentarse con una imitación. Limitaron su número a tres y se trabajaron en: piedra, sicomoro pintado, y pino oscuro. Sobre este último se inscribió el capítulo 42 del *Libro de los Muertos*, fórmula que estaba muy de acuerdo con su espiritualidad, ya que en ésta se funde con los dioses más importantes del panteón.

La inscripción se hizo con bellísimas incrustaciones que imitaban las piedras preciosas y semipreciosas que nunca pudieron utilizar por falta de medios económicos. A cambio, y a causa de su piedad, se hizo repre-

sentar acompañado de numerosos dioses egipcios de los que era devoto, en los que confiaba para que le ayudaran en el difícil tránsito de la muerte.

Quizá basten unas líneas, correspondientes a la traducción de algunos de los textos recogidos en su tumba, para acercarnos un poco a las intensas creencias religiosas de Petosiris. Dichas inscripciones son realmente conmovedoras y fueron grabadas por orden de Petosiris. La primera era para uno de sus hijos pequeños, muerto a edad temprana:

!Oh vosotros, los que vivís en la tierra, los que llegáis a esta necrópolis! Cada uno de los que llegue para traer ofrendas a esta necrópolis: !Os ruego que pronunciéis mi nombre al ofrendar agua! Thot se mostrará benévolo con vosotros por esta causa. Pues él premia a aquel que actúa en nombre del que ya no puede actuar. Thot es quien premiará a aquel que haga algo por mi!. [...]

[...] Si queréis durar en la vida, si queréis seguir a Sokaris y ver el rostro de Ra en la mañana del día del Año Nuevo, cuando aparece en la Gran Casa del templo de Hermópolis, si queréis seguir a Thot en aquel bello día del mes Thot, si queréis escuchar la voz de júbilo en el templo de Hermópolis, cuando aparece la Dorada (Hathor), para mostrar su amabilidad, debéis decir en todo momento al llegar a esta necrópolis: para tu Ka, todas las buenas cosas, niño pequeño, cuya vida transcurrió demasiado deprisa, de modo que no pudo seguir a su corazón en la tierra.

La segunda dice:

[...] Cada profeta, cada Sacerdote Uab, cada sabio que entre en esta necrópolis y vea esta tumba, que rece a dios por su propietario, que rece a dios por su poseedor, porque yo soy un beneficiado de su padre, loado de su madre, amigo de sus hermanos.

He construido esta tumba en esta necrópolis, cerca del gran espíritu de aquel que está allí, para que sea pronunciado el nombre de mi padre y de mis hermanos mayores: que hace vivir a un hombre al pronunciar su nombre.

Capítulo XVI

EL CLERO MASCULINO. DESARROLLO GENERAL

Conoce (el dios) al infame que piensa en depravación.
Conoce (también) al hombre de dios y la veneración de dios (que hay) en su corazón.
Dios conoce la respuesta de la lengua antes incluso de que se hayan hecho las preguntas. (Aún) cuando la lanzada viene de lejos, su impacto está previsto.
[...] Dios hace la mañana y la noche incluso para los gusanos que están en las tinieblas.

Papiro Isinger

Las informaciones que nos han llegado del Antiguo Egipto no corresponden solamente a documentos egipcios, sino que viajeros, geógrafos y estudiosos clásicos recogieron con frecuencia algunas de sus costumbres, aunque muchas de ellas se alejan de la realidad. Por ejemplo, según Plutarco (9, 354B):

Los reyes eran designados de entre los sacerdotes o los guerreros, la segunda clase gozaba de estima y consideración por su valor, y la primera por su sabiduría.

Esta aseveración no puede ser más errónea si la tomamos como generalidad. ¿Por qué entonces esta afirmación?. Es posible que Plutarco, documentado por la transmisión de un conocimiento tardío, mezclara acontecimientos de distintas épocas.

Como ocurre en la mayoría de los estamentos religiosos de la actualidad, los sacerdotes egipcios estaban jerarquizados, pero además, ellos podían pertenecer a distintos cleros. Es como si hoy en día un clérigo de la

iglesia católica pudiera, a la vez, ser rabino judío, pope ortodoxo, imán musulmán, etc. Es más, podían estar adscritos a distintas clases de santuarios. Precisamente, el *Papiro Wilbour* nos ofrece un detallado estudio al respecto. De entre todos ellos señalaremos:

1.- Sacerdotes Funerarios encomendados a cultos privados.
2.- Sacerdotes Funerarios encargados del culto real.
3.- Sacerdotes de los Templos Solares.
4.- Sacerdotes encomendados al culto de los grandes dioses.
5.- Sacerdotes responsables de los santuarios más pequeños (de dioses locales o de menor importancia).
6.- Sacerdotes encargados de los compendios mitológicos, que podrían estar a cargo de la Casa de la Vida.

Además de formar parte de una escuela sacerdotal concreta, podían ser requeridos por el monarca para ser enviados a ejecutar misiones especiales.

Casi todos los aspectos de la civilización egipcia, tanto divinos como humanos, estaban férreamente jerarquizados y esta jerarquía estaba diseñada en pirámide. Básicamente los cargos se situaban según importancia, edad y procedencia social. La estructura general del clero es común a todas las escuelas sacerdotales. Por un lado se encontraban los Sumos Sacerdotes (el Alto Clero), en la escala superior, que variaban de 1 a 4, dependiendo del tamaño y la influencia del templo. A continuación seguían los simples Sacerdotes, con cargos menos importantes (el Bajo clero), que a su vez podían cubrir aspectos especializados. Si los juzgamos con nuestros actuales esquemas, éstos constituirían la actual Clase Media. A lo largo de este trabajo vamos a encontrar que, a veces, denominamos indistintamente a los sacerdotes Profetas o Servidores del Dios. El término Profeta, por supuesto, no es egipcio sino que procede de fuentes griegas. En Egipto, el Profeta no tenía cualidades adivinatorias sino que desempeñaba labores administrativas y religiosas en el templo.

De forma simplificada, podemos dividir a la sociedad egipcia en ocho capas diferentes, todas ellas estructuradas también en pirámide. En el vértice superior se encontraba el rey, jefe del clero, del ejército, de la administración, etc. Gráficamente podemos plasmarlas del modo siguiente:

1.- El rey.
2.- La familia real.

3.- Los funcionarios de rango superior, alta nobleza, alto clero, cargos militares de primer orden.
4.- Nobleza provincial.
5.- Burócratas y sacerdotes menores, militares (oficiales).
6.- Soldados rasos, funcionarios y sacerdotes de bajo rango, arrendatarios.
7.- Campesinos.
8.- Esclavos (prisioneros de guerra, por nacimiento, y condenados por una falta grave).

La estructura que se ha señalado es puramente general, ya que para un estudio más detallado de la jerarquía de la sociedad egipcia debemos analizar los *Papiros Hood* y *Golenisher*, que pueden ser considerados los más antiguos. Ellos engloban a todas las capas de la comunidad.

La sociedad egipcia estaba compuesta, como actualmente, por una clase baja, una media y una alta. El mayor número de individuos se situaban en la escala social más baja. La clase media era bastante permeable y se relacionaba tanto con los de *status* más elevado como con los más bajos.

Aparición y Evolución del clero. Una visión rápida

Aunque en el Periodo Tinita existió sin duda un clero más o menos formalizado, éste solo se aprecia en las inscripciones que se encuentran en los sellos de la época y de ellos no hay más información. Por ello, daremos un salto en el tiempo y directamente arrancaremos en el Imperio Antiguo, momento en el que los datos son más explícitos, aunque su organización interna no haya pervivido de forma detallada. Solamente sabemos que en ese periodo accedían al cargo miembros de la familia real, normalmente hijos de esposas secundarias del rey, siempre y cuando no hubieran sido nombrados para desempeñar otras obligaciones para con el Estado. Durante la Dinastía III el monarca era el que personalmente nombraba a los sacerdotes, y bajo el rey Jufu (Keops) era tal el poder que éstos habían alcanzado que el soberano comenzó a seleccionarlos entre sus parientes, para intentar, dentro de lo posible, restar algo de su poderío y continuar manejando todas las esferas de la sociedad. Sin embargo, éste no duró más allá de su reinado.

El reinado de Jufu, más conocido por Keops, ha sido sin duda el más popular del Imperio Antiguo. Nos situamos en la Dinastía IV. En esta época, ordenó construir en Guiza la que hoy conocemos como la Gran

Pirámide. Es indudable que la autoridad de este rey fue innegable y que su monumento funerario todavía hoy sigue despertando la admiración de todos los que, afortunadamente, hemos tenido el inmenso privilegio de pisar el Valle del Nilo.

No podemos precisar con certeza qué ocurrió a lo largo de esta dinastía, pero el hecho fue que el clero adquirió un poder cada vez más grande. Lo cierto es que durante el Imperio Antiguo la mayor parte del gasto se empleaba para el culto funerario del rey.

Con la inauguración de la Dinastía V, los sacerdotes tenían la facultad de designar directamente a sus miembros sin la intervención del rey. Éste fue uno de los pasos más importantes para que el clero en Egipto lograra reunir en sus manos una cierta autonomía, que le facultó para actuar e influir en muchos de los aspectos de su civilización. El monarca dejó de escoger directamente a los Sumos Sacerdotes y éstos comenzaron a desarrollar una tendencia a convertirse en cargos hereditarios, sobre todo con los reyes Userkaf y Sahura. Da la sensación de que, en general, los reyes de la Dinastía IV mantuvieron una gran influencia sobre el clero y que éste se fue perdiendo a lo largo de la dinastía siguiente.

La veneración al sol se vio plasmada, durante la Dinastía V, en una serie de recintos sagrados, llamados Templos Solares. Éstos, arquitectónicamente hablando, eran distintos al resto de los santuarios, ya que se construían a cielo abierto, para que los rayos del dios creador pudieran posarse y bendecir sus dependencias, participar en los ritos y disfrutar de las ofrendas que en ellos se depositaban. Los templos tradicionales estaban techados (a excepción de los patios exteriores) y además sus dependencias se hacían más oscuras a medida que el recinto se internaba hacia la zona más sagrada, que permanecía en una obscuridad prácticamente total. De este modo los teólogos egipcios pensaban que la divinidad se encontraría complacida y tranquila, más protegida de genios y fuerzas malignas que quisieran dañarla. Además, el santuario egipcio era la representación de un microcosmos personificado por la diosa de la bóveda celeste Nut, en los techos, y por el dios de la tierra Geb, en los suelos, ambos elementos estaban sustentados, como la tierra, por cuatro pilares, que según las distintas teologías eran los brazos y las piernas de la diosa Nut o los llamados Cuatro Hijos de Horus.

Con el auge de los templos solares el monarca se vio en la obligación de

construir, bajo su mandato, un templo de estas características, donde se veneraba al sol y al rey de forma conjunta. Sin embargo, en cierto modo la costumbre desapareció pronto, no sólo por motivos puramente políticos, sino también por una crisis económica que empezó a desencadenarse y culminó durante la dinastía siguiente. Tanto los templos como las pirámides fueron construidos cada vez más modestos, con materiales de peor calidad, porque el soberano y el clero no podían permitirse mayores dispendios. Los gravámenes impuestos por donaciones y exenciones minaban la economía. De todos modos, la veneración hacia el sol seguirá estando presente a través de la simbología de las pirámides, obeliscos, pequeños templos solares o en las terrazas de los santuarios, entre otros lugares. Así, tras el Imperio Antiguo, los Templos Solares se integraron dentro de los grandes recintos sagrados, en lugar de ser santuarios independientes.

Los primeros santuarios encomendados a los dioses tenían una influencia reducida y sus gastos no eran excesivos. Pero, a partir del Imperio Medio, se empezaron a construir recintos más grandes e influyentes, que requerían y exigían mayores ingresos.

El creciente poder del clero trajo como consecuencia que los costes relacionados con el culto aumentaran y que se convirtieran en un grave problema para el Estado. De hecho, los puestos sacerdotales, aunque teóricamente no eran hereditarios, comenzaron a pasar de padres a hijos y, aunque continuaron estando en manos de los nobles del país, progresivamente fueron incorporándose otros sacerdotes de escala social más baja. Quizá por ello, poco a poco, se fue creando una profesionalización, pero todavía nos encontramos ante un grupo de laicos que ejercían su cargo casi de forma honorífica y como delegados reales. Más tarde encontraremos escuelas sacerdotales muy complejas y numerosas, como por ejemplo el clero de Amón en el Imperio Nuevo, que en sus filas tenía a personajes de la más variada procedencia. En este momento los sacerdotes ejercieron su cargo en el interior de los templos durante tiempos parciales, pero trabajando de forma profesional y exigiéndoseles ciertas purificaciones y condiciones para el desempeño de sus puestos.

El Clero de Amón

Así como durante el Imperio Nuevo, el clero más importante fue el

de Amón en Tebas, años antes, durante el Imperio Antiguo, fue el culto solar de Ra el que estaba firmemente establecido. En esos momentos la ciudad de Heliópolis era muy importante y la devoción al dios Ra no perdería su influencia a lo largo de toda la civilización faraónica. En el Imperio Antiguo, el dios Amón era una divinidad sin apenas importancia, su verdadero desarrollo comenzó a partir del Segundo Periodo Intermedio.

En el Imperio Medio, gracias a unos reyes de procedencia tebana, Egipto se reunificó. Expulsaron del Norte del país al pueblo invasor, los Hiksos, que gobernaron durante las Dinastías XV y XVI y potenciaron a su ciudad y a su dios Amón, tanto es así que casi todos los dioses comenzaron a fusionarse con el importantísimo Ra (el sol). De este modo, por ejemplo, Sobek se convirtió en Sobek-Ra, Montu en Montu-Ra, Amón en Amón-Ra, etc. Durante este tiempo, y sobre todo en el siguiente (Imperio Nuevo), Tebas se convirtió en la capital imperial, los monarcas conocieron entonces una fuerza, un dominio y una prosperidad sin precedentes, y Amón logró ascender al rango de dios dinástico, como veremos a continuación. De este modo se inauguró el Imperio Nuevo.

Precisamente éste fue uno de los periodos más esplendorosos de la historia de Egipto. Fue entonces cuando los sacerdotes cobraron, progresivamente, un poder mayor. Lograron acumular en sus manos cargos civiles o militares junto a puestos sacerdotales de primer orden, sobre todo en el llamado Alto Clero, que era el cuerpo de élite, llegando a influir en la monarquía. El Alto Clero estaba formado por un número variable de individuos. En el caso del dios Amón en Tebas tenía cuatro Profetas o sacerdotes, pero en dioses con escuelas sacerdotales más pequeñas el Alto Clero estaba representado por tan sólo un individuo.

El primer rey del Imperio Nuevo fue Ahmose. Él potenció el ascenso del clero tebano respecto al de otros dioses, ya que responsabilizó a Amón de la reciente victoria obtenida sobre los Hiksos, un pueblo extranjero que había invadido el país durante la transición entre el Imperio Medio y el Imperio Nuevo, en el llamado Segundo Periodo Intermedio. Con Ahmose se inauguró el título de Primer Profeta de Amón.

Dando un pequeño salto en el tiempo llegaríamos al reinado de una mujer, Hatshepsut, con ella este clero obtuvo un apoyo importantísi-

mo, ya que su ascensión al trono se justificaba por la designación del propio dios. Bajo su mandato situó a uno de sus hombres de confianza, Hapuseneb, en cargos, tanto administrativos como políticos y religiosos, de importancia capital para el Estado. Le otorgó la facultad de desempeñar el recién inaugurado título de Jefe de los Sacerdotes del Alto y Bajo Egipto y Sumo Sacerdote de Amón, que incluía el dominio del oráculo, y por tanto la legitimidad de la ascensión del nuevo rey. Durante el Imperio Antiguo ya existía un cargo aparentemente similar, el de Controlador de todos los Cargos Divinos, pero poseía *de facto*, un poder menor, al que ahora se institucionalizaba. Hapuseneb controlaba todos los cleros del Norte y del Sur, pero además tenía el cargo de Visir, interviniendo en la administración de justicia. Así obtuvo una autonomía total para el templo de Amón.

Pero ¿por qué Hatshepsut acumuló tanta autoridad en manos de una sola persona? Una mujer, que había alcanzado el trono en condiciones "poco usuales", necesitaba el apoyo del sacerdocio, al que prometió potenciar, para que la ayudara a legitimar su situación como faraón. Hatshepsut, que había comenzado a reinar como regente cuando Thutmose III era aún un niño, no abandonó la corona cuando éste alcanzó la edad de reinar por si sólo y continuó ejerciendo la jurisdicción en Egipto. Por tanto era inevitable que ofreciera al clero de Amón todo lo que deseara, ya que gracias a él regía sobre las Dos Tierras (Egipto). Por otro lado, los asuntos civiles y militares también estaban bien atados mediante otro importante personaje, Senenmut, que, aunque de procedencia modesta, ostentaba entre otros cargos el de Mayordomo de Amón. Por otro lado, también fomentó la participación de la mujer en la escuela sacerdotal tebana.

A la muerte de Hatshepsut, Thutmose III tomó las riendas e hizo una primera tentativa para restar poder a este cuerpo sacerdotal, cada vez más poderoso. Por ello introdujo en la dirección de Karnak a un personaje civil y cercano al monarca, llamado Menjeperraseneb, al que dotó de grandes privilegios, otorgándole, además del cargo de Primer Profeta de Amón, el de responsable de las finanzas del Estado. Así, el clero fue adquiriendo un creciente poder económico en un Egipto floreciente, potestad que aumentaría aún más bajo Amenhotep II, que cometió el error de nombrar al Sumo Sacerdote de Amón, Gobernador del Sur y Visir, las

mayores jerarquías del reino unificadas en una sola persona. Las conquistas y las campañas militares se sucedieron y las fronteras se ampliaron más allá de lo imaginable. De todo ello se hizo responsable al dios Amón (sincretizándolo a Ra y a Min), cuyos dominios se enriquecieron y ampliaron.

A mediados de la dinastía XVIII, reinó Amenhotep III, hombre amante del lujo y de la opulencia. Con él el clero de Amón alcanzó tal autoridad que casi llegó a hacer peligrar la independencia de algunas decisiones monárquicas. El rey intentó potenciar al clero de Heliópolis, pero no logró restar facultades a los hombres de Amón. Solamente, a su muerte, el llamado *faraón hereje*, Ajenatón (Amenhotep IV), produjo el ocaso de estos sacerdotes y de todos los dioses relacionados con él. A partir del año 5 (según Murnane 1993) de su reinado rompió con su clero y se trasladó a una nueva ciudad, llamada Ajetatón (actualmente el-Amarna), situada en el Egipto Medio. Solamente se permitió la veneración puntual de dioses meramente heliopolitanos. Consecuentemente se produjo una persecución del antaño dios dinástico, de su clero y de sus bienes. Atón era el único dios verdadero y Ajenatón su profeta. Sin embargo, éste no fue más que un pequeño "bache" para un sacerdocio, ya demasiado poderoso, que pronto volvió a tomar las riendas del país. A la muere de Ajenatón, subió al trono el joven y famoso Tutanjamón (previamente Tutanjatón), él restauró el culto a Amón y reinstaló a su clero. No obstante, a partir de este momento y hasta finales del reinado de Ramsés II, los soberanos tuvieron especial cuidado en separar los cargos civiles y religiosos, es decir, no elegían Visires entre los grandes sacerdotes. Anteriormente, otros soberanos, como Thutmose IV, habían intentado, aunque de forma menos radical, mermar la influencia del clero de Amón, pero sus esfuerzos no tuvieron resultados lo suficientemente fructíferos como para repartir un poder firmemente establecido en manos de una sola escuela sacerdotal. Por ello, el hoy todavía grandioso templo de Karnak se convirtió en el santuario más grande y rico de Egipto, y su clero en el más pujante. Como consecuencia, su Sumo Sacerdote tomó progresivamente atribuciones que jamás había soñado alcanzar.

Muy atrás habían quedado la fuerza y la capacidad para gobernar el país de Ramsés II, o el último intento por recuperar la autoridad perdida de Ramsés III. La existencia de familias completas al servicio del dios durante el Imperio Nuevo y más concretamente a Amón en el área teba-

na, es un hecho. Cabría citar, por ejemplo, a Bakenjonsu, enterrado en tiempos de Ramsés II en la tumba tebana número 35. Veamos los cargos de él y de su familia directa. Su padre Rome, había sido Primer y Segundo Profeta de Amón, su madre, llamada también Rome, Cantora de Amón, su esposa Meretseger, Jefe del Harén de Amón y finalmente él, como se citó al redactar su *curriculum*, terminó su carrera siendo Primer Profeta de Amón.

Desde Ramsés II a Ramsés III el clero de Amón rescató todo su poder, aunque Ramsés III protagonizó una última tentativa para restar energía a esta casta sacerdotal que poco a poco había ido cobrando mayor fuerza y hacía peligrar a la realeza. A su muerte, el cargo de Sumo Sacerdote se hizo hereditario, ya que, a finales de la Dinastía XX, Egipto estaba bajo la soberanía de reyes débiles.

Es de todos conocido la influencia de los sacerdotes de Amón en Tebas, un cuerpo sacerdotal que manejó e incluso llegó a poner en peligro la monarquía egipcia. Como ya citamos, algunos reyes, conscientes de la amenaza que esto suponía intentaron mermar su poder, dando mayor importancia a escuelas sacerdotales adscritas a otros dioses, pero no fueron más que intentos poco fructíferos. Al concluir el Imperio Nuevo los sacerdotes tebanos reinaron en una Dinastía paralela, relegando al soberano y colocando sobre el trono de Egipto a su Primer Servidor, o sea, al Sumo Sacerdote de Amón-Ra. Es decir, sólo cuando un clero determinado tiende a superar la autoridad del rey acaparando cargos civiles e intentando sustraerle parte de sus derechos y deberes, Egipto entra en crisis y comienza una verdadera pugna entre ambas autoridades.

El Clero en el Trono. Los Reyes-Sacerdotes

Bajo el mandato del último Ramésida (Ramsés XI), los Primeros Profetas de Amón-Ra o Sumos Sacerdotes tenían casi la misma influencia y las mismas prerrogativas que el rey. De entre todos ellos, Amenhotep, hijo del Sumo Sacerdote Ramsesnajt, entre los años 2 y 9 del reinado de Ramsés XI, dio el primer gran paso, al tomar el cargo que antes ostentó su padre y se hizo representar sobre los muros de los templos con las mismas dimensiones que el soberano, hecho que anteriormente habría sido impensable. Ya desde antiguo, los Grandes Sacerdotes eran los representantes del rey y los que realmente llevaban a cabo los ritos en el interior

de los santuarios. Éstos, generalmente, no aparecían representados en las paredes de los recintos sagrados, sino que era el rey el que se encontraba en los relieves de los lugares más sagrados del templo y en aquellos visibles al pueblo, cumpliendo los ritos más importantes, acompañado de un clero que actuaba como asistente. Tradicionalmente, los relieves de los Grandes Sacerdotes oficiando quedaban limitados a lugares menos importantes, situados en el interior y lejos de la vista de los ciudadanos.

Amenhotep, adquirió nuevos privilegios y se invistió de títulos muy poderosos, que antes el clero jamás había poseído. Todo ello acarreó una guerra civil, tras la cual subió al trono otro Primer Profeta, llamado también Ramsesnajt. Ambos, sin saberlo, estaban preparando el camino a un personaje que marcaría la historia faraónica: Herihor, quien asumió el puesto de Sumo Sacerdote en el año 19 del reinado de Ramsés XI, produciéndose entonces un cómputo paralelo, una doble fecha en la regencia de ambos personajes: el año 19 de Ramsés XI correspondía al año 1 del llamado "Renacimiento" de Herihor.

¿Fue Ramsés XI tan inocente como para confiar en esta figura? Al comienzo de su gobierno, el rey pensaba que con la designación de Herihor obtendría un mayor control sobre el clero, ya que Herihor era un hombre de confianza, sin embargo el monarca no contó con las ansias de poder de este individuo, que pronto consiguió relegarle.

Herihor, militar de carrera, obtuvo para sí el título sacerdotal. Logró el apoyo del clero y del ejército, dos poderes imprescindibles para su intención de hacerse con el trono. Además ostentó cargos políticos, militares y religiosos, algo que le confería un gran poder. Él fue Visir del Alto Egipto, Virrey de Nubia y además Sumo Sacerdote. Pero la obtención de estos honores no parece haber conformado a Herihor, que acabó adoptando todos los protocolos que correspondían al monarca. Como vemos, Herihor reunió en sus manos la función de máximo representante de la justicia, el control del clero, el de la administración y el del ejército. Asimismo, colocó su nombre en el interior de un cartucho, prerrogativa únicamente real y, a partir de este momento, el nombre del monarca *de facto* jamás llegó a volver a ser utilizado en el *Nomo* tebano. Tales fueron las atribuciones que tomó Herihor.

El faraón Ramsés XI, débil y postergado al Norte del país, no tuvo más remedio que aceptar esta solución intermedia: Egipto estaba gober-

nado de forma teórica por el rey tutelar, tras él, en el Delta se encontraba Smendes, un antiguo Visir (cuyos sucesores portarán títulos reales) que se había casado con una hija del rey Ramsés XI. Él era un personaje poderoso de la Administración y ejercía el verdadero dominio. Paralelamente, en el Sur gobernaba el Primer Servidor del Dios Amón, Herihor, pero éste murió antes que Ramsés XI y sus títulos y cargos fueron transmitidos a sus hijos. La fecha más alta registrada en los documentos egipcios, con respecto a su reinado, datan del año 7 de su propio mandato, que corresponde al año 25 de Ramsés XI, que fallecería dos años más tarde.

Tras la muerte del rey tutelar (Ramsés XI), en el Delta, ascendió al trono Smendes, que, llegando a un acuerdo con el hijo de Herihor (Pianj), que entonces gobernaba en el Sur, se hizo con el trono de Egipto. Pianj no tomó para si la titulatura real y reconoció a Smendes como legítimo rey, pero a su muerte su hijo Pinedyem I (a partir del año 16 del reinado) adoptó la titulatura real. Tras él se sucedieron toda una dinastía de Sumos Sacerdotes. El Valle del Nilo fue testigo del Tercer Periodo Intermedio (Dinastías XXI a XXIV) y fue gobernado por dos dinastías paralelas: la de los reyes del Delta y la de los Grandes Sacerdotes del Sur. Para una mayor comprensión de este problemático periodo, siguiendo los criterios de Kitchen (1986), hemos facilitado unos árboles genealógicos, que se recogen el afinal de la obra.

Este poder se mantuvo hasta que los reyes de Tanis y, en concreto, Psusenes I, creó una autoridad intermedia con la que intervenir en el Sur: la Divina Adoratriz, representada por su propia hermana Maatkara, hija de Pinedyem I. Ella, introducida en el clero femenino tebano y ostentando un cargo importantísimo, que comprendía labores políticas y religiosas, influiría para la buena marcha de ese Egipto fraccionado. El título cada vez se fue haciendo más importante y en él se integró la obligación de permanecer célibe. Así las Divinas Adoratrices se sucedieron mediante la adopción, una maniobra puramente política. Ellas eran las únicas que debían escoger la persona ideal para sucederlas, en lugar de ser un cargo meramente hereditario e impuesto. Éste se mantendrá en la jerarquía sacerdotal tebana hasta la Dinastía XXVI.

A partir de este momento, el puesto de Divina Adoratriz siempre se cubrió mediante la adopción de una de las hijas de los reyes legítimos,

que, como hemos expuesto, debían permanecer célibes. A ellas volveremos a referirnos en el apartado referente al clero femenino. Sin embargo, el poder político de los sacerdotes fue efímero dentro de la historia de Egipto. Durante el mandato de los Sumos Sacerdotes, éstos se vieron en la obligación de acudir al oráculo, para las más diversas consultas, ya que debían justificar por medio de la divinidad sus actuaciones.

Tanto esta dinastía como la siguiente, presenta un periodo muy complicado y a menudo poco claro, por lo que intentaremos ayudarnos con unos cuadros.

FINALES DINASTÍA XX Y DINASTÍA XXI (Reinados paralelos en el Norte y el Sur)		
AÑOS	**REYES DEL DELTA**	**SUMOS SACERDOTES TEBANOS**
1009-1069 a.C.	*Ramsés XI (DINASTÍA XX)	Amenhotep, (DINASTÍA XX) *Herihor (padre de libios) *Pianj. (Suegro de Herirор)
1069-1043 a.C.	*Smendes. (Posiblemente casado con una hija de Ramsés XI) (DINASTÍA XXI)	*Pinedyem I. (Casado con Henuttaui, de sangre real) (DINASTÍA XXI) *Masaharta (hijo de Pinedyem I) *Dedyonsuefanj.
1043-1039 a.C.	*Amenemnisu. (Hijo de Herihor)	*Menjeperra. (Hijo de Pinedyem I y casado con la hija de Psusenes, Asetemjeb)
1039- 991 a.C.	*Psusenes I. (Hijo de Pinedyem I)	
993 - 984 a.C.	*Amenemopet. (Hijo de Psusenes I)	*Smendes II. (Hijo de Menjeperra) *Pinedyem II (Hijo de Menjeperra). La familia no acapara cargos sacerdotales, aunque las mujeres si los ostentan.
984 - 978 a.C.	*Osorkón El Viejo	
978 - 959 a.C.	*Siamón.	*Psusenes III. (Hijo de Piendyem II)
959 - 945 a.C.	*Psusenes II (Hijo de Pinedyem II ?. Es posible que estuviera vinculado al rey por matrimonio)	

Al inaugurarse la Dinastía XXII, los reyes contaron con el apoyo del clero menfita, uno de los sacerdocios más importantes de Egipto. Shesonq I supo situar a dos de sus hijos en la dirección del clero de Amón, pero además uno de ellos era Gobernador del Alto Egipto. Otro personaje de su confianza, llamado Nesy, cubrió el puesto de Cuarto Profeta de Amón y, finalmente, un miembro más de su progenie fue General de Heracleópolis. Así agrupó en manos fieles los puestos más importantes

e influyentes, el militar, el civil y el clero, recuperando parte de su autoridad. Sus sucesores actuarían más o menos del mismo modo. Aunque intentaron potenciar otros cleros para que el de Amón no cobrara demasiado poder, uno de sus descendientes, el futuro Shesonq II, siguió el ejemplo de Herihor y reinó como regente, pasando más tarde el cargo a convertirse en hereditario. Finalmente, Egipto se fraccionó no sólo en dos (el Delta y la zona de Tebas) sino que aparecieron toda una serie de reyezuelos locales que complican tremendamente el panorama egipcio del momento. Este embrollo, quizá quede más claro mediante los esquemas de estas dinastías que nos ofrece Grimal (1996), en ellos nos fundaremos para explicar gráficamente la situación del momento:

DINASTÍAS PARALELAS			
AÑOS	**DINASTÍA XXII**	**DINASTÍA XXIII**	**SUMOS SACERDOTES DE AMÓN**
945-924	Shesonq I		Iuput I
924-889	Osorkón I		Shesonq
c. 890	Shesonq II		Semendes
889-874	Takelot		Iuvelot
			Harsiese
874-850	Osorkón II		Nimlot
850-825	Takelot II		Osorkón
825-773	Shesonq III		
818-793		Pedibastet	
777-749		Osorkón III	
775-767	Pamy		
		Takelot III	
767-730	Shesonq IV		
		Rudamón	

Básicamente, éste fue el modo por el cual los monarcas de la Dinastía XXII y los Sumos Sacerdotes terminaron por pertenecer a una misma familia, obteniéndose un equilibrio entre ambos puntos conflictivos.

Por todo lo ocurrido, en la Dinastía nubia (XXV), los reyes colocaron en los más importantes puestos sacerdotales a personajes de su total confianza o a miembros de su propia familia y potenciaron a las Divinas Adoratrices, colocando a cada una de sus hijas en esta posición. Así, controlaban tanto el poder civil como el religioso.

En la Dinastía Ptolemaica, el clero ya no estaba situado sobre el trono egipcio, pero seguía poseyendo un gran poder, tanto religioso como económico. De hecho, Diodoro de Sicilia, mencionó en su crónica que la clase sacerdotal, junto con la corona y el ejército, era uno de los organismos que más tierras poseía en propiedad. Los *Decretos de Exención* y donación a los templos eran muy numerosos, algo que debía restringirse con celeridad, pero que se mantuvo de alguna manera hasta periodos muy tardíos. Nos encontramos ante un Egipto decadente y débil, tanto por la inoperancia de sus reyes como por las invasiones extranjeras, hasta el punto de estar condenado a desaparecer.

Capítulo XVII

ESTRUCTURA DE ALGUNOS CARGOS SACERDOTALES

Conoce (el dios) al infame que piensa en depravación.
Conoce (también) al hombre de dios y la veneración de dios (que hay) en su corazón.
Dios conoce la respuesta de la lengua antes incluso de que se hayan hecho las preguntas. (Aún) cuando la lanzada viene de lejos, su impacto está previsto.
[...] Dios hace la mañana y la noche incluso para los gusanos que están en las tinieblas.

Papiro Isinger, 31

En este apartado tan sólo vamos a mencionar algunos de los cargos sacerdotales más destacables. Quedarán por citar otros de menor importancia, ya que la complicación de la jerarquía sacerdotal puede extenderse casi hasta el infinito o simplificarse de forma asombrosa, en función del tamaño del santuario.

Como ya vimos, básicamente los sacerdotes egipcios se dividían en un Alto y un Bajo Clero. La jerarquización de la *élite* es relativamente sencilla, mientras que con el Bajo Clero las cosas se nos complican. Desde el Imperio Antiguo (Dinastía V) y hasta la época grecorromana, estaban divididos en *Phylaes* que eran las agrupaciones en las que estaban estructurados los sacerdotes y servían para establecer un turno de servicio al dios o al servicio funerario de un individuo. Cada *Phylae* podía tener una cifra variable de sacerdotes, en función de cada escuela sacerdotal y de las necesidades de las mismas. El número de esas *Phylaes* varía dependiendo del periodo. Durante el Imperio Antiguo y el periodo Grecorro-

mano los miembros del clero se dividían en 5 *Phyilaes* que a su vez se subdividían en 2 o 4 grupos y en el resto de la historia se repartían en 4 *Phylaes.* Cada una trabajaba un mes en el templo y tras este tiempo podían retornar a sus casas para emplearse en sus ocupaciones. En razón a la jerarquía, se podía acceder a determinados lugares del recinto divino.

Los numerosos puestos especializados y a veces puntuales podían no repetirse en todos los santuarios, lo que nos complica aún más la estructura de las escuelas sacerdotales. Por ejemplo, en el templo de Hathor en Dendera existía un importante clérigo denominado El Músico. Él jugaba un imprescindible papel en la fiesta local de La Buena Reunión, pero sus ocupaciones no se han podido determinar con detalle. Otro sacerdote de función indeterminada mencionado en el *Libro de los Muertos* y adscrito al culto de Hathor, es el Sacerdote Ias, así como el Servidor del Halcón, sirviente del templo de Horus de Edfu. Los únicos datos que tenemos de él nos informan de que era el encargado de dirigir el culto y de acompañar a la diosa Hathor en la navegación el día de su fiesta. Finalmente, mencionaremos al sacerdote más importante del culto del dios Jenti Irty, en Letópolis, que ostentaba el curiosísimo título de Abridor de la Boca, datado desde la Dinastía III.

Durante el Imperio·Antiguo, el clero más influyente fue el del dios solar Ra, en Heliópolis, cuyo Sumo Sacerdote gobernaba el *Nomo* heliopolitano, en lugar de hacerlo el Visir, como ocurría en el resto de los *Nomos* egipcios, aunque el cargo no podía transmitirse por herencia. Su máximo representante llevaba el título de El Gran Vidente de Ra (igual que el de Atón en Amarna, aunque sólo en un momento concreto y breve de la historia: a partir del año 5º del reinado de Ajenatón en la Dinastía XVIII). Continuando en el Imperio Antiguo, a partir de la Dinastía IV, pero sobre todo en la Dinastía V, el clero de Ptah de Menfis personificó un gran impulso y, poco a poco, fue influyendo en aspectos de la religión solar. En su cúpula se encontraba el Grande de los Jefes de los Artesanos. Otras escuelas sacerdotales dignas de reseñar son las de Thot en Hermópolis, capitaneada por El Más Grande de los Cinco y la de Amón en Tebas, con mucho la mejor documentada de la historia faraónica, con el Primer Profeta a la cabeza. Además de los señalados, existían cleros locales cuya enumeración podría resultar tediosa. Tomando como modelo al dios Amón, la estructura básica era la siguiente:

<table>
<tr><td colspan="3">EL REY</td><td rowspan="3">ALTO CLERO</td></tr>
<tr><td colspan="3">EL PRIMER SERVIDOR
(o Primer Profeta)</td></tr>
<tr><td>EL SEGUNDO
SERVIDOR
(o 2º Profeta)</td><td>EL TERCER
SERVIDOR
(o 3ºProfeta)</td><td>EL CUARTO
SERVIDOR
(o 4º Profeta)</td></tr>
<tr><td colspan="3">SIMPLES SERVIDORES
(o simples Profetas)</td><td rowspan="3">BAJO CLERO</td></tr>
<tr><td>PERSONAL
MASCULINO</td><td></td><td>PERSONAL
FEMENINO</td></tr>
<tr><td colspan="3">AUXILIARES</td></tr>
</table>

Los cargos más altos tenían, entre otros muchos favores, la prerrogativa de participar junto al rey en asuntos de Estado, entrar en palacio y asistir a las ceremonias religiosas en las que el monarca debiera intervenir. Participaban también en los eventos anuales que se celebraban para dilucidar algún asunto vital, relacionado con el clero en general o con alguno en particular, siempre bajo la supervisión del Jefe de Todos los Sacerdotes del Alto y del Bajo Egipto o del Primer Servidor del Dios respectivamente. Además, podían poseer otros cargos civiles junto a sus importantes puestos religiosos. Así, sabemos que algunos de los *nomarcas* de la Dinastía VI, no contentos con su autoridad, equiparable a la de verdaderos "príncipes locales", se hicieron construir grandes tumbas en su provincia y adornaron su mandato con un importante cargo religioso. Así, aunaban, en una sola persona, los dos poderes más grandes y eficaces de Egipto: el civil y el religioso.

Algunos de los puestos sacerdotales no han podido ser encajados, de una forma clara y concisa, dentro de la jerarquía. Los títulos que ostentaron a menudo no nos ayudan a comprender su función concreta. Todo ello se debe a que existían una serie de oficios inferiores que no tenían cometidos bien definidos. Así, por ejemplo, podemos mencionar al Supervisor de los Altares en el Templo de Amón en Tebas, al Supervisor de la Capilla *Ku* (posiblemente una capilla de culto funerario), El que está sobre el ancho Hall, El Escriba del Altar, etc. Es decir, aunque

en muchos casos podemos suponer el trabajo que desempeñaban, realmente no tenemos datos explícitos.

EL ALTO CLERO

EL PRIMER SERVIDOR DEL DIOS AMÓN

Éste es el personaje más importante de Karnak, recordemos que normalmente estaba designado por el rey y ratificado por el oráculo del dios. Era el presidente del templo y el responsable directo de su buen funcionamiento. Estaba asistido por un Alto Clero, formado en Tebas por los Segundos, Terceros y Cuartos Servidores del Dios. Todos ellos tenían funciones directivas, ejecutivas y disciplinarias, y estaban facultados para participar en ceremonias de sacrificios, en el culto directo al dios principal y en la interpretación oracular. Tenían acceso a las zonas más sagradas de la Casa del Dios.

El Primer Profeta alcanzó en el Imperio Nuevo un poder tal que empezó a acumular y a desempeñar funciones que hasta ese momento eran llevadas a cabo por civiles. Se encargó del pago a los artesanos de la necrópolis real y de todos aquellos asuntos importantes que requerían un férreo poder de decisión. Él estaba al tanto de todo lo que ocurría en su santuario y tenía la última palabra sobre el abastecimiento o sobre cualquier otro asunto económico/financiero del mismo. La estatuaria de las dinastías XXV-XXVI nos muestran a hombres sobrios, con el cráneo rasurado, adornados con frecuencia con un collar del que pende un símbolo *anj*. En definitiva, nos encontramos ante uno de los personajes más importantes y poderosos de Egipto, responsable de los cultos más sagrados, de la administración, y de los innumerables bienes que el templo/Estado poseía.

El cargo está atestiguado indirectamente desde la Dinastía XII y directamente desde el reinado de Ahmose, cuando Tuty y Minmentu lo ostentaron sucesivamente. Por todo ello, parece que este clero, durante el Imperio Medio, ya estaba convenientemente constituido y que durante el reinado de Ahmose, fundador de la Dinastía XVIII, se potenció al interpretarse que este dios había sido el responsable de la victoria de los reyes tebanos contra los invasores extranjeros, los Hiksos que habían dominado el Norte del país.

Conocemos datos interesantes respecto al origen de algunos Prime-

ros Profetas. Durante el reinado de Thutmose III, Menjeperraseneb ascendió al cargo sacerdotal, pero además era Supervisor de la Casa del Oro, Supervisor de la Casa de la Plata y Jefe de Arquitectos y Artesanos. Él procedía de la esfera civil, ya que era hijo de juez y nieto de Nodriza real. Su tumba se situó en la necrópolis de Gurna.

El Sumo Sacerdote, que hasta Amenhotep II se elegía entre la nobleza, pasó más tarde a escogerse entre los hijos de un sacerdote *Uab* (Sacerdote Puro). Por ejemplo, bajo Amenofis II o quizá con Thutmose IV este hombre fue Amenemhat, enterrado en la tumba tebana número 97, personaje que ya pertenecía al clero. Además, su padre Dyehutihotep tenía, aparte del puesto mencionado, el de Director de los Fabricantes de Sandalias en el templo de Amón en Karnak. La acaparación de cargos políticos y religiosos del Primer Servidor de Amón fue incrementándose conforme su poder crecía, hasta un punto en que, al finalizar el Imperio Nuevo, alcanzó un poder superior al del mismo monarca.

Bajo Merenptah, el puesto lo ocupó un personaje llamado Roy. En este momento, el título de Primer Profeta pasaba de padre a hijo, es decir, era hereditario, ya que el padre de Roy, Rome, que vivió bajo Ramsés II y su abuelo Bakenjonsu (el personaje que nos trasmite su autobiografía en una estatua cubo expuesta en Munich) también llevaron el mismo título, es decir fueron Primeros Servidores del Dios.

Ya hemos visto que durante la Dinastía XXI, en el área de Tebas el control del clero lo llevó una familia de Grandes Sacerdotes que se sucedieron por herencia y que adoptaron una serie de prerrogativas que antes eran exclusivas del monarca. Además, otorgaron a sus mujeres importantes cargos dentro del clero femenino. Al inaugurarse la Dinastía XXII, el primer rey de este periodo colocó a su propio hijo en el puesto de Primer Profeta, y así dio fin al sistema hereditario.

El Primer Profeta estaba asistido por un numeroso personal compuesto de mayordomo, secretarios, jefes de la casa, chambelanes, servidores, barqueros, etc. Éstos tenían cierto *status* en la sociedad, ya que algunos se hicieron inhumar en la necrópolis de Tebas, un privilegio que denotaba cierto poder. Como ejemplo, citaremos a Nabaanensu, Marinero del Primer Porfeta de Amón, enterrado en la TT 204, en la Dinastía XVIII. Además, para los servicios sagrados, se hacía acompañar de clérigos de *status* más bajo, que por su condición de pureza le auxiliaban en los servicios al dios.

El crecimiento del clero tebano a partir de Ahmose, hizo que, bajo el reinado de Thutmose III, el Sumo Sacerdote acaparara cometidos y cargos de dirección que hasta el momento pertenecían a personajes independientes. En un Estado religioso, tan importante y numeroso, se pretendía así evitar los posibles fraudes que pudieran perpetrar en los bienes del dios, como por ejemplo, aquellos relacionados con la dirección de los graneros y de los tesoros. Entre las labores laicas que debía cubrir este sacerdote se encontraban las de supervisar y dirigir determinadas obras en las canteras, asistido por el ejército, escribas, policía, funcionarios, etc., según se desprende de la inscripción hecha en el *Uadi* Hammamat por el Sumo Sacerdote Ramsesnajt, que vivió bajo el reinado de Thutmose IV.

En la Dinastía XXVI, dos mujeres, las Divinas Adoratices Ajnesneferibra y Nitocris II, ostentaron el puesto de Primer Profeta de Amón. En aquellos tiempos este título sacerdotal, tradicionalmente masculino, había decaído, pasando a manos de estas importantísimas damas. Sabemos que bajo Psamétiko I todavía el Primer Profeta era un hombre, llamado Horjeb y que en año 1 de Psamétiko II había ido a parar a manos de la Esposa del Dios.

El Segundo Servidor del Dios Amón

Inmediatamente después en rango tendríamos al Segundo Servidor. Él podía sustituir al Primero cuando éste se encontraba ausente. El cargo está atestiguado desde el Imperio Medio en un personaje llamado Simut.

El Segundo Profeta era el encargado de supervisar los trabajos de los campos y los talleres, y controlar las embarcaciones que recibía el templo; era el administrador *de facto* de las posesiones materiales del templo y de los tributos extranjeros que el rey había asignado al santuario. Estaba ayudado por escribas administradores y personal auxiliar. Así, los textos mencionan que tenía a su cargo: «Todo lo que se encontrase bajo el sello de Amón.»

Para facilitarle el trabajo, tenía adscritos a su persona a un mayordomo, que era a la vez secretario de la correspondencia, un secretario particular, servidores, criados, escolta e incluso pescadores propios, entre otros.

Como ya hemos mencionado, todos los puestos sacerdotales podían estar acompañados de otros que incumbieran a otra divinidad. Por ejem-



Estatua de Aanen, vestida con una piel de pantera estrellada. Imperio Nuevo. (Museo de Turín).

plo, en el Museo Egipcio de Turín se encuentra una estatua de Aanen, hermano de la reina Tiy. Este hombre fue Segundo Profeta en Karnak, pero además tenía las funciones de Gran Vidente y Sacerdote *Sem* en *On* de Montu, es decir de Hermontis. Por esta causa se hizo representar con una piel estrellada, como hemos explicado anteriormente.

Este cargo era puramente masculino y durante el Imperio Nuevo solía estar ocupado por un personaje cercano al rey. Sin embargo, a comienzos de la Dinastía XVIII, aconteció un hecho excepcional. En el texto de la llamada *Estela de Donación*, hallada en el interior del tercer pílono de Karnak, la reina Ahmose Nefertari rechazó el puesto de Segundo Profeta. ¿Por qué desdeñar un título tan importante? Simplemente, para colocarse al mando del Harén del Dios, con ello se hacía responsable de una institución muy poderosa que poseía numerosos bienes materiales, tales como tierras, propiedades, con un personal a su servicio. Más tarde, en la dinastía XXI, mientras que Psusenes I ostentaba el puesto de Primer Profeta de Amón, su esposa Mutnedymet era Primera Superiora del Harén de Amonrasonther y Segundo Profeta de Amón, con ello, la pareja gobernaba todo el templo de Amón. Además era Sacerdotisa de Mut, Gran Administradora de Mut y Madre del Dios Jonsú. Realmente su autoridad era enorme. Sin embargo, desde la perspectiva del siglo XX, es inevitable preguntarnos, ¿pudo ejercer realmente su poder o estuvo dominada por las decisiones de su marido?.

El Tercer y Cuarto Servidor del Dios Amón

Las funciones del Tercer y Cuarto Servidor del Dios son más confusas. No podemos delimitar de una forma clara cuales eran las responsabilidades de cada uno, aunque tenemos conocimiento que en determinadas ocasiones, como en la Fiesta del Año Nuevo, debían actuar conjuntamente. De cualquier modo, tanto el Tercero como el Cuarto Profeta cumplían labores directivas y sustitutorias del Primer y Segundo Profeta. Todos ellos tenían, dentro de la jerarquía sacerdotal, una importancia destacable y una seria formación intelectual.

Los cargos de la élite eran susceptibles de sufrir ascensos. Así, sabemos que en el año 20 de Amenhotep III un personaje llamado Simut, que ocupaba el puesto de Cuarto Profeta, con motivo del segundo *Jubileo* del rey, fue promocionado al de Segundo Servidor del Dios. Él había

participado en el proyecto de construcción del templo de Amón en el palacio de Malkata, erigido para esta fiesta y quizá este fue su premio por los satisfactorios servicios prestados.

En algunos casos, la plaza de Cuarto Profeta llegó a poseer una influencia y una autoridad superior incluso al del Primer Profeta, desempeñando un cargo mucho más político que religioso. Montuemhat, hijo de Nesu (Ptah), un hombre de piel oscura, nacido en el Sur, vivió bajo el mandato de la Divina Adoratriz Shepenupet II y Amenirdis II (hijas de Pianji y Taharca respectivamente). Él disfrutó de unas prerrogativas muy especiales, ya que, aun siendo titular de un cargo más bajo (Cuarto Servidor del Dios), su poder superó al del Primer Profeta del Dios. Además, compartió, entre otros, los de Gobernador del Sur y Príncipe de la Ciudad de Tebas. Este hombre aunaba en sus manos una autoridad desmesurada, tanto civil como religiosa. Realmente, Montuemhat junto a Shepenupet II dominaban el Alto Egipto, como veremos al hablar de las Divinas Adoratrices de esta época. Sólamente con la ascensión de otra Divina Adoratriz, llamada Nitocris I, y con la imposición de Nesnauiau como compañero en funciones, se produjo un aumento del poder del príncipe de Heracleópolis y la influencia de Montuemhat y del clero de Amón cayó en decadencia.

Como ya se expuso, su tumba fue excavada en la necrópolis de Assasif, pero éste no es el único lugar donde podemos admirar el porte de su personalidad. Se han conservado diversas estatuas del Cuarto Profeta, que estaban destinadas a ser alojadas en el templo de Karnak, hoy expuestas en el Museo de El Cairo. De todas ellas, cabe destacar una de granito gris, hallada en la *Cachette* o escondrijo de Karnak, donde el Cuarto Profeta muestra facciones jóvenes, nobles y autoritarias, dignas de un personaje con un enorme poderío en sus manos (CG 42236). Por el contrario, la otra, encontrada en el templo de Mut, también en Karnak, (CG 647), recoge la figura de un hombre avejentado, casi en el fin de su vida.

Los Padres del Dios. Puro de Manos

Otro grupo importante de difícil ubicación estaba formado por los llamados Padres del Dios *(Iti Neter)*, función de alto rango a la que no se ha podido atribuir cometidos. Aparece, desde la Dinastía V, en manos del Visir Ptahotep.

Los autores difieren en cuanto a la posición que ocupaban, dentro de

las jerarquías sacerdotales e incluso se llega a dudar si realmente pertenecían al clero.

Sauneron (1960) los sitúa entre los cuatro primeros Servidores del Dios y los Sacerdotes *Uab* (que quiere decir Sacerdotes Puros), puesto, que en el caso de pertenecer a las escuelas sacerdotales, parece correcto. Por supuesto podían llevarlo también los miembros del Alto Clero. Lefebvre (1929), sin embargo, cree ver, al menos en la Dinastía XXI, un título que podría calificarse de honorífico, pero vinculado al sacerdocio, mientras que el matrimonio Janssen (1996) opina que podría tratarse de un adjetivo relacionado con aquellos personajes que eran tutores de un príncipe (quizá el futuro rey) o una princesa. Por ello, argumentan que podrían llevarlo ciertos sacerdotes que se ocupaban de iniciar a sus "alumnos" en los rituales más secretos del templo. Además, mencionan que algunos sacerdotes *Uab* también llevaban este epíteto, lo que podía indicar que, concretamente éstos, estaban facultados para ponerse en contacto físico con la estatua del dios y realizar el culto a la divinidad, a diferencia de otros Sacerdotes Puros que sin este título tendrían prohibido el acceso al lugar más sagrado del templo. Pirenne (1977) indica que el portador del cargo de Padre Divino o Padre del Dios era aquel personaje de la escuela sacerdotal que estaba autorizado para oficiar. Así, se confirma que los que llevaban esta denominación estaban facultados para Abrir las Puertas del Cielo en Karnak, es decir, abrir los batientes del santuario. De este modo, aquellos sacerdotes *Uab* que poseyeran este título tendrían una posición mucho más elevada y estarían facultados para acceder al lugar más sagrado del templo, aunque pertenecieran a un grupo de jerarquía inferior. Recientemente se ha sugerido que el Padre del Dios, era el título que llevaba el suegro del rey. Es más que probable que tuviera connotaciones religiosas conjugadas con funciones civiles. Durante el reinado de la Divina Adoratriz Nitocris, sabemos que algunos Padres del Dios, entre los que se encuentran Pabasa, Ibi, Padihorresnet, actuaron como Administradores de esta mujer.

El epíteto, también recogido en los oasis, lo encontramos en Bahariya, donde Dyejonsuiuefanj nombró a dos Padres del Dios Abridores de las Puertas del Cielo, llamados Anjunnefer y Chebejonsu.

Los textos egipcios son prolijos al nombrarnos a personajes que llevaban el calificativo de Padre del Dios. Por otro lado, ya hemos comentado el deseo de todo difunto de pasar al Más Allá dejando constancia del

cargo que ocupó en la tierra. Por ejemplo, en el Museo de Cannes se conserva el sarcófago de Amenhotep, que vivió bajo el mandato de Ramsés II (Dinastía XIX). En él nos indica que además de Padre del Dios fue, entre otras muchas responsabilidades: Sacerdote *Uab*, Jefe de la Mesa de Ofrendas, Jefe de Escribas de los Dominios de Amón-Ra y Superior de Todos los Dioses del Sur y del Norte.

Un puesto mucho más ambicioso, era cuando, además de ser Padre Divino, se obtenía el título de Puro de Manos, como le ocurrió a Any, enterrado en la tumba tebana número 168 en la Dinastía XIX. Ser Puro de Manos era una cualidad que también se encuentra en otros puestos del clero masculino, como en algunos Mayordomos reales, Servidores del Dios o Administradores, así como en el clero femenino. La posesión de este cargo les facultaba para oficiar en determinados y escogidos aspectos del ritual, después de haberse sometido a purificaciones específicas, con teórica garantía de ser hombres sin tacha. Este título lo encontraremos de nuevo en el capítulo siguiente.

El Bajo clero

Los Simples Servidores del Dios Amón

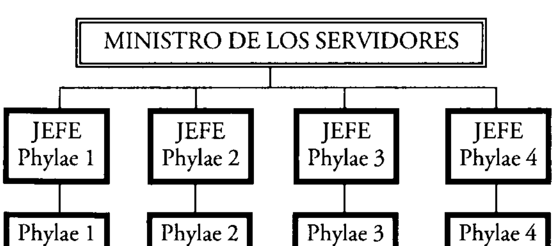
En este escalón encontramos a los Servidores del Dios, *Hem neter*, conocidos como Simples Profetas, en definitiva, el grupo más cuantioso de entre los sacerdotes que se encontraban en el santuario. Estaban dirigidos por un Supervisor de los Servidores, asistido por un Inspector o Supervisor de los Servidores del Dios (llamado, en la Dinastía XIX, Jefe de los Profetas y documentado desde la Dinastía IV en la ciudad de El-Kab) que vigilaba el buen funcionamiento de cada una de las cuatro o cinco *Phylaes* o agrupaciones (dependiendo del periodo), en las que estaban estructurados todos los profetas jerárquicamente desde el Imperio Antiguo, es decir, tanto los sacerdotes de culto a los dioses, los de culto funerario o los que desempeñaban labores especializadas. Así lo evidencian, por ejemplo, las inscripciones de la tumba de Teti en Guiza, donde se grabó que era Supervisor y Director de los Miembros de *Phylae* en la pirámide de Kefren, en la Dinastía V o VI. Su esposa Debit fue Profetisa de Hathor y Neith, y además ostentó el cargo directivo de La que está a la Cabeza del Templo de Jafra (Kefren).

Podemos suponer que por debajo del Supervisor de los Profetas existían otros personajes intermedios. Son un hecho los títulos de: Regulador, Director o Controlador de una *Phylae*, o Delegado de Amón (o cualquier otra divinidad) de la Primera, Segunda, Tercera o Cuarta *Phylae*, pero también hay constancia en el periodo ramésida de un Supervisor de Profetas de todos los Dioses que coordinaba a los cleros (TT324). Concretamente, este título se refiere al clero tebano de Amón y está constatado desde el Imperio Medio. Estos personajes eran los responsables directos del buen funcionamiento de los trabajos y del personal que tenían bajo su mando durante el periodo de un mes. Deberían presentar mensualmente (es decir, al acabar su turno de trabajo) a su jefe un informe detallado y por escrito, con el inventario de objetos que habían sido utilizados.

El Bajo Clero, muy jerarquizado, realizaba funciones auxiliares relacionadas con el culto, con labores administrativas, con la enseñanza, o con la medicina. Existían, incluso, cargos parecidos a los que hoy conocemos como "porteros" a juzgar, por ejemplo, por la tumba tebana número 306 que perteneció a Irzaden, Portero de la Casa de Amón durante el tránsito entre las dinastías XIX y XX. Su *status* era más elevado de lo que podríamos pensar ahora, ya que este hombre tenía un enterramiento decorado, algo que no podían permitirse personajes pobres. De carácter no permanente, las agrupaciones servían en el templo mediante turnos rotativos de un mes cada una, periodo en que debían permanecer en el santuario. Tras este tiempo, disfrutaban de tres meses de descanso, momento en el que aprovechaban para trabajar en otras ocupaciones civiles o religiosas relacionadas con otros dioses. Al finalizar el año cumplían un total de tan sólo tres meses al servicio del templo.

Gráficamente podríamos representar su estructura del modo siguiente:

SERVIDORES DEL DIOS



Los Sacerdotes Uab e Imaju Seta

En este escalón jerárquico tenemos a un grupo presente en la estructura sacerdotal desde el Imperio Antiguo. Era personal subalterno, generalmente masculino (aunque no siempre) de mayor o menor *status*. Se trata de los Puros o Purificadores, llamados por los antiguos egipcios, sacerdotes *Uab* o *Imiseta* en la Dinastía XXI. Los griegos los denominaron *Pastoforos*.

Más que un título es una facultad del Bajo Clero y por esto, ellos eran los que componían las *Phylaes*. Todos los sacerdotes egipcios debían poseer las cualidades del *Uab*. Como estaban en contacto directo o indirecto con el dios, éste requería una pureza especial, pues ellos iban a manejar objetos relacionados con el culto, e iban a auxiliar al Alto Clero, en las ceremonias sagradas.

Los textos nombran a estos personajes con diversas jerarquías. Son muy frecuentes los títulos de: Director, Supervisor, Gran Sacerdote *Uab*, Inspector de los Sacerdotes *Uab* o de Sacerdotisas *Uabet*, Sacerdote *Uab* (o Sacerdotisa *Uabet*). Estaban convenientemente estructurados en función a la importancia de su ocupación. Vemos, por tanto, que dentro de la pirámide social del sacerdocio, y en concreto de los Sacerdotes *Uab*, existía también un escalafón determinado por la especialización. En Tebas encontramos títulos que nos dan más información: Sacerdote Puro con Acceso en el *Ipetsut*, lo que denota que dentro de este grupo existían individuos con ciertos privilegios que no todos poseían. Es decir, cuando aparecen nombrados como Abridores del Santuario, el lugar más sagrado del templo, es porque éstos poseían cualidades superiores al resto de los *Uab*. A veces los encontramos con el nombre de *Unut* (en griego, Pastophoroi). Como suele ocurrir en egiptología, no tenemos datos concluyentes que nos aporten pruebas de su función concreta y los autores difieren. Trigger (1985), es de la opinión de que se encargaban entre otras cosas de trabajos de culto menores, relacionados con las estatuas divinas.

No obstante, y en general, desempeñaban misiones internas y materiales, tales como acarrear la barca divina en las procesiones, purificaciones ceremoniales, mantenimiento del templo, buen funcionamiento de todo lo relativo con el ritual diario, y el acicalamiento de algunas esta-

tuas, es decir, de las figuras del dios que no se encontraban en la intimidad del *Sancta Sanctorum* (a no ser que fueran poseedores del título de Padres del Dios).

En este mismo escalafón podemos situar a los *Imeju Seta*, cuya función es mucho más oscura, aunque debieron de ser numerosos, al menos en el culto de Amón.

Dentro del grupo de los sacerdotes *Uab,* encontramos a otros miembros del clero que formaban parte de los que podemos calificar especialistas en cualquier aspecto, tanto religioso como de orden práctico. Vamos a exponer algunas de estas funciones para hacernos una idea de sus ocupaciones.

SACERDOTE MEDYTY -JEFE DE LOS SECRETOS-

Llamados por los griegos *Estolistas* y por los antiguos egipcios *Sema o Medyty*. Es posible que este cargo fuera una especialización o distinción de cualquier otro puesto jerárquico del Bajo Clero. En cualquier caso, tenía la prerrogativa singular de entrar en el santuario y acercarse a la divinidad ya que era el encargado del vestido, de limpiar la estatua divina de los ungüentos que se habían utilizado en la ceremonia anterior, de aplicar nuevos perfumes, maquillarla y vestirla con ropa y joyas nuevas, que a su vez debían custodiar, después de presentar los alimentos de la mañana.

Si entendemos como "misterios o secretos" todas aquellas fórmulas mágicas relacionadas con la religión, debemos reconocer al Jefe de los Secretos como un especialista nacido de los sacerdotes lectores, capaz a su vez de desempeñar tareas relacionadas con la magia, a causa de su conocimiento para poner en acción las fuerzas ocultas.

La función del Jefe de los Secretos pudo estar relacionada con cultos privados que se realizaban en el interior del templo, ante los mismos sacerdotes o ante el rey, ceremonias de carácter iniciático y extremadamente sagrado, llevadas a cabo por este sacerdote, cuando el rito requería que el soberano y los miembros de rango superior asistieran al acto sin participar en algunos pasajes del mismo.

Tanto el *estolista* como el Jefe de los Secretos eran personajes muy importantes, ya que sabemos que únicamente el Sumo Sacerdote era el que podía acceder al *Sancta Sanctorum.* El hecho de que se le permitiera participar en los ritos más sagrados sólo puede indicar dos cosas: que

fuera un título dado a los sacerdotes de orden mayor o que excepcionalmente un individuo pudiera tener facultades para sustituir a los miembros del Alto Clero en las ceremonias sagradas, cuando éstos no pudieran llevarlas a cabo.

No tenemos un convencimiento pleno de si el *estolista* materialmente sustituía las ropas y joyas divinas cada mañana, o si realmente sólo se cambiaban en ceremonias señaladas. Por tanto, esa labor podía limitarse a un rito de revestimiento mágico (por la palabra que al ser proferida hace realidad su referente), lo que, por otro lado, es muy común en el pensamiento egipcio. En cualquier caso, la limpieza de la estatua era imprescindible y las oraciones que debían ser recitadas, indispensables.

Músicos Masculinos

Uno de los grupos más numerosos eran aquellos que se dedicaban al deleite de la divinidad y éstos eran los encargados de todas las actividades musicales.

Al igual que en el clero femenino, divididos en *Phylaes* y estratificados del mismo modo, las compañías de músicos o harenes musicales, *Hener*, están constatados desde el Imperio Antiguo. Los hombres también desempeñaban el papel de cantantes, palmeadores, tocadores de sistro, etc., junto a las sacerdotisas. Actuaban juntos en algunas ceremonias donde cada especialidad estaba bajo la dirección de un colega superior, el Director de Músicos.

El Antiguo Egipto nos ha legado los términos *Hes* y *Hesu* para designar a aquellos personajes de sexo masculino encargados de las labores de músicos y cantantes, aunque igualmente encontramos títulos en los que se les denomina *Hener*.

Concretamente, en la Capilla Roja de la reina Hatshepsut, hallamos un número importante de ellos, acompañados de personal femenino. Posteriormente, en el templo de Edfu, podemos observar en las escaleras de subida a la terraza del santuario toda una larga procesión de miembros del clero, que se representaron en los muros, tocando el sistro.

Los Sacerdotes Horarios y Horoscopos

Existían también los llamados Sacerdotes Horarios que se dedicaban a la observación astronómica. Indicaban el momento en que debían co-

menzar los ritos y la hora en que cada día debían levantarse los sacerdotes para llevar a cabo el Culto Diario, justo en el momento oportuno. Durante la noche se situaban en las terrazas de los respectivos templos y observaban las estrellas, para calcular el paso de las horas de forma concreta. Dictaminaban así el momento en que el templo debía despertar. Formaban una corporación de doce individuos, llamados en egipcio *Unuty o Imy-Unut*, nombre relacionado con las horas.

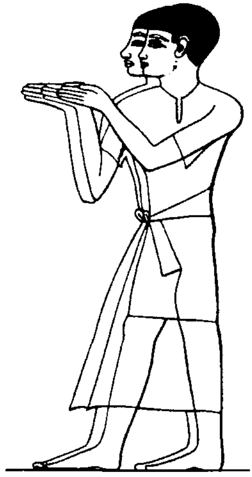


Fig. 26. Músicos Masculinos de la tumba de Jeruef.

Existe cierta confusión sobre si eran sacerdotes o laicos con un servicio temporal en el templo, tras el cual pasaban a ostentar cargos honoríficos. De igual modo se especula en cuanto a si pueden considerarse también Sacerdotes Horóscopos, aquellos que los griegos denominaron *Horoskopoi* o *Oneirocrites* (cuando se ocupaban de la interpretación de los sueños) ya que por este medio el dios podía manifestarse para dictaminar sus deseos. A ellos acudía el pueblo cuando le intranquilizaba algún sueño. Para interpretar con coherencia, podían introducir al sujeto en habitaciones especiales, induciéndole al adormecimiento, para más tarde proceder a su interpretación. En cualquier caso, ambos tenían conocimientos astronómicos y mitológicos, y es muy posible que compartieran funcio-

nes o, al menos, que unos fueran una rama secundaria, es decir, una especialización de los otros.

Estos personajes elaboraban también los horóscopos para encontrar los días fastos y nefastos. Dictaminaban qué se podía hacer en estas jornadas, basándose en los eventos mitológicos más antiguos. Ellos podían variar su destino, gracias a que conocían qué ofrenda o qué fórmula debía recitarse para conjurarlos. Para ello, se ayudaban de diversos papiros cuyos ejemplos hoy se conservan en distintos museos, verdaderos "calendarios" donde se determinaban los días favorables, intermedios y desfavorables, donde se indicaba qué hechos podían realizarse y cuales era conveniente aplazar. En mi opinión, ésto requería un conocimiento religioso, exclusivo del clero.

Sabemos que del calendario de 360 días, 190 eran fastos, 38 nefastos, y 132 indiferentes (aunque algunos tenían ciertas connotaciones negativas y otros positivas). Para completar el ciclo anual, los egipcios añadieron 5 días, llamados *epagómenos*, considerados jornadas peligrosas. El año estaba dividido en tres estaciones, cada una de las cuales se componía de cuatro meses de 30 días. Las estaciones estaban determinadas según el ciclo agrícola y los meses se fijaban por el acontecimiento religioso más importante que tuviera lugar.

Los egipcios, atentos observadores de la naturaleza, tenían grandes nociones del cielo y de los movimientos de sus astros. Sobre los muros de tumbas y templos hicieron grabar los llamados "techos astronómicos", donde reflejaron algunos de sus conocimientos. Por supuesto, las estrellas y constelaciones estaban representadas mediante su mundo mitológico. Así, si penetramos en el enterramiento de Senenmut, en Deir el-Bahari, no dejaremos de asombrarnos al poder reconocer algunas estrellas y constelaciones familiares para todos nosotros. Conocían la Osa Mayor y la Menor y podían localizar a la que hoy denominamos Estrella Polar. Durante el Imperio Nuevo, muchos personajes fueron célebres por desempeñar la función de astrónomos, entre ellos destacaremos a Najt, que vivió bajo el reinado de Thutmose IV, y el cual tiene una hermosa tumba en la necrópolis tebana (TT52).

El año solar empezaba con la aparición de *Sotis* (Sirio) y el inicio de la crecida del Nilo. Como no existían los años bisiestos, el almanaque tenía un desarreglo de un cuarto de día, que no se corregía. Por ello, Si-

rio solo indicó el principio del año cuando se estableció el calendario y cada 1460 años, periodo en el que se ajustaba de forma natural. Es decir, cada cuatro anualidades se producía un desajuste de una jornada completa, comenzando el año nuevo un día antes.

Dado que en Egipto existían al menos tres calendarios: civil, sotiaco y religioso, y teniendo en cuenta que éste sufría un desfase en relación con el nuestro, las fechas que aquí se exponen son meramente aproximadas. De cualquier modo, el comienzo de cada mensualidad puede situarse a mediados de los mismos.

El nombre de cada uno de los meses egipcios nos ha llegado a través de su versión griega y posteriormente de la copta, no siendo así el de las estaciones que son puramente egipcias, su organización es, pues, la siguiente:

Estación	**AJET** Inundación	**PERET** Siembra	**SHEMU** Recolección
Duración Estación	Julio Noviembre	Marzo Noviembre	Marzo Julio
1º MES	**TOT** 19 Julio/17Agosto	**TYBI** 16 Noviembre./14 Dic.	**PAJON** 16 Marzo/14 Abril
2º MES	**PAOFI** 18 Agosto/16 Septiem.	**MESHIR** 16 Diciem./14 Enero	**PAINI** 15 Abril/14 Mayo
3º MES	**ATHYR** 17 Septiem./16 Octub.	**FAMENOTH** 15 Enero/13 Febrero	**EPIFI** 15 Mayo/13 Junio
4º MES	**JOIAK** 17 Octubre/15 Noviem.	**FARMUTHI** 14 Febrero/15 Marzo	**MESORE** 14 Junio/13 Julio
Mediados 14 a 18 Julio .... Cinco días de Epagómenos			

Obras especializadas en periodos concretos aproximan mucho más las fechas. Así Damarée y Janssen (1982) establecen el calendario entre los años 1301 a 1050 a.C, como figura a continuación:

	1301/1300	1251/1250	1201/1200	1151/1150	1101/1100	1051/1050
I AJET	14.07	2.07	19.06	7.06	25.05	13.05
I AJET	13.08	1.08	19.07	7.07	24.06	12.06
III AJET	12.09	31.08	18.08	6.08	24.07	12.07
IV AJET	12.10	30.09	17.09	5.09	23.08	11.08
I PERET	11.11	30.10	17.10	5.10	22.09	10.09
II PERET	11.12	29.11	16.11	4.11	22.10	10.10
III PERET	10.01	29.12	16.12	4.12	21.11	9.11
IV PERET	9.02	29.01	15.01	3.01	21.12	9.12
I SEMU	11.03	27.02	14.02	2.02	20.01	8.01
II SEMU	10.04	29.03	16.03	4.03	19.02	7.02
III SEMU	10.05	28.04	15.04	3.04	21.03	9.03
IV SEMU	9.06	28.05	15.05	3.05	20.04	8.04
1ER EPÁGÓMENO	9.07	27.06	14.06	2.06	20.05	8.05

El día 14 de julio del año 1301/1300 era la jornada que marcaba la aparición de la estrella Sirio. Desde esta fecha en adelante observamos como el acontecimiento se fue desplazando hasta alcanzar el 13 de mayo que seguía correspondiendo al día 1º de la estación de *Ajet,* pero que, al trasladarse, ya no coincidía con la aparición de Sirio y por tanto con la crecida del Nilo.

Los Sacerdotes Lectores

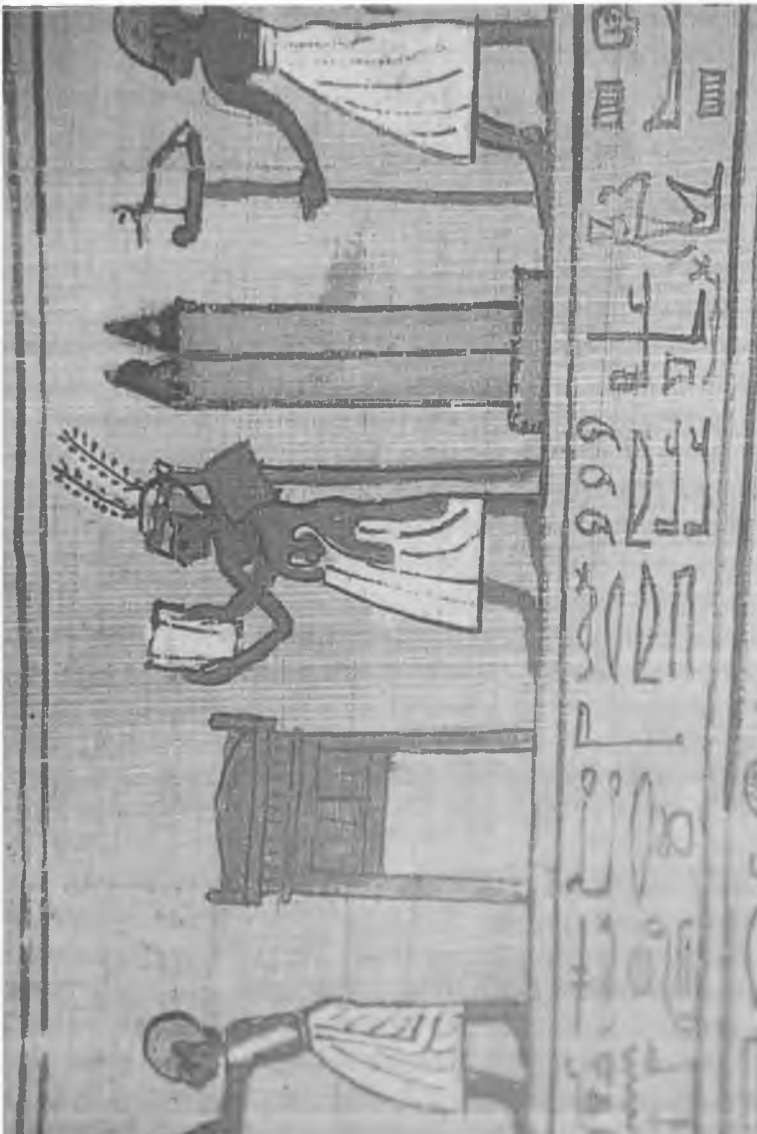
En una situación que podríamos calificar de "intermedia", pero de elevada categoría, encontramos a los Sacerdotes Lectores o Portadores de los Rollos, llamados por los griegos *Pteroforos.* En el Antiguo Egipto estaban muy considerados, ya que no toda la población sabía leer ni escribir y ellos eran expertos de este conocimiento, con todo lo que ello llevaba consigo (saber e interpretación de documentos sagrados, etc.). En algunas inscripciones aparecen denominados como El que está a cargo de las Ceremonias del Ritual. En los textos egipcios, primero se encuentran con el nombre de *Hery tep,* que símplemente quiere decir "Jefe",

para, más tarde, en la Dinastía XVIII, denominarse *Hery Sesheta*. Alliot (1949), en su obra relativa al templo de Horus de Edfú, menciona que el Gran Celebrante en Jefe de Edfu o Gran *Hierogramate* de la Gran Sede era también Sacerdote Lector, lo que demuestra que en ellos se conjugaban cargos muy importantes. El *Hierogramate*, llamado también *Pteoforo* era el Lector de las Fórmulas Sagradas. Una mayor especialidad, tanto de los Sacerdotes Lectores como de los Magos, consistía en poder ser ascendidos a Jefe de los Secretos.

Esta profesión estaba desempeñada por los hombres, aunque algunos datos nos llevan a pensar que algunas mujeres pudieron desarrollarla, en casos muy puntuales. Sabemos que Nesi-tanebet-isheru, hija de Pinedyem II, tenía el título de Trabajadora de los Rollos de Amón Ra, lo que puede indicar su empleo como escriba. La volveremos a encontrar en el capítulo siguiente.

Estos sacerdotes eran fundamentales e imprescindibles en todas las ceremonias, ya que fueron los únicos facultados para oficiar en el culto divino y funerario indistintamente, asistidos por personal civil. Eran responsables y expertos en la escritura, la lectura de los textos sagrados y encargados de la realización de los ritos tal y como estaban prescritos. Por su conocimiento, estaban relacionados en ocasiones con la magia, como se constata en el *Cuento del Milagro en la Corte del Rey Jufu (Keops)*. Realmente nos encontramos ante personajes cultos, que se hicieron representar desempeñando el cargo que ocuparon, es decir, con los útiles de escritura y un papiro en las manos. Otras veces su especialización requería que fueran distinguidos con ornamentos concretos. En consecuencia, aparecen vestidos con una banda diagonal en el pecho o dos altas plumas, a partir de Época Baja, como se observa en el *Papiro de Kerasher* del Periodo Ptolemaico que hoy se conserva en el Museo Británico (Número 9995).

Al cargo de Sacerdote Lector se accedía a través del de Escriba, ya que era imprescindible el conocimiento de la escritura. En la pirámide jerárquica, el primero se encontraba siempre por encima del segundo. No es difícil hallar títulos tales como Escriba de Amón de la *Phylae* (X), debiendo sustituirse la "X" por el número ordinal correspondiente. Los médicos, grandes conocedores de la ciencia, tenían generalmente en su *curriculum* el título de Sacerdote Lector.



Sacerdotes lectores en el papiro ptolemaico de Kerasher. (Museo Británico.)

Los Sacerdotes Auxiliares y Laicos

Alrededor de esta complejidad de cargos y empleos, existía un grupo numeroso formado por laicos que ejercían el codiciado puesto de personal Auxiliar. Es decir, un funcionariado que, igualmente jerarquizado, se ocupaba de la administración, la contabilidad, el mantenimiento del santuario y otros aspectos de la vida cotidiana y comercial del templo. Estaban encargados de tener a punto todo aquello que incumbía al culto, sin tener ninguna misión religiosa. Los cargos directivos se cubrían con miembros escogidos entre los grandes personajes y estaban presentes en todos los santuarios importantes.

En esta escala deberíamos incluir a policías, miembros del ejército, escribas, recaudadores de impuestos, etc. En rango mucho más bajo a cocineros, campesinos, trabajadores textiles, carpinteros, albañiles, pintores y un sinfín de artesanos, que actuaban también en las tumbas de los sacerdotes y en cualquier lugar donde fueran necesarios, pero siempre al servicio del clero. A modo de ejemplo podemos citar al Pintor Jefe del Templo de Amón, o al Jefe de los Trabajos del Templo de Armant.

Karnak, durante el Imperio Nuevo, era una gran ciudad con numerosas riquezas materiales: esclavos, prisioneros de guerra, barcos mercantes, derechos de pesca y caza de aves, campos de cultivo, colmenas de abejas, explotación de minas, tierras donadas por la corona, etc. Se administraba, gobernaba y surtía independientemente y creaba excedentes. Precisaba, pues, de personal altamente cualificado, para cubrir cualquier aspecto necesario en una urbe religiosa que poseía bienes, tierras y explotaciones propias.

A menudo, los capitanes de los barcos que pertenecían a un santuario determinado eran también sacerdotes y con frecuencia hicieron registrar en sus tumbas y estatuas su condición de Sacerdotes Puros. No obstante, ésta no era imprescindible, ya que conocemos casos de laicos que desempeñaron el cargo de Jefe de los Marinos de la Barca del Dios.

Otros habitantes del templo eran los denominados en textos griegos como *Lesonis*. Éstos aparecieron, por lo menos, a comienzos del Imperio Nuevo y se encargaban de la administración financiera. El cargo podía ser ocupado por un personaje del clero o por un individuo laico, instruido y de confianza para desempeñar tan delicada función. No puede

afirmarse con seguridad si, en el caso de que el puesto fuera desempeñado por un personaje civil, éste viviera en el templo.

Los Seglares

Alrededor de todo este boato, no es de extrañar que se desarrollara, sobre todo en la Baja Época, otro curioso grupo formado por laicos. Voluntariamente vivían al servicio del dios, bien para servir modestamente a la divinidad o bien por el convencimiento de ser curados gracias a su proximidad. En definitiva, personajes que, a veces, llevados por un fervor y un desaforado misticismo, servían para participar y dar ambiente en los oráculos en estado de trance. Eran voluntarios que, a cambio de sus trabajos, recibían una aportación. Igualmente, algunos ancianos con pocos recursos servían en el templo, para así satisfacer dos necesidades básicas: la espiritual y la puramente material. A cambio se les ofrecería un lugar donde alojarse.

Existieron casos en los que un individuo legó todos sus bienes y su fortuna al santuario, a cambio, recibía una morada, la seguridad de ser enterrado por cuenta del dios y la certeza de la bendición divina.

Otro numeroso grupo estaba formado por todos aquellos que se encargaban de abastecer el templo, pero que a su vez, de algún modo, formaban parte del personal del mismo. Entre ellos destacaremos a transportistas, ganaderos, agricultores, mineros, canteros, tejedores, etc.

El Clero de Ptah

El Gran Jefe de Artesanos era el personaje que dirigía el clero de Ptah en Menfis, llamado también *Setem* o *Sem* de Ptah, dependiendo del periodo. Sus acólitos podían aparecer como sacerdotes *Sem* de más baja jerarquía.

Ya expusimos, en el apartado donde describimos los atuendos distintivos del clero, que con frecuencia iba ataviado con un collar propio, más o menos complicado dependiendo de la época, presente desde el Imperio Antiguo. La simbología de este curioso ornamento ha sido imposible de interpretar hasta el momento. Recordemos que estaba compuesto por la figura de uno o dos chacales yuxtapuestos, aunque en algunos casos tenía un chacal y una cabeza de halcón respectivamente sobre los hom-

bros. De él partían tres trazos en zig-zag que se desplegaban en abanico sobre el pecho hasta una barra horizontal a la altura del mismo. El collar estaba adornado por símbolos *Anj* y le cubría toda la parte frontal del pecho.

Otros atuendos característicos eran: la peluca, presente durante el Imperio Antiguo y la Baja Época, a la que en el Imperio Nuevo se añadió una trenza lateral que finalizaba en un bucle. Además podía llevar una barba postiza y una cinta en la cabeza. Vestían sandalias y una piel de felino, atributo que, por otra parte, y junto con la trenza-bucle, era un emblema del Sacerdote *Sem*. A partir de la Dinastía XIX el taparrabos con el que se cubrían comenzó a ser alterado por un faldellín plisado. Todos estos distintivos no siempre están presentes en sus estatuas, pero cuando aparecen indican, desde luego, la pertenencia a esta escuela sacerdotal.

El clero de Ptah, de tradición muy antigua, está constatado con mucha frecuencia en la Dinastía IV. Anteriormente (a finales de la Dinastía II y comienzos de la III) pudo guardar cierta relación con el culto de una deidad más antigua, el dios chacal Upuaut. Aunque tenía su centro religioso principal en Menfis, también estaban repartidos por distintos lugares de la geografía del Valle del Nilo. Junto con los centros religiosos de Ra en Heliópolis y Amón en Tebas, era una de las escuelas sacerdotales más importantes de todas las épocas.

La persona encargada de la dirección de este clero era el Gran Jefe de Artesanos, que era el equivalente al Primer Profeta del clero tebano. Como él, disponía de una residencia especial emplazada en Menfis con un número importante de personal que se encontraba a su servicio. Su elección se hacía entre clases sociales muy diferentes, aunque con el transcurso de la historia el puesto fue convirtiéndose en hereditario.

El Sumo Sacerdote del Templo de Ptah en Menfis tenía a su cargo toda una serie de Directores, Jefes de Artesanos y Artesanos, que constituían su escuela, denominada *Uabet.* Maystre (1992) cree que pudiera ser un taller y apunta la posibilidad de que además fuera civil. Es posible que en este lugar trabajaran tanto sacerdotes como artesanos laicos.

El origen de este clero debe buscarse en el campo de las artes y la arquitectura, ya que sabemos que supervisaba las obras cuando se construía una pirámide o un templo. Además, el título que llevaba su Sumo Sacerdote así parece indicarlo (aunque existen excepciones, de indivi-

duos con este título que no son Sumos Sacerdotes, como por ejemplo Ineni). Por consiguiente, nos encontramos con un cuerpo sacerdotal que, además de cubrir labores religiosas, se relacionaba con asuntos civiles, llegando a influir (durante el Imperio Antiguo) en la administración.

Es evidente la existencia de una tradición menfita, muy refinada, que reflejó sus técnicas en relieves, santuarios y estatuas y que, claramente, se diferencia de la tebana. La rivalidad entre ambas se hace sentir en los documentos egipcios. Por ello, dentro de esta rama del clero se encontraban los escultores, ellos eran sacerdotes, ya que eran los responsables de hacer imágenes fidedignas e idealizadas del difunto, estatuas que éste pudiera reconocer para alojarse en ellas tras la muerte. Se los denominaba Los que hacen Vivir.

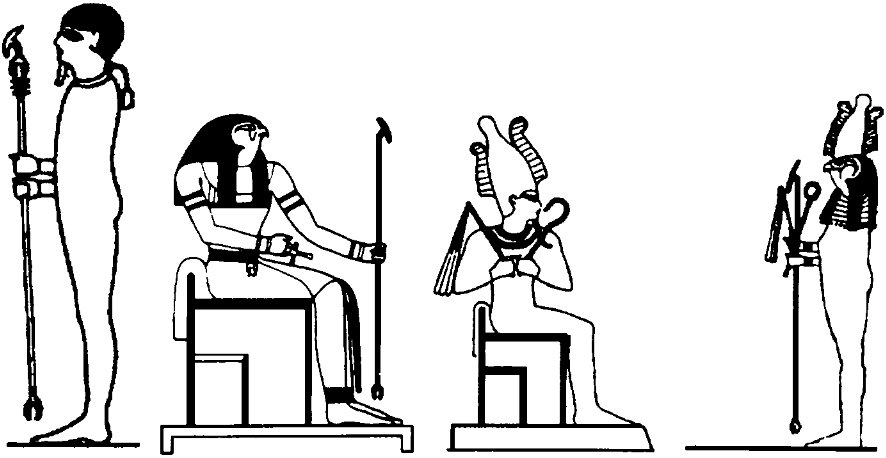


Fig. 27. De izquierda a derecha, los dioses Ptah, Sokar, Osiris y Ptah-Sokar-Osiris.

Por otro lado había una serie de trabajadores que se encontraban bajo la advocación de Ptah, pero que no eran sacerdotes sino artesanos y escultores laicos.

En el ámbito exclusivamente religioso, el clero de Ptah se encargaba, por supuesto, del culto a este dios, pero también participaba en el del toro Apis, ya que este animal era su heraldo. Además se integraba en cultos a divinidades asimiladas a Ptah, tales como: Mejent-ur, Jenty-iautef, Jenty-medefet, Jenty-tenenet o Jery-bakef. Por otro lado, su Sumo

Sacerdote celebraba el culto a Sokar, al menos durante una parte importante de la historia egipcia, compartiendo ambas funciones. Sokar era un dios también menfita, el más importante de la necrópolis de Sakkara, que estaba relacionado con el aspecto funerario de Ptah y con el dios Osiris. Cuando Ptah sufría la fusión con Sokar, era denominado Ptah-Sokar, apareciendo como un solo ente divino que agrupaba a ambos dioses, y cuando esta pareja se fusionó a Osiris fue llamada Ptah-Sokar-Osiris. Así encontramos a un solo dios que agrupaba a estas tres divinidades en un solo cuerpo.

a) El Sacerdote Sem

Formando parte de este clero se encontraba el Sacerdote *Sem*, cuyo cargo se remontaba al reinado de Den, en la Dinastía I, según se desprende de una tablilla encontrada en la ciudad de Abidos. En las Dinastías II y III también aparece nombrado, pero está en relación con dos dioses de la necrópolis, ambos con aspecto de chacal: Upuaut y Anubis. Al ser el sacerdote *Sem* un clérigo del culto a Ptah, era relativamente lógico que los miembros con mayor jerarquía fueran también Jefe de Oficiantes del Clero de Sokar, o Inspectores de los Sacerdotes *Sem* de Sokar, un dios menfita conexionado con aspectos funerarios de Ptah que se encontraba en la necrópolis de Menfis, es decir en Sakkara. Por ello el *Sem* actuaba en las ceremonias fúnebres con un papel destacado. Esta rama del clero se encontraba bajo el mandato del Inspector de los Sacerdotes *Sem*, que variaba en función del culto al que sirviera. De este modo, podemos encontrar el ya mencionado cargo de Inspectores de los Sacerdotes *Sem* de Sokar, o de cualquier otro dios al que estuviera adscrito, siempre que guardara relación con los dioses Ptah o Ra.

Parece que durante el Imperio Antiguo cumplía su responsabilidad en los funerales sin necesidad de pertenecer realmente a esta escuela sacerdotal. Podía estar adscrito a ella tan sólo para cumplir el rito concreto, algo que posiblemente también ocurrió en periodos posteriores. Este título es completamente ajeno al clero de Amón (ya que no aparece en la jerarquía tebana). Es curioso que cubriendo este papel encontremos, en algunos casos, a sacerdotisas *Semet*, que como los hombres debían cumplir los ritos fúnebres de sus progenitores.

Dos fuentes: el *Papiro Hook* y el templo de Edfu son los elementos

imprescindibles para seguir la pista de este sacerdote. Como en algunos documentos se encuentra en manos del Gran Jefe de Artesanos, parece que éste delegaba en los primogénitos y en algunos sacerdotes menores (en el caso de la muerte de civiles de más o menos *status*), que actuaban, entre otros lugares, en los funerales, fusionados al culto del otro dios menfita, Sokar. Sus cargos parecen relacionarse sólo con Ra y sobre todo con el clero de Ptah. En los funerales reales, era el sucesor el encargado de representar a este sacerdote. Así, por ejemplo, en la tumba de Tutanjamón, encontramos a Ai, celebrando los ritos de resurrección, cumpliendo las labores del Sacerdote *Sem*.



Fig. 28. Sacerdote Sem. Templo de Sethy I. Obsérvese que no lleva sujeta la garra del felino con la mano. Abidos.

Conocemos la existencia de Sacerdotes *Sem* que oficiaron en la ceremonia funeraria de animales de compañía. Tal es el caso de Thutmose, hijo de Amenhotep III. En el sarcófago de su pequeño gato, Ta-miat, aparece una inscripción donde se menciona que el hijo mayor de este rey actuó como sacerdote *Sem* en esta ceremonia. Tal era el amor de los egipcios a los animales, muchos de los cuales representaban la encarnación terrestre de un dios.

Los *Sem* aparecen con frecuencia en tumbas y templos funerarios, tanto de su área de procedencia como de la zona tebana, pero siempre

encarnaban al hijo primogénito, al heredero, que cumplía con los ritos y los funerales de su padre, es decir, Horus llevando a cabo el funeral de Osiris. Además, el *Sem* se encargaba, entre otras cosas, de portar las ofrendas al dios en la ceremonia de Apertura de Ojos y Boca, en el Culto Funerario y en el Culto Diario de la divinidad en los templos. El Sacerdote *Sem* desempeñaba un importantísimo papel en la Ceremonia de Apertura de la Boca, que se practicaba a las estatuas y al difunto para restituirle su *Ka*. Como vimos al exponer esta ceremonia, él, en un momento determinado, era el responsable de entrar en trance para hacer retornar el *Ka* aturdido del finado. Su alto cargo hizo que le fuera también encomendada la función de vestir, en ocasiones, la imagen sagrada del dios en el transcurso del Culto Diario, cometido que tradicionalmente estaba encomendado al sacerdote *Medyty* o Sacerdote del Misterio.

Iconográficamente se presenta vestido con una piel de pantera y el cráneo rasurado. En algunas ocasiones, lo encontramos ataviado con una peluca o lampiño, y con una coleta lateral en el lado derecho, que le cubría la oreja.

OTROS CLEROS

A) LOS MÉDICOS. LOS SACERDOTES DE SEJMET

Los problemas relacionados con la salud eran una de las grandes preocupaciones de los egipcios, tanto que desarrollaron todo un ejército de médicos, que abarcaban la medicina general y distintas especializaciones. Su eficiencia estaba reconocida en todo el mundo antiguo.

El título de médico queda atestiguado ya en la Dinastía I. Petrie encontró algunas evidencias en la necrópolis tinita de Abidos. Durante el Imperio Antiguo, es digna de mención la tumba de Anjmahor en Sakkara, donde se recogieron diversas y curiosísimas viñetas relacionadas con las prácticas médicas. Entonces estaban bajo la dirección de un Jefe de Médicos del Norte, aunque casi con toda seguridad éste tenía su homólogo en el Sur. Por otro lado, cada rama especializada tenía a la cabeza un Jefe Médico de rango superior que supervisaba el trabajo de sus "colegas".

La existencia de la medicina en el Antiguo Egipto es muy antigua. Por ello, con el paso del tiempo, surgieron distintas especializaciones y éstas fueron agrupándose en escuelas sacerdotales que obedecían a una



Sacerdote Sem en la tumba de Userhat. Imperio Nuevo. (Tebas).

jerarquización. Heródoto (II, 84) detalla, con una precisión envidiable, las ocupaciones de éstos:

Asimismo, tienen especializada la medicina con arreglo al siguiente criterio; cada médico lo es de una sola enfermedad y no de varias. Así, todo el país está lleno de médicos; unos son médicos de los ojos, otros de la cabeza, otros de los dientes, otros de las enfermedades abdominales y otros de las de localización incierta.

Los médicos podían compararse con los sabios de la Casa de la Vida, ya que con toda probabilidad estudiaban en esta institución y consultaban sus documentos. Estos personajes ostentaban títulos que no eran exclusivos del clero, tales como Portadores del Sello, Sacerdote Lector o Escribas-Médicos.

Los que se ocupaban de lo que hoy conocemos como "medicina familiar" o "médicos de cabecera", eran designados genéricamente como *Sunu*. Entre ellos existían los ya mencionados médicos especialistas. Si atendemos a Clemente de Alejandría, él nos lista una serie de ellos y el *Papiro Ebers* menciona tres grupos generales de médicos.

Como ejemplo de la sofisticación que llegaron a alcanzar, citaremos a los encargados de los problemas del corazón y a los dentistas, ya que se han encontrado prótesis para sustituir piezas dentarias perdidas. Por otro lado, un claro ejemplo de las distintas profesiones de un sólo individuo es el de Hesira, que vivió bajo el reinado de Dyeser (Dinastía III). El Museo de El Cairo conserva en sus salas los paneles de madera de su tumba, donde nos comunica que además de ser Supervisor de Escribas, era médico y dentista.

Muchos de ellos eran laicos, pero la mayor parte de las veces estaban adscritos a una escuela sacerdotal, como los Sacerdotes de Sejmet y los Sacerdotes de Selkis, pero además de poder formar parte de un clero determinado, podían estar adscritos a diferentes lugares tales como: templos, el palacio real, necrópolis o la armada. Más concretamente, los Sacerdotes de Hor Imy Senut, los de Buau de Heliópolis, los de Thot, los de Isis y los de Amón, eran médicos de los ojos y estaban muy considerados, ya que las dolencias oculares eran muy frecuentes en el Antiguo Egipto. Hay que tener en cuenta que el potente sol y la constante presencia de la arena del desierto provocaban continuos trastornos en la vista.

Un papiro médico-mágico que hoy se encuentra en el Museo Britá-

nico (EA 10059), datable entre los años 1.300 a 1.200 a.C, es el documento más antiguo que poseemos relacionado con la medicina, sin embargo, es una copia de un texto mucho más arcaico. En Egipto son numerosísimas las referencias en las que se muestra el deseo de que ciertas enfermedades dejaran libre a un enfermo. Por ejemplo, el papiro *Estrasburgo 21*, datado en la Dinastía XXI, bajo el reinado de Masaharta (hijo de Pinedyem I), relata la enfermedad del Primer Profeta y los deseos por que éste se recupere. Pero entre toda la documentación debemos resaltar: El *Papiro Ebers* y el *Papiro Edwin Smith*, copiado en el siglo XVII a.C de un texto, al parecer del Imperio Antiguo. Ambos mencionan las distintas especializaciones en las que se dividía este clero, entre las que podemos distinguir la cirugía humana y las prácticas veterinarias, además de citar variadas fórmulas para la curación de enfermedades. De entre todas ellas citaremos dos. La primera es efectivamente del *Papiro Ebers*, mientras que la segunda corresponde al *Papiro de Berlín 31*:

Fórmulas para las dolencias del útero.
Excrementos humanos secos se juntan con resina de teberindo. Con eso se fumiga a la mujer.

Fórmula para quitar la tos.
Leche, comino empapado en miel. El enfermo deberá tomarlo durante cuatro días.

Es realmente curioso que deteminadas "recetas" tengan componentes completamente lógicos mientras que otras no podían por menos que provocar infecciones catastróficas para la salud del enfermo.

Por otro lado, no hemos de olvidar los hallazgos de instrumentos médicos y los que se encuentran representados, por ejemplo, en los muros del templo de Kom Ombo.

Al menos, durante la Baja Época, podían morar en los templos de dioses diferentes a los de su advocación. Conocemos la evidencia del título del Director de Sacerdotes Uab de Sejmet de la Casa de Ptah en los Templos del Muro Blanco. En principio no es extraño, ya que la diosa Sejmet era la esposa de Ptah, pero sabemos de su presencia en otros santuarios ajenos a la tríada menfita (Ptah, Sejmet y Nefertum), quizá como colaboradores.

Tanto los personajes que llevaban solamente el título de *Sunu* como

los adscritos a algún dios (relacionado con la medicina) estaban debidamente jerarquizados. Encontramos, por ejemplo, a Sacerdotes Uab de Sejmet, Director de los Sacerdotes de Sejmet o a Supervisores de Sacerdotes Uab de Sejmet. Otros títulos frecuentes son: Jefe Médico o Jefe de Médicos, Supervisor de Médicos, Jefe de Médicos del Bajo Egipto, Jefe de Médicos del Alto y el Bajo Egipto, Médico de la Casa de Amón, Jefe de Médicos de la Casa de la Vida Hut Anj (en lugar de *Per Anj*), etc. Esta última rama del clero está documentada en Egipto desde el Imperio Antiguo.

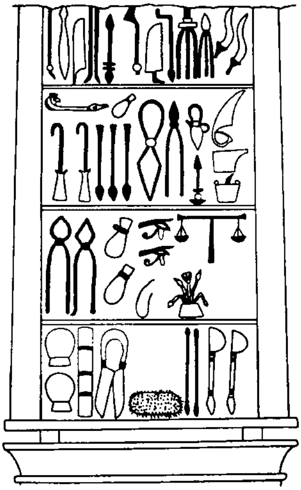


Fig. 29. Instrumentos quirúrgicos del templo de Sobek y Haroeris en Kom-Ombo.

Tenemos pues, un primer grupo a la cabeza, formado por Los Profetas de Sejmet, a su vez jerarquizados y, un segundo grupo de Sacerdotes *Uab* de Sejmet, dirigidos por un Director de Sacerdotes *Uab* de Sejmet. Los primeros se encargaban del culto y servicio de la divinidad, como en otros cleros. Los segundos formaban el cuerpo general de médicos. Inmediatamente después, como en otros cultos, seguían las cantoras, los músicos masculinos (*Hes*) o femeninos (*Heset*), etc., todos ellos necesarios para las ceremonias religiosas.

El carácter belicoso y destructivo de su diosa tutelar (Sejmet) no era para este clero un problema, ya que conocían como aplacarla, quedando

completamente inmunizados ante los ataques coléricos de la misma. Conocían también las artes necesarias para eliminar las "plagas" o enfermedades que ella mandaba a animales y personas.

Un médico recibía una alta paga por sus servicios, los pacientes debían abonarles una cantidad elevada, hasta 22 *Deben* de cobre. De él se esperaba, además de la curación y del tratamiento, la prescripción del estado del enfermo y las posibilidades de curación. Así, debía recitar en voz alta:

Ésta es una enfermedad que yo puedo curar, ésta es una enfermedad que yo posiblemente pueda curar o ésta es una enfermedad que yo no puedo curar.

Sus prácticas se desarrollaban en los santuarios. Sabemos que la tercera terraza del Templo Funerario de Hatshepsut en Deir el-Bahari era un lugar donde los enfermos acudían para ser curados. Igualmente conocemos recintos en templos más modernos, como por ejemplo el de Hathor en Dendera, que sirvieron para el mismo fin.

Como entendidos en enfermedades, podían trabajar de forma privada e incluso al servicio de la corte. Su prestigio se articulaba en directa relación con sus conocimientos de las artes curativas y, durante el Imperio Nuevo, alcanzaron una importancia sin precedentes. Por todo ello, no es difícil afirmar su necesidad de conocer la escritura y de ser capaces de leer documentos archivados y relacionados con su saber. Consecuentemente, a partir del Imperio Nuevo, encontramos con frecuencia la aparición del título de Sacerdote Lector junto con del Sacerdote *Uab* de Sejmet.

Para hacernos una idea de la estructura y los cargos médicos que existieron en el Valle del Nilo, reproducimos a continuación dos cuadros que Paul Ghalioungui (1983) recoge en uno de sus libros. El primero elabora una hipótesis de su organización y el segundo trata sobre la incidencia de las distintas clases de "doctores" en los diferentes periodos:

<table>
<tr><td colspan="2">Director de la Salud (cargo político)</td></tr>
<tr><td colspan="2">Jefe Médico del Señor de las Dos Tierras (?) o Jefe Médico del Sur y del Norte</td></tr>
<tr><td>Jefe Médico del Norte</td><td>Jefe Médico del Sur (?)</td></tr>
<tr><td>Simples médicos</td><td>Especialistas: Dientes, Ojos. Vientre. Recto, Arte secreto, Líquidos en el Nṯ nṯ t</td></tr>
</table>

TÍTULO	I. Antiguo	I. Medio	I. Nuevo	Baja Época	TOTAL
Médicos	9	3	16[11]	4	32
Jefe de Médicos	4	11	10	6	31
Inspector de Médicos	10	0	0	0	10
Supervisor de Médicos	2	1	0	0	3
Maestro de Médicos	0	0	1	0	1
Jefe de Médicos del Norte	1	0	0	0	1
Jefe de Médicos del Norte y del Sur	1	0	0	1	2
Jefe de Médicos del Sur y del Norte	1	0	0	3	4
TOTAL	**28**	**15**	**27**	**14**	**84**

El mismo autor ha presentado un estudio en el que sitúa, durante el Imperio Antiguo, a la mayor parte de los médicos egipcios en el área menfita, esto parece indicar que en ese periodo la especialización se llevaba a cabo en las escuelas situadas en el Norte del país, hecho completamente natural, si tenemos en cuenta que este área fue capital de Egipto durante dicho periodo.

Más tarde, en el Imperio Medio, los localiza en Abidos y Beni Hassan. Durante el Imperio Nuevo, la mayor afluencia vuelve a la capital, Tebas. Finalmente, en la Época Baja, la actividad sacerdotal se centraliza en Sais. El mayor número de médicos ejerce en Egipto durante el Imperio Antiguo, seguido por los Imperios Nuevo, Medio y la Baja Época respectivamente.

Los médicos, tanto los que desempeñaban una labor mucho más "científica", como aquellos relacionados con la magia, actuaban en pasajes de los funerales y en todos los rituales donde se requería apaciguar a los espíritus malignos, potenciar las cualidades de los benignos y actuar sobre el cuerpo físico.

Conocemos algunos casos durante el Imperio Antiguo en los que el cargo de médico fue ostentado por una mujer. No obstante, y aunque desearíamos incluir a toda una escuela sacerdotal femenina encargada de tal profesión, no tenemos elementos suficientes para una afirmación categórica. Sólo podemos adivinar la posible presencia de casos puntales

y de personal menor femenino encargado de asistir a los médicos en aquellos asuntos relacionados con la medicina de la mujer, como los partos, además de ser verdaderas especialistas en hierbas con propiedades curativas. Si analizamos las escenas de *Teogamia*, actuaban como comadronas. Una de estas excepciones es la dama Peseshet, mujer médico de la Dinastía IV, de la que nos ocuparemos más tarde.

Los sacerdotes egipcios podían trabajar de forma privada como médicos (Sacerdotes de Sejmet) o como especialistas (Sacerdotes de Neit, Isis, Tueris), etc. La pertenencia a la escuela sacerdotal de estas divinidades estaba determinada por su preparación. Los que participaban en una rama de la medicina mucho más relacionada con la magia eran los Sacerdotes de Heka o de Selkis, según veremos más adelante. No tenían obligación de vestir los atuendos sacerdotales ni de vivir en el recinto del templo. Sólo cuando estaban bajo el servicio del santuario tenían que ceñirse a normas estrictas.

Es corriente encontrar en los documentos egipcios la existencia de sacerdotes Médicos Puros (*Uab*) o Sacerdotes de Sejmet. Suelen aparecer en relieves relacionados con escenas de carnicería, lo que nos hace pensar que posiblemente formaran un grupo de personal experto, encargado de la supervisión y buena marcha de los sacrificios. Como vemos, los médicos egipcios también ejercieron en actividades relacionadas con los animales, es decir, pudieron actuar como veterinarios, determinando la pureza de los mismos procediendo a las purificaciones rituales, participando en los oráculos que requerían sacrificios y asistiendo a las ceremonias de ofrendas, tanto en las relacionadas directamente con el templo y el clero, como en las concernientes al rey o a particulares, etc.

b) Los Magos y los Sacerdotes de Selkis

Aunque todos los médicos empleaban de alguna forma la magia, unos la acompañaban de verdaderos conocimientos médicos, mientras que otros se centraban más en el empleo de oraciones y supersticiones que afectaban a los dioses. La estructura del Antiguo Egipto nos presenta distintas clases de médicos. Por un lado existían aquellos que desempeñaban esta ocupación sin estar conectados a un clero específico, por el otro tenemos constancia de sacerdotes-médicos y, finalmente, un último grupo, donde se situaban los magos, algunos de los cuales eran sa-

cerdotes del dios Heka y en su estructura sacerdotal parecen ocasionalmente como sacerdotes *Sau*.

En consecuencia, existía otro conjunto de individuos que se ocupaban de sanar a los demás y eran aquellos que sin poder llegar a ser considerados médicos, eran compañeros o mujeres de trabajadores que conocían algunas técnicas de la medicina y de sus remedios. Para la curación de las enfermedades, además de pócimas médicas, se ayudaban de amuletos, fórmulas mágicas, etc. En el caso de las mujeres, se las denominaba *rejyt* y tenían facultades para la videncia.

En relación a los magos sin conexiones con la medicina podemos citar un pequeño texto recogido en el *Papiro Westcar*, donde queda claro hasta donde pensaban los egipcios que sus magos podían llegar. Forma parte de un cuento en el que una de las remeras que conducen la barca del rey Jufu (Keops), pierde en las aguas un hermoso pendiente regalado por el rey.

> *Entonces el Sacerdote-Lector en Jefe Dyadyaemanj, pronunció las fórmulas mágicas de las que tenía conocimiento. Pudo entonces colocar la mitad del agua del estanque sobre la otra mitad y así descubrió el pendiente en forma de pez, apoyado sobre un fragmento de rocas; lo cogió y lo entregó a su propietaria.*

Otra rama del sacerdocio muy especializada era la de los Sacerdotes de Serket o, lo que es lo mismo, Sacerdotes de Selkis, más relacionados con la magia que con la medicina. En cualquier caso se encontraban a caballo entre ambas.

Si bien es cierto que estos sacerdotes, como otros muchos de otras ramas, utilizaban la magia como uno de sus métodos de sanación, también es verdad que se configuraban como un grupo sacerdotal muy especializado: se encargaban de la curación de picaduras de animales venenosos. Eran, además, unos ritualistas aventajados, que formaban parte de los oráculos e interpretaban el sentido de los mismos. En ningún momento podemos afirmar que fueran unos ignorantes que ponían sus esperanzas sólo en las súplicas a la divinidad o en medidas apotropaicas. Muy por el contrario, constituían una rama de la medicina muy determinada, ya que actuaban no sólo cuando se producía una picadura de escorpión, que era el animal representativo de su deidad tutelar, sino también cuando el enfermo había sido mordido por una serpiente o un arácnido.

Si interpretamos correctamente los relieves, los antiguos egipcios, ya



Muñeca a la que se le han efectuado prácticas de magia negra. Época grecorromana. (Museo del Louvre).

en tiempos remotos, disponían de conocimientos y técnicas para practicar traqueotomías. De esta forma se facilitaba la respiración a aquellos que sufrían una mala ventilación, causada por los efectos tóxicos de una picadura o mordedura venenosa. Sin embargo, los Sacerdotes de Serket también hacían uso de la magia. Quizá no la empleaban solamente con fines religiosos, sino muy posiblemente para crear lo que hoy conocemos como "efecto placebo".

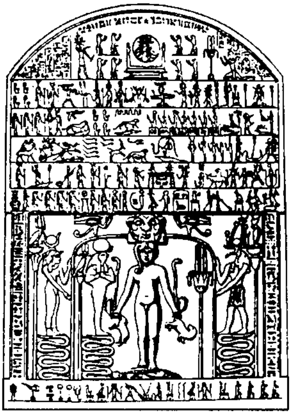


Fig. 30. Horus sobre los cocodrilos. Estela de Metternich.

En torno a este asunto, podemos recordar las estelas que hoy conocemos como Horus Sobre los Cocodrilos. En ellas se encuentra el dios halcón sometiendo en sus manos a distintos animales "peligrosos" (serpientes, arácnidos, escorpiones, cocodrilos, leones, etc.) y en pie sobre los saurios mencionados, normalmente dos. Ante él solía situarse un pequeño contenedor. Los sacerdotes, en medio de invocaciones mágicas, hacían derramar agua sobre la figura cargada de poder que se recogía en la base y ésta era ofrecida al paciente. Este es el sistema al que nos referimos, al hablar de "efecto placebo". Es indudable que el agua no tenía cualidades curativas, pero al menos servía para tranquilizar a un enfermo acosado de problemas respiratorios. El agobio que producen estos síntomas en cualquier ser humano podría dificultar aún más su respiración, aunque ésta no es más que una hipótesis de trabajo meramente personal. Hemos de recordar que la diosa tutelar (Serket o Selkis) era la esposa de una forma de Horus relacionada también con la medicina.

Estos personajes también aparecen con frecuencia en los papiros médicos y quirúrgicos.

La jerarquización de esta rama sacerdotal, en opinión de von Känel (1984), estaba formada por los *Herep Serket* y los *Imy hat Serket* a cuya cabeza se encontraba un Director de *Herep Serket.* Los primeros podían ser de un rango algo más elevado que los segundos, al menos en los Imperios Antiguo y Medio. Igualmente existieron algunos títulos de ubicación incierta, tales como el de *Sa Serket.*

En algunas ocasiones, y sobre todo a partir de época ramésida, los sacerdotes llevaban el título de Magos. Esto les dotaba de un rango más alto, al reconocerlos como expertos en el estudio de textos sagrados, lo que les facultaba para poder actuar en ramas de la medicina. Además estaban bajo las órdenes de un Supervisor de Magos (*Imy-r Hekau*) como nos mencionan los textos.

Existían, por tanto, diversos grupos de personajes adscritos a cleros de dioses relacionados con la magia, como los Sacerdotes de Heka (o Hekau, según transcripción), los Sacerdotes de Horus Imy Senut, los Sacerdotes de Uerethekau o los ya mencionados Sacerdotes de Serket. Tenían escuelas sacerdotales propias, férreamente jerarquizadas. En el caso de Heka éstas están documentadas en Heliópolis, Menfis y Esna. Allí, los sacerdotes desempeñaron también el papel de médicos con una función mucho más relacionada con la magia, como indican las características de su dios.

Sin embargo, a veces, el empleo de la misma no fue tan "limpio" como cabría esperar. Conocemos, a través de actas de procesamiento, casos en los que algunos miembros del clero se relacionaron con la ilegal "magia negra". Como ejemplo, podemos citar la *Conspiración del Harén contra Ramsés III*, donde uno de estos corruptos miembros del clero empleó sus conocimientos para favorecer al hijo de una concubina con deseos de hacer desaparecer a su padre (Ramsés III) y sentarse en el trono de Egipto. Con la ayuda del sacerdote, elaboró una figura en cera a la que sometió a diversos sortilegios con el fin de eliminar al monarca. Algo similar debió ocurrir con una pequeña y escalofriante figura femenina de terracota, hoy expuesta en el Museo del Louvre, datada entre el año 200 al 300 d.C (E 27144a). En ella se clavaron toda una serie de alfileres en las partes vitales: ojos, oídos, corazón, etc. La persona que practicó este hechizo conocía so-

bradamente las zonas que debía dañar para producir una dolorosa muerte. Es inevitable que nos recuerde los encantamientos que aún hoy se llevan a cabo, como prácticas de *Vudú,* muy difundidas entre los negros de las Antillas.

Aunque demos crédito a estos hechos irrefutables, que con frecuencia nos narran los textos del Imperio Nuevo, sabemos que tanto algunos Sacerdotes Lectores como varios Sacerdotes *Heka* emplearon sus artes no sólo en la ilegal "magia negra", sino que normalmente la utilizaron para actos mucho más piadosos, que tenían por fin el beneficio de la persona o personas que reclamaban su empleo, o de aquellas para quienes fueran destinados dichos actos.

Dos Ejemplos de la fama alcanzada por los médicos

a) Imhotep

Relacionados secundariamente con la medicina, encontramos en Egipto a personajes que aún no habiendo desempeñado cargos directamente relacionados con ésta, posteriormente acabaron unidos a ella, tal es el caso de Imhotep y Amenhotep hijo de Hapu.

Corrían los tiempos de la Dinastía III. Imhotep, cuyo nombre significa "El que Viene en Paz", hijo de Neferjenemu y de la dama Jerduanju, era posiblemente de procedencia humilde y creció sin saber el puesto que más tarde y gracias a su propia valía, alcanzaría en la sociedad egipcia.

Pocos son los datos concretos o directos que tenemos de este gran personaje. Sólo podemos investigar su historia a través de las construcciones que él mismo levantó en la zona menfita y de escuetas inscripciones, donde se mencionan sus títulos y sus ocupaciones. Su obra y su vida han perdurado a través del grandioso y genial complejo funerario construido para su rey, Dyeser. Erigió un enterramiento majestuoso, posiblemente influenciado por las creencias heliopolitanas de las que era portador. Se trata de un complicado recinto funerario, coronado por una pirámide escalonada. En la necrópolis de Sakkara y partiendo de una mastaba (tipo de enterramiento empleado hasta ese momento) comenzó un ensayo que concluiría con la construcción de la primera pirámide en piedra erigida hasta ese momento. Este sería el edificio pétreo más grande de aquellos tiempos, el conjunto monumental funerario más amplio del Antiguo Egipto, tanto, que no volvería a repetirse a lo largo de la historia del Valle

del Nilo y que fue objeto, años después, de gran admiración, a juzgar por los grafitos que se encuentran en sus inmediaciones.

Aunque parezca mentira, prácticamente no poseemos ninguna referencia directa de este hombre tan influyente y decisivo en los comienzos de la Dinastía III. Coetánea a su existencia, sólo existe la mención de su nombre en una basa perteneciente a una estatua fragmentada de su rey (JE 49889 y 49889a-g.), en cuya inscripción se lee:

El Canciller del Bajo Egipto, el Primero después del Rey, el Administrador del Gran Palacio, el Príncipe hereditario, el Gran Sacerdote de Heliópolis, Imhotep, carpintero, escultor y fabricante de vasos de piedra.

Además Imhotep tuvo entre sus numerosos títulos los de: Sacerdote Lector, Sumo Sacerdote de Ra en Heliópolis y Arquitecto del rey Dyeser, así como dignidades políticas de un alto nivel.

Hemos de ser conscientes de la importancia de todas estas funciones. Imhotep era, entre otras cosas, el responsable de elaborar todos aquellos objetos que iban a estar en contacto con el rey y con los dioses. La fabricación de vasos de piedras muy duras, sin las herramientas adecuadas, era una dificilísima técnica que no ha sido trasmitida.

Unos años más tarde, su nombre aparece de nuevo en un grafito del *Uadi* Hammamat, llevado a cabo por el arquitecto Jnum-ib-Ra que se encargaba de supervisar los trabajos en esta cantera y que dice ser descendiente en el oficio de este gran hombre. Además lo encontramos en los relieves e inscripciones de templos posteriores a la época en la que vivió, como por ejemplo, en el santuario de Isis en Filé, en la tercera terraza del templo de Hatshepsut en Deir el Bahari, en el templo de Ptah en Karnak, en el pequeño templo de Hathor en Deir el Medina o en un grafito en la isla de Sehel datado en el Periodo Ptolemaico. En él se menciona la preocupación de Dyeser por la insuficiente y persistente crecida del Nilo y por las consecuencias que ello acarrearía al país, es decir, el hambre. Por ello, consulta a su arquitecto sobre las "fuentes del Nilo" y el dios que las custodia.

Nada sabemos de su forma de vida, de su trayectoria profesional ni del modo en que llegó a ocupar los cargos prestigiosos de los que fue portador. Así de escasas son las referencias de este hombre, que llegó a contraer responsabilidades tan importantes, como las del Visir, título

atestiguado ya en un vaso de piedra de la Dinastía II hallado en las galerías subterráneas de la pirámide escalonada del rey Dyeser en Sakkara.

Además del complejo funerario de Dyeser en Sakkara, se encargó de otras construcciones, quizá menos vistosas, como un santuario en la ciudad santa de Heliópolis.

Por todo ello y por su sabiduría, se convirtió, durante el Imperio Nuevo, en patrono de los escribas. Estos, antes de comenzar a escribir, hacían en su honor libaciones de agua o derramaban una gota de su sangre como ofrenda. Con esta acción pretendían obtener inspiración y apoyo de tan prestigioso hombre.

Sus conocimientos dentro de la rama del saber, la medicina y la magia, hicieron que primero recibiera un culto popular. En la Baja Época (Periodo Saíta) pasó a ser divinizado y considerado dios de la medicina. Fue venerado, casi siempre, conjuntamente con Amenhotep, hijo de Hapu, otro gran individuo de la Dinastía XVIII (reinado de Amenhotep III). En el Imperio Nuevo, según algunos autores y en Época Tardía, según otros, mitológicamente hablando, se hizo hijo a Imhotep de Ptah y de la diosa Nut (otras veces de Sejmet), y se le identificó con Nefertum, formando parte de la tríada del área menfita. Por otro lado, gozó de un culto especialmente popular en el área de Tebas. Está presente en la capilla de Ptah dentro del Templo de Karnak o en Deir el Bahari, donde se asocia al sanatorio que en Época Tardía se situó aquí, ya que la tercera terraza del Templo Funerario de Hatshepsut, en esta época, era de acceso público y las gentes acudían para pedir que se les concediera concebir hijos.

De todos son conocidas las numerosas estatuillas que en la Baja Época representan a Imhotep. En ellas está siempre vestido con el atuendo sacerdotal, sentado y con un papiro extendido sobre sus piernas. Su culto, y la expansión del mismo, hizo que los griegos le identificaran con Asclepio y que fuera reverenciado fuera de las fronteras egipcias. Igualmente, muchas inscripciones nos demuestran esa "fe" en Imhotep, a través del registro de hechos tan curiosos como el de una pareja que vivió en época Ptolemaica, formada por Taimhotep y un Sumo Sacerdote de Ptah en Menfis. Ellos rezaron a Imhotep para que les diera la oportunidad de concebir un hijo varón, ya que sólo tenían por descendencia a cuatro hijas. En la *Estela Funeraria* de la mujer (Museo Británico, EA 147) se relata cómo Imhotep se apareció en sueños al marido y le prometió su fa-

vor si dotaban al santuario del templo de Imhotep de un mobiliario nuevo. Por supuesto, el deseo del sabio fue cumplido y la pareja concibió el hijo deseado.

Su tumba ha sido buscada sin éxito por numerosas misiones arqueológicas. Los pormenores de su vida han quedado hasta el momento sepultados por el tiempo, o quizá deberíamos decir, en la arena del desierto egipcio. De este modo, como ya hemos comentado, sólo podemos hacer conjeturas en base a documentos más tardíos o mediante el análisis de sus trabajos y presumir su afamada sabiduría y buen hacer.

Sus numerosas cualidades y su –sin duda– arrolladora personalidad trascendieron más allá de la Dinastía III. Como hemos citado, se le encomendaron edificios y se le hizo representar en diversas construcciones, como por ejemplo, el templo de Isis en Filé, la tercera terraza del templo funerario de Hatshepsut en Deir el Bahari, el templo de Ptah en Karnak, el templo Ptolemaico de Hathor en Deir el Medinah, etc.

Imhotep fue poseedor de un culto y por tanto de un clero, que se vislumbra a través de algunos títulos sacerdotales. Así, por ejemplo, podemos citar a Dyeho, Escriba Real de Todas las Cosas en el Templo de Imhotep, hijo de Ptah.

b) Amenhotep, hijo de Hapu

El segundo caso es el de Amenhotep, hijo de Hapu. Este personaje, al que ya hemos hecho referencia, vivió bajo el reinado de Amenhotep III, en la Dinastía XVIII, y tuvo una grandísima importancia en los acontecimientos de la época.

Nació en la ciudad de Athribis, capital del *Nomo* X del Bajo Egipto. Detentó, entre otros muchos, el rango de Director de Todos los Trabajos del Rey en un Egipto esplendoroso. Sus progenitores, conocidos a través de las inscripciones devotas de su hijo, eran los nobles Itu y Hapu. Su padre ostentaba un cargo parecido al de nuestros actuales jueces y muy posiblemente de él, su hijo heredó el profundo sentimiento de integridad.

Su carrera en la administración comenzó en los puestos más bajos. Alcanzó un importante *status*, gracias a sus propios méritos y a su valía profesional y moral. Todo esto llevó a Amenhotep III a gratificarle mediante una promoción profesional sorprendente, cuando el personaje ya tenía una mediana edad. Gracias a su espíritu inquieto y ávido en culti-

varse, tuvo acceso a documentos secretos que le proporcionaron una especial aureola de conocimiento. Fue portador de puestos importantes que le facultaban para supervisar y manejar asuntos vinculados con el Estado.

Amenhotep, hijo de Hapu, fue un gran devoto de la diosa Maat. Es decir, de la justicia y del orden cósmico, a la que atribuía sus facultades. También tuvo gran predilección hacia Osiris, dios del Más Allá, y por supuesto, fue un gran defensor del dios dinástico Amón, entre otros.

Por la colocación de una serie de estatuas en el recinto de Karnak, se le aseguró un culto funerario. Así podemos destacar las alojadas en los Museos de Luxor y El Cairo. Las dos primeras halladas en las inmediaciones del pílono X en Karnak, representan a un hombre joven (J4 y JE 44861), mientras que la segunda, encontrada al Norte del pílono VII, del mismo templo (JE 38368), muestra a un hombre mayor. Así, se le dio derecho a participar indirectamente de los ritos y las ofrendas que se realizaban a favor del dios del santuario, una prerrogativa real que se otorgaba sólo a grandes personajes. En la base de las estatuas, incitó, en sus inscripciones, al pueblo para comunicarle sus súplicas con la promesa de que éstas serían trasmitidas directamente por Amenhotep a Amón, por lo que se convirtió en un intermediario entre la población y el dios. Se cree que éstas estarían situadas en el camino procesional y se encontraron en el pílono primero. En una de ellas aprovechó Amenhotep para escribir la "historia de su vida", ésta es en la que le representa viejo.

Pese a que no fue exactamente un sacerdote profesional, sí estuvo vinculado con el clero. Aunque civil, portaba títulos y atribuciones que, hasta la fecha en que Amenhotep vivió, habían correspondido solamente a miembros del sacerdocio. En el plano religioso, fue Jefe de los Profetas del Horus local de Athribis, Sacerdote *Sem* en la Casa del Oro, Gran Celebrante de Amón, con atribuciones paralelas (o incluso superiores) al Primer Servidor del Dios e Intendente de los Rebaños del Ganado Mayor de Amón en el Alto y el Bajo Egipto. En el civil, además de poseer un importante cargo de escriba, era el encargado de administrar los bienes de la reina Setamón, una posible hija de Amenhotep III que llegó a ser Esposa Real al casarse con su propio padre, así como de la célebre reina Tiy.

Estos títulos, que podrían haber supuesto un grave obstáculo en la consideración de su valor moral y provocar grandes envidias en el círculo sacerdotal de Amón, hicieron que su personalidad y su ética prevalecie-

ran. Hubiera sido lógico que su situación, por encima de la de un hombre tan importante como el Primer Servidor del Dios, le causara serios problemas, ya que colocar a otro personaje sobre este último podría acarrear un peligroso agravio comparativo. Sin embargo, podemos hablar de armonía entre ambos hombres, lo que denota una personalidad muy especial y una diplomacia sin precedentes.

Amenhotep, hijo de Hapu, recibió culto popular y éste fue potenciado a nivel de semidiós durante el Periodo Ramésida. En la Época Baja se elevó al de divinidad y fue adorado, casi siempre unido a Imhotep, como dios de la medicina, de las letras, del conocimiento y por tanto patrono de los médicos. Como se ha citado, en Deir el-Bahari actuaba no como sanador sino como intermediario y la gente acudía para consultar sus oráculos. Así, se le denominó tanto Hijo de Amón como El que está junto al oculto Ba de Amón, lo que denota su especial importancia. Incluso se llegó a identificar a su madre Itu con la diosa Hathor, dándole unos orígenes divinos.

La "Fe" depositada en él fue tal que se han hallado cierto número de textos donde la población se encomendaba a él para su curación. E. Bresciani (1990), en su libro de poesía, recoge uno de estos ejemplos de una estatua fragmentada datada en el año 37 del rey Psamétiko I. El texto comienza así:

¡Oh príncipe Amenofis hijo de Hapu!
¡Ven, Oh buen médico¡
¡estaba enferma de los ojos y tú me has curado al instante!
A cambio de esto, he hecho para ti esta (estatua), yo la hija del rey, noble, dulce de amor, Mereneit, en el año 37 del dios perfecto que cumple los ritos, Psamético (I), dotado de vida eternamente.

Tan afamada fue su devoción, que Flavio Josefo lo recuerda en sus obras. Durante la dominación Romana, además de estar considerado y venerado como un dios, se le atribuyó el descubrimiento de un importante manuscrito, denominado *El Libro de los Secretos de las Formas.*

Igualmente el *Libro de los Muertos,* Capítulo 167, recoge el texto siguiente:

[...] Libro de (Aquel cuya) naturaleza es misteriosa, y que encontró el escriba

real en jefe, Amenhotep, hijo de Hapu, proclamado justo, y que le sirvió como protección de sus miembros [...]

Por su trabajo como arquitecto, cabe destacar el templo de Mut en Karnak, el primitivo templo de Jonsu, el palacio de Malkata, el Templo Funerario de Amenhotep III, el templo de este mismo rey en Luxor y el de Soleb en Nubia. El actual templo de Jonsu es de portada Ptolemaica, siendo la parte más antigua (que se conserva en pie) del periodo de Ramsés III. No obstante, existía un santuario más arcaico de época de Amenhotep III.

Asimismo, fue el autor del "Templo Canónico Tebano", es decir de la materialización en el santuario, de los conceptos mitológicos y cósmicos del sentir religioso, en aquellos difíciles tiempos de conquista y expansión, que fueron el Imperio Nuevo.

Muerto aproximadamente en el año 31 del reinado de Amenhotep III, cuando contaba con unos 80 años, su tumba, recientemente descubierta (1969), se situó cerca del Templo Funerario de Amenhotep III, es decir en Tebas Oeste, sobre la colina de Qurnet Murai y se orientó hacia su propio, magnífico y colosal Templo de los Millones de Años de su señor. Su culto póstumo se respetó e incrementó, incluso en periodos difíciles, cuando los mismos sacerdotes tebanos habían cedido a la corrupción, es decir, pervivió durante al menos 300 años.

c) Sacerdotes de Maat

Otro tipo de personajes, por supuesto, jerarquizados, que vivieron en tierras egipcias, eran los importantísimos Sacerdotes de Maat. Eran los encargados de asuntos relacionados con la justicia y llevaban como distintivo la figura de esta pequeña diosa colgada de su cuello. Nos encontramos ante un tipo de clero a caballo entre las ocupaciones relacionadas con el pueblo y el sacerdocio. En este apartado, podríamos incluir a los Visires, jueces que ya desde la Dinastía V formaban parte de esta "especie" de clero singular.

La idea era que debían de encomendarse a la diosa para determinar las causas relacionadas con justicia antes de proceder a cualquier veredicto. Este concepto estaba muy arraigado en el Antiguo Egipto, aunque, por supuesto, como humanos que eran, conocemos casos de verdadera corrupción, muy parecidos a los que hoy sufrimos en pleno siglo XX.

La imagen de la diosa Maat, consistía en una figura femenina, a menudo sentada, con una pluma sobre su cabeza, emblema de su nombre. Recordemos que constituía el concepto de orden cósmico, de estabilidad, de justicia, de aquello que debía existir para el buen funcionamiento del mundo y del cosmos. Precisamente la ofrenda simbólica, por excelencia, de esta divinidad se encontraba entre las más importantes en las ceremonias religiosas. Con ella se daba alimento, ya que los dioses se nutrían de Maat.

Plutarco, en su obra *Sobre Isis y Osiris* (351), nos trasmite el sentimiento que idealmente los sacerdotes debían tener. Sin embargo, como en cualquier otra civilización antigua o moderna a veces no se respetó:

Pues nada más grande puede obtener el hombre, ni más noble puede conceder Dios que la verdad [...]

[...] La divinidad, en efecto no es feliz por la plata y el oro, ni fuerte por los truenos y rayos, sino a través del conocimiento y la sabiduría.

[...] Por eso el deseo de la verdad, sobre todo la verdad sobre los dioses, es aspiración a la divinidad, ya que su estudio e investigación requiere la consideración de temas sagrados, y ello es una actividad más santa que toda purificación y función sacerdotal, y es especialmente agradable a esta diosa a la que tu rindes culto, diosa que es excepcionalmente sabia y amante de la sabiduría y a quien, como su nombre parece ciertamente indicar, el saber y el conocimiento la convierten a ella más que a nadie.

SACERDOTES FUNERARIOS.

A) LOS SERVIDORES DEL KA

Aunque en este apartado debiéramos haber incluido al Sacerdote Sem, nos ha parecido más oportuno situarlo dentro de su escuela sacerdotal, es decir, en el Clero de Ptah.

Existían un grupo de sacerdotes y sacerdotisas especialistas, presentes desde el Imperio Antiguo, denominados *Hemut-Ka* en el Imperio Antiguo. Uno de los primeros ejemplos en estatuaria de un Sacerdote Funerario fue hallado en Menfis en el año 1888 y depositado en el Museo de El Cairo (JE 34557). Se trata de Hetepdief personaje que sirvió en el culto funerario de los reyes Hetephesemuy, Nebra y Ninecher, cuyos nombres se encuentran grabados sobre el hombro derecho del indivi-

duo. Tal era el orgullo que sentía por su empleo, que deseó pasar a la inmortalidad con los nombres de los monarcas a los que había servido escritos sobre su cuerpo. Formaban una casta diferente, Los Servidores del *Ka* o Servidores del Alma y vivieron en la orilla occidental. Estos eran los herederos de los antiguos sacerdotes funerarios, personajes que al principio combinaban sus ocupaciones con el culto funerario del difunto y que más tarde fueron profesionales que a cambio de sus servicios recibían un pago en especie. Al menos desde el Imperio Medio, el cargo pasaba de padres a hijos, heredándolo el primogénito que a su vez se comprometía a legar sus privilegios a su hijo mayor y así sucesivamente.

Como ya citamos, los sacerdotes *Sem* se denominaron más tarde *Semer*, y se encontraban ajenos a la jurisdicción de los grandes templos.

Los *Semer* jugaban un importante papel en el rito de La Apertura de la Boca, pudiendo tratarse del oficiante encargado de la ceremonia, el tradicional *Sem*, que más tarde aparece en los textos con este nombre, que significa "compañero". En la Ceremonia de la Apertura de la Boca a veces estaba representado por un servidor del rey, aunque, como ya vimos, el cargo existía en la escuela sacerdotal correspondiente (clero de Ptah) y excepcionalmente fue desempeñado por mujeres.

Los Servidores del Ka formaban un clero independiente al servicio de los dioses del más allá Anubis y Osiris. Se encargaban de los funerales, el entierro y buen funcionamiento del culto al difunto tras la muerte, mediante la presentación de ofrendas y sacrificios en favor del finado. Todo esto podía ser llevado a cabo gracias al antiguo sistema de donaciones, que les facultaba para disfrutar de ciertas posesiones. Podían pertenecer al culto funerario de más de un finado y utilizar las ofrendas "físicas" para el servicio de todas aquellas fundaciones a las que estuvieron adscritas. Esto no suponía ninguna "falta de respeto" hacia los fallecidos.

Estaban distribuidos de forma similar a los Servidores del Dios, es decir, tenían una directiva a la cabeza y un grupo, más numeroso, formado por sacerdotes de rango menor, muchos de los cuales se hicieron enterrar en simples pozos que distan mucho de los enterramientos que ocuparon los Sacerdotes Funerarios de Alta jerarquía.

Otra función que les era encomendada consistía en la reconstitución de los vendajes de los cuerpos que habían sido profanados. En la Época Baja, fueron denominados Escanciadores de Agua, (en los textos griegos



Hetepdief, sacerdote funerario de Hetephesemuy, Nebra y Ninecher. Dinastía III. (Museo de El Cairo).

los *Choachytae*), título que puede aludir a la función de renacimiento y purificación de este elemento; es en este momento cuando este puesto específico se convierte completamente en hereditario.

Curiosamente, los Servidores del Ka aparecen en escenas rituales de circuncisión, como por ejemplo en la tumba de Anjmahor en Sakkara, y precisamente era a ellos a los que se le encomendaba esta operación.

Sobre las funciones de la mujer en esta rama del clero trataremos el tema en otro apartado.

b) El Sacerdote Iunmutef y el Nedyheratef

En el mismo caso que el *Sem* estaba el Sacerdote *Iunmutef*. Frecuentemente confundido con él ya que su iconografía es similar. Este personaje, encarnado también por el heredero, es decir por el primogénito, tomaba la forma del joven Horus en las ceremonias funerarias, tanto civiles como reales. Se adornaba con una coleta lateral, generalmente en el lado derecho de la cabeza (como el sacerdote *Sem*) y una piel de pantera que, en algunos relieves, sujeta por una de sus patas.

El sacerdote *Iunmutef* personificaba a Horus, el Pilar de su Madre, y era una forma local del *Horus Behedeti*, mientras que el sacerdote *Nedyheratef* representaba a *Harendotes* (Horus Vengador de su Padre). Ambos aparentemente tienen la misma iconografía y forman parte de las ceremonias funerarias, desempeñando papeles distintos, sin embargo pertenecía al clero de Heliópolis. Encarnaban dos formas de Horus en el mito Osiriaco, con el cual se identifica el difunto, y creaban para éste un escenario mágico y protector en el que se integraba a la perfección.

c) Los Embalsamadores

Encajar a estos personajes dentro del cuerpo de sacerdotes del Antiguo Egipto es quizá algo aventurado. Los textos (Heródoto y Diodoro de Sicilia) no nos presentan la imagen de los embalsamadores de una forma muy favorable y dejan muy clara la repudia que el pueblo sentía ante ellos, porque, al estar en contacto permanente con la muerte, "apestaban". A estos individuos, o al menos a los de más baja procedencia, se les acusó del robo de los amuletos que se les confiaban para que introdujeran entre las vendas de las momias tras tratar el cuerpo para embalsa-

marlo e, incluso, les culparon de tener tratos carnales con los cuerpos de las mujeres. Ellos eran los encargados y expertos en el embalsamamiento, los que hacían el trabajo "sucio", pero imprescindible, en esta maquinaria religiosa. Heródoto *(II, 89)*, nos dice al respecto:



Fig. 31. Sacerdote Iunmutef.

Por cierto que a las mujeres de los personajes ilustres no las entregan para que las embalsamen nada más morir y tampoco a todas aquellas mujeres que son muy hermosas o de notable posición; sólo cuando llevan ya tres o cuatro días muertas, las confían a los embalsamadores. Y lo hacen así para evitar que los embalsamadores abusen de estas mujeres, pues cuentan que uno fue sorprendido, por haberlo delatado un colega, mientras abusaba del cadáver de una mujer que acababa de morir.

Igualmente, en la llamada *Sátira de los Oficios* del Imperio Medio se recoge:

El embalsamador tiene los dedos que apestan con el olor de los cadáveres y los ojos irritados por el denso humo. No pueden deshacerse de su suciedad, aun cuando se pongan un día entero en un charco de cañas, y sus vestidos causan hedor.

Estos textos contrastan con la presencia de algunas tumbas en Tebas Oeste, donde los embalsamadores se inhumaron. La posesión de un enterramiento, y más si estaba decorado (como es el caso), era señal de miembros señalados de la sociedad egipcia y no de "despojos" sociales. De este tipo podemos señalar la tumba de Dyutmose, llamado Paroy (TT295)

que tenía los títulos de Cabeza de los Secretos en el Cofre de Anubis, Cabeza de los Secretos en el Lugar del Embalsamamiento, Sacerdote *Sem* en el Lugar del Embalsamamiento, Embalsamador y Escriba en tiempos de Thutmose IV a Amenhotep III.

Los embalsamadores pertenecían al clero de Anubis y Osiris, como los Servidores del *Ka*, pero cada uno tenía una especialización. Los primeros se dedicaban a la conservación del cuerpo y los segundos al culto del difunto para su sustento tras la muerte.

Estaban bajo la dirección de un Director de Embalsamadores, llamado también Supervisor de los Secretos del Lugar o Anubis. Quizá la función directiva estaba en manos de un Sacerdote Lector que dirigía el ritual y que actuaba como el jefe *de facto* de los embalsamadores. Él era imprescindible para la buena marcha del rito y para recitar las "Glorificaciones" del difunto o las fórmulas precisas que debían entonarse en cada momento con un orden preciso.

El colectivo de embalsamadores practicaba las ceremonias más importantes inmediatamente después de la muerte y acogían al difunto a su llegada a la orilla Oeste, con una comitiva de dos grupos de seis hombres, a cuya cabeza se encontraba el sacerdote principal, revestido con una máscara del dios Anubis, patrono de las necrópolis y guardián de los muertos.

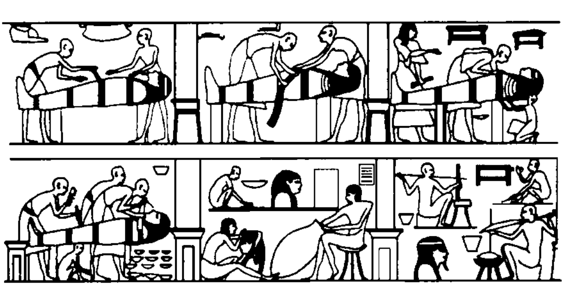


Fig. 32. Escena de momificación de la tumba de Amenemopet, en Tebas-Oeste.

Los sacerdotes asistentes eran de orden menor, y en los textos se les llamó los Hijos de Horus o los Hijos de Jenty-irti. Se encargaban de la preparación de mezclas, hierbas y ungüentos. Finalmente, quedaban los simples embalsamadores *Ut*, que eran los responsables de trabajos menores, tales como colocar el cadáver boca arriba sobre la cama de embal-

samamiento, después de haber sido eviscerado, cubrirle con natrón durante 35 días, el maquillaje del cuerpo inerte, es decir, el rojo para los hombres y en ocre amarillo para las mujeres, aplicándoles *Henna* a las plantas de los pies y las manos. ¿En este caso, cuál era la razón para la utilización de cosméticos? La respuesta quizá podemos encontrarla en nosotros mismos, ya que actualmente se siguen retocando los cadáveres antes de ser enterrados. En el caso de los antiguos egipcios, este acicalamiento tenía, además, una función mágica: tener la apariencia de vivos, para que se produjera el renacimiento en el Más Allá.

Paul Ghalioungui (1983), en su estudio sobre los *Médicos del Egipto Faraónico*, entiende como *Ut* a personajes relacionados con el embalsamamiento y el vendaje del cuerpo, cuyo estudio de la anatomía humana les pudo llevar a relacionarse con el campo de la cirugía. Sabemos que en la Ceremonia de Apertura de Ojos y Boca era un *Ut* el encargado de cortar la cabeza de los bueyes rojos destinados para el sacrificio. Por último, el encargado de practicar la incisión en el cuerpo del difunto, para retirar las vísceras del fallecido (que se embalsamaban aparte), se denominaba *Paraschistai*.

Durante el Periodo Romano, los embalsamadores fueron denominados *Taricheutai*. Ya no estaban considerados como miembros de un clero despreciable, y pasaron a formar parte de una clase superior.

Las prácticas llevadas a cabo sobre los cuerpos de los difuntos han sido estudiadas en base al análisis de las momias. No obstante, fue Heródoto (*II, 86-89*), el que explicó de forma más explícita cual era el proceso, detallando las tres clases conocidas por él. Veamos como, a su parecer, se desarrollaban los hechos:

Hay, efectivamente, personas encargadas de este menester y que ejercen este oficio. Estas personas, cuando les llevan un cadáver, muestran a quienes lo han traído unos modelos de cadáveres en madera, copiados del natural, y explican que, entre los modelos existentes, el embalsamamiento más suntuoso es el que se empleó para aquel cuyo nombre considero irreverente mencionar a propósito de un asunto semejante (Osiris); *luego, muestran un segundo modelo, inferior al primero y más barato y finalmente, un tercero, que es el más barato. Después de dar estas explicaciones, preguntan a los familiares con arreglo a qué modelo quieren que se les prepare el cadáver; entonces los parientes convienen en un precio y salen de allí, mientras que los embalsamadores se quedan en sus talleres y realizan el embalsa-*

mamiento más suntuoso como sigue: primero, con un gancho de hierro, extraen el cerebro por las fosas nasales (así es como sacan parte del cerebro; el resto, en cambio, vertiendo drogas por el mismo conducto). Luego, con una afilada piedra de Etiopía sacan, mediante una incisión longitudinal practicada en el costado, todo el intestino, que limpian y enjuagan con vino de palma, y que vuelven a enjugar, posteriormente, con substancias aromáticas molidas. Después, llenan la cavidad abdominal de mirra pura molida, de canela y de otras substancias aromáticas, salvo incienso, y cosen la incisión. Tras estas operaciones «salan» el cadáver cubriéndolo con natrón (en estado sólido) *durante setenta días –no deben «salarlo» un número superior– y, una vez transcurridos los setenta días, lo lavan, y fajan todo su cuerpo con vendas de cárbaso finamente cortadas, que por su reverso untan con goma, producto que los egipcios emplean, por lo general, en lugar de cola. Por último, los deudos recogen el cuerpo y encargan un féretro antropomorfo de madera; una vez listo, en él meten el cadáver, lo cierran y, así dispuesto, lo guardan en una cámara sepulcral colocándolo de pie apoyado contra una pared.*

Ese es el modo más suntuoso de preparar los cadáveres. Por su parte, a los que optan por el modelo intermedio con el propósito de evitar un gran dispendio, los preparan como sigue. Llenan unas jeringas con un aceite que se obtiene del enebro de la miera, llenan con ellas la cavidad abdominal del cadáver sin practicarle la incisión ni extraerle el intestino, sino inyectándole el líquido por el ano e impidiendo su retroceso, y lo conservan en natrón el número de días prescrito. Al cabo de ellos sacan de la cavidad abdominal el aceite de miera, que con anterioridad introdujeran y que tiene tanta fuerza que consigo arrastra, ya disueltos, el intestino y las vísceras; a las partes carnosas, a su vez, las disuelve en natrón, y así del cadáver sólo quedan la piel y los huesos. Una vez realizadas esas operaciones, devuelven el cuerpo en este estado, sin cuidarse de nada más.

Por su parte, el tercer tipo de embalsamamiento, que se aplica a los más indigentes, es como sigue. Limpian la cavidad abdominal con una purga, conservan el cuerpo en natrón durante los setenta días y luego lo entregan a los familiares para que se lo lleven.

d) Sacerdotes de las Necrópolis

Al menos, durante el Imperio Nuevo, existía en Tebas una categoría que se encontraba a caballo entre los sacerdotes y la "policía". Eran los encargados de inspeccionar y vigilar las necrópolis para evitar a los ladrones sin escrúpulos, que continuamente amenazaban los enterramientos en busca de tesoros y joyas para su venta.

Este cuerpo militarizado establecía unidades de vigilancia en las in-

mediaciones de los cementerios. No obstante, por el número de tumbas violadas en la antigüedad, nos atrevemos a decir que no fue muy efectivo, es más, en estas expoliaciones pudieron estar involucrados algunos de ellos. Quizá haya que tener en cuenta que, en Tebas, los saqueadores a menudo recibían informaciones valiosísimas sobre la disposición de los enterramientos de los mismos artesanos y trabajadores, que vivían en la ciudad obrera de Deir el Medina, al final del periodo ramésida, aunque no sepamos exactamente el camino de las filtraciones.

Los sacerdotes guardianes de las necrópolis han dejado sentir su existencia a través de los sellos con los que clausuraban las tumbas saqueadas, una vez que habían restituido y agrupado todos los objetos sagrados en el interior del enterramiento, trasladándolo a otro, en el caso de que el suyo fuera irrecuperable. En torno a esta cuestión, sabemos que se encargaron de reunir los cuerpos de reyes y sacerdotes en tumbas más seguras. Congregaban, cuando era necesario, sus ajuares mermados y restauraban sus sarcófagos, como ya mencionamos al tratar las *Cachettes* o escondrijos.

e) Sacerdotes y Sacerdotisas (Bailarinas) Muu

Presentes desde el Imperio Antiguo, tanto en tumbas como en los *Textos de las Pirámides*, no podemos juzgar con precisión si este tipo de personajes constituían una rama del sacerdocio o si eran llamados para participar en el desfile funerario que se formaba después de la muerte de un individuo.

En cualquier caso, los Danzarines y Danzarinas *Muu* parecen haber sido uno de los grupos de tradición más remota en los funerales. Estaban relacionados con la peregrinación y el ritual funerario que debía practicarse en la ciudad santa de Buto, así como en Sais y en Heliópolis. Más frecuentemente, aparecen en las tumbas del Imperio Medio como por ejemplo en la tumba del Gobernador de la Ciudad Antefoker, (TT 60), de tiempos de Senusert I, en la Dinastía XII, o en los hipogéos del Imperio Nuevo. Entre ellos hay que destacar el de Rejmira (TT100).

En opinión de Gref Reeder (1995), existían tres tipos. Los primeros interceptaban la procesión funeraria en la orilla Oeste gesticulando para indicar el permiso específico que se necesitaba para entrar en la necró-

polis. Los segundos eran guardianes que estaban alojados en una estructura especial a partir de Imperio Nuevo. Los terceros estaban asociados a la ciudad de Buto. Los dos primeros llevaban sobre la cabeza un adorno vegetal formado por unos sombreros de plumas, juncos, cañas u otras plantas y un pequeño faldellín apuntado que les cubría hasta las rodillas. Ellos danzaban frente a frente, mientras que los terceros no portaban ningún tocado significativo. Sin embargo, durante el Imperio Antiguo llevaban sobre la cabeza un tocado formado por tres papiros.

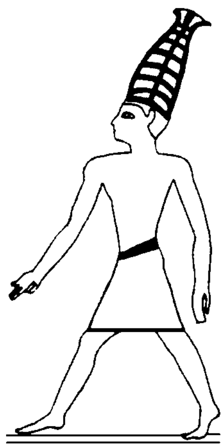


Fig. 33. Sacerdote Muu de la tumba de Antefoker, en Tebas.

Los Danzarines *Muu* eran los que interrumpían el recorrido del funeral en lugares distintos de la necrópolis y, en este punto, o ante la misma tumba, interpretaban ante la momia un complejo rito, basado en un baile cuyas fases no han llegado hasta nosotros. En otras ocasiones, los encontramos como integrantes del desfile funerario. En cualquier caso, se trata de bailarines de la necrópolis, de representantes de los ancestros. Parecen simbolizar a los habitantes del Más Allá, y daban la bienvenida al difunto ofreciendo cerveza al pie de la tumba. Como el resto del clero, debían mantenerse en el estado de mayor pureza.

En los primeros tiempos, dentro de esta agrupación las mujeres no podían realizar algunas de las danzas rituales que estaban destinadas tan solo a hombres, pero posteriormente parecen estar presentes. Quizá esto



A la derecha sacerdotes Muu, en la tumba de Renini, en El-Kab. Imperio Nuevo.

sea debido a la tradición predinástica de no admitir a la mujer en todos los rituales religiosos. De cualquier modo, el rito se cubría con personajes de alta alcurnia, o hijos e hijas de sacerdotes que heredaban la función de su padre.

Todo el clero del que hemos hablado hasta este momento, salvo excepciones, a las que ya hemos hecho mención, estaba formado por personal masculino. Desarrollaremos ahora la parcela destinada al servicio religioso femenino, aunque hasta nuestros días no se tenga una idea clara de cuál era el organismo o el personaje encargado de la coordinación entre ambos grupos.

Capítulo XVIII

EL CLERO FEMENINO

No seas negligente en servir a tu dios.
La suerte de un templo es (tener) un sacerdote.
Ni reces a dios descuidando lo que él dice.

Instrucciones de Anjsesonky

La participación de la mujer en algunos aspectos de la religión y, sobre todo, en el culto funerario, se remonta a épocas lejanas y se refiere a ocupaciones concernientes a deleitar al dios, con funciones que básica y tradicionalmente estaban acordes con su sexo, es decir, como cantantes, músicas, bailarinas, etc. Heródoto (II, 35) nos dice respecto a su colaboración en las actividades de los santuarios:

Ninguna mujer ejerce el sacerdocio de dios o diosa alguno; los hombres, en cambio, ejercen el de todos los dioses y diosas.

Pese a esta aseveración del viajero de Halicarnaso, sabemos que algunas pertenecieron a las escuelas sacerdotales de dioses y diosas y que, en diversos templos de divinidades femeninas, llegaron a tener una importancia especial. En este caso se encontraban los santuarios encomendados, por ejemplo, a Hathor, Neit, Bastet, Pajet, etc., donde también oficiaban los hombres. Concretamente, el culto a la leona Pajet y la parte más importante de su clero femenino estaba en la actual ciudad de Beni Hasan. Aquí se han hallado grandes necrópolis con gatos embalsamados, símbolo de la diosa. Durante el Imperio Antiguo estaba compuesto principalmente por

personal masculino y sacerdotisas que eran, en su mayoría, las hijas de algunos reyes o personajes de la nobleza, mientras que en la Dinastía XII pasó a las manos de las mujeres de los *Nomarcas* de esta localidad.

Durante el Imperio Antiguo es cuando, con más frecuencia, podemos encontrar a la mujer ejerciendo trabajos de la máxima responsabilidad, como por ejemplo Vigilante del Tesoro. Destacan, sobre todo, en los ya mencionados servicios a Hathor, Neit o Pajet. Podemos citar, por ejemplo, a una hija de un noble provincial de Beni Hasan que, en la Dinastía V, fue nombrada Gran Sacerdotisa de Hathor, con idéntica función que la que hubiera desempeñado un varón, ya que en las Dinastías IV y V se aprecia un culto predominante a esta diosa. Precisamente fue en los templos pertenecientes a divinidades femeninas donde las mujeres ejercieron papeles más importantes, pero en ellos, también oficiaban un gran número de sacerdotes masculinos que, generalmente, dominaban casi todos los aspectos directivos. En Egipto no existió ningún santuario donde sólo hubiera una escuela sacerdotal femenina.

La mujer, desde el Imperio Antiguo, jugó un importante papel en servicios de dioses masculinos (Thot, Min, Anubis, etc.), actuando como Profetas o Sacerdotisas Femeninas del Dios, llamadas por los antiguos egipcios *Hemet-Neter*. Los textos y relieves de la tumba de Meresanj III, nieta de Jufu (Keops) y de la reina Merytytes, situada en Guiza, no dejan lugar a dudas. Ella profesó en el sacerdocio de Thot ejerciendo el cargo de Sumo Sacerdote y en el culto funerario de su madre Heteferes II, según se desprende de la inscripción inscrita en su sarcófago y en la cámara principal de su tumba. En su enterramiento se hizo representar del modo tradicional, es decir, vistiendo la piel de pantera que utilizó en las ceremonias y que indicaba su pertenencia al clero. Además, como es costumbre, sobre los muros hizo grabar su *curriculum* sacerdotal y puede leerse el texto siguiente:

Señora de Dendera, Sacerdotisa de Bapefy, Sacerdotisa de Thot, Sacerdotisa de Hathor [...]

[...] La Hija de su Cuerpo, Hija del Rey, La Que Ve a Horus y a Seth, Meresanj, Gran Favorita, Enormemente Elogiada, Sacerdotisa de Thot, Compañera de Horus, Su Consorte, Aquella que es querida por las Dos Señoras, Esposa del Querido Rey. Meresanj.

Ella, como otras mujeres destacadas de la época, gozó de un culto funerario, llevado a cabo por sacerdotes que debían concentrar sus esfuerzos en que la difunta tuviera diariamente todo lo que podía precisar en el Más Allá.

A partir de la Dinastía IV, las sacerdotisas fueron escogidas entre los miembros de la alta sociedad, integrándose al final del Imperio Antiguo en la rama del clero que se encargaba del servicio funerario *(Hemut-Ka).* Un ejemplo de este tipo es el de Neferhetepes, una hija de Dyedefra, monarca de esta dinastía, que ejerció el cargo de sacerdotisa en el culto funerario de su propio padre. Los puestos comenzaron no siendo hereditarios, pero, poco a poco, como en el clero masculino, sufrieron un proceso irrevocable. Primero se hizo costumbre que los descendientes directos desempeñaran la función del progenitor o la madre, para más tarde transmitirse por herencia, bien por ser hija de una sacerdotisa o por ser esposa o hija de un sacerdote del clero masculino situado en cualquier lugar de la jerarquía. Sólo en el Imperio Nuevo se incluirían clases más bajas en el desempeño de estas funciones.



Fig. 34. Meresanj III con piel de pantera.

El cargo de Sacerdotisa, tanto en el Imperio Antiguo como en periodos posteriores, era un puesto codiciado, ya que toda mujer poseedora de un título relacionado con el clero alcanzaba un *status* superior en relación a sus iguales. Los empleos más altos recibían, en compensación, no sólo el privilegio de servir al dios, sino también cosas mucho más materiales, como puede ser 1,5 Ha. de terreno, que podían cultivar y parte de las ofrendas o dádivas que recibía el colectivo en el que desempeñaran sus servicios.

Durante el Imperio Medio los cargos directivos de las mujeres, dentro del clero, fueron perdiéndose, aunque se siguió manteniendo el de sacerdotisa, que cobró un nuevo y creciente impulso a partir del Imperio Nuevo. Sin embargo, existieron casos tan excepcionales como el de Taniy que, en tiempos de Amenemhat II, participó en misterios tan im-

portantes y exclusivos como los de Osiris en Abidos. Una estela, depositada de forma devota en la ciudad del dios del Más Allá, ha sido la que nos ha ofrecido una riquísima información de la personalidad y las actividades de esta mujer en el rito, ya que, como era costumbre, quiso pasar a la inmortalidad dejando patente los hechos destacables, de los que podía sentirse orgullosa a lo largo de su vida.

Las reinas, desde el Imperio Antiguo hasta la Dinastía XI, frecuentemente trabajaban al servicio del culto de la diosa Hathor, y sobre todo durante la Baja Época jugaron un importante papel religioso dentro de las escuelas sacerdotales encomendadas a los dioses. Las ocupaciones menores se cubrían con mujeres de más baja alcurnia.

En el Imperio Nuevo las mujeres de la capa social más alta y, sobre todo, las esposas de algunos sacerdotes, trabajaban en esta rama del clero mediante un trabajo voluntario, que podía no ser remunerado, pero la administración estaba llevada prácticamente en su totalidad por hombres. Estaban divididas en cuatro *Phylaes,* como el clero masculino, pero, a diferencia de ellos, no debían de servir obligatoriamente durante un periodo de un mes, sino que se las llamaban cuando eran necesarias en el ritual. En concreto, en la Dinastía XVIII los cargos sacerdotales vinculados con la mujer sufrieron un lento proceso que llevó a convertirlos en cargos hereditarios. Esta metamorfosis venía produciéndose desde periodos anteriores. Al igual que sus maridos, premiados con títulos que los relacionaban con el clero, ellas disfrutaban del beneficio de un nombramiento conexionado con el culto al dios. Así, durante el Imperio Nuevo, generalmente la mujer del Gran Sacerdote de Amón era la encargada de las Sacerdotisas, transcrito en algunos textos como Concubinas, y de la supervisión de los Músicos Femeninos. Un ejemplo de este tipo, aunque algo tardío, es el de Nesjonsu, de la que ya hablamos al tratar los oráculos, la cual, de entre sus numerosísimos títulos, llevaba el de Jefe del Harén de Músicos de Amón, también traducido como Cabeza del Harén. Además fue Sacerdotisa de Amón, de Jnum, Señor del Distrito de la Catarata, de Jnum, Señor de *Gehesti*, de Nebet-hotep de *Seruedet* y de Hathor, Señora de *Aagana*. Tenemos constancia de que algunas mujeres llevaron el título de Guardianas del Santuario, que eran las encargadas de recibir al rey o a las procesiones con música y danza.

El término de Concubina ('Jekeref') ha servido para designar a aque-

lla mujeres adscritas al Cuerpo Musical Sagrado de Amón y no corresponde, en absoluto, a la idea que hoy tenemos del mismo, es decir, la mujer que hace vida matrimonial con un hombre que no es su marido. Podríamos afirmar que las relaciones con el dios eran únicamente místicas y en ningún caso físicas. Los títulos, de orden puramente simbólico, facultaban tanto a la Esposa del Dios como a las sacerdotisas a llevar una vida normal sin tener que prostituirse al servicio de la divinidad, como en otras culturas del mundo antiguo, pese a que en algunas ocasiones encontremos términos que puedan prestarse al equívoco, tales como Las Reclusas del Templo de Luxor o Las que Aman (Sacerdotisas que representaban a la diosa de la música Meret). Lo mismo ocurre con el harén, del que hablaremos más tarde.

Entre las atribuciones de aquellas de rango superior, encontramos la presentación de ofrendas, tanto materiales, sólidas, líquidas, como fumigaciones de incienso. Era necesario que se sometieran a la purificación ritual, ya que iban a estar indirectamente en contacto con la divinidad. Generalmente su influencia distaba mucho de la que poseían sus homónimos masculinos, dentro o fuera del santuario, y ellas, generalmente, no ejercían ningún papel en las labores administrativas o intelectuales del templo, excepción hecha, claro está, de casos puntuales o de las Divinas Adoratrices de Época Tardía. Precisamente, una de estas excepciones fue la del puesto de Directora de los Trabajos en el Terreno del Dios.

Tenemos conocimiento de cargos inferiores, relacionados con la buena marcha del santuario aunque, presumiblemente, sin una conexión directa con el clero. Nos estamos refiriendo a las mujeres que se encargaban de la supervisión de los asuntos relacionados con la vida cotidiana del templo, trabajadoras menores y artesanas, como, por ejemplo, las Supervisoras de las Tejedoras cuya evidencia se localiza al menos durante el Imperio Nuevo.

A la cabeza del clero femenino se encontraba la Directora Jefe de todo el Personal Femenino de los Templos del Alto Egipto y Nubia, un título que, según algunos autores, podría ser una variación del de Virrey de *Kush*. Posiblemente tenía su homónima en el Bajo Egipto.

Como los hombres, ellas también podían desempeñar cargos distintos en las variadas escuelas sacerdotales de dioses y diosas, aunque éstas no tuvieran una conexión aparente, a modo de sacerdotisas de mayor o

menor grado. Sabemos que en Edfú y Dendera, además de los empleos comunes en otros templos, existía un grupo formado por siete mujeres que representaban a las *Siete Hathor,* un conjunto de *hadas* que encarnaban a la diosa y que este puesto era muy codiciado. Su cargo parece encontrarse a caballo entre el clero y las seglares, trataremos de ellas más adelante. En este lugar existían también Las Mujeres de Buto y Busiris, que tenían el privilegio de representar a aquellas féminas mitológicas de estas importantes ciudades santas, encargándose de entonar unos cánticos específicos de protección bajo el mando de un personaje femenino.

A comienzos de la Dinastía XVIII aconteció un hecho excepcional y fue la renuncia del puesto de Segundo Profeta de Amón por parte de la reina Ahmose Nefertari, para hacerse cargo de la institución de la Esposa del Dios, organismo que, a partir de ese momento, iba a poseer una Directora o Director de la Casa de la Esposa del Dios, tierras, sacerdotisas, empleados, obreros, etc., y que se emplazó en la orilla occidental de Tebas, cerca de Gurnah. Igualmente, en la Dinastía XXVI, las Divinas Adoratrices Ajnesneferibra y Nitocris II, fueron Primeros Profetas del Dios Amón, ya que en aquellos tiempos éste había caído en decadencia y había pasado a manos femeninas. Ambos casos los expondremos en sus correspondientes apartados.

De acuerdo con Saphinaz-Amal Naguib (1990), presentaremos la estructura general de los títulos sacerdotales femeninos o aquellos que indirectamente podrían guardar relación con él, distinguiéndolos del modo siguiente:

* Títulos puramente honoríficos, que son designaciones de rango social.
* Títulos estrictamente religiosos (dotados o no de una función efectiva).
* Títulos correspondientes a una función real.
* Títulos femeninos con connotaciones religiosas.

La mujer, en el Antiguo Egipto, tenía realmente una condición privilegiada si la comparamos con las féminas de civilizaciones coetáneas. Alcanzaron atribuciones y derechos que jamás sus congéneres extranjeras llegaron a imaginar. Es más, en este país, algunas llegaron a gobernar. Entre ellas podemos destacar a: Nitrocris, Sobeknefrura, Hatshepsut, Tausert o la célebre Cleopatra VII. No es descabellado pensar que cuando una mujer ascendía al trono de las Dos Tierras, y sobre todo bajo la potestad

de Hatshepsut, las mujeres cobraran una mayor importancia en los aspectos sacerdotales. Igualmente, las fuentes nos indican que personajes femeninos tan importantes e influyentes como Tiy, hija de un Gran Sacerdote de Min, llamado Yuya, y esposa de Amenhotep III, Nefertiti, esposa de Amenhotep IV y Nefertari, esposa de Ramsés II, otorgaron ciertas prerrogativas a sus escogidas, impulsándolas dentro de la carrera sacerdotal. Es conveniente recordar que en Egipto hombres y mujeres teníon igualdad ante la ley y por lo tanto las sacerdotisas también podían tener tierras, vender, comerciar, heredar o legar como los hombres.

A lo largo de este capítulo, vamos a encontrar mujeres médicos, escribas, sacerdotisas con funciones concretas, etc. Por ello, hemos de recordar que, dentro de la sociedad egipcia, hubo también casos puntuales de mujeres que en los textos aparecen desempeñando altísimas responsabilidades. Por ejemplo Nebet, suegra de Pepi I, en la dinastía VI, Berenice II, cónyuge de Ptolomeo III o Cleopatra I, esposa de Ptolomeo VI, tienen en sus titulaturas el cargo de Visir y la misma Nebet, ya mencionada, fue Juez. Este título no vuelve a aparecer en manos de una fémina hasta Ajnesneferibra, hija de Psámetico II, en la dinastía XXVI, es decir unos 1.681 años más tarde.

Como en el clero masculino, algunos de los cargos relacionados con el clero femenino no han podido ser situados en la jerarquía. Muchos matices, quizá de un mismo empleo, pueden llegar a confundirnos con gran facilidad.

Antes de comenzar a exponer algunos cargos sacerdotales conviene hacer una puntualización. Vamos a encontrar a menudo puestos que se se identifican con distintas diosas, como por ejemplo Hathor, Mut, Sejmet, Tefnut, Bastet, Isis y Neftis o Meret, entre otras muchas. Ellas, aunque son deidades independientes, pueden considerarse aspectos distintos de una sola entidad femenina, que dependiendo del carácter que se quiera enfatizar y de la historia mitológica que represente, se denominan de distinto modo. Lo mismo ocurre con los dioses masculinos. Por todo ello, es necesario hacer abstracción de nuestros conceptos modernos y acercarnos al pensamiento de los habitantes del Valle del Nilo. Haciendo una burda comparación, podríamos pararnos a pensar cual puede ser el pensamiento de los historiadores y arqueólogos del año 7.497 de nuestra era (tiempo transcurrido desde el comienzo del Predinástico hasta

1.997) cuando excaven los restos de, por ejemplo, un país católico como España ¿Cuál será su opinión al contemplar a infinidad de advocaciones de la Virgen con nombres distintos? ¿Qué creerán al encontrar una importante cantidad de santos en nuestras iglesias? Es muy probable que piensen que fuimos un país politeísta y no lleguen a adivinar el fondo de la cuestión. Por supuesto, la comparación no es aplicable al Antiguo Egipto, donde adoraron a más de una divinidad, pero el ejemplo nos sirve para aproximarnos un poco más al pensamiento egipcio.

Mujeres con puestos masculinos

a) Las Médicos

Aunque ya hemos citado a Meresanj III, ésta no es la única que ejerció cargos tradicionalmente masculinos. Sabemos que, ocasionalmente, otras mujeres ocuparon puestos importantes del mismo tipo, conexionados con la escritura o la medicina. Realmente ésta es una innovación egipcia, ya que la mujer, en otras civilizaciones cohetaneas no podía acceder a esta ciencia. Un ejemplo de este tipo es el de la Supervisora o Directora de Médicos Femeninos Peseshet, que vivió en la Dinastía IV y que dirigió, presumiblemente, a un grupo de féminas especialistas. La estela donde apareció su título fue hallada en la tumba de su probable hijo Ahket-Hetep, en Guiza, y lamentablemente no tenemos más referencias de las demás ocupaciones que desempeñó, excepto su función de Directora de Sacerdotisas Funerarias. En ella aparece sentada ante una inscripción jeroglífica donde se encuentra el conflictivo título que llevó, sobre todo si tenemos en cuenta que algunos especialistas en lengua lo traducen como Supervisora y otros como Directora. Asimismo, en el papiro del Periodo Ptolemaico 10074, del Museo Británico, encontramos a otra mujer relacionada con la medicina, llamada Taua, que llevaba el título de Mujer-médico y que parece haber ejercido su ciencia entre las mujeres. Aunque no frecuentes, estos no son dos casos aislados en la civilización faraónica, lo que nos lleva a pensar en una posible agrupación que reunía a las féminas que desempeñaban de algún modo la medicina. En cualquier caso, no podemos afirmar categóricamente que ellas tuvieran además un título sacerdotal, como puede ser el de Sacerdote de Sejmet o Selkis o que formaban un cuerpo integrado en la Casa de la Vida, pero parece que esto sería lo más lógico.

En opinión de Cole (1987), los médicos varones estaban asistidos por mujeres, que en algunos casos eran verdaderas especialistas. Es más, en la tumba menfita de Horanjemsay, datada en la Dinastía VI, y en una capilla funeraria tebana del 1420 a.C. aproximadamente, se recoge la idea de que algunas mujeres pudieron practicar la cirugía. Los relieves nos muestran a operadores masculinos, nodrizas que practican la circuncisión a los niños que tienen a su cuidado, así como a asistentes operando un pie, "enfermeras", etc.

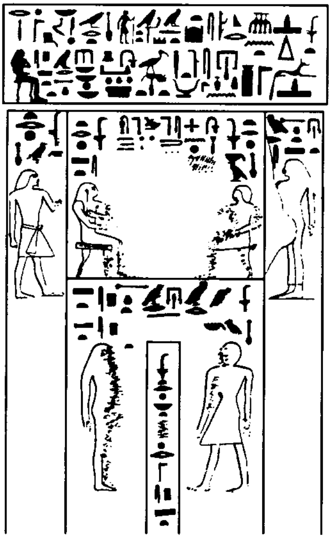


Fig. 35. Estela de Falsa Puerta de Peseshet.

Parece que, tanto hombres como mujeres, podían acceder a las enseñanzas relacionadas con la medicina y que además podían actuar como maestras de sus compañeras. Por otro lado, los textos también parecen evidenciarnos una escuela de obstetricia, situada en el templo de Neit en Sais, donde presumiblemente aprendían su profesión algunas comadronas:

Yo he venido desde la escuela de medicina de Heliópolis y he estudiado en la escuela de mujeres de Sais donde las madres divinas me han enseñado como curar las enfermedades.

Por otro lado, en la *Biblia* y concretamente en el *Éxodo* (1,15) tam-

bién se hace referencia a la participación de la mujer hebrea, afincada en Egipto, en algunas ramas de la medicina:

Ordenó el rey de Egipto a las parteras de los hebreos, de las cuales una se llamaba Sifrá y la otra Fuá, diciéndoles: «Cuando asistáis al parto de las hebreas y al lavar a la criatura veáis que es niño, le matáis; si es niñá, que viva». Pero las parteras eran temerosas del Dios y no hacían lo que les había mandado el rey de Egipto, sino que dejaban con vida a los niños. El rey de Egipto las mandó llamar y les dijo: ¿Por qué habéis hecho eso de dejar con vida a los niños? Y le dijeron las parteras al faraón: «Es que no son las hebreas como las mujeres egipcias. Son más robustas y antes que llegue la partera ya han parido». Favoreció Dios a las parteras, y el pueblo seguía creciendo y multiplicándose. Por haber temido a Dios, las parteras, prosperó él sus casas. Mandó, pues, el faraón a todo su pueblo que fueran arrojados al río cuantos niños nacieran a los hebreos, preservando sólo a las niñas.

Como ocurre con todos los pueblos, la cita no puede interpretarse al pie de la letra ya que, dependiendo de la fuente, los sucesos se desvirtúan en beneficio de quien lo escribe. En este caso, es evidente que hay un deseo de desprestigiar al faraón y al código moral del país del Nilo, para potenciar el de los hebreos y por supuesto al Dios Yavé. Conociendo el sentimiento del pueblo egipcio, muy distinto al de los Asirios, es poco probable que los hechos acontecieran de la forma en que se cuentan. Sin embargo, lo que sí es conveniente remarcar es la mención a las parteras como única ocupación de la mujer extranjera en el difícil arte de la medicina.

En los documentos egipcios no aparece explícitamente el nombre de ninguna comadrona *Iat-rini,* y no es, hasta el siglo III d.C., cuando en el papiro de *Oxirrhincos XII,* encontramos la mención a una de ellas. Sin embargo, lo tardío del papiro nos hace preguntarnos si realmente no existieron o si, mas bien no quedaron registradas (por razones que desconocemos) en los archivos más antiguos. Los distintos relieves donde se representan las *Teogamias* (representaciones en las que por medio de dioses y símbolos se explica el nacimiento mítico del rey) podrían indicarnos veladamente la existencia de estas mujeres. Ellas pudieron aprender no sólo por transmisión oral de madres a hijas sino en algún tipo de "escuelas" localizadas en otros santuarios. Como vemos, los ejemplos que han llegado hasta nosotros son tan vagos y puntuales, que una aseveración de este tipo no cabe más que como hipótesis de trabajo.

b) Las Escribas

En Egipto, los escribas eran generalmente los hombres. Ésta era una profesión envidiable y deseada por todos aquellos que quisieran tener una posición privilegiada, ya que el conocimiento de la lectura y la escritura estaba, como es lógico, muy considerado. No obstante, al menos desde el Imperio Medio, algunas mujeres desempeñaron cargos próximos a las labores de los escribas, relacionándose de algún modo con esta ocupación, que, en algunos casos, estaba relacionada con el sacerdocio.

Son muy limitados los datos que tenemos de estas primeras féminas. En la tumba de Seshseshet Idut (Dinastía VI) en Sakkara, existe una curiosa representación de la finada con útiles de escritura. Desafortunadamente no podemos asegurar que éstos le pertenecieran, ya que pudieron ser añadidos en sus manos por el Jefe de Justicia y Visir, Ihy, usurpador de la mastaba en la misma dinastía, con intención de adecuar las figuras a su propia personalidad. Más tarde, en la tumba de Irterau, en Assasif (TT390), de tiempos de Psamétiko I, figura una inscripción en la que puede leerse Escriba Femenino, inusual alto privilegio, además de ser Jefe Asistente de la Divina Adoratriz Nitocris. Por ello, no habiendo muchas más menciones, nos centraremos en Nesi-tanebet-isheru, hija de Pinedyem II, que en la Dinastía XXI parece haber actuado como copista. Sin embargo, antes de imbuirnos en su historia, queremos aclarar que tras ella, otra mujer, llamada Irterau, además de ser Jefe Asistente de la Divina Adoratriz Nitocris, en tiempos de Psamétiko I, aparece en su tumba de Assasif (TT 390) llevando el cargo de escriba femenino, un gran privilegio, ya que esto no suele ser usual en los enterramientos de mujeres.

Nesi-Tanebet-Isheru tenía un número de títulos sacerdotales, que a continuación listaremos, pero de entre todos ellos destaca el de La que Trabaja en los Rollos de papiro de Amón Ra. Posiblemente, esta mujer, conocedora de las letras, se encargó de redactar compendios sagrados del *Libro de los Muertos* para su propia familia, una ocupación impensable para la mayoría de las féminas egipcias. Además, estaba a la cabeza del Cuerpo Musical del Dios.

A riesgo de resultar tedioso, creemos necesario exponer algunos de los títulos y puestos de esta mujer, para hacernos una idea de su importancia y de sus deberes religiosos en templos y cultos distintos. Nesi-Tanebet-Is-

heru fue Gran Superiora del Harén Musical de Amón-Ra Rey de los Dioses, Superiora de *Shepsut,* Sacerdotisa de Amón Ra, Señor de *Iurud,* Sacerdotisa Nejbet, la Blanca de *Nejen,* Sacerdotisa de Onuris-Shu, Hijo de Ra, Sacerdotisa de Pajet, la Gran Señora de *Sty,* Sacerdotisa del Señor de Abidos, Sacerdotisa de Mut, Señora de *Isheru,* Grande en la Casa de Mut, Sacerdotisa de Osiris que está sobre el Trono en Abidos, Sacerdotisa de Osiris, Horus e Isis en Abidos, Sacerdotisa de Horus, Señor de *Dyuef,* Sacerdotisa de Min-Horus, Hijo de Isis en *Panópolis,* Grande del Templo de Jonsu Neferhotep en Tebas, Gran Sacerdotisa de Amón Ra Rey de los Dioses, Madre Divina de Jonsu Niño, Sacerdotisa de Hathor, Señora de Cusae. Como vemos participó al servicio de grandes dioses.

Otro de los títulos que esta gran mujer llevó, dado tras su muerte, fue el de Espíritu Glorioso de Ra. Todos aquellos que en vida habían llegado a la categoría de "héroes", bien por sus conocimientos o por su vida ejemplar, eran reverenciados en esta forma. Ellos habían alcanzado una notoriedad, que trascendía más allá del ámbito estrictamente familiar, y, como tal, recibían una veneración pública. A menudo se adoraban en el interior de las casas en forma de bustos o estelas. Con este título, la difunta se asimilaba a un rayo del dios sol, se fundía con él y navegaba en su barca divina surcando el cielo egipcio eternamente.

Parece lógico pensar que algunas mujeres de alta alcurnia pudieran leer ciertos documentos de su incumbencia sin necesidad de acudir a un lector. Realmente se nos hace difícil pensar, por ejemplo, en las reinas Hatshepsut o Tiy con dificultades para interpretar ciertos textos confidenciales o diplomáticos importantes para el país. Sabemos que la reina Tiy tenía una biblioteca y además se ha encontrado un sello con su nombre en el interior de un cartucho , que servía para cerrar los tubos que contenían los papiros. En este caso, se encontró que el texto exterior decía *Libro del Sicómoro Dulce.* Por otro lado, la existencia de representaciones femeninas con útiles de escritura es un dato a tener en cuenta.

La Esposa del Dios y La Mano del Dios

Esporádicamente, desde el Imperio Medio (Dinastía XII), algunas reinas llevaron en su titulatura el cargo de Esposa del Dios, *Hemet Neter.* Las primera en utilizarlo fue Imertnebes, hija de Duy (aunque S. Ratie

[1979] cree que también se encuentra en manos de la princesa Neferu en la Dinastía XI). De cualquier modo en esos tiempos parece que pudo ser prácticamente honorífico y sin unas atribuciones ni una estructura sacerdotal como tendría más tarde. Así, en el Imperio Nuevo, éste se transformó en Esposa del Dios Amón o Gran Profeta Femenino del Dios Amón, alcanzando mayores atribuciones. Esta mujer estaba al mando de todo el grupo sacerdotal femenino que desempeñaba las labores en el templo.

En el Imperio Nuevo, esta mujer se encontraba a la cabeza y como representante terrena de la diosa Mut, consorte de Amón en Tebas, aunque su título también guardaba relación con Tefnut. Las primeras féminas nombradas con el título de Esposa del Dios Amón, fueron las reinas Aahotep, madre de Ahmose Nefertari, y Satkamose, hija de la misma reina, aunque parecen que lo adoptaron después de haber fallecido, es decir, de forma honorífica. Por ello, todo parece indicar que la que realmente retomó el título fue Ahmose Nefertari, a comienzos del Imperio Nuevo, en el año 18 o 22, del reinado de su esposo Ahmose, fundador de la Dinastía XVIII. Fue entonces cuanto se hizo cargo del título y renunció al derecho de ser Segundo Profeta de Amón. Con ella apareció toda una institución con propiedades, tierras y personal que encabezaba personalmente la reina. Las fuentes que documentan el acontecimiento son una estatua, donde está representada con un atuendo y una peluca propio del Imperio Medio, queriendo enfatizar su arcaica función, y una estela que se encontró entre los bloques de relleno del tercer pílono de Karnak.

Normalmente, salvo excecpciones como la de Meritra-Hatshepsut* desde Thutmose I a Thutmose III, el título de Esposa del Dios debía pasar de madre a hija de un rey cuyo destino fuera convertirse en reina para, más tarde, desaparecer bajo el reinado de Amenhotep III y renacer con Thutmose IV, que se lo dio a su madre Tia. Para unos (Troy [1986]) las últimas en llevarlo fueron Merytamón, hija de Thutmes III y Meritra Hathshepsut, hija de Huy y de Thutmes III, mientras que para otros (S. Ratie [1979]) Mutemuia, esposa de Thutmes IV, habría sido su última portadora, y a partir de este momento sufrió una lenta decadencia.

Ya a mediados de la Dinastía XVIII la Esposa del Dios aparece representada en los muros de Karnak acompañada de un personaje denomi-

*Esta mujer no es hija del rey y el título se lo dio, al parecer, su hijo Amenhotep II.

nado Padre del Dios, al que nos referimos en el capítulo anterior, actuando en ritos relacionados con la condena a enemigos del país. Más tarde, fue adquiriendo mayores atribuciones y desempeñó un importante papel político, como veremos a continuación. En tiempos de Hatshepsut, se acompañó del título de Mano del Dios, pero, en el año 2 del su reinado, ésta abandonó algunos de sus títulos, en beneficio de su hija Nefrura, para ser nombrada faraón. Es decir, su hija, aun habiendo tenido una muerte prematura, según S. Ratie (1979), ostentó los títulos de Esposa del Dios, Mano del Dios y Divina Adoratriz. Cuando Nefrura desapareció, el puesto de Divina Adoratriz lo ocupó una mujer llamada Senseneb, la hija del Gran Sacerdote de Amón, Hapuseneb, y posiblemente durante unos años por Huy, madre de Meritra Hatshepsut, ya que los ritos en los que su portadora debía intervenir, tenían que seguir desarrollándose.

El título de Esposa del Dios renació en el periodo ramésida en manos de Satra, esposa de Ramsés I, sin que sepamos la razón. No obstante, aún carecía de la obligación de permanecer célibe, como ocurriría después, y definitivamente el puesto desapareció con Shepenupet II, en la Dinastía XXV.

Podemos afirmar que, en este momento, la Esposa del Dios Amón fue poco más que un mero apelativo de reina, que no fue empleado por todas las mujeres. No obstante, reinas de la talla de Nefertari, esposa de Ramsés II, y Tausert, esposa de Sethy II, que llegó a gobernar como Faraón, lo incluyeron en su titulatura. Tras este periodo pudo ser empleado también por personajes que no fueran hijas de los faraones, aunque algunas de ellas también lo mantuvieron.

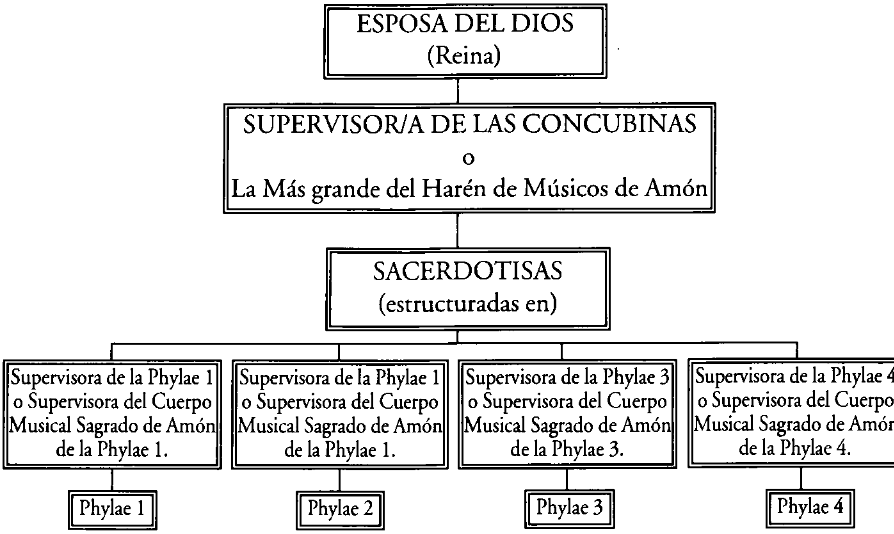
La Esposa del Dios ejerció en Egipto, durante la Dinastía XXI, una férrea jurisdicción sobre las Cantoras de los Espacios Interiores y, en este puesto, llevaba el título de Gran Cantora del los Espacios Interiores de Amón o lo que es lo mismo *Ueret Hesyt en Jenu en Imen*. Esta agrupación va a ser tratada más adelante. En este momento el cargo lo llevó la hija natural o adoptiva del Primer Sacerdote de Amón, aunque, en algunos casos fue adoptado por la Divina Adoratriz. Un ejemplo de este tipo es del de Maatkara, hija de Pinedyem I.

La estructura del clero femenino estaba dividida en un grupo directivo, formado por la reina y por personajes de alta alcurnia (lo que en el sacerdocio masculino era el Alto Clero) y un gran número de sacerdo-



La Esposa del Dios representada en la Capilla Roja de la reina Hatshepsut. Imperio Nuevo. (Museo al Aire Libre en el Templo de Karnak. Tebas)

tisas de orden menor, (como el Bajo Clero masculino). Gráficamente podemos explicar la jerarquización del modo siguiente:



Como puede observarse, a la cabeza de cada una de las cuatro *Phylaes* existía el cargo de Supervisora. El título de Primera y Segunda Sacerdotisa de Amón-Ra, Rey de los Dioses, encontrado en determinadas ocasiones, induce a pensar que la estructura del clero femenino se correspondía, casi fidedignamente, con el clero masculino, es decir, cuatro máximas sacerdotisas (Alto Clero) y el conjunto de las demás mujeres encuadradas en las cuatro *Phylaes* (Bajo Clero).

El título de Esposa del Dios se aplicaba a determinadas féminas que formaban parte del culto a un dios procreador, deidades que en Tebas eran Amón y Min. Ella tomaba parte en ceremonias religiosas de gran importancia, tanto como para estar presente y participar en los Jubileos, que eran unas ceremonias de renovación real que debían practicarse y repetirse cada cierto número de años. La influencia e importancia de este cargo femenino fue creciendo con el transcurso de la civilización y se hizo indispensable, entre otros lugares, en los ritos de purificación y de ofrendas que se hacían en Tebas, en la coronación del rey, así como en actos públicos en los que participaba acompañada del clero. Un documento imprescindible para determinar sus labores es la Capilla Roja de Hatshepsut, donde, a

través de sus relieves, se puede hacer el seguimiento de las funciones del cargo, que aquí desempeña un personaje anónimo que quizá pudiera ser su hija Nefrura o una sacerdotisa de alto rango.

El título de Esposa del Dios Amón tenía una función marcadamente religiosa y fundamental cuando permanecía en manos de la madre del rey. Existía la creencia de que a ella se le había presentado la divinidad por medio del cuerpo de su esposo, para concebir al que más tarde sería faraón. A este hecho se ha venido denominando *Teogamia* y fue empleado para justificar el derecho al trono de reyes tan importantes como Hatshepsut o Amenhotep III, en la Dinastía XVIII. Los acontecimientos acaecidos en el momento de la supuesta unión sexual con la divinidad y el desarrollo del embarazo, hasta llegar al parto, están minuciosamente representados en el Templo Funerario de la reina Hatshepsut en Deir el-Bahari, situado en Tebas Oeste o en el templo de Luxor. Curiosamente, Ahmose, esposa de Thutmose I y madre de Hatshepsut, no ostentó el título de Esposa del Dios, ya que en principio su hija no estaba destinada a convertirse en faraón.

Aunque las *teogamias* más populares sean las que ya hemos mencionado, no son un "invento" teológico del Imperio Nuevo. Ya el *Papiro Westcar*, redactado durante el Primer Periodo Intermedio, relata como un mago llamado Dyedi profetizó al faraón Jufu (Keops) la unión del dios Ra con Radyedet, esposa de un sacerdote del dios, de cuya unión nacerían tres niños que inaugurarían la Dinastía V, es decir, Sahura, Niuserra y Neferirkara.

La Esposa Divina ostentaba el cargo más importante del clero femenino de Karnak y, como tal, poseía unos bienes considerables, es decir era propietaria de: una casa, dirigida por un Director de la Casa de la Esposa del Dios, que se ocupaba de hacer cumplir y revisar las labores administrativas de toda la institución que tenía a su servicio. Estaba asistido por un mayordomo (puesto de gran prestigio reservado a personajes de confianza probada), almacenes, talleres de fabricación, rentas que supervisaba un Jefe del Doble Granero de la Casa de la Esposa Divina, rebaños, cuya contabilidad llevaba un escriba, y personas que cultivaban sus campos; todos ellos, a la muerte de su señora, pasaban a servir a la siguiente, produciéndose tan solo cambios puntuales. Por ejemplo, en tiempos de Thutmes III o quizá Hatshepsut, Ahmose, llamado Humay, fue Supervisor del Estado de la Esposa del Dios y Supervisor de los dos Graneros de la Esposa del

Dios Ahmose Nefertari y bajo Thutmes IV, Hety fue Escriba y Administrador de la Esposa del Dios, como su padre lo había sido antes.

El cargo de la Esposa del Dios se remuneraba mediante la donación de un gran número de tierras que pasaban a ser de su propiedad y de su exclusivo disfrute. El puesto, paulatinamente, adquirió mayores atribuciones y su título fue sufriendo una metamorfosis, hasta convertirse en lo que tradicionalmente conocemos como Divina Adoratriz de Amón-Ra. Por ello, con el paso del tiempo, ambos fueron llevados por la misma persona.

Esta mujer participaba también en los funerales reales cubriendo el puesto de Sacerdotisa Funeraria, *Dyeret,* a la que encontraremos después.

El epíteto de Mano del Dios, *Dyeret neter,* era un título menos importante que el de Esposa del Dios, pero, de cualquier modo, lo portaban aquellas destinadas a estar a la Cabeza del Harén. Se inauguró con Ahmose Nefertari (Troy [1986]), aunque en opinión de Ratie (1979), Hatshepsut y su hija Nefrura fueron las primeras en llevarlo. Para esta afirmación se basa en unos bloques hallados en el templo de Karnak. Finalmente, el título desapareció con Ajnesneferibra en la Dinastía XXVI, aunque no todas las reinas o hijas de reinas lo utilizaron.

El título guardaba estrecha relación con todas aquellas diosas que en algún momento se relacionaron con el dios creador Atúm, interpretándose que habían sido la personificación de su mano creadora en el acto de la primera fecundación, llevada a cabo por medio de la masturbación. Así, esa "mano" que llevó a término la polución se deificó como entidad semi-independiente, interpretándose que ésta era la hija del dios y se identificó con Isis, Hathor, Iusaas, Nebethetepet, etc. Gracias a ella, el dios se regeneraba.

La diferenciación entre Esposa del Dios, Esposa Divina, Divina Adoratriz y Mano del Dios es muy sutil. Los tres últimos se aplican a la Esposa del Dios y tienen marcada influencia del clero de Heliópolis. En opinión de muchos autores la Esposa del Dios y la Divina Adoratriz son títulos equivalentes, ya que, a partir de la dinastía XX, se utilizaron indistintamente en los documentos administrativos.

Las Divinas Adoratrices

Como se ha expuesto, el cargo de Divina Adoratriz, *Duat Neter,* siempre que esté relacionado con un personaje de la familia del monarca, apa-



Shepenupet II, Divina Adoratriz. Templo de Medinet Habu. Capilla de las Divinas Adoratrices (Tebas).

reció con Hatshepsut, no obstante, también ha censado a un personaje ajeno a este linaje, llamado Maatka, esposa del Jefe de los Trabajadores de Oro del Dios Amón, Senna, que vivió bajo el reinado de Amenhotep II, en la Dinastía XVIII, el cual está enterrado en la tumba tebana 169. En la Dinastía XX continúan llevándolo madres e hijas de reyes, pero aún no tienen el poder que alcanzarían más tarde.

Ratie (1979) opina que Hatshepsut primero y después Nefrura fueron las primeras en llevarlo, pero en relación a la primera, se basa en una cita muy tardía de Heródoto, ya que antes no encuentra ninguna mención. Supuestamente, la reina se lo había pasado a su hija Nefrura, en el año 2 de su reinado.

Durante la Dinastía XX y más en concreto a partir de Ramsés III su esposa, la reina Isis III, adoptó el título de Divina Adoratríz, al igual que Tenetipet (cónyuge de Ramsés IV) y otra reina Isis, hija de Ramsés VI, pero, a diferencia de épocas anteriores, con esta última se introdujo una salvedad: aunque le correspondía acceder por derecho a este puesto, se incorporó la obligación de permanecer célibe, para evitar la formación de una dinastía colateral que pudiera hacer peligrar la pacífica sucesión del heredero. Sin embargo, no sería hasta Osorkón III cuando la ocupante del título alcanzaría el punto álgido de poder, como veremos más adelante.

En la Dinastía XXI, reinaron en Egipto dos poderes paralelos: en el Norte los reyes de Tanis, apoyados por el clero menfita, y en el Sur, los Grandes Sacerdotes de Amón, que controlaban toda el área tebana. La pugna entre ambos hizo necesaria una alianza, en virtud de la cual se creó un poder intermedio y diplomático entre los dos reinos, en la figura de la Divina Adoratriz (la idea nació de los matrimonios políticos acaecidos en periodos arcaicos entre personajes del Alto y el Bajo Egipto). En este momento, el acuerdo no podía incluir el matrimonio, ya que no era posible que el puesto fuera ocupado por ninguna mujer casada, sino por la hija virgen de un monarca norteño. Así se creó ese poder intermedio, establecido por un acuerdo con el rey que en ese momento estuviera llevando las riendas del país en el Bajo Egipto. De este modo, la mujer que adoptaba el puesto de Divina Adoratríz era elegida entre las hijas del rey sucesor. Por supuesto, a causa de la autoridad que alcanzaron, la sucesión estaba condicionada, de algún modo, por los deseos de aquella que estuviera reinando.

El primer faraón que introdujo esta costumbre fue Pinedyem I, que situó en el trono tebano a su hija Maatkara, enterrada a su muerte en un hermosísimo sarcófago, hallado en la *Cachette* de Deir el Bahari y que hoy se encuentra en el Museo de El Cairo (JE 26200). Aun teniendo que permanecer célibe, esta mujer no puede ser considerada como las poderosas Divinas Adoratrices de Amón que reinaron a partir del gobierno de Osorkón III, en la dinastía XXIII. Entre ella y Shepenupet I hay una sucesión de cuatro de estas mujeres, cuyo cargo se heredó, como siempre, por adopción. De ellas casi no tenemos datos, tan sólo sus nombres y poco más: Henuttaui, Mehytusejet, Karomama, Kedemerut.

Como ya se ha expuesto durante las Dinastías XXIII a XXVI, o para ser más exactos, desde el reinado de Osorkón III a Psamétiko II, aprovechando la tradición hereditaria que regía en Egipto a través de las reinas, el cargo de Divina Adoratriz de Amón en Tebas adquirió aún mayor importancia e incorporó atribuciones eclesiásticas tales como Jefe de las Reclusas de Amón, llegando a igualar e incluso a eclipsar el de Primer Servidor del Dios, y pretendiendo actuar del mismo modo con el monarca, como veremos a continuación. Ella poseía en sus manos, al menos teóricamente, el poder sobre los Dominios de Amón y observaremos como, en muchas ocasiones, no dudaron en emplearlo. Sin embargo, su potestad era puramente local. Gracias a una inscripción hallada en el *Uadi* Gasús, junto al Mar Rojo, podemos afirmar que se extendía hasta este lugar.

En el cuadro adjunto hemos confeccionado una relación de estas Divinas Adoratrices. En la primera columna se encuentra el nombre propio de la misma, en la segunda y tercera sus progenitores, y en la cuarta la Dinastía a la que corresponde.

DIVINA ADORATRIZ	FARAÓN/PADRE	REINA/MADRE	DINASTÍA
Shepenupet I	Osorkón III	Karoatyet	XXIII
Amenirdis I	Kashta	Pebatma	XXV
Shepenupet II	Pianjy	Tabiry	XXV
Amenirdis II	Taharqa	Jaliut	XXV
Nitocris I	Psamétiko I	Mehytemusejet	XXVI
Ajnesneferibra	Psamétiko II	Tajut	XXVI
Nitocris II	Ahmose II	?	XXVI

En la dinastía XXVI y a partir de Psamétiko I, la Divina Adoratriz

acaparó también el puesto del Primer Profeta hasta el final de la dinastía. Realmente, en esta época, el poder de esta mujer había perdido mucho, pero el cargo de Sumo Sacerdote del clero de Amón, tradicionalmente masculino, también había caído en decadencia y pasó a manos de la máxima sacerdotisa.

El título fue ocupado por princesas reales célibes, que mediante la adopción, y en ocasiones mediante la corregencia, se iban reemplazando, sustituyendo a la reina en el antiguo cargo de Esposa del Dios. Estaban en estrecha relación con las diosas Mut y Tefnut y más concretamente con la sincretización de ambas, representando a la "madre" fuerte y poderosa. Por ello, a partir de Shepenupet I (Dinastía XXIII) el nombre de estas mujeres se acompañó del título de *Madre de* ... es decir, de la mujer que la sucedería por adopción.

Las imágenes de estas mujeres han pervivido no sólo en sus capillas de Medinet Habu, sino también a través de sus sarcófagos y sus estatuas, grandes y pequeñas, que nos muestran la dignidad de las representadas.

En algunas ocasiones, desempeñaron sus funciones de forma conjunta, es decir, de modo similar a las corregencias que protagonizaron algunos reyes. De hecho, sabemos que Shepenupet I y Amenirdis I ejercieron el pontificado simultáneamente, al igual que Shepenupet II y Amenirdis II. Precisamente, gracias a la inscripción de una estela localizada en *Uadi* Gasús, sabemos que el año 13 del gobierno de Amenirdis II correspondía al 19 de Shepenupet II, afianzándose la teoría de la corregencia. No obstante, tenemos documentación para afirmar que existieron ciertos problemas políticos de sucesión entre estas últimas. Quizá por intervención del influyente Cuarto Profeta de Amón, Montuemhat, Shepenupet II protagonizaró dos adopciones: Amenirdis II, que reinaría en Napata, y Nitocris I, que lo haría en Tebas. Esta última era hija de Psamético I y fue una de las Divinas Adoratrices más ricas y poderosas. Es significativo que los textos, llegados a cierto punto, no vuelvan a mencionar a la segunda Divina Adoratriz (Amenirdis II), sino que se refieran directamente a Nitocris. A la muerte de ésta sus funciones pasaron a Anjnesneferibra, cuyo poder fue infinitamente menor al de sus antecesoras. De hecho, tras esta mujer, solamente existió otra nueva Divina Adoratriz (Dinastía XXVI), que se llamó Nitocris II. Era hija de Ahmose II, y, como Ajnesneferibra, llevó el título de Primer Profeta de Amón. Su

poder no fue más que puramente hipotético, con un sentido meramente religioso y sin una autoridad real, ya que teóricamente la adopción de las Divinas Adoratrices quedó suprimida bajo la Dominación Persa y en este momento desconocemos cual fue el destino de esta mujer. De cualquier modo, mientras ostentó el título, debió permanecer célibe.

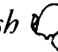
¿Cómo ocurrió esta transición? Es probable que, como había acontecido antes. Tras Nitocris I pudieron existir de nuevo dos Divinas Adoratrices simultáneas: Ajnesneferibra en Tebas y Nitrocris II en Napata, o también es posible que simplemente nos encontremos ante una usurpación. Las fuentes apenas nos informan sobre la historia de esta mujer, tan sólo una estatuilla de bronce que representa al dios Amón, sentado en su trono, conserva una sucinta inscripción. Esta pieza está alojada en el Instituto Oriental de Chicago (10.584) y dice lo siguiente:

Amón Ra, señor de los tronos del Doble País, que ama Tebas. Protección del primer profeta de Amón, Nitocris, hija del señor del Doble País, Amasis hijo de Neith, viviente; su madre, la Divina Adoratriz, Ajnesneferibra.

Kitchen (1986), también nos habla de esta mujer, nombrándola como Nitocris B. La sitúa entre el 560 al 550 a.C., aunque reconoce que existen ciertas dudas para establecer su reinado exactamente.

El título de Divina Adoratriz casi siempre estuvo acompañado del de La Mano del Dios, recordemos que de este modo se pretendía integrar a su poseedora en el acto de creación heliopolitano en el comienzo de los tiempos. Ella era la materialización de la mano de Atúm, que mediante la masturbación extendía su semilla creadora, provocando el nacimiento de todo cuanto existe.

Regentes en Tebas, y a la vez Grandes Sacerdotisas, destacaron por su enorme ambición, patente por la forma de llevar a cabo la toma de poderes. La posesión del cargo se celebraba con toda clase de pompa, a modo de una verdadera coronación y a ella asistían los personajes más destacados, civiles y religiosos, para rendir pleitesía a la nueva ocupante del puesto. Los pasajes de esta entronización eran parecidos a los del monarca e incluían la imposición de los atributos y joyas propias de su función.

La ceremonia era muy similar a la del rey: la Divina Adoratriz, arrodillada ante Amón, recibía del dios la corona *Jeperesh* , mientras éste posaba la mano en ella. Eran poseedoras de una autoridad paralela o

incluso mayor a la del faraón (en el Sur). Así se hicieron representar como su igual, es decir, en su mismo plano, introduciendo sus nombres en un *cartucho* , se vistieron con un *Ureo* real en la frente  y se hicieron transportar en palanquín, a imitación del soberano. Como ya vimos, Ajnesneferibra, aunque con sus poderes en decadencia, no sólo adoptó el título de Primer Profeta de Amón, sino que también tomó el de Horus Hembra, prerrogativa que había comenzado a ser empleada por sus antecesoras Shepenupet II y Nitocris I. Teóricamente, la encarnación de este dios en la tierra era únicamente el faraón, desde tiempo inmemorial. Las soberanas Ptolemaicas imitarán esta costumbre (Berenice II, Cleopatra I, III y VII).

Las Divinas Adoratrices de Amón fueron realmente el poder en Egipto, usurpado a faraones débiles y como verdaderas regentes locales desempeñaban ritos mágico-religiosos que incumbían la demostración de fuerza, la puntería y la dominación de las fuerzas apotropaicas, etc. Estaban facultadas para llevar a cabo ritos tan importantes como los de fundación, adoración, inauguración de capillas, consagración de ofrendas y oficio en el culto. Llegaron a celebrar (y nos referimos a celebrar y no a participar) Fiestas de Renovación *(Heb-Sed),* otra de las ceremonias exclusivas del rey. Ejemplos de ello son las llevadas a cabo por Shepenupet I y Amenirdis I, representadas en los muros del templo de Mut, en Karnak.

En algunas ocasiones, y gracias a su elevada situación, aprovecharon su fuerza político-religiosa, para intentar influir en el Alto Egipto (lugar donde residían), en favor del Bajo Egipto, (de donde procedían) y donde aún se encontraban sus padres y su familia en un reino realmente "venido a menos".

A modo de anécdota, tenemos algunos datos para indicar la fortuna mueble e inmueble de Nitocris I, y hacernos una idea del poder y el control que ésta ejerció en Egipto. Dicha mujer era poseedora de 3.300 *aruras* de tierra (la *arura* era un sistema de medida de la extensión de las tierras que en el Imperio Nuevo equivalía a un cuarto de hectárea o para ser más exactos a 2.736 m^2) distribuidas en el Delta y en el Egipto Medio, y tributos diarios de vida doméstica, entre los que se encontraban: 11 medidas de vino y de leche de 5'5 l., dulces, 3 manojos grandes de verduras, 190 panes. Y cada mes recibía: 3 bueyes, 5 ocas dulces, verdu-

ras, y 20 jarras de cerveza, pagados por el clero de Amón. De igual modo, los numerosos bienes que le fueron entregados en el momento de su ascensión procedían tanto de su madre adoptiva, Shepenupet, como de la familia del Cuarto Profeta, Montuemhat, del clero de Amón, de su padre Psamétiko I, y de numerosos santuarios del Delta y del Egipto Medio.

En comparación, citaremos también el patrimonio de Shepenupet II, así podremos acercarnos a la medida y control que ésta tuvo en Egipto. Consistían básicamente, en 3.200 *aruras* de tierra en 11 *Nomos*, raciones de alimentos muy abundantes (entre los que cabe destacar el abastecimiento de pan valorado en metálico hasta en 2.100 *deben,* etc.). Todas estas dádivas habían sido otorgadas por los Profetas de Amón, el rey y los templos de 15 ciudades, según se menciona en la estela de adopción.

El puesto de Divina Adoratriz no era exclusivo del culto a Amón, sino que también, por ejemplo, existía en aquellas mujeres adscritas a Hathor, como se constata sobradamente en la Dinastía XXI, siendo Henuttaui, esposa de Smendes, una de las primeras que lo adoptaron.

En consecuencia, el título de Divina Adoratriz, fue uno de los cargos más importantes que las mujeres desempeñaron en Tebas

Pura de Manos

Ésta es otra de las dignidades que llevaban las reinas. Si tenemos en cuenta que "puras" eran aquellas que estaban facultadas para oficiar en actos relacionados con la divinidad, la que era Pura de Manos, *Uabet atuy,* debía, además, someterse a unos ritos purificadores especiales, antes de ponerse en contacto con el dios, ya que este apelativo la situaba por encima de las otras sacerdotisas.

El cargo se empleó tanto en el clero masculino como en el femenino. En el caso de las mujeres, suelen llevarlo las reinas, siempre y cuando tengan además el de Esposa del Dios, ya que al parecer era indisoluble. Es curioso que, aunque ambos apelativos debieran permanecer juntos bajo la potestad de una sola mujer, en el caso de la esposa de Tutanjamón, Anjesenpatón, se rompa esta regla. Como en otros casos Ahmose Nefertari, esposa del fundador de la dinastía XVIII, es la que lo inaugura y tras ella lo adoptan entre otras Nefetiti, esposa de Ajenatón, Isis, esposa de Ramsés III, etc. Permaneció hasta el reinado de la Divina Adoratriz Nitocris.

El harén del dios

La primera referencia de una agrupación femenina al servicio de una divinidad, encabezada por una Supervisora, data de la Dinastía IV y está directamente relacionada con Heliópolis. Aparece en un harén formado para el culto del dios Iunmutef (el Pilar de su Madre), divinidad cuyo origen se establece en esta localidad.

Esta función directiva, de gran responsabilidad, se denominó, primero, Supervisora de Cantantes, y, a partir de comienzos de la Dinastía XVIII, La Grande del Harén de Cantantes del Dios Amón (*Ueret Heneret Neter*). La portadora de este título encabezaba el Harén del Dios (o diosa) y supervisaba todos los asuntos relacionados con el mismo. Entre las mujeres más importantes resaltaremos a Ahmose Nefertari, a Tuya, esposa de Sethy I, y a Bananit, hija de Ramsés II. A partir de la dinastía XIX lo llevaron las hijas o esposas de sacerdotes del Alto Clero, de personajes destacados en la jerarquía (incluidos los Padres Divinos) e incluso se han detectado casos puntuales de esposas de Sacerdotes *Uab*. En la Dinastía XX el cargo no se utilizó con este nombre y en la Dinastía XXI fue a parar a manos de las mujeres del Primer Sacerdote de Amón.

Entendemos como harén un grupo de mujeres que se dedicaban a celebrar y participar en el culto del dios, agradarle y reverenciarle, desarrollando actividades relacionadas con el mundo de la música, lejos de la concepción moderna que determina un conjunto de mujeres encerradas de por vida, al servicio del esposo.

También era posible que una misma mujer corriera con la responsabilidad de la dirección de varios harenes. En este caso se encontraba Tuya, madre de la esposa de Amenofis III (la reina Tiy), que era Superiora del Harén de Amón y de Min. Igualmente podía darse el caso de que, a la cabeza de esta institución, se encontraran al mismo tiempo varias mujeres, portando cada una el título de Esposa del Dios, Divina Adoratriz y La Más Grande del Harén de Cantantes del Dios Amón, es decir, distribuyendo las obligaciones entre varias féminas.

Ese importantísimo cargo lo ostentaron mujeres de *status* elevado, generalmente reinas y princesas, pero también las esposas de sacerdotes de alto rango, ya que englobaba grandes responsabilidades y habilidades específicas. Cuando no lo portaba la esposa del rey, entre sus atribuciones

tenía la de suplir a la reina en algunas ceremonias. Así como el monarca delegaba en el Sumo Sacerdote para algunas de las actividades religiosas de los distintos templos, la reina se hacía sustituir por un ayudante femenino, es decir por una Superiora que ejecutaba el ritual cuando la consorte no podía estar presente.

La existencia de un harén no se limitaba a los dioses masculinos, ya que deidades femeninas poseían en sus templos la misma estructura entre sus acólitos. Por otro lado, este grupo no estaba formado, como podría ser lógico en un culto encabezado por un dios, solamente por mujeres, sino que también era desempeñado por hombres y viceversa.

Bajo la autoridad de la Superiora del Harén se hallaba toda la agrupación que estaba compuesta por cantantes, bailarinas o músicos. Durante el Imperio Nuevo, acompañaban a la Esposa del Dios y actuaban a modo de escolta. Todas ellas eran iniciadas y escogidas entre los miembros de la alta sociedad, aunque es posible que un numero variable se reclutara entre clases sociales más bajas. Se organizaban en *Phylaes* y a la cabeza de cada *Phylae* se encontraba otra Superiora. (Ver cuadro anexo en el apartado de la Esposa del Dios y la Mano del Dios).

Recientemente existe cierta tendencia a considerar si las *Phylaes* podían estar formadas por hombres y mujeres, es decir si eran mixtas, en lugar de constar de cuatro agrupaciones de hombres y cuatro de mujeres, ya que en algunos casos se ha encontrado una coincidencia entre el número de la *Phylae* donde oficiaba la hija y la del padre. Por el momento no existen suficientes pruebas para confirmar categóricamente esta teoría, que, por otro lado, no parece mal encaminada. No resulta demasiado lógico el que si hombres y mujeres actuaban juntos en pasajes del ritual, desarrollando una misma actividad, como por ejemplo la música, no pudieran pertenecer a un mismo grupo, lo que facilitaría su organización.

Las sacerdotisas normalmente pertenecían al culto de Mut y estaban formadas por un grupo de personal subalterno especialista escogidas por las cualidades de su voz. No hemos de olvidar que Mut era la esposa de este dios. Se la veneraba tanto bajo aspecto humano (Mut) como por su forma de mujer-hipopótamo (Opet).

A partir de la Dinastía XXI, una parte de este colectivo se formó con las hijas de los Grandes Sacerdotes, que, por razones de orden político, se entregaban en vida al servicio del dios, residiendo permanentemente o

durante largos periodos de tiempo en el cercano Templo de Luxor. Tradicionalmente se las ha denominado Reclusas o Concubinas y se les exigía permanecer célibes. Como ellas, su Directora también debía abstenerse de mantener relaciones sexuales. Pertenecían a la Casa de la Esposa del Dios. Ellas estaban realmente *iniciadas* en los misterios del dios y por ello podían participar en los rituales representando a las diosas, unas veces a cara descubierta y otras cubriéndose con máscaras que recogían fielmente los atributos de la deidad a la que personificaban. Como el resto de las sacerdotisas empleaban la música y guardaban los objetos sagrados de la divinidad. En la Dinastía XXII desaparece este colectivo.

Para sus tareas en el templo todas ellas debían purificarse y esta purificación consistía, como en el clero masculino, en una o varias inmersiones en las aguas del Nun (en el estanque del templo o con agua de éste), depilarse y fumigarse con incienso.

Como hemos dicho, se dedicaban a tareas relacionadas con el entretenimiento y protección del dios, es decir, como músicas y bailarinas. Otras, eran ritualistas que además se ocupaban de los vestidos litúrgicos y de los objetos de tocador necesarios para el aseo de la divinidad. En este grupo también estaban incluidos algunos hombres e incluso niños, llamados Niños del Rey, posiblemente éstos estuvieran también estructurados según edad y jerarquía y participaban puntualmente en algunos rituales. Tenemos constancia de su presencia desde el reinado de Dyer (Dinastía I) y desde entonces sabemos que en esta agrupación había princesas, miembros del harén, etc., que tocaban el sistro. Con frecuencia aparecen representados en las escenas en las que se celebran los *Heb Sed* de los monarcas, como puede observarse muy bien en la tumba de Jeruef, en Tebas Oeste (TT 192).

Los documentos egipcios nos ofrecen una gran cantidad de títulos, que no podemos situar en la jerarquía. Muchos de ellos prácticamente describen el sentido religioso y la función que se quiere dar a la ocupante del puesto, que más parecen frases que títulos en sí. Entre ellos citaremos, a modo de ejemplo, el de "Todas las cosas bellas que se han dicho y se han hecho para ella", "Ella es más bella que todas las mujeres de su tierra y de su frontera", "La que contenta el corazón del que está en Tebas".

Expuesto este punto, pasaremos a desglosar, con más detenimiento,

esta agrupación femenina, detallando algunos de los cargos que tenían sus componentes.

LAS MÚSICOS, LAS BAILARINAS Y LAS CANTORAS

El uso de la música, en el Antiguo Egipto, jugó un papel trascendental. Se utilizó para amenizar banquetes, acompañando campañas militares, en los funerales y en todas aquellas actividades relacionadas con los dioses. Aunque vinculadas con el erotismo no tenían una función directamente sexual, simplemente su ocupación se entiende como una forma de adorar, de animar y de regenerar al dios o al difunto. Míticamente, representaban a Hathor y Mut, denotando un aspecto relacionado con la maternidad y la sexualidad, aunque ésta no se desarrollase en el templo.

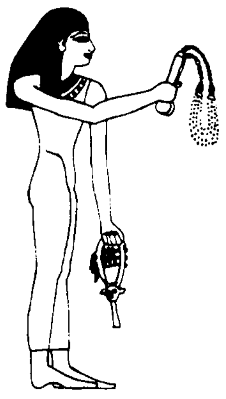


Fig. 36. Tocadora de sistro y de menat.
Tumba de Amenemhat. Tebas Oeste.

Sacerdotisas, bailarinas, cantantes y músicos, eran las encargadas de entonar los cánticos prescritos y tocaban, desde el Imperio Antiguo, instrumentos musicales. Entre ellos destacaremos el *Sistro* y el *Menat* (de uso únicamente ritual). Entre los empleados en todos los aspectos musicales de la civilización egipcia citaremos: los *címbalos* (platillos), el *crótalo* (una especie de castañuelas), la pandereta, la lira, la flauta e incluso el arpa. Su número fue notable. En su mayor parte era personal laico, hasta que la estructura sacerdotal fue complicándose, introduciendo labores más especializadas dentro del clero femenino. Por ello fueron jerar-

quizadas y se encontraban bajo la dirección de un miembro superior, generalmente masculino. Podemos encontrar, con relativa frecuencia, los títulos de Inspector de Cantantes, Supervisor de Cantantes o de Bailarinas e Inspector de Bailarinas. Sin embargo, existen algunos casos donde el puesto lo ocupa una mujer, o, al menos, se encuentra inmediatamente después que el hombre. Todas ellas fueron remuneradas de forma paralela al clero masculino, es decir participando de las ofrendas del templo.

Durante el Imperio Antiguo los músicos aparecen en los relieves con su nombre propio escrito en jeroglífico, pero más tarde esta personalización desaparece y solamente se encuentran nombrados como colectivo. En éste y en periodos anteriores la mayor parte de los grupos de músicos estaban formados por personal masculino, sin embargo encontramos excepciones del tipo de Jenthap, esposa del rey tinita Dyer, que fue Músico de Apis, Hekenu e Iti, arpista y cantora respectivamente en la Dinastía V, etc. Tres cantoras, en la tumba de Idut, de la Dinastía VI, también confirman la participación de la mujer en estas actividades desde épocas remotas y, sobre todo, la presencia de los títulos de Supervisor de Músicos Femeninos y Supervisoras de Cantantes, que en muchos casos fueron mujeres. Concretamente, este último se encuentra en la Dinastía VI, en manos de una mujer llamada Heti, esposa de Pepianj, que era Supervisora de los Sacerdotes de Hathor. No obstante, como ya expusimos, era mucho más común que el puesto lo ocupara un hombre.

La existencia de grupos de "interpretes" de música, en los Imperios Antiguo y Medio, está sobradamente documentada. Igualmente, del mismo periodo, datan grupos de músicos masculinos y femeninos, danzarines y danzarinas, que participan en las ceremonias litúrgicas, sobre todo de Culto Divino. Éstos fueron denominados *Heneret* y constituían parte del Harén del Dios.

El conjunto de las sacerdotisas, a principios del Imperio Nuevo, estaba formado prácticamente por todas aquellas féminas que se ocupaban de cargos relacionados con la música, con labores más o menos especializadas, sobre todo las Tocadoras de *Sistro* o *Menat*, que están documentadas desde la Dinastía IV, aunque sin duda su origen puede remontarse aún más atrás. En el Imperio Nuevo, sobre ellas se encontraba un Superior de las Cantoras del Norte y del Sur, aunque en ocasiones una de las Tocadoras de *Sistro o Menat* podía ser la propia reina. Este es el caso, por



Ostracón de bailarina acróbata. Imperio Nuevo.

ejemplo, de la ya nombrada Ahmose Nefertari, de Tuya, esposa de Sethy I, de Merytamon III, hija y esposa de Ramsés III.

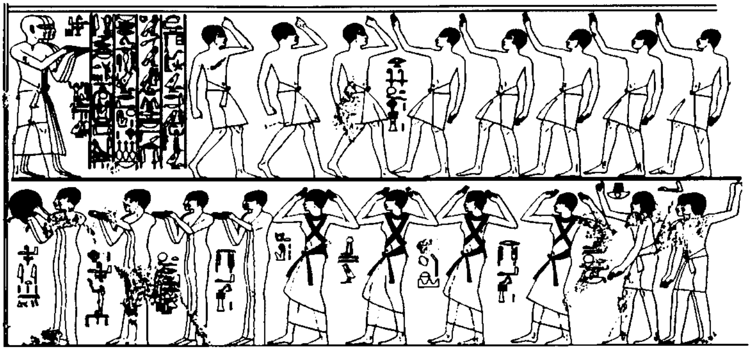


Fig. 37. Músicos masculinos y femeninos en el festival Sed de Amenofis III.

La Superiora del Cuerpo Musical Sagrado era la representante terrena de la diosa Hathor, Señora de la Danza y de la Música y patrona de la orilla occidental tebana. Hathor podía manifestarse a través de otras deidades, como por ejemplo Meret, que al fin y al cabo era un aspecto de Hathor y a la que citaremos por estar aún más adscrita a estas actividades musicales, ya que era la personificación de la Sacerdotisa Cantora por excelencia. Ésta estaba, a su vez, identificada con Isis y Neftis y, aunque carecía de un centro específico de culto, gozaba de un fervor popular entre las mujeres que ocupaban estos oficios.

Representando a la diosa Meret, existía un grupo de mujeres que actuaban a modo de sacerdotisas llamadas Las que Aman, entre ellas podía encontrarse la reina, ya que sabemos que Ahmose Nefertari, llevó el título de Amada de Voz en el Canto. Eran instrumentistas tan importantes como para que participaran en el *Heb Sed* del monarca. Otras deidades menores, como es el caso de Bes, estaban también adscritas a estas funciones.

Un atuendo muy particular de bailarines y sacerdotisas de Hathor (tanto hombres como mujeres), desde el Imperio Antiguo, era aquel que figura en los relieves como una estola de color rojo. Suele observarse mejor en aquellos pasajes relacionados con el *Heb Sed* o con la Fiesta de Opet, donde estas danzarinas desempeñaban el papel de Señoras del Tisú Rojo, en directa analogía con diosas relacionadas con el sol y más con-



Sacerdote de Sem purificando a Sennefer y a su esposa Meryt, tocadora de sistro. (Tebas).

cretamente con Hathor (o Sejmet, que es la apariencia agresiva de la diosa). Este atuendo era de carácter apotropaico. Bajo este aspecto se la relacionó con el nacimiento divino. En algunos casos, el atuendo también lo llevaba el monarca e incluso, como símbolo de la diosa, se ofrendaba en algunos rituales, como por ejemplo en el Culto Diario *(tela Idemi).*

El grupo de las Cantoras de Coro, *Shemayt*, se registra desde la Dinastía XVIII. Ciertos estudiosos son de la opinión de que, aunque las sacerdotisas, en general, no tenían obligación de servir sexualmente en el templo, algunas de ellas (posiblemente las de la capa social más baja) prestaban sus favores a cambio de remuneración, pero siempre de forma completamente voluntaria. Entre las Cantoras de Coro se hallaban mujeres de la más diversa condición social que desempeñaron labores especializadas. El puesto fue desempeñado tanto por miembros de la realeza, hijas de Visires, de Sumos Sacerdotes, de personajes directivos del ejército, como por familiares directos de zapateros, tejedores o hijas de trabajadores de Deir el-Medina, es decir, de líderes de la ciudad obrera de *status* medio. También estaba formado por simples madres y esposas. No era difícil que en una misma familia varias féminas desempeñaran este puesto o que esposas de sacerdotes de Amón fueran, a la vez, cantoras del mismo dios que su esposo y de otra divinidad cualquiera. Igualmente, sus parientes directos podían pertenecer a cleros distintos. Podían desarrollar su ocupación al servicio de una sola divinidad o deleitando a la "familia" de éste, ya que, en el caso de Amón, muchas llevaban el título de Cantoras de la Divina Tríada.

Como ejemplo de una buena posición podemos citar a Meryt, esposa de Sennefer, poseedor del enterramiento conocido popularmente por la Tumba de las Viñas en Tebas Oeste (TT96); ella llevaba los títulos de Cantora de Amón y Alabada por Mut. Por supuesto, no puede decirse que esta mujer fuera de baja condición, ya que era esposa del Alcalde de Tebas.

Todas ellas se identificaban con la diosa de la música Meret y pertenecían al culto de Amón. Se cree que recibían un salario por su trabajo y, como ocurre en el Antiguo Egipto, éste se pagaba en especie, procediendo de las ofrendas diarias del dios.

Otros autores las censan dentro de un grupo formado por personal laico, auxiliar del clero femenino incluido en las *Phylaes*, que podían estar bajo la potestad de la Esposa del Dios. Se encargaban del culto de

Amón de Karnak, haciendo agitar los sistros. Desde la Dinastía XIX estaban dirigidas por un miembro superior nombrado entre grandes personajes de la sociedad que, normalmente, eran hijas del rey, de sacerdotes o de personajes nobles y se incrementaron a partir de la Dinastía XXI.

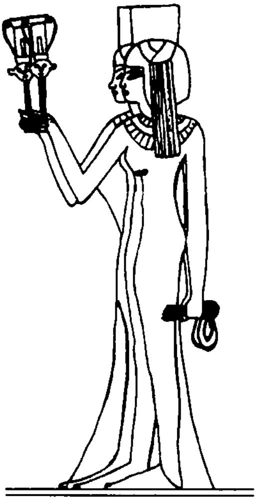


Fig. 38. Tocadora de sistro y menat.

La preparación de músicos y cantantes era muy dura. En el harén podía haber tanto cantantes *Shemayt*, como *Jeneret* o *Hesyt*, todas ellas estrechamente unidas a la diosa Hathor en sus diferentes aspectos. Las primeras estaban más dedicadas a desempeñar el puesto que hoy entendemos como "coro" y no necesitaban una educación musical muy intensa. Las segundas eran más especializadas y se escogían por la calidad de su voz. Inicialmente pertenecían al culto de Hathor y más tarde se integraron también en el de Amón. Ellas pudieron ser las sustitutas de las anteriores músicas *Heneret*. Ambas interpretaban himnos y alabanzas para los dioses. Las terceras se centraban en la instrumentación, es decir tocaban, por ejemplo, el arpa. Ellas eran profesionales y el personaje que las dirigía era el que llevaba "la voz cantante" tanto en las melodías, como de la coordinación de la orquesta y, generalmente, pertenecían al culto de la diosa Mut, esposa de Amón. Frecuentemente aparecen en escenas que se conectan con el banquete funerario, ya que por medio de su música atraían

al difunto para que participara, junto a la familia, en el banquete que se celebraba ante su tumba, a modo de despedida. En opinión de algunos especialistas éstas últimas podían colaborar, además de servir al dios, en actividades privadas, tales como amenizar los banquetes y las fiestas. No obstante, esta afirmación ha sido tomada de las representaciones en las tumbas, las cuales son pinturas que rememoran banquetes funerarios y por lo tanto están relacionadas con el culto. Sabemos que varias reinas, como Mutnodyemet, esposa de Horemheb, eran *Shemayt* y *Hesyt.* Realmente se nos hace duro pensar en una esposa real amenizando un banquete. En la Dinastía XXII el cargo pasó a manos de la hija adoptiva de la Divina Adoratriz.



Fig. 39. Hekenu, arpista de la Dinastía V, junto a Iti, Cantora. Su nombres aparecen escritos en jeroglífico sobre sus cabezas. Proceden de Sakkara. (Museo de El Cairo).

Para llevar a cabo las actividades musicales eran necesarios diversos ensayos supervisados por un maestro, el Instructor de Cantantes, para que los rituales se desarrollaran lo más rítmica y armónicamente posible, a fin de que la divinidad se sintiera agradada y otorgara a Egipto la estabilidad y los bienes que necesitaba. Era necesario unificar al grupo, para que el resultado fuera el deseable. También sabemos que existían "profesores" para enseñar a tocar instrumentos musicales, que después se emplearían en los rituales, y los textos parecen evidenciar que, a partir de la Dinastía XVIII, había una escuela de Cantoras adscritas al dios Amón.

Conocemos la existencia tanto de cantantes masculinos como femeninos, ambos eran imprescindibles en el ritual. Este grupo paulatina-

mente fue cobrando importancia, número y jerarquía, y en el caso de las mujeres abarcaba tanto a sacerdotisas laicas como a sacerdotisas confinadas en los templos. Aquí podríamos situar a las Cantoras de Amón de los Espacios Interiores, cuya elección se hacía entre mujeres de distintos estratos sociales. Estaban dirigidas por una Gran Cantora del Interior del Templo escogida entre las esposas de aquellos que dirigían el país. Su progresión ascendente en la jerarquía se incrementó en la Dinastía XXII cuando sabemos con certeza que permanecieron célibes, un requisito que no incumbía a otras sacerdotisas. Este ascenso jerárquico culminó en la Época Ptolemaica, cuando fueron consideradas de rango superior debido a la complicación creciente de los ritos. Como el resto del personal femenino del templo, se encontraban sujetas a la jurisdicción de la Esposa del Dios.



Fig. 40. El Sacerdote Jesuuef enseñando a sus discípulas cómo tocar el sistro y batir las palmas. Procede de su tumba de Kom el-Hisn. Imperio Medio.

Las Bailarinas, llamadas en el Imperio Antiguo *ibat,* en el Medio *Keskeset,* y en el Nuevo *Iheb,* las Palmeadoras y las acróbatas *Jebyt,* constituían otro grupo numeroso. Durante el Imperio Nuevo, junto al personal masculino, formaron parte de Los Músicos de Amón. Estaban integradas en las *Phylaes* y dirigidas por La Grande en la Compañía de Músicos Ejecuta-

dores o por la Superiora del Cuerpo Musical Sagrado de Amón, es decir, por la esposa de un gran sacerdote. A partir de la Dinastía XXII, se aprecia la tendencia a unificarlas aún más al servicio en el templo.

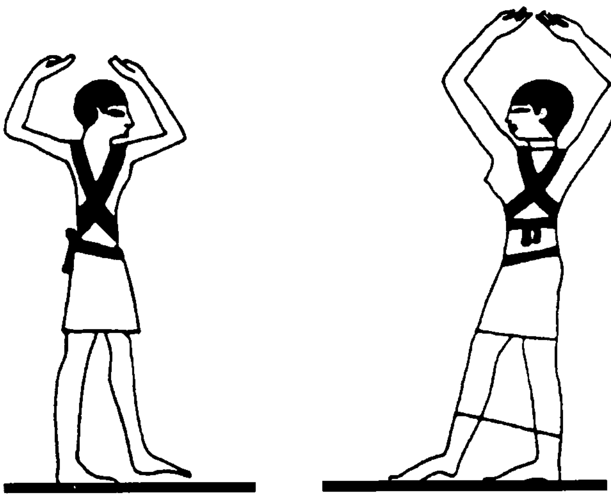


Fig. 41. Bailarinas. De izquierda a derecha de las tumbas de Ibi en Tebas (Dinastía XVIII) y Ti en Sakkara (Dinastía V).

Las Tocadoras de Sistro llevaban el título de *Sejemyt* en un período que abarca desde la Dinastía XVIII (documentado por Nur el Din [1996]) hasta la XX. Lo llevó por primera vez la reina Mutemuia, madre de Amenhotep III, y en relación con Amón desapareció en manos de Titi, esposa de Ramsés III. También llevaban el apelativo de *Sesheshetí*, inaugurado con Ahmose Nefertari y mantenido hasta Nefertari. En ambos casos el puesto pudo ser ostentado por una reina, pero en el primer ejemplo, además, se emplea por mujeres que no pertenecen a la realeza. Más tarde la Tocadora de Sistro se denominará *Ihet* (Dinastía XXI). Ellas estaban presentes y eran necesarias en el culto de casi todas las divinidades, pero se encontraban especialmente ligadas al de la diosa de la música Hathor, cuya cabeza aparecía representada en el mango del instrumento y que se encuentra desde periodos muy tempranos.

El hecho de que Ahmose Nefertari lleve en su numerosísima titulatura los cargos de: Señora de la Casa de los Sistros, Pura de Manos llevan-

do el Sistro y Bella de Cara en la Casa de los Sistros, parece indicar un emplazamiento donde aprendían a tocar las aspirantes.

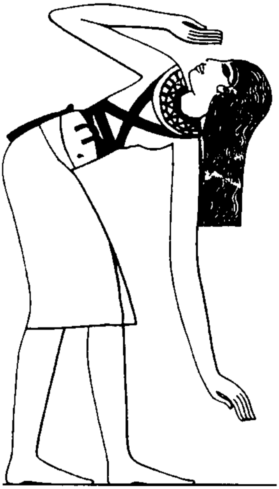


Fig. 42. Una de las bailarinas representadas en la tumba de Jeruef.

Podemos distinguir dos clases de sistro, uno el llamado *Sejem* y el *Seshesheta*. El primero nace en el Imperio Antiguo y el segundo se utiliza en el Imperio Nuevo. Ambos consistían en un mango y una parte superior en forma ovalada o de capilla con cuernos, hechos de los más diversos materiales. Estaban atravesados por varillas con discos metálicos que al agitarlos sonaban. Por otro lado el Menat, atributo también de Hathor, era un collar hecho con varias filas de cuentas y con un contrapeso metálico; éste también se agitaba, usándose como instrumento musical que desprendía un sonido agradable a las divinidades.

Las tocadoras de sistro  o de Menat  parecen haber sido las más numerosas. Estaban dotadas de cierto rango superior respecto al resto de las sacerdotisas que hacían sonar otros instrumentos, ya que éstos, a diferencia de los demás, se usaban únicamente en los ritos religiosos. Se reunían para oficiar en grupos formados por un mínimo de tres músicas. Estas mujeres participaban en cultos y actos tan importantes como el Festival *Sed*, precisamente es en este Festival donde Abdel Halim Nur el-Din (1996) ha encontrado, en la Dinastía XIX, un enigmático con-

junto formado por sacerdotisas *Sedet* que, de alguna manera, estaban relacionadas con la música. Ellas representaban el aspecto femenino del arcaico dios Sed, una deidad con apariencia de chacal que llegó a confundirse con Upuaut y con Anubis. A la hora de evaluarlas, hemos de tener siempre presente la enorme importancia y el papel que la música desempeñó en las liturgias religiosas de los antiguos egipcios.

El Antiguo Egipto no nos ha legado ningún documento que nos permita reconstituir el sonido de su música, que tenía una función mágica y protectora cuando se empleaba en los ritos. Sin embargo, sí podemos especular por medio del estudio de sus instrumentos y por la composición de algunos textos religiosos –presumiblemente salmodiados en las ceremonias– que constituían un elemento esencial, basado en melodías monótonas y repetitivas que facilitaban el estado de trance y se acompañaban de danzas rituales.

Las Sacerdotisas Uabet

Bajo el nombre de Sacerdotisas Puras o *Uabet*, tenemos a un gran colectivo de mujeres integradas en las *Phylaes*, que no vivían en el templo y cuyo trabajo para con el dios era desempeñado sólo en determinadas ocasiones, esto es, cuando el rito lo requería. Sin embargo, otros autores piensan que, al igual que los hombres, trabajaban en el santuario durante un periodo de un mes. Este conjunto estaba formado, en el caso del culto a Amón o a otras divinidades, por las mismas Sacerdotisas Músicos o Concubinas y designaba únicamente su cualidad de *puras* para desempeñar ritos y actos cercanos a la divinidad. El título aparece ya en el Imperio Antiguo en manos de Neferet (Dinastía IV) y no volvemos a encontrarlo hasta el Imperio Medio. Tras este momento va sufriendo una lenta decadencia y en la Dinastía XXI sólo una Sacerdotisa *Uab* se menciona como tal y no con otra de sus apelaciones. Es posible que en este momento se dé por sentado que cualquier mujer al servicio del dios ha de tener estas cualidades.

En principio, las *Uabet* debían cumplir los mismos requisitos que sus homónimos masculinos, los Sacerdotes *Uab*. Desde el Imperio Antiguo estaban dirigidas por un Inspector o Supervisor de las *Uabet*, que además podía tener otras responsabilidades dentro del clero femenino.

La mujer, a causa de su menstruación, atravesaba periodos de "impureza", en los que, por supuesto, no podría aproximarse a la divinidad. No

hemos de olvidar que esa "pureza" era, a veces, un poco subjetiva, ya que si los sacerdotes no podían tener defectos físicos ¿cómo encontramos, por ejemplo, casos evidentes de poliomielitis entre miembros de algunas escuelas sacerdotales?.

Gracias a su condición de "puras", podían estar en contacto con objetos destinados al dios y trabajar en distintos aspectos del ritual. Por ejemplo, sabemos de su influencia en los sacrificios animales y en la interpretación de éstos.

La Madre del Dios y la Nodriza del Dios

Al igual que conocemos el título de Padre del Dios, sabemos que en el clero femenino existía el de Madre del Dios, *Mut neter*, sin que podamos determinar si sus ocupaciones eran análogas a las de su homónimo masculino o si era puramente honorífico, refiriéndose al monarca. El título, desde el punto de vista sacerdotal, está constatado desde la Dinastía XVIII, en manos de Ahmose Nefertari, cónyuge del fundador de la dinastía, y Mutemuia, esposa de Thutmes IV. Desaparece con Cleopatra I, esposa de Ptolomeo VI. Frecuentemente se emplea en contextos relacionados con los dioses o con el propio monarca.

Además de en el clero de Amón, la Madre del Dios se encuentra en otras escuelas sacerdotales, como, por ejemplo, en la de Jonsu, hijo de Amón. Así, Mutnedymet fue Primera Superiora del Harén de Amonrasonther, Segundo Profeta de Amón, Sacerdotisa de Mut, Gran Administradora de Mut y Madre del Dios Jonsú.

El Antiguo Egipto nos ha legado numerosas muestras donde encontramos otro curioso título, el de Nodriza del Dios, *Menat neter*. Aunque este cargo es mucho más enigmático que el anterior, poseemos datos para afirmar que se encontraba bajo la jurisdicción de la Madre Divina y que puede remontarse a la Dinastía XVIII. Era un cargo elevado, ya que algunas de sus portadoras eran esposas de Lugartenientes y Portaestandartes del rey o incluso eran miembros destacados de la realeza.

Tradicionalmente, las nodrizas eran las encargadas de ayudar a las madres para alimentar al niño y practicar la circuncisión cuando habían llegado a la pubertad. El hecho de que estas funciones se apliquen a una persona adscrita a la divinidad, sólo puede indicar un papel teórico pero muy próximo al mismo.

Las Nodrizas del Dios fueron primero esposas de personajes destacados y más tarde sacerdotisas de rango inferior. Pertenecían a cultos relacionados con dioses "niños". Sin embargo, Naguib (1990) ha encontrado un tipo distinto de Nodrizas relacionadas con el culto a Min, una divinidad generadora por excelencia. El autor traduce sus títulos como Guardianas o Protectoras pero las identifica de algún modo con estas nodrizas.

Las Seglares

Si, como hemos visto al hablar del clero masculino, admitimos la presencia de laicos que actuaban voluntariamente y con el debido consentimiento del clero en algunas ceremonias, no podemos por menos de suponer la existencia de estos individuos dentro del grupo formado por las mujeres.

Es indudable que debía de ser un colectivo mucho más reducido y casi excepcional. Somos conscientes de títulos que, aunque aparentemente tienen un origen religioso, concluyen con una función meramente honorífica, quizá sea aquí donde debamos encajar a las seglares. Otro asunto completamente distinto eran aquellas féminas que participaban en trabajos administrativos de poca responsabilidad y que, sin lugar a duda, podían no pertenecer a culto alguno.

Pinch (1994), ha localizado un texto en el que se nombra a Siete Mujeres Viejas que podrían estar relacionadas con las Siete Hathor. Ellas estaban consideradas como *Videntes*. Servían en el templo de Edfu, Dendera y Cusae, donde eran consultadas para diagnosticar el destino del recién nacido, además de ser inquiridas para dictaminar la causa de la enfermedad de un infante. También se encargaban de espantar el mal que acosara al dios o al niño, determinar el destino del mismo, ya que teóricamente podían manejar el destino y conceder vidas longevas. Para ello se ayudaban de la música, que tenía una función mágica. Si estas mujeres aparecen como servidoras del templo, no es de extrañar que fueran, de algún modo, el punto medio entre las sacerdotisas y el personal laico y que sea precisamente aquí donde encontremos el punto para enlazar la medicina con la magia.

No cabe duda, por tanto, que en muchos de los santuarios egipcios pudieron existir este tipo de *Videntes* femeninas al servicio de la divinidad.

Las Sacerdotisas funerarias

En este apartado trataremos, en primer lugar, al grupo formado por las sacerdotisas funerarias, *Hemet Ka,* integradas en el clero durante el Imperio Antiguo. Entre otros, ostentaban los títulos directivos de Supervisoras del Culto Funerario, pero a partir del final de este periodo su papel empezó a cobrar menos importancia y nunca más (excepto casos puntuales) encontramos a la mujer desempeñando cargos de alta responsabilidad. También estudiaremos a las Plañideras, Vigilantes *(Uresut)* o Bailarinas *Muu.* Todas debían de cumplir unas cualidades que no diferían mucho de las requeridas a los sacerdotes masculinos.

La arqueología egipcia nos ha ofrecido numerosos ejemplos de mujeres que participaban de forma profesional en el culto funerario de los reyes. Durante el Imperio Antiguo y más concretamente en la Dinastía IV, tenemos, por ejemplo, a Ajtihotep, un profeta de Jufu (Keops), cuya esposa Meritites, hija del rey, era Sacerdotisa de Jufu, de Hathor y de Neith. En sus manos tenía la responsabilidad de servir en el culto póstumo del monarca, pero además, era sacerdotisa de, al menos, estas dos diosas. En la Dinastía V también encontramos numerosos ejemplos de mujeres que ejercieron el culto funerario de reyes de la dinastía anterior, ya que éstos pervivían en el tiempo.

Presentes en los *Textos de las Pirámides*, dentro de los funerales y del Ritual de la Apertura de la Boca, existía una pareja formada por la encarnación terrena de Isis y Neftis. Los textos las denominan en conjunto Las Enterradoras *(Dyeret)* y estaban personificadas por dos sacerdotisas o por la esposa del fallecido y un personaje anónimo. Particularizando, las llamaron "la grande y la pequeña enterradora". La pareja tenía por función cumplir el ritual en el que el difunto se asimilaba a Osiris, debiendo, por tanto, realizar sobre su momia los ritos y los funerales que estas dos diosas habían practicado sobre el dios del Más Allá, acompañarle en el viaje ritual a la ciudad santa de Abidos y en el embalsamamiento, además de actuar como plañideras divinas. Aunque las "lloronas" eran un colectivo establecido, estas mujeres eran dos de sus personajes más importantes. Por su condición próxima al fallecido y a los ritos *post mortem* debían de purificarse cuidadosamente, cuatro veces durante siete días, antes de participar en los ritos fúnebres. Al igual que el clero mas-

culino, debían de ser depiladas, fumigadas, hacer una inmersión en las aguas del Nun (en los estanques de los templos) y limpiarse la boca con *Natrón*. Es frecuente encontrarlas representadas en papiros y relieves del interior de las tumbas, situadas a los pies del cuerpo inerte o mientras se le practicaba la Apertura de la Boca. Con sus gestos nos indican su actitud, es decir, la pena y el luto, que iconográficamente se representa con las manos sobre la cabeza. Estas dos mujeres pueden aparecer sustituidas por dos milanos, un juego simbólico que las identificaba con la esposa y la hermana del dios del Más Allá.

Las Sacerdotisas Funerarias recibían, al igual que los hombres, una paga por sus servicios. Esto era necesario para que el culto del difunto se llevase a cabo a lo largo de los años. Es decir, era imprescindible que se presentaran ofrendas sólidas y líquidas, para que el fallecido pudiera disfrutar de una vida eterna, y que éstas se llevaran a cabo puntualmente. Como ya expusimos esto era posible gracias al establecimiento de fundaciones que aseguraban la pervivencia del *Ka* del finado.



Fig. 43. Grupo de plañideras. En este caso no se aprecian las lágrimas sobre sus mejillas. Tumba de Ramose. Imperio Nuevo. Tebas Oeste.

En la Baja Época, la mujer cobró un nuevo impulso en esta rama mixta del sacerdocio. Como en los cargos masculinos, también se sucedían mediante y de forma profesional, desempeñando las tareas de cul-



Plañideras de la tumba de Ramose. Imperio Nuevo. (Tebas).

to, con toda la responsabilidad que el cargo requería, asistidas, como ya se ha mencionado, por los importantísimos Sacerdotes Lectores.

Abdel Halim Nur el-Din (1996) ha recopilado otros títulos aplicables a las enterradoras. Así, menciona a las *Sementet,* personajes femeninos que aparecen en los *Textos de las Pirámides* y que en su opinión forman un equipo de enterradoras divinas. Finalmente, en la Dinastía XIX, se encuentra a las llamadas *Ushebet,* en la tumba de un Escriba del Templo de Amón llamado Neferhotep. De igual modo, durante las Dinastías XVIII y XIX, apareció otro título que también denominaba a un tipo distinto de Enterradoras, las llamadas *Remyt.* Da así la sensación de que, como otras, ésta agrupación estaba estructurada jerárquicamente, según las funciones que cumplieran y sobre quién las realizaba.

Como puede comprobarse, la plañideras eran otro grupo profesional, muy posiblemente unido al Bajo Clero, que en Egipto está presente desde el Imperio Antiguo. Ellas acudían a los funerales con la única función de llorar copiosamente, gritar de dolor y entonar cánticos fúnebres. Están magníficamente representadas en multitud de tumbas egipcias, aunque en nuestra opinión merece especial mención la de Ramose (TT 55), del Imperio Nuevo. Sobre sus muros se aprecia muy claramente las distintas edades del grupo, que abarcan desde ancianas hasta niñas. Todas ellas tienen pintadas sobre sus mejillas las lagrimas que están derramando. Las plañideras estaban clasificadas en función de su edad y *status* social, y se encontraban bajo la dirección de un personaje de sexo femenino. Parece que, de algún modo, pertenecían al grupo de cantoras de la diosa Mut, aunque como cantoras también pertenecían al clero de Hathor, ya que ambas diosas están estrechamente conectadas. Se las denominaba Las de la Morada de la Acacia. Por si todo esto fuera poco, este título las pone en directa relación con la diosa Sejmet (la apariencia que tomaba la buena Hathor cuando se encolerizaba). Precisamente, gracias a su poder podían lograr que las fuerzas del mal y la muerte quedaran aniquiladas, produciéndose el renacimiento del difunto en el Más Allá. Estaban dirigidas por un miembro superior y contaban con personal y con presentes para su sustento.

Recordemos de nuevo que las diosas Hathor, Mut, Sejmet, Bastet, Tefnut y Meret, entre otras, son divinidades que a menudo están identificadas las unas con las otras, que son aspectos distintos de una misma

deidad y que se emplea el nombre de cada una de ellas en función del evento mitológico y la personalidad que se quiera remarcar.



Fig. 44. Grupo de plañideras con las lágrimas sobre las mejillas. Tumba de Ramose. (Tebas).

Asimismo, también podemos mencionar a un grupo denominado Cuidadoras o Vigilantes. Su función es todavía oscura, aunque sabemos que debían mantenerse puras. Jerárquicamente, participaban en los desfiles funerarios, encabezadas generalmente por la reina, que en este rito desempeñaba el puesto de la diosa Isis, siempre que se tratara de un funeral real.

Aunque ya hemos hecho alusión a las danzarinas *Muu,* en el capítulo referente al clero masculino, vamos a incidir en otro tipo de mujeres que, durante la Dinastía XIX, realizaban ciertas danzas a la entrada de la tumba y que fueron denominadas *Tyeset.* Ocasionalmente, algunas llevaban el título de Esposa del Dios, aunque lo más corriente es que fueran simples Cantoras de Amón o familiares de personajes importantes de Deir el-Medina. Ellas tenían una influencia especial en la necrópolis tebana y eran imprescindibles en los funerales.

No hay lugar a dudas respecto al título de Sacerdotisa *Sem,* aunque sería más correcto citar a sacerdotisas *Semet,* tan documentado en fuentes egipcias como el de las Esposas del Dios y ambos llevados generalmente por personajes de alta alcurnia, normalmente hijas del difunto, aunque no era imprescindible. Es muy posible que su importancia y su protagonismo no llegara a alcanzar el de sus homónimos masculinos. Durante la dinastía XXI el puesto no aparece con tanta frecuencia y en opinión de

Naguib (1990) solo se encuentra en manos de Dyed-Mut-Iues-Anj, que perteneció al templo funerario de Ramsés III en Medinet Habu. Existe la duda de si ella era una hija de Pinedyem II "casada" con Psusenes II. Estas mujeres realizaban los mismos papeles que los hombres y, como ellos, pertenecían a la escuela sacerdotal de Ptah.

CONCLUSIÓN

En el Antiguo Egipto hombres y mujeres, en mayor o menor medida, jugaron un importantísimo papel en los cleros de la totalidad de dioses del panteón egipcio.

A menudo compartían títulos cuya diferenciación estaba marcada únicamente por una "t" final, que en lengua egipcia expresaba el femenino. Así comprobamos como existían sacerdotes *Uab, y* sacerdotisas *Uabet,* sacerdotes *Sem* y sacerdotisas *Semet,* sacerdotes *Hem-Ka y* sacerdotisas *Hemut-Ka,* etc. En otros casos ambos cleros, masculino y femenino, presentaban cargos distintos, pero muchos de ellos complementarios.

Las distintas escuelas sacerdotales que cohabitaron de forma más o menos armónica en Egipto, tenían estructuras que no eran muy complicadas, a excepción del dios Amón en Tebas, seguido de Ra en Heliópolis y Ptah en Menfis. Pese a todo ello, las dos últimas muy por debajo de la primera.

Esta convivencia pacífica se dio a lo largo de toda la historia de Egipto. Solamente Amenhotep IV (Ajenatón), rompió esta regla y durante algún tiempo permitió exclusivamente el culto al disco solar Atón, dotándole de un clero reducido en comparación de otras deidades y nombrándose su "profeta".

La persecución de divinidades que, tradicionalmente, habían sido efectivas, trajo consigo que la nueva doctrina no llegara a buen término. Solamente el cristianismo lograría arrancar del interior de los templos los cultos ancestrales de los habitantes del Valle del Nilo.

Los miembros del clero estaban sujetos a una serie de reglas y deberes: ciertos estudios, tabúes, alimentación, vestido, adornos, celebración de fiestas, oráculos, culto, etc., pero además tenían el privilegio de for-

mar verdaderas genealogías sacerdotales a través de la compra o herencia de cargos. Por ello, a menudo, eran premiados con exenciones y donaciones que engrosaban sus bienes.

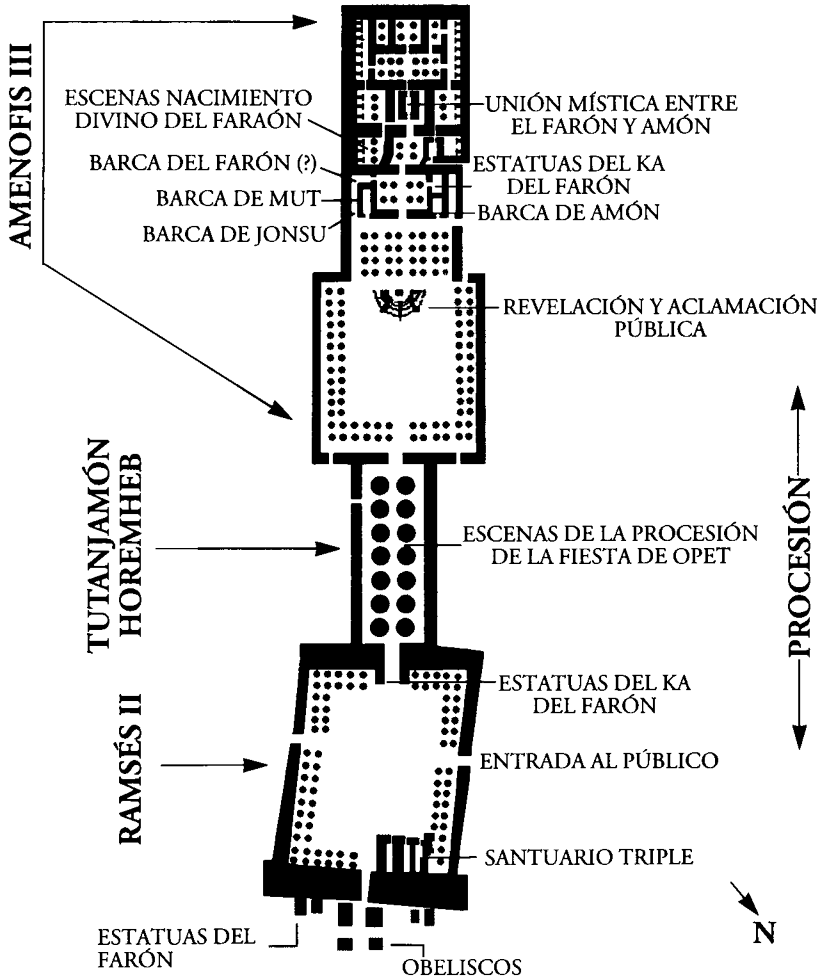
Aunque generalmente anónimos, conocemos los nombres propios y la biografía de algunos de ellos, lo que nos permite aproximarnos un poco más a sus vidas, ejemplares o deplorables dependiendo del caso, como ocurre en cualquier agrupación humana desde que "el mundo es mundo".

De nuevo, se concluirá este deambular por las vidas de los sacerdotes del Antiguo Egipto con una cita del piadoso Petosiris, como ejemplo de la *Fe* que lejos de quedar obsoleta, aun nos resulta familiar. Las creencias en uno u otro dios de las variadas doctrinas actuales, se llame como se llame, no debe tener importancia. Lo realmente trascendental para el hombre de todos los tiempos, es creer en la presencia de un *Ser* superior, que ayuda y asiste en el caminar diario, que fortalece en momentos de adversidad y que acogerá en su seno a todo el merecedor de ello, una vez acaecida la muerte. La práctica del bien al prójimo y la alegría por los éxitos de los demás es pues independiente a cualquier doctrina, enriquecedora por si misma y antigua como la noche de los tiempos, aunque desgraciadamente no siempre se lleve a cabo.

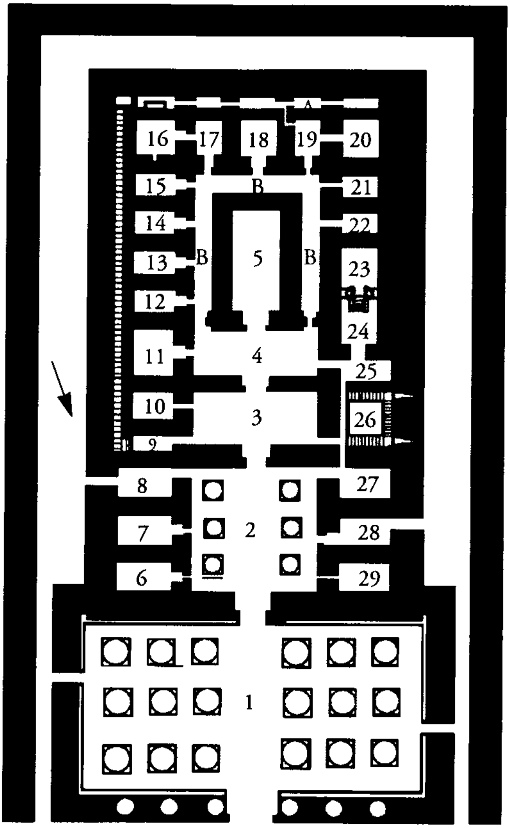
[...] Oh vivientes, si escucháis mis palabras, si prestáis atención a ellas, comprobaréis que os resultarán útiles. Si yo resido aquí, en la ciudad de eternidad (la necrópolis), es porque he hecho el bien sobre la tierra, porque mi corazón ha seguido los dictados del dios desde mi infancia hasta la muerte [...]. He practicado la justicia y he detestado la ignominia [...].

NOTAS

1.– Parece que durante este tiempo permaneció en la escuela, empleándose además en los últimos cinco años como Jefe de Caballerizas.
2.– Diodoro menciona a muchos de los grandes personajes del mundo antiguo que bebieron en la sabiduría egipcia: Orfeo, Musaeo, Melampos, Dédalo, Homero, Licurgo, Solón, Platón, Pitágoras, Eudoxor, Demócrito, y Onenopides, haciendo responsables a los sacerdotes egipcios de la enseñanza, entre otras cosas, de la astronomía, conocimiento que Onenopides transmite a los griegos después de haberlo aprendido de los sabios egipcios.
3.– Por el contrario, tomando el dato del *Papiro Harris* que pertenece únicamente al año 33 de este rey, Amón recibió la totalidad del oro y la mayor parte de la plata.
4.– No hay que confundir a este Sennefer con el de la llamada Tumba de las Viñas (TT 96).
5.– Podemos citar el reinado del Horas Hedyed (C-2, lin. 2. N°. 1. Año Z+1), Sahara (C-1v, línea 3, N°.1. Año X+1) o Neferirkara.
6.– No hay que contundir a este Sennefer con el de la llamada Tumba de las Viñas (TT 96)
7.– Otros habitantes de Hispania que jugaron un importante papel en Egipto fueron Trajano y Adriano, ambos nacidos en Itálica.
8.– 1 Kite equivalía, a mediados del Imperio Nuevo, aproximadamente a algo menos de 10 gramos de plata.
9.– S. Sauneron (1980) situa la acción bajo los reinados de Ramsés IV y V, mientras que en su artículo "Trois Personnages du Scandale d'Éléphantine" en *RdE 7.* 1950, los ubica al final de los años de Ramsés V y comienzos de Ramsés VI. P. Vemus: *Affaires et Scandales sous les Ramsès.* París 1993, p. 124, también data el escándalo bajo los últimos años de Ramsés IV y comienzos del V.
10.– En este periodo existen varios personajes llamados Ramsesnajt, ya que es un nombre común. De hecho este personaje era hijo de otro Ramsesnajt, Primer Profeta de Amón, como su hijo.
11.– Incluyendo al Asu babilonio.



TEMPLO DE LUXOR



TEMPLO DE DENDERA

1.– Sala Hipóstila.
2.– Sala de la Aparición.
3.– Sala de Ofrendas.
4.– Sala de la Eneada. Vestíbulo.
5.– Santuario.
6.– Almacén de Perfumes. Laboratorio.
7.– Sala de Ofrendas producidas por los Dominios del Templo.
8.– Puerta Lateral Sur. Productos del Sur.
9.– Escalera Este.
10.– Sala de Ofrendas líquidas y sólidas.
11.– Salas de las Telas.
12.– Cámara de la Renovación de las Formas.
13.– Mesjenet (Lugar de Nacimiento de Isis).
14.– Cámara de Sokar.
15.– Cámara del nacimiento de Harsomtus.
16.– Castillo del Sistro.
17.– Per-nu (Casa del Aguamanil).
18.– Per-ur (Casa Grande. Santuario).
19.– Per-neser (Casa de la Llama).
20.– Trono de Ra.
21.– La Residencia del Menat.
22.– La Residencia de la Purificación.
23.– La Capilla Pura.
24.– Patio de la Sede de la Primera Fiesta.
25.– Tesoro.

26.– Escalera Oeste. Subida a la Terraza del Año Nuevo.
27.– Almacén de Objetos Religiosos.
28.– Puerta Lateral Oeste. Acceso a pozo sagrado. Sala de los Productos del norte.
29.– Almacén de Materias Preciosas. Tesoro.

A.– Capilla Subterránea Sur.
B.– Corredor Misterioso.

CRONOLOGÍA

Todas las fechas antes del 690 a.C son aproximadas.

PREDINÁSTICO	**5500-3100 a.C**
Periodo Badariense	5500-4000
Periodo Amratiense (Nagada I)	4000-3500
Periodo Gerzense (Nagada II)	3500-3100
PERÍODO DINÁSTICO TEMPRANO	**3100-2686**
DINASTÍA I	3100-2890
Narmer	*c.*3100
Aha	*c.*3100
Dyer	*c.*3000
Dyet	*c.*2980
Den	*c.*2950
Reina Merneith	*c.*2950
Adyib	*c.*2925
Semerjet	*c.*2900
Qaa	*c.*2890
DINASTÍA II	2890-2686
Hetepsejemuy	*c.*2890
Nebra (Raneb)	*c.*2865
Ninecher	
Ueneg	
Sened	
Peribsen	*c.*2700
Jasejemuy	c.2686
IMPERIO ANTIGUO	**2686-2181**
DINASTÍA III	2686-2613
Sanajt (=Nebka?)	2686-2667
Dyeser (Netjerijet)	2667-2648
Sejemjet	2648-2640
Jaba	2640-2637
Huny	2637-2613
DINASTÍA IV	2613-2494
Seneferu (Snefru)	2613-2589
Jufu (Keops)	2589-2566
Dyedefra (Radyedef)	2566-2558
Jafra (Kefren)	2558-2532
Menkaura (Micerinos)	2532-2503
Shepseskaf	2503-2498
DINASTÍA V	2494-2345
Userkaf	2494-2487
Sahura	2487-2475
Neferirkara	2475-2455
Shepseskara	2455-2448
Raneferef	2448-2445
Nyuserra	2445-2421
Menkauhor	2421-2414
Dyedkara	2414-2375
Unis (Unas)	2375-2345
DINASTÍA VI	2345-2181
Teti	2345-2323
Userkara	2323-2321
Pepy I (Meryra)	2321-2287
Merenra	2287-2278
Pepy II (Neferkara)	2278-2184
Nitocris	2184-2181
1er PERIODO INTERMEDIO	**2181-2055**
DINASTÍAS VII Y VIII	2181-2125
Numerosos reyes efímeros	
DINASTÍAS IX Y X (HERACLEOPOLITANAS)	2160-2025
Jety (Meryibra)	
Jety (Uahkara)	
Merykara	
Iti	
DINASTÍA XI (SÓLO EN TEBAS)	2125-2055
Mentuhotep I (Tepy-aa)	
Intef I (Sehertauy)	2125-2112

Intef II (Uahanj) 2112-2063
Intef III (Najtnebtepnefer) 2063-2055

IMPERIO MEDIO 2055-1650

DINASTÍA XI (TODO EGIPTO) 2055-1985

Mentuhotep II (Nebhepetra) 2055-2004
Mentuhotep III (Sanjkara) 2004-1992
Mentuhotep IV (Nebtauyra) 1992-1985

DINASTÍA XII 1985-1795

Amenemhat I (Sehetepibra) 1985-1955
Senusert I (Jeperkara) 1965-1920
Amenemhat II (Nubkaura) 1922-1878
Senusert II (Jajepera) 1880-1874
Senusert III (Jakaura) 1874-1855
Arnenemhat III (Nimaatra) 1855-1808
Amenemhat IV (Maajerura) 1808-1799
Reina Neferusobek (Sobekkara) 1799-1795

DINASTÍA XIII 1795-1650

Algunos de los 70 soberanos que se encuentran con más frecuencia se listan a continuación.
Hor (Auibra)
Jendyer (Userkara)
Sobekhotep III (Sejemraseuadytauy)
Neferhotep I (Jasejemra)
Sobekhotep IV (Janeferra) *c.* 1725

DINASTÍA XIV

Reyes menores, probablemente contemporáneos de la Dinastía XIII.

2º PERIODO INTERMEDIO 1650-1550

DINASTÍA XV (HYKSOS) 1650-1550

Salitis
Jyan (Seuserenra) *c.* 1600
Ipepi (Aauserra) *c.* 1555
Jamudi

DINASTÍA XVI 1650-1550

Reyes Hyksos menores, contemporáneos de la Dinastía XV.

DINASTÍA XVII 1650-1550

Algunos gobernantes con base en Tebas de los cuales los más prominentes se listan a continuación
Intef (Nubjeperra)
Seqenenra Taa I
Seqenenra Taa II *c.* 1560
Kamose (Uadyjeperra) 1555-1550.

IMPERIO NUEVO 1550-1069

DINASTÍA XVIII 1550-1295

Ahmose (Nebpehtyra) 1550-1525
Amenhotep I (Dyeserkara) 1525-1504
Thutmosis I (Aajeperkara) 1504-1492
Thutmosis II (Aajeperenra) 1492-1479
Thutmosis III (Menjeperra) 1479-1425
Hatshepsut (Maatkara) 1473-1458
Amenhotep II (Aajeperura) 1427-1400
Thutmosis IV (Menjeperura) 1400-1390
Amenhotep III (Nebmaatra) 1390-1352
Amenhotep IV/Ajenaten (Neferjeperurauenra) 1352-1336
Nefernefruaton (Smenjara) 1338-1336
Tutanjamon (Nebjeperura) 1336-1327
Ay (Jeperjeperura) 1327-1323
Horemheb (Dyeserjeperura) 1323-1295

DINASTÍA XIX 1295-1186

Ramses I (Menpehtyra) 1295-1294
Sethy I (Menmaatra) 1294-1279
Ramses II (Usermaatra Setepenra) 1279-1213
Merenptah (Baenra) 1213-1203
Amenmeses (Menmira) 1203-1200
Sethy II (Userjeperura Setepenra) 1200-1194
Siptah (Ajenra Setepenra) 1194-1188
Tausert (Sitrameritamun) 1188-1186

DINASTÍA XX 1186-1069

Sethnajt (Userjaura Meryamun) 1186-1184
Ramses III (Usermaatra Meryamun) 1184-1153
Ramses IV (Hekamaatra Setepenamun) 1153-1147
Ramses V (Usermaatra Sejepenra) 1147-1143
Ramses VI (Nebmaatra Meryamun) 1143-1136
Ramses VII (Usermaatra Setepenra Meryamun) 1136-1129
Ramses VIII (Usermaatra Ajenamun) 1129-1126
Ramses IX (Neferkara Setepenra) 1126-1108
Ramses X (Jepermaatra Setepenra) 1108-1099
Ramses XI (Menmaatra Setepenptah) 1099-1069

3er PERIODO INTERMEDIO 1069-747

DINASTÍA XXI. TANITA 1069-945

Smendes (Hedyjeperra Setepenra) 1069-1043
Amenemnisu (Neferkara) 1043-1039
Psusennes I (Pasebajaenniut) (Aajeperra Setepenamun) 1039-991
Amenemopet (Usermaatra Setepenamun) 993-984

Osorkon (El Viejo)	
(Aajeperra Setepenra)	984-978
Siamon (Netjerjeperra Setepenamun)	978-959
Psusennes II [Pasebajaenniut]	
(Titjeperura Setepenra)	959-945

DINASTÍA XXI. (Paralela con la Dinastía XXI de Tanis). Reyes-Sumos Sacerdotes en Tebas

Herihor (de padres libios)
*Pianj (Hijo de Herihor)
*Pinedyem I (Cuñado de Semendes)
*Masaharta (Hijo de Pinedyem I)
*Dedyonsuefanj (Hijo de Pinedyem I)
*Menjeperra (Hijo de Pinedyem I)
*Smendes II
*Pinedyem II
*Psusennes III

DINASTÍA XXII. BUBÁSTIDA/LIBIA.	945-715
Sheshonq I (Hedyjeperra Setepenra)	945-924
Osorkon I (Sjemjeperra)	924-889
Sheshonq II (Hekajeperra Setepenra)	*c.* 890
Takelot I	889-874
Osorkon II (Usermaatra Setepnamun)	874-850
Takelot II (Hedyjeperra Setepenra/amun)	850-825
Sheshonq III (Usermaatra)	825-773
Pamy (Usermaatra)	775-767
Sheshonq V (Aajepera)	767-730
Osorkon IV (Aajeperra Setepenamun)	730-715

DINASTÍA XXIII (TANITA/LIBIA) 818-715

Algunos linajes de gobernantes contemporáneos de Heracleópolis Magna, Hermópolis Magna,Leontópolis y Tanis, sólo tres de los cuales se listan a continuación.

Pedibastet (Usermaatra)	818-793
Sheshonq IV	*c.* 780
Osorkon III (Usermaatra Setepenamun)	777-749

DINASTÍA XXIV	727-715
Bakenrenef (Bocchoris)	727-715

PERIODO TARDÍO 747-332

DINASTÍA XXV (KUSHITA)	747-656
Pianjy (Piy)	747-716
Shabako (Neferkara)	716-702
Shabitaqo (Dyedkaura)	702-690
Taharqa (Junefertemra)	690-664
Tanutamani (Bakara)	664-656

DINASTÍA XXVI. SAÍTA.	664-525
Nekau I	672-664
Psametiko I (Uahibra)	664-610
Nekau II (Uehemibra)	610-595
Psametiko II (Neferibra)	595-589
Apries (Haaibra)	589-570
Ahmose II (Jnemibra)	570-526
Psametiko III (Anjnaenra)	526-525

DINASTÍA XXVII (1er PERIODO PERSA)	525-404
Cambises	525-522
Darío I	522-486
Jerjes I	486-465
Artajerjes I	465-424
Darío II	424-405
Artajerjes II	405-359

DINASTÍA XXVIII	404-399
Amirtaios	404-399

DINASTÍA XXIX	399-380
Neferites I	399-393
Hakor (Jnemmaatra)	393-380
Neferites II	c. 380

DINASTÍA XXX	380-343
Nectanebo I (Jeperkara)	380-362
Teos (Irimaatenra)	362-360
Nectanebo II (Senedyemibra Setepenanhur)	360-343

SEGUNDO PERIODO PERSA	343-332
Artajerjes III Ochus	343-338
Arses	338-336
Darío III Codoman	336-332

PERIODO PTOLEMAICO 332- 32

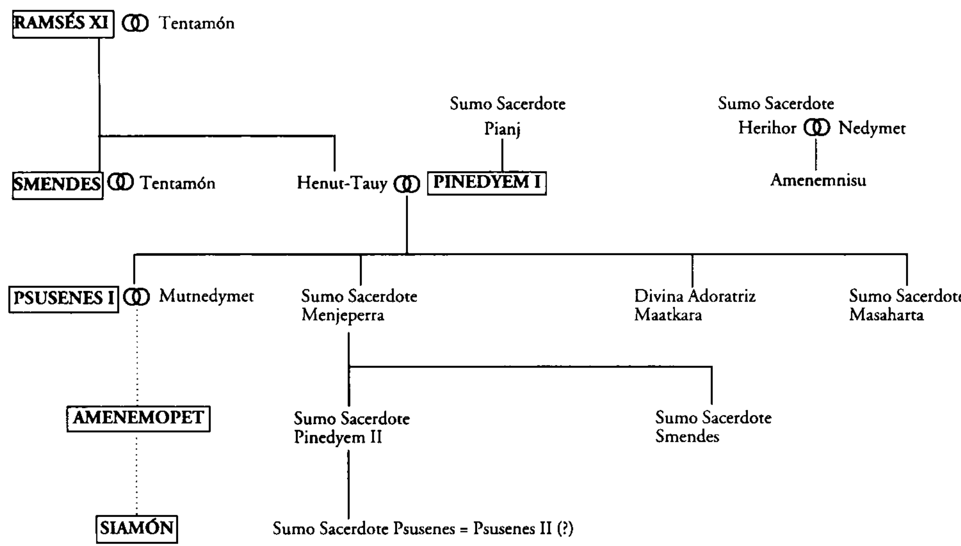
DINASTÍA MACEDONIA	332-305
Alejandro el Grande	332-323
Filipo Arrideo	323-317
Alejandro IV	317-310

DINASTÍA PTOLEMAICA	305- 30
Ptolomeo I Soter I	305-285
Ptolomeo II Filadelfo	285-246
Ptolomeo III Evergetes I	246-221
Ptolomeo IV Filopator	221-205
Ptolomeo V Epifanes	205-180
Ptolomeo VI Filometor	180-145
Ptolomeo VII Neo Filopator	145

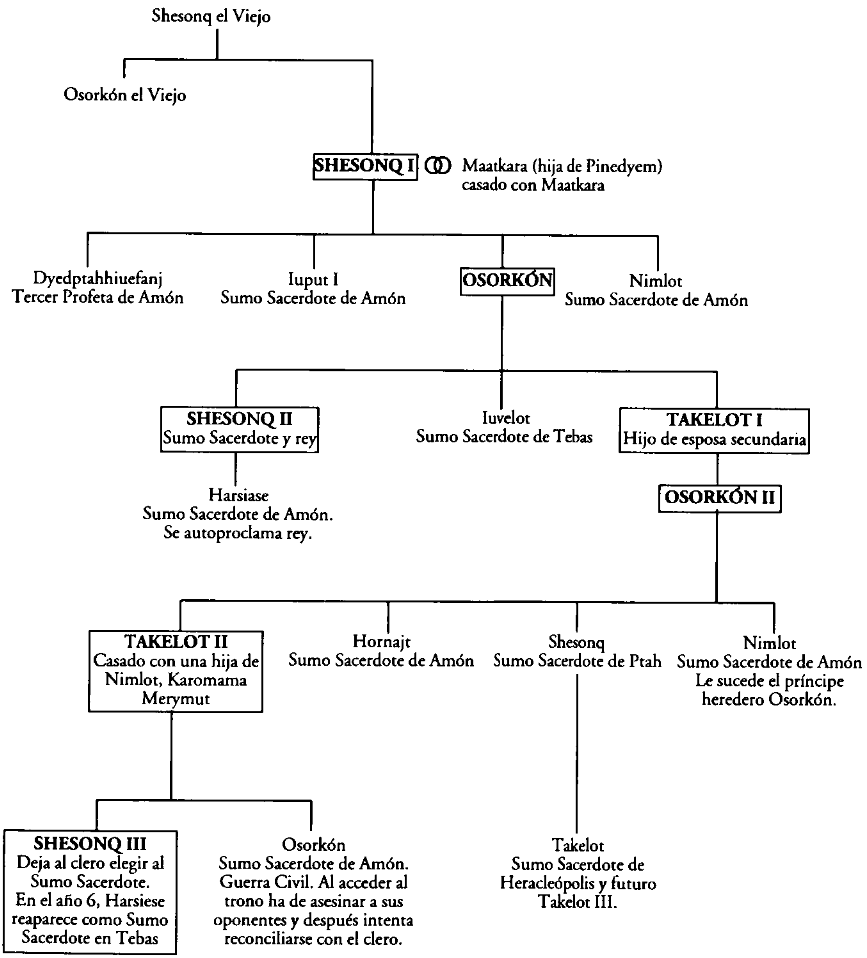
Ptolomeo VIII Evergetes II	170-116	Ptolomeo XIII	51-47
Ptolomeo IX Soter II	116-107	Ptolomeo XIV	47-44
Ptolomeo X Alejandro I	107-88	Ptolomeo XV (Cesarión)	44-30
Ptolomeo IX Soter II (restituido)	88-80		
Ptolomeo XI Alejandro II	80		
Ptolomeo XII Neos Dioniso (Auletes)	80-51	**PERIODO ROMANO**	**30 a.C-395 d.C**
Cleopatra VII (Filopator)	51-30	**DIVISIÓN DEL IMPERIO ROMANO**	**395**

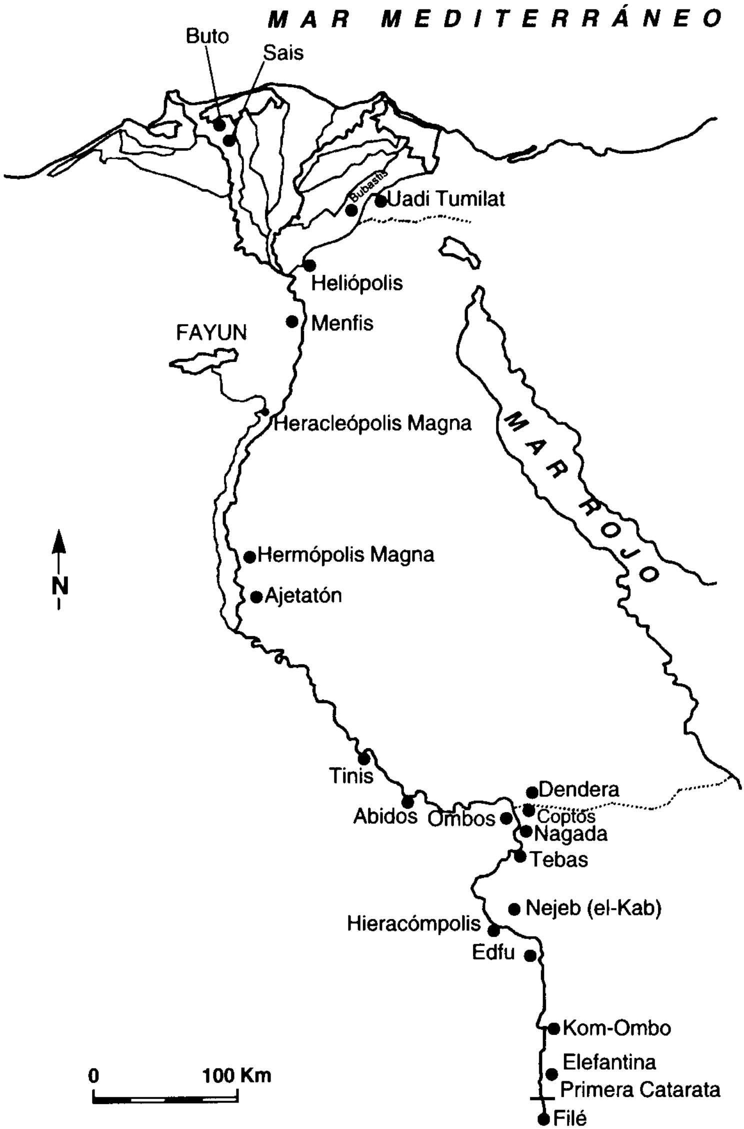
* Cronología basada en: Ian Shaw and Paul Nicholson. *British Museum Dictionary of Ancient Egypt*. Published for the Trustees of the British Museum by British Museum Press. London 1995. La transcripción de nombres egipcios (excepto la dinastía XXI) de: F. López Vázquez.: *La Transcripción Castellana de Nombres Propios Egipcios*. Baede 6. Madrid 1996.

FIN DINASTÍA XX Y DINASTÍA XXI



DINASTÍA XXII





LOS CENTROS DE CULTO MÁS IMPORTANTES

BIBLIOGRAFÍA

* En lo posible se ha procurado citar los libros en los que existe una traducción al castellano. Sólo en casos muy puntuales nos referimos a obras imprescindibles en otros idiomas.

— ALDRED, C.: *Akhenaton, Faraón de Egipto.* Ed. Madrid, 1989.

— ALLIOT.: *Le Culte d'Horus a Edfou au temps des Ptolémées.* Le Caire, 1949

— ASSMANN, J.. *Egipto a la Luz de una Teoría Pluralista de la Cultura.* Ed., Castellana Madrid, 1995.

— BARGUÉS, M. A.: *La Dinastía XXV en Egipto. La Legitimación de su poder. REE 2.* Buenos Aires, 1991.

— BRESCIANI, E.: *Letteratura e Poesia dell'Antico Egitto,* Torino, Ed. 1990.

— BLEEKER, C. J.: *Egyptian Festivals.* Leiden, 1967.

— BREASTED, J. H.: *Ancient Records of Egypt. Historical Documents. Vol 1-5. Ed. London, 1988.*

— BUDGE, E. A. W.: *The Book of Opening the Mouth.* United States of America, Reprint Edition, 1984. Two volumes in one.

— CASTEL, E.: "La Eneada Heliopolitana". *BAEDE 4-5.* 1992-1994.

* *Diccionario de Mitología Egipcia.* Madrid, 1995.

* "Algunos Aspectos de Dioses Felinos en el Antiguo Egipto". *BAEDE 2.* Madrid, 1990.

"El Valle de los Reyes. El entorno de la KV5". *Revista de Arqueología 175.* Madrid, 1996.

* "Arquetipo indeleble. Magia y poder de Isis". *Misterios de la Arqueología y del pasado 5.* Madrid, 1997.

— CASTEL ET ALII.: *Catálogo Oficial de Piezas Egipcias del Pabellón de la República Árabe de Egipto en la Expo-92.* Sevilla, 1992.

— CASTEL, E. y DI NÓBILE, L.: * “El Valle de las Reinas”. *Revista de Arqueología 180.* Madrid, 1996.
* “El Ocaso de Nefertari”. *Revista de Arqueología 181.* Madrid, 1996.
— CIMMINO, E: *Vida Cotidiana de los Egipcios.* Ed. Madrid, 1991.
— COLE, D.: “The Role of Women in the Medical Practice of Ancient Egypt”. *DE 9,* 1987.
— DANERI DE RODRIGO, A.: “Las Dinastías VII-VIII y el Periodo Heracleopolitano en Egipto. Problemas de reconstrucción histórica de una época de crisis”. *REE 3, (Anexos).* Buenos Aires, 1992.
— DAUMAS, F.: *La Civilización del Egipto Faraónico.* Ed. Barcelona 1972.
— DAVID, R.: *A Guide to Religious Ritual at Abydos.* Warminster, 1981.
— DEMAÉE, R. J. y JANSSEN, J. J.: *Gleanings from Deir el-Medîna.* Leiden, 1982.
— DESROCHES-NOBLECOURT, CHR.: *La Femme au Temps des Pharaons.* Paris, 1986.
— DI NÓBILE, L.:La Familia en el Antiguo Egipto, (1ª Parte). *BAEO 31.*
— DONADONI, S. ET ALLI.: *El Hombre Egipcio.* Ed. castellana. Madrid, 1990.
— DONADONI ROVERI, A. M.: *Civilización de los egipcios. Las creencias religiosas.* Ed. Castellana. Milán, 1987.
— DORMAN, P. F.: *The Monuments of Senenmut.* Londres, 1988.
— DRIOTON, D. Y VANDIER, J.: *Historia de Egipto.* Buenos Aires, 1983.
— EGGEBRECHT, A.: *El Antiguo Egipto. 3000 años de historia y cultura del Imperio Faraónico.* Esplugues de Llobregat, (Barcelona), 1984
— FAULKNER, R. O.: *The Ancient Egyptian Pyramid Texts.* Oxford, 1969.
— FRANKFORT, H.: *Reyes y Dioses.* Ed. Madrid, 1983.
— GARCÍA, M. A.: “La Ciencia del Antiguo Egipto”. *Cuadernos de Historia 16. nº 226.*
— GARCÍA VALDES, M.: *Plutarco. Obras Morales y de Costumbres. (Sobre Isis y Osiris).* Madrid, 1987.
— GHALIOUNGUI, P.: *The House of Life: Per Ankh. Magic and Medical Science in Ancient Egypt.* Amsterdam, 1973.
* *The Phisicians of Pharaonic Egypt.* Cairo 1983.

— GITTON, A: "Le Rôle des femmes dans le clergé d'Amon à la 18 dynastie". *BSFE 75.*
— GOMAA, F.: *Chaemwese. Sohn Ramsès'II und Hoerpriester Von Memphis.* Wiesbaden, 1983.
— GRIMAL, N.: *Historia del Antiguo Egipto.* Ed. Torrejòn de Ardóz, Madrid, 1996.
— GUNN, B.: The Decree of Amonrasonther for Neskhons (con un apéndice de I. E. S. Edwards). *JEA 41.*
— HERÓDOTO.: *Historias II.* Madrid, 1984.
— JACK, CH.: *Las Egipcias. Una visión sorprendente y fascinadora de la sociedad de los faraones.* Ed. Barcelona, 1997.
— JANSSEN, M. and J. J.: *Getting old in ancient Egypt.* London, 1996.
— JUVENAL.: *Sátiras (XV).* Barcelona, 1992.
— KÄNEL VON, F.: *Les Pêtres-Ouâb de Sekhmet et les Conjurateurs de Serket.* Paris, 1984.
— KEMP, B. J.: *El Antiguo Egipto.* Barcelona, 1992.
— KITCHEN, K. A.: *The Third Intermediate Period in Egypt. 2ª Ed. With supplement.* Wiltshire, 1986.
— KRUTCHEN, J. M.: *Les annales des prètres de Karnak (XXI-XXIII dynasties) et autres textes contemporains relatifs ǎ l'initiation des pretès d'Amon.* Louvain, 1989.
— LARA PEINADO, F.: *El Libro de los Muertos. Estudio preliminar.* Madrid, 1993. 2ª Edición.
— LEFEBVURE, G.: *Histoire des grands pêtres d'Amon de Karnak jusqu'ǎ la XXI³ Dynastie.* París, 1929.
* *Le Tombeau de Petosiris.* 3 Vols. Cairo, 1923, 1924
— LEVÊQUE, J.: *Las Sabidurías del Antiguo Egipto.* Estella (Navarra), 1984.
— LLAGOSTERA, E.: "La Mujer, marco monumental en el Antiguo Egipto". *BAEO 31.*
— LÓPEZ, J. SANMARTÍN, J.: *Mitología y Religión del Oriente Antiguo.* Barcelona, 1993
— LÓPEZ VÁZQUEZ, F.: La Transcripción Castellana de Nombres Propios Egipcios. *BAEDE 6.* Madrid, 1996.
— MACY ROTH, A.: * "The Pss-kf and the "Opening of the Mouth" Ceremony: A Ritual of Birth and Rebirth". *JEA 78.* 1992.

* "Fingers, Stars, and the "Opening of the Mouth": The Nature and Function of the Nṯrwj-Blades". *JEA 79.* 1993.
— MAYSTRE, C.: *Les Grandes Prêtês de Ptah de Memphis.* Fribourg, Göttingen, 1992.
— MEEKS, D. y FAVARD-MEEKS, CH.: *La Vida Cotidiana de los Egipcios.* Ed. Madrid, 1994.
— MOLINERO POLO, M. A..: "Los Sacerdotes egipcios". *Cuadernos de Historia 16. nº 136.* Madrid.
— MONTET, P.: *La vida cotidiana en Egipto en tiempos de los Ramsés.* Ed. Castellana. Madrid, 1990.
— MORET, A.: *El Nilo y la Civilización Egipcia.* Barcelona, 1927.
* *Le Ritual du Culte Divin Journalier en Egypte.* Ed. Genéve, 1988.
— MURNANE, W. J. y VAN SICLEN III, Ch. C.: *The Boundary Stelae of Akhenaten.* London-New York 1993.
— MURPHY, E.: *The Antiquities of Egypt. A Translation with Notes of Book of the Library of History of Diodorus Siculus.* New Brunswick, 1990.
— NAGUIB, S. A.: *Le Clergé Feminin d'Amon thébain.* Louvain, 1990.
— NUR EL DIN, A. H.: *The Role of Women in the Ancient Egyptian Society.* Ministry of Culture Supreme Council of Antiquities. 1996.
— PADRÓ, J.: *Historia del Egipto Faraónico.* Madrid, 1996.
— PAHL,W. M.:"The ritual of Opening the Mouth: Arguments for an actual-body-ritual from viewpoint of mummy-research", *Science in Egyptology*, Manchester, 1984.
— PEREYRA DE FIDANZA, M. V.: "La Realeza Egipcia: Los Fundamentos del Poder en el Periodo Arcaico". *REE 1.* Buenos Aires, 1991.
— PÉREZ LARGACHA, A.: "El Trabajo en Egipto" *Cuadernos de Historia 16. Nº 117.* Madrid.
— PINCH, G.: *Magic in'Ancient Egypt.* Avon, 1994.
— PIRENNE, J.: *Historia de la Civilización del Antiguo Egipto.* (3 Vols). Ed. Barcelona, 1977.
— QUIRKE, G. J.: *Owners of Funerary Papyri in the British Museum.* London, 1993.
— RACHEWILTZ, B.: *Los Antiguos Egipcios.* Ed. Esplugues de Llobregat, (Barcelona) 1990.

— RATIE, S.: *La Reine Hatshepsout. Sources et problemes.* Leyden, 1979.

— REEDER, G.: "The Mysterious Muu & the Dance they do". *KMT, volume six. Number three. Fall 1995.*

"Rite of Passage: The Enigmatic Tekenu". *KMT 3. Vol 5.* 1994.

— ROBINS, G.: *Las Mujeres en el Antiguo Egipto.* Ed. Madrid, 1996.

— RUBIO CAMPOS, J.: "Damnatio Memoriae de Senenmut", *BAEDE 2.* 1990.

* "Hatshepsut Faraón de Egipto". *KOINE 6.* Año II.

— SAINTE FARE GARNOT, J.: *La Vida Religiosa en el Antiguo Egipto.* Buenos Aires, 1977 (tercera edición).

— SAUNERON, S.: *The Priests of Ancient Egypt.* Ed. New York, 1960.

— SEVILLA CUEVA, C.: *Las Divinas Adoratrices de Amón y la Realeza Egipcia durante el Tercer Periodo Intermedio (Circa 1.100-650 a.C).* Madrid. Universidad Autonóma 1995. (Pendiente de Publicación).

— SHAW, I. and NICHOLSON, P.: *British Museum Dictionary of Ancient Egypt.* London, 1995

— SMITH, M.: *The Liturgy of Opening the Mouth for Breathing.* Ed. Oxford, 1993.

— STROUHAL, E.: *La Vida en el Antiguo Egipto. Ed. Barcelona, 1994.*

— TRIGGER ET ALII. *Historia del Egipto Antiguo.* Ed. Barcelona, 1985.

— TROY, L.: *Patterns of Queenship in Ancient Egyptian Myth and history.* Upsala, 1986.

— TYLDESLEY, H. *Daughters of Isis. Women of Ancient Egypt.* London, 1994.

— VERNUS, P.: *Affaires et Scandales sous les Ramsès.* Paris, 1993.

— WATTERSON, B.: *Women in Ancient Egypt.* New York, 1991.

— WILDUMG, D.: *Imhotep und Amenhotep.* Munich-Belín, 1977.

— YOYOTTE, J.: *Harem virginal de la Divine Adoratrice...,* (*CRAIBL*) 1961-1962.

* Les Vierges consacrées d'amon Thébain.(*CRAIBL*). Paris.

ABREVIATURAS

ÄS	Número de Inventario del Ägyptische Kunst de Munich.
BAEDE	Boletín de la Asociación Española de Egiptología. Madrid.
BAEO	Boletín de la Asociación Española de Orientalistas. Madrid.
BM	British Museum.
BSFE	Bulletin de la Société Française d'Égyptologie. París.
CG	Número de registro en el Cátalogo General del Museo de El Cairo.
CRAIBL	Comptes Rendus des séance de l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres.
DE	Discussions in Egyptology. Oxford.
DB	Deir el-Bahari.
E	Número de inventario del Museo del Louvre de París.
EA	Número de registro del Museo Británico (Egyptian Antiquities).
GL	Número de registro del Ehemals Glyptothek, Wittelsbacher Ausgleichsfond del Museo de Munich.
J	Número de inventario en el Journal del Museo de Luxor.
JE	Número en el Journal d'Entrée del Museo de El Cairo.
JEA	Journal Egyptian Archaeology. Londres.
KMT	K. M.T. A Modern Journal of Ancient Egypt. San Francisco.
REE	Revista de Estudios de Egiptología. Buenos Aires.
TT	Tumba Tebana (Theban Tomb).

ÍNDICE Y CRÉDITOS DE LOS DIBUJOS

Fig. 11.– Incensario de mano y recipiente quemando perfume para la divinidad. A partir de *Diccionario de Dioses y Símbolos del Egipto Antiguo*. Lurker, M, p. 112.

Fig. 12.– El sacerdote ofrenda incienso y abre las puertas del santuario del dios. Templo de Sethy I en Abidos. A partir de un dibujo en *A Guide to Religious Ritual at Abidos*. David, R, p.64.

Fig. 13.– Presentación de bandas de tela para el vestido. Templo de Sethy I en Abidos. A partir de un dibujo en *A Guide to Religious Ritual at Abidos*. David, R. p. 68.

Fig. 14.– Presentación de joyas. Templo de Sethy I. Abidos. A partir de un dibujo en *A Guide to Religious Ritual at Abidos*. David, R, p. 68.

Fig. 15.– El sacerdote unge con aceite sagrado a la divinidad. Templo de Sethy I. Abidos. A partir de un dibujo en *A Guide to Religious Ritual at Abidos*. David, R, p. 66.

Fig. 16.– La Apertura de la boca ante la tumba. Papiro de Unnefer. Dinastía XIX. Museo Británico. A partir de un dibujo en *Mitología y Religión Egipcias*. López, J, p. 104.

Fig. 17.– Fiesta del dios Min en tiempos de Ramsés III. Tebas.

Fig. 18.– Carrera del Heb Sed de Dyeser Dinastía III. Sakkara. Según *Symbol and Magic in Egyptian Art*. Wilkinson, R.H, p. 184.

Fig. 19.– Amenhotep III acompañado de la reina Tiy, en su *Heb Sed*. Tumba de Jeruef. (TT192).Tebas. A partir de un dibujo de Coleman en *The Tomb of Kheruef*.

Fig. 20.– Pabellón de la Fiesta Heb Sed de Senusert III. A partir de un dibujo en *Getting Old in Ancient Egypt*. Janssen, R y J. p. 108.

Fig. 21.– Amenhotep III ofrenda a la barca de Amón. Luxor. A partir de un dibujo en *Diccionario de Dioses y Símbolos del Egipto Antiguo*. Lurker, M, p. 166.

Fig. 22.– Fetiche de Osiris. Templo de Sethy I. Abidos. A partir de un dibujo en *A Guide to Religious Ritual at Abidos*. David, R, p. 138.

Fig. 23.– Erección del pilar Dyed. Templo de Sethy I. Abidos. A partir de un dibujo en *A Guide to Religious Ritual at Abidos*. David, R, p. 134.

Fig. 24.– Seshat y el rey en la Ceremonia de Estirar la Cuerda. Templo de Amón y Ra-Horajti en Amada. Dinastía XVIII. A partir de un dibujo en *Simbol and Magic in Egyptian Art*. Wilkinson, R.H, p. 186.

Fig. 40.– El Sacerdote Jesuuef enseñando a sus discípulas cómo tocar el *sistro* y batir las palmas. Procede de su tumba de Kom el-Hisn. Imperio Medio. A partir de un dibujo en *Music and Musicians in Ancient Egypt* Manniche, L, p. 123.

Fig. 41.– Bailarinas. De izquierda a derecha de las tumbas de Ibi en Tebas (Dinastía XVIII) y Ti en Sakkara (Dinastía V). A partir de un dibujo en *Pharaonic Egyptian Clothing.* Wolgelsang-Eastwood, G, p.84.

Fig. 42.– Una de las bailarinas representadas en la tumba de Jeruef. A partir de un dibujo de Coleman en *The Tomb of.Kheruef.*

Fig. 43.– Grupo de plañideras. Tumba de Ramose. Imperio Nuevo, Tebas Oeste. A partir de *Pharaonic Egyptian Clothing.* Wolgelsang-Eastwood, G. p. 177.

Fig. 44.– Grupo de plañideras.Tumba de Ramose (TT55). Tebas. Según *Como Leer el Arte Egipcio.* Wilkinson H, R, p. 37.

ÍNDICE Y CRÉDITOS DE LAS FOTOS

Pág

ÍNDICE